



UNIVERSIDAD DE MURCIA
FACULTAD DE LETRAS

L'espace Intime dans les Romans Parisiens
D'alphonse Daudet
El Espacio Íntimo en las Novelas Parisinas
de Alphonse Daudet

D^a Edurne Jorge Martínez
2017

UNIVERSIDAD DE MURCIA

FACULTAD DE LETRAS

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA FRANCESA,
ROMÁNICA, ITALIANA Y ÁRABE.

**L'ESPACE INTIME DANS LES ROMANS PARISIENS
D'ALPHONSE DAUDET**

**EL ESPACIO ÍNTIMO EN LAS NOVELAS PARISINAS
DE ALPHONSE DAUDET**

TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR:

EDURNE JORGE MARTÍNEZ

DIRIGIDA POR LOS DOCTORES

CONCEPCIÓN PALACIOS BERNAL
GABRIELLE MELISON-HIRCHWALD
PEDRO SALVADOR MÉNDEZ ROBLES

VºBº DE LOS DIRECTORES

MURCIA 2017



ALPH. RANDET

Alph. Randet

Résumé

Toda novela precisa de un anclaje espacial en donde se desarrolle la acción, haciéndose cada vez más imperioso el estudio de este elemento narrativo que había estado relegado a un segundo plano. Así pues, a partir de la 2ª mitad del siglo XX, sobre todo tras la incesante importancia del espacio, adquirida a partir del Romanticismo, este se convierte en un pilar de pleno derecho dentro del armazón narratológico.

En el siglo XX, París despierta el interés de numerosos escritores. Las transformaciones llevadas a cabo por Haussmann la llevan a erigirse como la capital de la modernidad. Se convierte en el escenario de numerosas novelas realistas y naturalistas, a través de las cuales se aprecia el gran poder de fascinación, a la vez que de temor, que despierta la capital sobre la gente de esa época. Y es que París presenta una doble cara. Por una parte es una ciudad moderna, de luces, cuna de la modernidad y de la civilización, como en su día lo fue Atenas; pero por otra parte, París es la Babilonia moderna, símbolo de la decadencia y de vicios que conlleva el desarrollo. Se ha convertido en una ciudad peligrosa que seduce, corrompe y destruye a los que no conocen sus reglas de juego, a los que podríamos llamar los « no iniciados », como todos aquellos jóvenes provincianos, entre otros, que buscan en la capital mejor fortuna.

Pero, ¿cómo puede un individuo sobrevivir en un entorno del que desconoce las nuevas normas? ¿Existe algún lugar donde resguardarse de todos esos cambios que han hecho una nueva sociedad irreconocible en la que los hombres se encuentran desubicados? El hogar se convierte en ese refugio tan ansiado en donde guarecerse de cualquier invasión exterior.

Alphonse Daudet, como numerosos escritores del siglo XIX, busca en la capital la oportunidad de realizar su sueño que no es

otro que el de vivir de su pluma. La vida personal del autor de este trabajo está marcada por duros reveses del destino. Los negocios en los que se embarca Vincent Daudet, el padre de Alphonse, llevan a la familia poco a poco a la ruina y a tener que separarse. De este modo, cada uno se ve obligado a ganarse el sustento fuera del techo familiar, evidentemente, la promesa de reunirse de nuevo sirve de aliento a los jóvenes hermanos Daudet. Por aquel entonces, Ernest rondaría los 20 años cuando llega a la capital, y Alphonse los 17 cuando se reúne con él tras unos meses como *maître d'études* en el colegio de Alais, experiencia inmortalizada en *Le Petit Chose*. Estos continuos cambios de domicilio debido a problemas económicos, así como la necesidad de aislarse de éstos, van a contribuir a forjar esa peculiar relación que mantiene con el espacio y que se puede apreciar también en los personajes de sus novelas.

Estos tienen un vínculo muy especial con los lugares que ocupan, van a reflejar, por un lado, la personalidad de sus ocupantes, y por otro lado, asistimos a una insatisfacción espacial de los personajes que les impide echar raíces en un lugar, lo que se traduce por un continuo vaivén entre distintos lugares.

A lo largo del estudio de las diez novelas, que han formado nuestro corpus de trabajo y cuya intriga se desarrolla principalmente en la capital, Daudet consigue transmitir al lector las impresiones de esos espacios intramuros en los cuales asistimos escenas de aparente intimidad. Conseguimos entrar en espacios muy variados pertenecientes a diferentes clases sociales, a individuos de ocupaciones muy dispares y prácticamente de cualquier barrio de la capital. El conocimiento de París de Daudet es inmenso. A su llegada a París frecuenta el mundo de la bohemia hasta que poco a poco, cuando le llega por fin el tan ansiado reconocimiento literario, se convierte en un autor burgués bastante

acomodado. Su amplio conocimiento de los diferentes entornos de la capital quedará plasmado en sus novelas con gran exactitud.

En *Fromont jeune et Risler aîné*, nos adentramos en el barrio artesano del Marais, mientras que por ejemplo en *Le Nabab*, recorreremos los lugares más *chic* de la capital. El doctor Jenkins, que cuenta como clientes, que no pacientes como él dice, la gente más afortunada del momento. Desde su casa, cerca del parque de Monceau, se dirige al quai d'Orsay, al círculo de la rue Royale, y terminará comiendo en la casa del *nabab*, plaza Vendôme. Es una visión muy exhaustiva y muy exacta que demuestra un gran conocimiento de la ciudad. Sus personajes pululan en ambientes muy diferentes y pronto se mimetizan con ellos.

En esta observación tan pormenorizada que caracteriza sus novelas, así como las intrigas, normalmente inspiradas en hechos reales, Alphonse Daudet se acerca mucho a Zola. Sin embargo nuestro autor se guardaba bien de pertenecer al naturalismo, puesto que según él, lo que hacía era copiar la realidad y transmitir las sensaciones que le provocaban. Lejos de clasificar sus novelas bajo una etiqueta realista o naturalista, habría que estudiarlas desde otra perspectiva que sería la materia de éstas. En este sentido, sus novelas se incluirían dentro de las novelas de costumbres, a través de las cuales el autor pretende darnos una visión no solamente de la sociedad de la época sino de la vida cotidiana y banal de sus individuos. Pretendemos conocer cómo actúan los personajes en su día a día dentro del enclave familiar que no es otro más que el hogar.

La casa ha adquirido cada vez más importancia lo largo del siglo XIX. Se observa un especial cuidado y recelo de lo que pasa en su interior, sobre todo en las casas burguesas. Sin embargo los hogares que nos muestra nuestro autor no son en absoluto un remanso de paz. Normalmente se respira un ambiente de infelicidad en la mayoría de estos hogares. Solamente algunos

hogares gozan de esa armonía familiar, como por ejemplo la familia Joyeuse (*Le Nabab*) o aquellos que son un tanto atípicos, ya que están formados por hermanos.

En esos microcosmos burgueses de la vida cotidiana, los espacios están claramente definidos. La casa es principalmente responsabilidad de la mujer, aunque el hombre puede poseer espacios propios como la biblioteca o el gabinete de trabajo. Detrás de estas paredes, descubrimos todo un mundo basado en las apariencias. Cuando las puertas de la casa se abren al exterior, en los días de visita o cuando se da alguna recepción, el salón se convierte en un auténtico escaparate de vanidades en donde se muestra el éxito aparente de la pareja, como es el caso de M. et Mme Jenkins (*Le Nabab*).

La habitación es el escenario íntimo por excelencia. Es un lugar de recogimiento, de descanso, en donde se comparten confidencias y recuerdos, y también se encuentra el lecho de una muerte digna, lejos de los temibles hospitales de ese siglo. La habitación refleja realmente el espíritu de su ocupante, ya que no está abierta al exterior, y entonces este se puede mostrar tal y como es. Son bastante reveladoras de la personalidad de algunos personajes como la del rey Christian d'Illyrie (*Les Rois en exil*) o la habitación de Sidonie (*Fromont jeune et Risler aîné*).

Fuera de los momentos en los que la presencia del hombre es obligada, por ser el anfitrión, o necesaria, para dormir y para asistir a esos momentos ritualizados como las comidas, el hombre pasa poco tiempo en casa. La mayoría de las veces en las que coinciden, se pueden vivir momentos si no de tensión, al menos de una gran indiferencia. El hombre pasa poco tiempo en casa. Normalmente trabaja fuera del hogar y se distrae lejos de este, en círculos y clubs, en donde se reúnen los hombres con unas mismas afinidades, para hacer negocios, divertirse y socializar. Allí asistimos a escenas un tanto excéntricas, sobre todo en el caso de

Les Rois en exil, en donde se vislumbra poco a poco la decadencia de este monarca en contacto la capital. Son lugares de vicio y de juego, en donde los hombres están unidos por una gran camaradería entre ellos.

Frente a hogares cada vez más deshumanizados, ya sea por los escasos momentos compartidos de sus ocupantes o por las escenas de tensión o de indiferencia que en ellos se viven, Daudet consigue, en cada novela, ofrecer alguna escena de interiores de sincera felicidad o al menos de cierta armonía, como en el caso de Jack y Bélisaire (*Jack*). Por encima de todos estos hogares, destaca la familia Joyeuse, que encarna realmente el verdadero espíritu del *sweet home*. Sus ocupantes, un padre y sus cuatro hijas, viven a salvo en esta casa, situada en el barrio de Les Ternes. En ella aparece un elemento recurrente y simbólico que revela el carácter que en esta se respira, se trata de la lámpara. Ya sea en forma de llama de fuego que calienta y alumbraba la estancia, o lámpara o vela, lo cierto es que su intensidad y su color están en perfecta sintonía con el ambiente que desprende el hogar. Este símbolo de la luz también acompaña algunos personajes poniendo de manifiesto su pureza.

Si bien es cierto que son pocos los hogares que desprenden esta sensación de bienestar, habría quizás que buscar la explicación en la dificultad de los personajes de permanecer en mismo espacio. Por una parte, la mayoría de estos no son de la capital y les cuesta encontrar un lugar donde instalarse. Por otra parte, también les persigue una continua insatisfacción que les lleva a estar en una constante búsqueda de hogar. La mayoría de las casas que ocupan son de paso; en el caso de algunas mujeres están supeditadas a la presencia o no de hombres (Sapho – *Sapho*), otras son provisionales, mientras el personaje de repone de un duro golpe; el caso más significativo es el de Jack, cuyo deseo es construir un hogar en el que vivir con su madre, a la que idealiza.

Por último ha sido interesante constatar, la dificultad en gran parte de estos hogares de crear un ambiente propicio para el desarrollo de los hijos. La mayoría de las veces, estos han idealizado la imagen del hogar: el nido de la infancia, protector y maternal.

*A mis padres,
Cande y Antonio*

Remerciements

Je tiens à remercier tout particulièrement mes directeurs de thèse, Concepción Palacios Bernal, Gabrielle Melison-Hirchwald et Pedro Salvador Méndez Robles, pour leur soutien inconditionnel et leur infinie patience. Sans leurs encouragements, je n'aurais pas pu mener à terme cette ambitieuse entreprise.

Mes parents, mes frères et ma sœur, d'avoir été présents à mes côtés dans les moments difficiles lorsque le découragement m'envahissait.

Nicole Saclier, pour son aide inestimable.

Mes amies et collègues, Leonor Sáez Méndez, M^a Dolores Palazón Botella et Elvira Manero Richard pour leur soutien. Je remercie tout particulièrement le *Servicio de Idiomas*, Flor Mena Martínez, la directrice, ainsi que Juana Sanmartín Vélez pour cette dernière étape si difficile.

Tous ceux qui m'ont supportée avec patience dans ces moments pénibles.

Je comparerais les écrits de Daudet à ces chansons populaires qui nous touchent on ne sait pourquoi, parce qu'elles remuent on ne sait quels souvenirs, certains tréfonds de la conscience, même si les paroles sont veules et la mélodie sans apprêt. Voilà pourquoi il n'est guère d'universitaires amoureux de Daudet qui n'aient, en l'étudiant suivant des méthodes scientifiques ou simplement rationnelles, mauvaise conscience. (Avril, 1971 :265)

SOMMAIRE

1	Introduction.....	15
1.1	L'espace littéraire : d'élément accessoire à pilier narratif.....	21
1.2	Vers une approche de l'espace littéraire.....	25
1.3	Paris, ville troublante au XIX ^e siècle.....	31
1.4	La maison, scénario par excellence de la vie privée.....	38
2	Définition du corpus de travail.....	43
2.1	Les romans parisiens.....	47
2.2	Des sous-titres locatifs.....	56
2.3	Des romans naturalistes ou des romans de mœurs ?.....	61
2.3.1	Daudet et Zola... des débuts parallèles.....	64
2.3.2	Des méthodes de travail ... pas si parallèles.....	67
2.3.3	Daudet et le roman de mœurs.....	72
3	Le Paris romanesque ou le Paris de Daudet.....	75
4	Si les murs pouvaient parler.....	104
4.1	Des lieux cloisonnés.....	110
4.1.1	L'espace de madame, l'espace de monsieur.....	111
4.1.2	Les espaces de sociabilité masculine.....	123
4.1.3	Les espaces privés des classes populaires et des déclassés.....	134
4.1.4	Intrusions des espaces privés.....	139
4.2	Vie privée, vie publique : les faux-semblants.....	141
4.3	Les maisons de l'adultère.....	150
4.4	L'impossible ségrégation d'espaces : lorsque le public envahit le privé.....	159

5	À la recherche impossible du foyer.....	175
5.1	Le foyer daudétien.....	176
5.1.1	Les composantes du <i>sweet home</i>	176
5.1.2	La lampe symbole du foyer daudétien	188
5.2	Des maisons de passage	199
5.3	Errance, lieux sans histoire le juif errant, le bateau	211
5.4	Des maisons provisoires : le temps de se reconstruire.....	215
6	Des maisons et des enfants : le nid.....	234
7	Conclusion	241
8	Annexes : présentation des romans du corpus.	247
8.1	Fromont jeune et Risler aîné (1874).....	247
8.2	Jack (1876).....	252
8.3	Le Nabab (1877)	256
8.4	Les Rois en exil (1879).....	260
8.5	Numa Roumestan (1881).....	263
8.6	L'Évangéliste (1883)	269
8.7	Sapho (1884).....	275
8.8	L'Immortel (1888)	282
8.9	Rose et Ninette (1892)	289
8.10	Soutien de famille (1898).....	293
9	Bibliographie.....	300

« DIS-MOI OÙ TU HANTES, ET JE DIRAI QUI TU ES¹ »
(Crouzet, 1982 : 1)

1 INTRODUCTION

Toute intrigue précise d'un espace, réel ou imaginaire, où l'action prend place. Ces précisions spatiales servent au lecteur à reconstruire la fiction romanesque en faisant appel à ses connaissances du monde environnant, des connaissances peu ou prou déformées par rapport à la réalité. Au fil de sa lecture, le lecteur s'évade de son monde réel pour se plonger dans la fiction de la main de l'auteur. C'est un « voyage » pour reprendre les mots de Proust, cité par Genette (1969 : 43), lorsqu'il se réfère aux lectures enfantines, idée de voyage également évoquée par d'autres auteurs, notamment, Michel Butor.

Ce « volume », comme on dit, que je tiens à la main, libère sous mon attention des évocations qui s'imposent, qui hantent le lieu où je suis, me dépaysent.

Cet autre lieu ne m'intéresse, ne peut s'installer, que dans la mesure où celui où je me trouve ne me satisfait pas. Je m'y ennue, c'est la lecture qui me permet de n'en pas sortir en chair et en os. Le lieu romanesque est donc une particularisation d'un « ailleurs » complémentaire du lieu réel où il est évoqué. (Butor, 1972 : 49-50)

À partir de la 2^{nde} moitié du XX^e siècle, l'espace romanesque commence à occuper à lui tout seul un chapitre dans de différents

¹ Michel Crouzet a réuni dans un livre collectif de différentes études concernant les espaces du roman. Dans l'introduction de l'ouvrage il mentionne ce proverbe modifié. Pour lui, l'espace constitue une unité de sens à part entière.

ouvrages qui analysent le roman, par exemple dans celui de J.-P. Goldenstein, *Pour lire le roman*, dans celui de Roland Bourneuf et Réal Ouellet, *L'univers du roman*, ou dans les *Essais sur le roman* de Michel Butor. Toutefois il est vrai qu'il n'a pas toujours fait l'objet d'étude à l'instar des trois autres éléments indéniables du roman : l'action, le temps et les personnages. En effet, l'espace est un concept qui semble aller de soi, inhérent à l'être humain, et dont la question semble ne pas se poser. Cette dimension spatiale ignorée et reléguée à un second plan, quasi-décorative, se révèle une composante essentielle puisqu'elle doit servir à faire vivre les personnages et à avancer l'intrigue.

Sous la plume des écrivains romantiques et préromantiques, l'espace, associé principalement à la nature, devient le refuge d'un héros romantique bouleversé par des émotions extrêmes. C'est à partir de cette symbiose, personnage-espace, que les romanciers accordent à l'espace une place à part dans l'étude de la narratologie. L'espace réaliste-naturaliste retiendra notre attention et nous ouvrira les portes des intrigues daudétiennes et du traitement de l'espace de la part de notre auteur.

Dans un roman réaliste, l'écrivain, dans son intention de reproduire la réalité, précise d'un ancrage vraisemblable connu du lecteur contemporain. De plus n'oublions pas que la littérature revêt un caractère quasi scientifique cherchant à établir des liens entre le milieu et le personnage², l'espace physique formant partie du milieu. En outre, le XIX^e siècle est un siècle en pleine mutation, les écrivains vie moderne et ils vont l'explorer. Alphonse Daudet figure parmi ces écrivains, témoins de leur temps. Il rend compte de l'espace dans lequel vivent ses personnages, influencé par sa propre expérience spatiale et par le rapport particulier

² Pour Zola, « dans un roman, dans une étude humaine, je blâme absolument toute description qui n'est pas, selon la définition donnée plus haut, un état du milieu qui détermine et complète l'homme » (Zola, 2006 : 227).

qu'établissent les personnages avec l'espace qu'ils occupent et sur lequel ils agissent.

Par ailleurs dans les romans de cette 2^{ème} moitié du XIX^e siècle, lorsque l'on mentionne le mot espace ou lieu, d'interminables descriptions essoufflent parfois les lecteurs peu aguerris. Les descriptions balzaciennes, comme par exemple la fameuse pension Vauquer, où subsistent des pensionnaires originaux, illustrent fort à propos ce besoin du romancier de fournir tous les renseignements nécessaires pour que le lecteur se projette tout naturellement dans ce milieu sensible. Quel est le dessein de l'auteur d'évoquer tous ces éléments ? Quel est le critère qui définit le choix de traiter l'espace de manière minutieuse ou d'adopter une vision dirigée à des éléments plus significatifs ? Chez Daudet, la description de l'espace est loin de ces descriptions minutieuses balzaciennes mais n'en est pas moins retentissante. Nous analyserons la marque de fabrique de ce romancier capable de réduire une description à la moindre expression en contournant les descriptions canoniques.

Paris est la ville phare de la modernité vers laquelle se tournent tous les regards. Elle occupe une place incontestable dans les romans du XIX^e siècle : ville mythique, fascinante, elle se montre à la fois menaçante pour ces néophytes fraîchement débarqués à la capitale. Elle a profondément changé, de même que la société qui cherche désespérément de nouveaux repères dans le monde moderne abandonné aux intérêts économiques. Le romancier se fait écho des difficultés éprouvées par ces jeunes arrivants voulant se faire une place dans cette ville frénétique. Comme de nombreux écrivains de cette époque, notamment Zola, avec lequel on constate un certain parallélisme vital, la capitale exerce sur eux un grand pouvoir de séduction et nombreux sont ceux qui s'y rendent afin de faire fortune ou fascinés par cette ville.

De même que pour les personnages de roman, cette expérience devient pour la plupart de ces jeunes provinciaux une sorte d'expérience initiatique. Alphonse Daudet a été parmi ces jeunes qui débarquaient de la province, plus précisément du Midi, avec la tête pleine de rêves et un talent dont il était à peine conscient.

Cependant, vivre à Paris ne s'avère pas facile pour le jeune Alphonse. Les premiers mois à Paris sont marqués par des recettes irrégulières et des dettes d'un passé récent très présentes jusqu'à bien avancée sa première décennie dans la capitale. Il va y connaître des résidences très différentes tout au long de sa vie: du Quartier latin, où il vit dans une chambre qu'il partage avec son frère, à des hôtels particuliers où il vivra en véritable bourgeois. Pour avoir lui-même vécu et fréquenté des milieux différents de cette ville, il peut parler en toute connaissance de cause de la vie dans celle-ci. Mais surtout, ce qui est latent, aussi bien dans la vie de notre auteur que dans ses romans, c'est cette quête spatiale qui tenaille les personnages daudétiens.

Son enfance provençale a été marquée par la ruine des affaires familiales, ce qui a poussé la famille à déménager à plusieurs reprises à Nîmes, puis à la quitter définitivement pour s'installer à Lyon. Là aussi, ils connaîtront des foyers de plus en plus modestes, puisque les affaires ne reprennent pas. Les deux dernières années à Lyon sont très difficiles et il s'avère impossible de remonter la pente : des huissiers viennent procéder à une saisie, Ernest, son frère aîné, devient assidu du mont-de-piété où il dépose petit à petit les dernières reliques familiales... Vincent Daudet, le père d'Alphonse, capitule et la famille est obligée de se séparer, dans l'espoir de mieux se reconstruire. La tâche ne sera pas aisée pour les deux frères, alors âgés de 19 et de 17 ans. Ils relèvent cependant le défi de reformer le foyer familial et de prendre ainsi la revanche sur le destin qui s'acharne fatidiquement sur eux. Tous ces changements ont fortement marqué l'esprit de notre

auteur : il a à peine le temps de s'ancrer à un endroit qu'il faut partir à nouveau !

Les vingt dernières années de sa vie sont marquées par la maladie, qui commence à se manifester très brutalement en 1885, lui concédant cependant de courtes trêves (1894-1895), pendant lesquelles les douleurs se feront un peu plus supportables. Malgré tout, quelques mois avant sa mort (le 16 décembre 1897), en été, il n'hésite pas à chercher une nouvelle demeure, comme si le changement de lieu représentait pour lui un renouveau grâce auquel il pourrait puiser des forces pour continuer à lutter. Chaque déménagement est pour lui un défi duquel il ne peut en sortir que plus aguerris. Malheureusement, celui-ci sera le dernier.

À Champrosay, l'été de 1897 se passa sans incidents, madame Daudet et le second fils allaient souvent à Paris pour chercher une nouvelle demeure. Après bien des hésitations entre une jolie maison près de l'Esplanade et un rez-de-chaussée, rue de Lille, on se décida pour le premier et le deuxième étages de l'hôtel Clermont-Tonnerre, 41 rue de l'Université, dont la plupart des fenêtres donnaient sur le parc de ministère des Travaux Publics, l'ancien hôtel Molé. Alphonse Daudet s'intéressait à ce changement de décor. (Daudet, 1941 : 271)

Ce manque de racines spatiales se reflète aussi dans des personnages errants, sans passé et sans ascendants. Parfois les origines sont vaguement mentionnées, sans pour autant susciter chez eux une charge émotive, sauf pour les personnages méridionaux qui revendiquent leurs racines et s'y rendent même au cours de l'histoire. Sans doute un petit clin d'œil à cette terre, qu'il porte dans son cœur, camouflée dans les romans parisiens.

Cette instabilité domiciliaire peut nous paraître inattendue dans un siècle où la maison acquiert une importance fondamentale

dans les constructions personnelles, familiales et sociales. Désormais, la maison est un sanctuaire qui protège ses occupants de l'extérieur, où ils peuvent se montrer tels qu'ils sont, puisqu'ils sont les maîtres absolus de ce qui s'y passe. Indépendamment des classes sociales auxquelles ils appartiennent, les gens se replient vers un logis où s'épanouir. Cette retraite vers l'intérieur de la nouvelle société issue de l'ère industrielle aura ses échos dans l'art, de même que dans la littérature.

On voit tout ce qui se joue dans l'espace privé, où se matérialisent les visées du pouvoir, les rapports interpersonnels et la quête de soi. Aussi n'est-il pas surprenant que la maison tienne une telle place dans l'art et la littérature. Jardins ensoleillés de Monet, fenêtres entrouvertes de Matisse, ombres crépusculaires de la lampe chez Vuillard : la peinture entre dans la maison et suggère ses secrets. La chaise paillée de la chambre de Van Gogh nous dit sa solitude.

Longtemps muette sur les intérieurs, la littérature les décrit bientôt avec une minutie où se lit le changement du regard sur les lieux et les choses. Quel chemin des secs croquis d'Henry Brulard aux inventaires méticuleux de *Maumort*, le double de Martin du Gard, et, finalement, à *La Vie, mode d'emploi* de Georges Perec ! (Perrot, 1999 : 296-297)

Daudet va nous ouvrir les portes de différents foyers aussi variés que dissemblables pour comprendre non seulement sa particulière conception de cet espace interdit à l'étranger, mais également pour mieux appréhender le quotidien d'une société en pleine mutation.

Les foyers daudétiens sont marqués par une très grande diversité et sont à l'image de leurs occupants : de passage, de reconstruction, etc. La stabilité fait défaut dans les maisons daudétiennes de la capitale. De nombreuses complications vont

influer sur les personnages qui vont devoir partir à la recherche d'un nouveau domicile où s'installer. Si les personnages possèdent un domicile initial, en apparence solide, l'intrigue va venir ébranler ce fragile équilibre. D'autres personnages se trouvent voués à la recherche constante d'une maison où mener une vie épanouie, et d'autres prendront leur envol, plus ou moins forcé, à la fin du roman. En somme, la maison est un élément qui joue un rôle important dans l'œuvre daudétienne, puisqu'il détient la clé du bonheur des personnages et, par extension, du déroulement de l'intrigue.

1.1 L'espace littéraire : d'élément accessoire à pilier narratif.

À la lumière des études réalisées concernant l'espace littéraire, celui-ci n'a pas toujours été considéré à sa juste valeur, ni fait l'objet d'études rigoureuses en tant que pièce clé de la fiction littéraire. Camus et Bouvet se montrent catégoriques dans leur introduction lorsqu'elles constatent que « l'espace a longtemps été le parent pauvre des études littéraires » (2001 : 9). La poétique de l'espace a été l'objet de différents travaux, à partir notamment de la 2nde moitié du XX^e siècle, et se considère un élément de soutien de la charpente narrative de même valeur que les personnages ou le temps, cependant cela n'a pas été toujours le cas.

Au XIX^e siècle, un tournant considérable s'opère dans l'évolution du roman qui va révéler la place essentielle que va occuper l'espace dans le récit. Joseph Frank, cité par Issacharoff, considère que c'est surtout à partir de *Madame Bovary*, que l'on peut constater « une évolution — dans la poésie et le roman — qui a entraîné une dislocation de la chronologie normale, et donné naissance à un roman de caractère spatial tout nouveau, et cela

surtout à partir de Flaubert » (1976 : 11). Issacharoff, lui, constate l'importance de l'espace à partir de l'œuvre balzacienne.

Que l'espace occupe une place importante dans le récit moderne semble incontestable. Les descriptions minutieuses d'un Balzac constituent le début d'un courant où figureront les grands noms du roman moderne — Flaubert, Proust, Gide, Camus, entre autres — pour aboutir aux contemporains : Butor et Robbe-Grillet. (Issacharoff, 1976 : 12)

Ainsi, le XIX^e siècle est le grand siècle du roman, siècle où il se consolide avec Balzac. L'espace, dans ces romans qui se réclament réalistes ou plutôt, pour reprendre les mots de Maupassant, qui prétendent donner l'illusion du réel, vont non seulement s'attarder dans la description de ces lieux, mais on va observer une étroite interaction entre l'homme et son habitat. D'une manière générale, la description spatiale dépasse le stade purement décoratif qu'on lui avait prêté jusque là.

L'espace aura une place très importante dans les romans réalistes et naturalistes. Les grands précurseurs réalistes, Stendhal et Balzac, s'intéressent à « ces “ petits faits vrais ” (précisions historiques et topographiques, costumes, gestes, usages, horaires exacts...) [qui] donnent au récit qu'il en bourre, le cachet de l'authenticité » (Becker, 1992 : 36). D'après Colette Becker, les espaces chez Stendhal sont enracinés dans ses souvenirs, et à partir de là, il reconstruit des lieux qui se prétendent fidèles à la réalité. Il fait abstraction de l'espace et porte l'intérêt du récit dans ce combat existentiel que mènent les personnages. Colette Becker fait appel à Zola, qui incarnera le summum du réalisme, pour mieux les confronter. Zola reproche à Stendhal sa négligence vis-à-vis de l'espace, lui qui a fait du milieu

le moteur de sa fiction³. De l'autre côté, beaucoup plus proche de Zola, se trouve le deuxième précurseur du Réalisme.

Ce qui est vrai, c'est que Balzac partait en savant de l'étude du sujet ; tout son travail était basé sur l'observation de la créature humaine, et il se trouvait ainsi amené, comme le zoologiste, à tenir un compte immense de tous les organes et du milieu. Il faut le voir dans une salle de dissection, le scalpel à la main, constatant qu'il n'y a pas seulement un cerveau dans l'homme, devinant que l'homme est une plante tenant au sol, et décidé dès lors, par amour du vrai, à ne rien retrancher de l'homme, à le montrer dans son entier, avec sa vraie fonction, sous l'influence du vaste monde. (Zola, 1989 : 82-83)

En analysant le milieu que fréquentent les personnages, nous comprenons mieux les relations qui se créent entre eux et les possibles conflits qui surgissent lorsque les personnages transgressent leur espace. L'espace a ses propres règles de connivence, ses propres valeurs et tout un langage poétique spatial qu'il va falloir interpréter. L'importance de l'espace est telle qu'il parle même d'une « "actancialisation" de celui-ci, dans certains types de récits tout au moins » (Mitterrand, 1980 : 211). Il reconnaît que depuis les romans balzaciens, l'espace est devenu une composante incontestée de toute œuvre littéraire.

³ « En outre, il [Stendhal] tient rarement compte du milieu, j'entends de l'air dans lequel il trempe son personnage. Le monde extérieur existe à peine ; il ne se soucie ni de la maison où son héros a grandi, ni de l'horizon où il a vécu. Voilà donc, en résumé, toute sa formule : l'étude du mécanisme de l'âme pour la curiosité de ce mécanisme, une étude purement philosophique et morale de l'homme, considéré simplement dans ses facultés intellectuelles et passionnelles, et pris à part dans la nature » (Zola, 1989 : 79).

La construction de l'espace fictif au XIX^e siècle a donc été une des questions majeures des romanciers qui prétendaient reproduire la réalité. Les romanciers romantiques inaugurent le XIX^e siècle, « avec les orgies descriptives du romantisme » (Zola, 2006 : 222). Les lieux pour les romanciers réalistes vont servir à mieux cerner l'individu qui y habite, à expliquer le rapprochement et la détermination que le milieu exerce sur l'individu. Clôturant le XIX^e siècle, Zola va pousser le réalisme à ses confins en s'érigeant quasiment comme le seul naturaliste. Il s'impose nécessairement comme exemple lors des études menées sur l'espace. Bertrand-Jennings énumère les raisons qui déterminent chez Zola un traitement absolu de l'espace.

D'abord le naturalisme se donnant comme une poétique de la représentation, les lieux et l'espace doivent y jouer un rôle essentiel. [...] De plus, la doctrine expérimentale réclame une recherche du document, une exactitude qui l'incitent à la description dont les sites sont souvent l'objet. En outre, comme l'a bien montré Philippe Hamon, l'esthétique naturaliste contraint en quelque sorte ses adeptes à l'exhaustivité, et la signalisation spatiale, en vraisemblabilisant le texte, contribue à l'effet du réel. (Bertrand-Jennings, 1987 : 10)

L'espace devient chez Alphonse Daudet une composante essentielle du récit, puisque le conflit dans les œuvres que nous allons étudier éclate précisément par un rapport particulier à l'espace de nos personnages. Ils oscillent entre la recherche acharnée d'un espace où s'épanouir, notamment dans ses premiers romans, ou l'abandon d'un ancrage spatial, plus ou moins imposé, qu'ils voudraient quitter, mais malheureusement ils ne peuvent pas le faire. Cependant, certains personnages incapables de se plier à leur sort fuiront l'accablante réalité, ne trouvant d'autre

issue possible que celle de mettre fin à leurs jours. D'autres personnages, bien souvent à l'origine du déclenchement du conflit, opteront pour quitter un espace familial pour un autre avec lequel ils entreront en osmose, puisqu'ils pourront finalement être eux-mêmes. Deux personnages correspondant au premier et au dernier roman daudétien, Sidonie (*Fromont jeune et Risler aîné*) et Raymond Eudeline (*Soutien de famille*) renient leur précédente vie stable pour s'enfoncer dans une vie errante et insouciante.

1.2 Vers une approche de l'espace littéraire

Les références spatiales, si minimes soient-elles, sont nécessaires pour ancrer l'œuvre littéraire, mimésis du monde réel. Les personnages précisent d'un lieu qui leur permettra d'avancer dans l'intrigue, le tout modulé par l'inéluctable passage du temps. On pourrait penser, *a priori*, que l'espace ne serait qu'une simple scène où l'action se tiendrait par la seule force de ses personnages assujettis à une évolution marquée par l'écoulement du temps. Alors, où réside cette difficulté d'appréhension de l'espace littéraire ? Que se cache-t-il sous cette notion apparemment évidente ?

Définir l'espace peut paraître à priori une tâche déconcertante compte tenu de l'évidence de cette notion. L'espace est cette réalité sensible que l'on perçoit plus ou moins organisée par l'action de l'homme. L'espace littéraire ne serait que la reproduction fictionnelle. Cette notion d'espace est traitée comme « instinctivement compréhensible » par différents ouvrages, sans en donner vraiment une explication, comme souligne Anna Kaczmarek (2011 : 27) en reprenant les définitions d'Étienne Souriau.

Il faut, pour pouvoir définir l'espace littéraire, chercher dans les dictionnaires du vocabulaire esthétique et y retrouver d'abord une autre notion, englobant en quelque sorte celle qui nous intéresse, à savoir la notion de *diégèse*. Celle-ci étant définie par Etienne Souriau comme « l'univers de l'œuvre, le monde posé par une œuvre d'art qui en représente une partie (du grec « diegesis » signifiant *récit* et *contenu du récit*) », une de ses déterminations serait le *lieu* : « le lieu littéraire est l'endroit où se situe l'action de l'œuvre qui y est représenté ». L'espace littéraire serait donc un *espace diégétique*, « celui de l'univers de l'œuvre, où se situent les endroits montrés et mentionnés par cette œuvre, qu'ils soient signifiés ou suggérés ». (Kaczmarek, 2011 : 27-28)

Il convient, avant de proposer une définition de l'espace romanesque, d'envisager une approche intuitive pour détacher quelques caractéristiques. L'espace littéraire est un espace qui n'est pas directement perçu par le lecteur, telle une œuvre d'art, voire une sculpture ou un tableau. Il est évoqué au moyen du langage et c'est le lecteur, depuis sa propre approche spatiale et sa particulière vision du monde, qui construit l'espace, ou plutôt un espace, en déchiffrant le code verbal. On ne pourrait donc pas parler de l'espace romanesque mais d'autant d'espaces que d'individus lecteurs du roman. Comment prétendre attribuer à l'espace romanesque un caractère universel alors qu'il dépend de la particulière concrétisation de l'imaginaire du récepteur de l'œuvre littéraire, c'est-à-dire, du lecteur ? Ainsi l'espace romanesque « se construit comme objet de la pensée » (Weisgerber, 1978: 10). Il se distingue ainsi des espaces spectaculaires, propres au cinéma et au théâtre, où l'espace est montré au spectateur. Ce dernier complètera ou sentira le décor d'une manière toute personnelle. L'espace extrascénique évoqué par les personnages sera imaginé

par les spectateurs, sans doute avec moins de recours que les lecteurs du roman.

De l'autre côté, le créateur de la communication, le romancier, façonne l'espace romanesque depuis sa particulière vision du monde, en omettant ou en choisissant de parler de tel ou tel autre espace, et en faisant ressortir un aspect plutôt qu'un autre. Par ailleurs, les autres composantes du roman interviennent de près dans l'espace, puisque elles sont toutes solidaires. Les personnages nous conduisent à travers des espaces différents afin d'avancer dans l'intrigue, et l'espace ne peut trahir l'ancrage temporel dans lequel se situe l'action, sauf s'il y a une volonté de le transgresser de la part de l'auteur.

La construction des lieux de la part du romancier est une tâche qui peut entraver le développement de l'intrigue. Il faut tenir compte de l'organisation romanesque pour insérer l'espace ou la description de l'espace en même temps que progresse la narration. Pour mieux comprendre l'espace où évoluent les personnages, il va falloir interrompre pour un temps le récit et retracer les lieux, c'est la topographie du roman.

Fontanier, dans son fameux ouvrage *Les figures du discours*, nous avançait une définition assez vague de la topographie. Il s'agit d' « une description qui a pour objet un lieu quelconque, tel un vallon, une montagne, une plaine, une ville, un village, une maison, un temple, une grotte, un jardin, un verger, une forêt, etc. » (1977 : 422). D'après cette première approche, la topographie ferait référence à tout lieu naturel ou artificiel, ouvert ou fermé, à usage privatif ou pas, etc., autant d'endroits possibles où l'action peut prendre place. N'oublions pas que la topographie d'un roman n'est pas gratuite, elle répond à un besoin inné de situer l'action dans un axe spatial, mais aussi l'espace est solidaire du déroulement de l'action, ainsi que des personnages et du temps.

Par conséquent, le romancier va doser et va établir une hiérarchie dans la présentation des lieux. Par ailleurs, le narrateur, à travers son regard, guidera le lecteur à voir ce qu'il veut voir, créant ainsi un rythme dans le récit, qui varie en fonction du type de roman, de l'effet recherché, etc.

Elle [la description] peut servir à créer un rythme dans le récit : en détournant le regard vers le milieu ambiant elle provoque une détente après un passage d'action, ou un suspense lorsqu'elle interrompt le récit à un moment critique ; elle constitue parfois une ouverture, au sens musical du terme, qui annonce le mouvement et le ton de l'œuvre (*Atala*) ; elle élargit les perspectives narratives, note une sorte de point d'orgue qui prend valeur de symbole [...]. (Bourneuf R. et Ouellet R, 1985 : 117)

Le romancier doit également répondre à la façon dont il va organiser internement la description. D'après Bourneuf (1970), le romancier doit choisir les procédés qu'il va utiliser pour décrire l'espace. Il peut donc décrire d'emblée l'espace où l'intrigue va se dérouler, doser ces informations, utiliser des ressources de la peinture, etc. Philippe Hamon (1972) analyse le fonctionnement interne de la description. C'est normalement à travers le regard d'un personnage qui, à un moment donné, se retrouve oisif et profite pour s'attarder dans la contemplation de ce qui l'entoure. Il faudra, en fonction de l'effet recherché, adapter le lexique afin d'entrevoir une sémantique de l'espace qui pourra nous révéler certains comportements des personnages et dévoiler l'intrigue.

L'espace daudétien traduit une particulière vision de l'approche de notre auteur avec l'espace. D'emblée il nous faut distinguer entre l'espace des nouvelles et l'espace des romans. Dans le premier cas, il est subordonné à l'action d'où l'économie descriptive, même si ceci n'est pas toujours vrai. En effet, certains

paysages où se déroulent ses nouvelles semblent parfois être de véritables régals sensuels, surtout lorsque la nouvelle a pour cadre la Provence, la Corse ou l'Algérie, des paysages méditerranéens connus par notre auteur pour s'y être rendu pour des cures de santé ou pour y avoir passé les premières années de sa vie. Depuis la grisaille parisienne, Alphonse Daudet remémore ces paysages forts en contrastes, surtout en ce qui concerne la Corse, comme l'a si justement constaté Urbani (2015).

La Corse se présente donc comme un espace paradisiaque qui libère l'imaginaire et favorise la rêverie : en effet, dans ce paysage désolé, Daudet, transgressant un instant les limites du réel, se livre à la rêverie, à l'errance, selon ses propres impulsions, et à la création littéraire. Il s'agit en quelque sorte d'une liberté d'âme, détachée de la lourdeur du réel. (Urbani, 2015 : 26)

Dans les romans, l'espace occupe une place plus importante puisque les enjeux sont bien différents. Il s'agit de plonger le lecteur dans l'atmosphère que le personnage est en train de sentir. Parfois, contrairement à ce que l'on pourrait penser, les espaces ne sont pas traités en profondeur, puisque Daudet a un style très particulier, comme déclare Anne-Simone Dufief (1997), qui recueille à son tour les propos de Ferdinand Brunetière et de Gustave Geffroy, concernant le style « impressionniste » de Daudet. Dans la critique de *Fromont jeune et Risler aîné*, qui accompagne les œuvres complètes de Daudet (O.N.V.C.), Geffroy insiste sur cette description impressionniste qui tient compte de la totalité des éléments dont dispose l'écrivain pour n'en choisir que les plus frappants et réussir à créer un effet plus puissant.

Pour le montrer sous tous ses aspects, pour ajouter les traits de caractères aux indices extérieurs, pour arriver à la

création cherchée, Daudet a employé tous les renseignements que lui fournissaient les faits et les entourages ; la vérité des milieux, l'impressionnisme des descriptions ne lui ont pas servi seulement à peindre des tableaux et à orchestrer des phrases, mais surtout à augmenter l'humanité de ses créatures, à rendre mieux visible leur action, plus perceptible leur mécanisme interne. (Fromont jeune et Risler aîné⁴, O.N.V.C., 1929 : 305)

On note lors des descriptions des lieux, puisque c'est le sujet de notre étude, la justesse descriptive, à l'instar qu'émotive, lorsqu'il dirige son regard vers un objet donné, un geste, un mot, etc., des petites touches d'artiste qui transcendent au-delà du simple décor, mais qui laissent des empreintes chez le lecteur. On pourrait citer de nombreux exemples, comme la cérémonie du mariage de Sidonie. Daudet omet les éléments descriptifs au sens strict et tourne notre regard vers la satisfaction de Sidonie qui jouit de la foule et de soulever des envies.

Et cette poussée de monde à la sacristie, le petit nuage blanc, perdu, noyé, entouré, embrassé, pendant que le marié distribue des poignées de main à tout le haut commerce parisien venu là pour lui faire honneur... Et le grand coup d'orgue de la fin, plus solennel à cause de la porte de l'église large ouverte qui fait participer la rue entière à la cérémonie de famille, les sons passant le porche en même temps que le cortège, les exclamations du

⁴ Pour les romans daudétiens, nous simplifierons les références et nous omettrons l'auteur et l'année de publication lorsque nous utiliserons l'édition Gallimard (La Pléiade), de la manière suivante : *Titre* : n° de page. Lorsque l'on utilisera une édition différente, telle Édition Ne Varietur, on ajoutera O.C.N.V. à la citation dans le texte. Par ailleurs, il faut noter que les deux derniers romans d'Alphonse Daudet, que nous allons analyser *Rose et Ninette* et *Soutien de famille*, ne sont pas publiés dans l'édition Gallimard. Nous avons utilisé, pour ces deux romans, l'édition Ne Varietur. Cependant l'édition O.N.V.C. comporte un appareil critique constitué de divers articles écrits par des journalistes de l'époque.

quartier, une brunisseuse en grand tablier de lustrine disant tout haut : « Le marié n'est pas beau, mais la mariée est crânement gentille... » C'est cela qui vous rend fier quand on est le marié... (*Fromont jeune et Risler aîné* : 938)

Par ailleurs on remarque dans de nombreux passages, comme celui que l'on vient de citer, la particularité des descriptions daudétiennes. Ce sont des descriptions en mouvement et à hauteur des personnages, ce qui permet d'avoir une vision plus exacte des lieux mais aussi, comme nous venons de le constater, elles nous font complices des commentaires émis par des passants ou des badauds, qui nous plongent dans l'atmosphère de la capitale de l'époque.

1.3 Paris, ville troublante au XIX^e siècle

Au cours de tout ce siècle, de nombreux auteurs vont contribuer à forger la légende de ce Paris à la fois bigarré et controversé. *Les Mystères de Paris* ou *Les Misérables* présentent les bas fonds d'une ville aussi menaçante qu'attirante : le monde des malfrats face à la ville des idées, ville des lumières. Le Paris du Second Empire, représenté dans les romans daudétiens, se trouve en pleine mutation orchestrée par Haussmann. Nombreux romans se font écho de cette transformation frénétique et du dépeçage de la capitale par des spéculateurs ambitieux, notamment Zola (*La Curée*). Il convient cependant de souligner que Balzac, dans *César Birotteau*, dénonçait déjà les spéculations immobilières sous la Restauration. Elles seront plus flagrantes sous le Second Empire, en effet, les grandes percées et les aménagements urbains du baron Haussmann attirent les profiteurs qui voient l'opportunité d'un enrichissement débridé.

Aristide Saccard est monté à Paris profitant de la bonne étoile de son frère, Eugène Rougon, qui avait réussi à gagner la faveur de l'Empereur en le soutenant lors du coup d'état. Il place alors son frère modestement dans l'hôtel de ville, dans l'administration de la voirie. Il voit tout de suite l'opportunité de faire de l'argent et commence patiemment à tisser son plan.

Aristide Saccard, depuis les premiers jours, sentait venir ce flot montant de la spéculation, dont l'écume allait couvrir Paris entier. Il se trouvait au beau milieu de la pluie chaude d'écus tombant dru sur les toits de la cité. Dans ses courses continuelles à travers l'Hôtel de Ville, il avait surpris le vaste projet de la transformation de Paris, le plan de ces démolitions, de ces voies nouvelles et de ces quartiers improvisés, de cet agio formidable sur la vente des terrains et immeubles, qui allumait, aux quatre coins de la ville, la bataille des intérêts et le flamboiement du luxe à outrance. Dès lors, son activité eut un but. (Zola, 1984 : 69)

Homme d'affaires sans scrupules, il fait de l'argent son seul moteur. Il en résultera un homme profondément dénaturé au fur et à mesure que sa fortune augmente. Son avidité d'argent en devient presque animale. Le Paris décrit dans *La Curée* est celui de la Babylone moderne, une sorte de Sodome et Gomorrhe où la vie de débauche n'entend pas de classes sociales. Cependant les plus faibles devront se plier aux transformations de la capitale, puisqu'ils seront expulsés de leurs quartiers du centre, pour se retrouver dans les faubourgs. Ces travaux parisiens servent d'image entre le destin de certains personnages daudétiens et celui de la capitale.

Entre le ménage Chèbe et le ménage Delobelle il y avait une certaine analogie de position. Seulement chez les Delobelle

c'était moins triste. Les autres sentaient leur vie de petits rentiers rivée autour d'eux, sans horizon, toujours pareille ; tandis que la famille du comédien, l'espoir et l'illusion ouvraient partout des vues superbes.

Les Chèbe étaient comme des gens logés dans une impasse. Les Delobelle habitaient une petite rue sale, noire, sans jour ni air, mais où devait passer prochainement un grand boulevard. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 950)

Paris exerce un grand pouvoir de séduction sur les provinciaux poussés non seulement pour faire fortune, mais encore par la fascination de ville mythique, qui se traduit chez eux en une sorte d'expérience initiatique. Georges Duroy (*Bel-Ami*) montre l'ascension sociale d'un séduisant arriviste sans scrupules et prêt à tout pour se faire une place dans la capitale. Cette réussite dans la capitale n'est pas exempte de difficultés que l'individu ambitieux surmonte, mais son intégrité s'ébranle de plus en plus au fur et à mesure qu'il se livre à des actes de douteuse moralité.

Paris occupe une place incontestable dans les romans du XIX^e siècle. C'est à la fois une ville mythique, fascinante, ainsi que menaçante. Elle a profondément changé, de même que la société qui cherche désespérément des repères dans le monde moderne abandonné aux intérêts économiques. Elle a séduit le romancier réaliste qui va percevoir la difficulté de l'individu pour se faire une place dans cette ville frénétique qu'il ne reconnaît plus.

Toujours est-il que cette ville génère une grande fascination, qui parfois ne fait pas l'unanimité, surtout pour les provinciaux ne se trouvant pas à leur place. Elle se révèle contraignante pour ses habitants qui manquent de repères et se perdent dans cette ville prestigieuse.

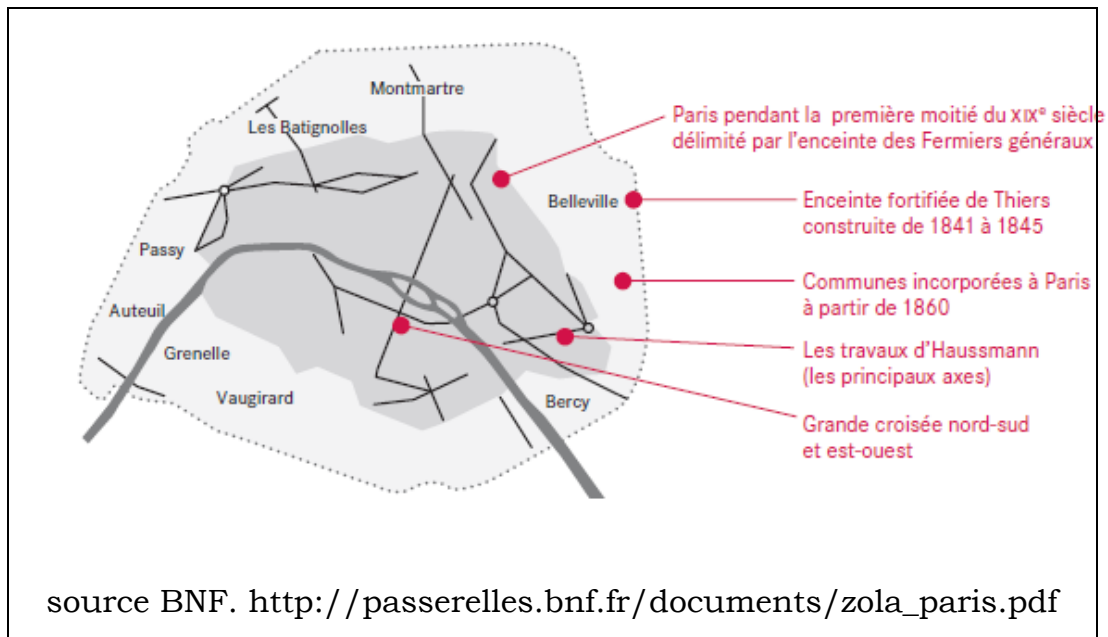
Et ce n'est pas étonnant ! Napoléon III avait déjà en tête un projet très ambitieux pour transformer la capitale, mais il n'avait pas trouvé l'homme énergique qui ne reculerait pas face à ces

travaux titanesques, jusqu'à ce qu'il nomme Haussmann préfet de la Seine en juin 1853. En effet, l'emprise était de taille. Cette transformation urbanistique était destinée à satisfaire les besoins d'une population moderne qui habitait une ville obsolète. Un plan d'assainissement était impérieux pour améliorer la vie de la population et freiner la propagation de maladies. En même temps, sous cette question sociale, on devinait une intention militaire, car en agrandissant les avenues l'armée pouvait mieux contrôler les émeutes et éviter les barricades. Paris⁵ va se décongestionner en même temps que les villages compris jusqu'à l'enceinte de Thiers, connus sous le nom de la « petite banlieue », s'annexent à la capitale. Désormais Paris comprendra vingt arrondissements.

Parallèlement aux grands travaux urbanistiques, dont la carte ci-dessous nous montre les grands axes, le paysage urbain parisien est métamorphosé. Napoléon III a attaché une importance spéciale aux espaces verts, de sorte que tous les arrondissements comptent des squares ou des jardins publics, et il a favorisé l'accès aux deux grands poumons de Paris (les bois de Vincennes et de Boulogne). Le mobilier urbain de cette époque ne laisse au hasard le moindre détail : bancs publics, kiosques, colonnes Morris ou fontaines Wallace, mobilier « qui, harmonisant ses rythmes avec les balcons des façades haussmanniennes, donne son style à Paris » (Carmona, 2011 :109). Il convient de souligner que certains bâtiments ou monuments devant lesquels les touristes actuels s'extasient datent de cette époque: l'Opéra Garnier, l'église Saint-

⁵ Tout au long du XVIII^e, l'état de Paris préoccupe les institutions et les hygiénistes. Paris « inquiète comme un corps malade » (Faure, 2004 : 438). Une volonté d'améliorer les conditions de ses habitants pousse les dirigeants à réglementer et à aménager les espaces urbains. Sous la Convention, Paris s'agrandissait en annexant les faubourgs, jusqu'à l'enceinte des Fermiers Généraux. Elle comprenait 12 arrondissements. Le deuxième agrandissement remarquable de Paris a lieu sous le Second Empire et donne naissance à 20 arrondissements qui perdurent jusqu'à aujourd'hui.

Augustin, le Tribunal de Commerce, les théâtres de la Ville et du Châtelet, etc. De nombreux bâtiments sont restaurés et les espaces sont aménagés pour donner une plus grande netteté et fraîcheur à une ville fatiguée.



Le projet haussmannien était très ambitieux pour un seul homme et les travaux, à la chute de l'Empire, ne sont pas terminés. Les hommes du nouveau régime s'engagent, tant bien que mal, à boucler le dossier.

Le bel habit, un peu trop neuf, à la vérité, et trop voyant, dont le préfet-baron avait revêtu sa bonne ville, était bâti, comme disent les tailleurs. Il ne s'agissait plus que de faire les raccords et de meubler les espaces vides. Ces somptueux boulevards, tracés tout droit à travers le vieux Paris, avec un magnifique dédain du passé, ils

ressemblaient un peu aux vieilles et glorieuses voies romaines, pavées de marbre, mais bordées de tombeaux. (Burnand, 1947 : 181).

Elle va devenir une ville légendaire à l'instar d'autres grandes villes qui ont, à un moment donné, été villes-phares des civilisations, comme Babylone, Athènes, Rome, Byzance ou Londres.

Paris commence à prendre une place de plus en plus imposante dans le monde des lettres du XIX^e siècle, presque incontestable dans cette floraison romanesque. La province reste reléguée à un second plan mais pas de moindre importance. D'un côté, elle est le berceau de nombreux personnages montés à la capitale en quête de fortune, et de l'autre, on note le fameux topos de l'opposition province-capitale si présent à cette époque. Melison-Hirchwald signale l'incursion de Paris dans les romans du XIX^e siècle, ainsi que la rencontre des deux mondes antagonistes, Paris et la province, surtout la Provence chez Daudet.

Cette omniprésence de Paris ne tient évidemment pas au seul Daudet. C'est là que s'exercent les conditions de production de la littérature au XIX^e siècle. Et, à l'époque, il n'est de reconnaissance que parisienne. On peut alors considérer *Fromont jeune et Risler aîné* comme un passage obligé dans la carrière de Daudet. Par ce roman entièrement parisien, l'auteur voulait en effet briser ce carcan régionaliste dans lequel on commençait à l'enfermer après la parution des *Lettres de mon moulin* et la représentation de *L'Arlésienne* notamment. [...]

C'est donc davantage le rapport entre la Provence et Paris qui se trouve le plus souvent au cœur de l'intrigue. (Melison-Hirchwald, 2010 : 71)

Paris est le cadre par excellence des romans sur lequel repose le fatum des personnages. Ainsi, Paris devient au XIX^e siècle, la capitale de l'Europe, et par extension du monde. C'est la capitale artistique, économique, intellectuelle, politique vers laquelle se tournent tous les pays. C'est également l'éden des arrivistes, la scène des cocottes et de femmes entretenues, le terrain de jeux des financiers et spéculateurs, le terreau où s'accroîtront de flagrantes différences sociales, etc. Paris, c'est la ville agent, un personnage vivant, dévoyé par une modernité incontrôlée.

Les œuvres de notre corpus présentent la capitale en pleine mue. Des chantiers, de nouveaux immeubles, des ruines parsèment les romans et croisent les parcours des personnages faisant honneur, certains d'entre eux, à cette étiquette de « flâneur » si symptomatique de cette deuxième moitié du siècle. Des déambulations, parfois sans but apparent, occupent les journées de certains personnages fascinés par toute cette nouvelle vitrine qu'est devenue Paris, ce qui permet à notre auteur d'arrêter l'intrigue et de partager l'ambiance l'agitation à certains moments de la journée de la capitale. De la main de notre auteur, on ne découvre pas seulement le nouveau Paris avec ses changements externes et architecturaux, mais aussi le style de la vie moderne urbaine.

Par exemple, à la sortie du Corps législatif, Jansoulet ne désire plus que se mettre à l'abri de tous les regards inquisiteurs et de toutes les diffamations. L'extérieur ne présente pas une ambiance plus tranquille que celle de l'assemblée : c'est le retour du bois et les promeneurs se précipitent à la capitale.

Il arrivait à la rue Royale, où s'engouffraient avec des rapidités de retour et des éclairs d'essieux, des visions de femmes voilées, de chevelures d'enfants blonds, des équipages de toutes sortes rentrant du Bois, apportant un peu de terre végétale sur le pavé de Paris et des effluves de

printemps mêlées à des senteurs de poudre de riz. (*Le Nabab* : 711-712)

Le lecteur perçoit ce tableau à travers le regard de Jansoulet. Ce sont des impressions saccadées qu'il transmet au lecteur et qui, par ailleurs, contribuent à ce rythme frénétique du retour du Bois. Ce tableau succinct ne renvoie pas une image si anodine des habitués de ces promenades. Les femmes voilées accompagnées, du moins c'est ce que l'on déduit de cet extrait, d'enfants, nous fait penser au roman de *Jack*, dans lequel Ida de Barancy utilise son enfant pour racoler⁶. Notons également ce désir de ramener un peu « de verdure » à la capitale, spécialement avec les parfums du Bois. Cette description composée à partir de ces touches descriptives mais dirigées s'inscrit bien dans la lignée des apparences qui est très présent dans les romans daudétiens. Sans dévoiler de façon explicite et loin des descriptions détaillées, Daudet réussit à montrer l'essence d'un personnage ou d'une situation.

1.4 La maison, scénario par excellence de la vie privée

Comme nous l'avons déjà mentionné, à partir du XIX^e siècle, la description des espaces cesse d'avoir une fonction purement décorative pour devenir un élément essentiel dans la construction du personnage.

Balzac justifie la description par l'action que le milieu (paysages, villes, maison, appartement) exerce sur les êtres.

⁶ Comme l'a remarqué Noëlle Benhamou (2007), lorsqu'elle étudie la promenade mondaine, celle-ci « devient moins innocente et moins désintéressée quand les demi-mondaines exhibent leur progéniture » (2007: 1).

[...] Dès 1830, avec les *Scènes de la vie privée*, Balzac découvrait l'unité du personnage et de son milieu. Il écrivait dans *Une double famille* : « S'il est vrai, d'après un adage, qu'on puisse juger une femme en voyant la porte de sa maison, les appartements doivent traduire son esprit avec encore plus de fidélité. » La description devenait une explication de caractères. (Raimond, 2002 :159)

La maison a fait l'objet de nombreuses études de domaines très variés. Une œuvre incontournable pour comprendre la relation que l'être humain noue avec l'espace est celle de Gaston Bachelard, *La poétique de l'espace* où il consacre les premiers chapitres aux espaces de l'intimité, et par excellence celui de la maison « car la maison est notre coin du monde. Elle est — on l'a souvent dit — notre premier univers. » (Bachelard, 1992 : 24).

Le lien existant entre les personnages et leur milieu est indéniable, mais il ne faut pas négliger la particulière relation de l'auteur avec l'espace. Dans ce sens-là, l'espace poétique est fortement investi par le vécu de notre auteur. Chez Daudet, l'importance de la maison ou plutôt du foyer revêt des connotations très personnelles. Précédemment nous avons brièvement mentionné la déchéance de la famille, et ses nombreux déménagements vers des logements de plus en plus modestes. Lorsque la ruine se fait insupportable, la famille éclate et ses membres sont obligés de se séparer. Les aînés, Ernest et Alphonse, ont la lourde tâche de reconstruire le foyer familial. Ils y parviendront quelques années plus tard.

Cependant, la blessure de ces années de misère dans des logis de plus en plus miséreux a du mal à cicatriser pour ces jeunes gens issus d'un milieu bourgeois. En outre, la séparation s'avère particulièrement difficile pour Alphonse, qui à 16 ans est obligé de gagner sa vie. Même si plus tard il arrive à vivre aisément de son

métier, il garde cependant une relation ambiguë avec la maison comme nous l'observerons à travers ses personnages auxquels il transmet cette insatisfaction permanente, en les empêchant de s'enraciner dans un endroit quelconque.

Par ailleurs Daudet se veut peintre de son temps et témoin de la modernité de cette époque. Les changements ne sont pas qu'extérieurs, les relations interpersonnelles subissent l'influence de ces profondes transformations. Daudet, en nous ouvrant les portes de ces intérieurs, apparemment préservés de tout danger, nous montrera l'équilibre fragile de ces logis. En d'autres termes, les habitations se font de plus en plus imposantes, alors que l'intérieur familial semble s'ébranler.

En outre, les foyers daudétiens sont marqués alors par une très grande diversité et sont à l'image de leurs occupants : de passage, de reconstruction, etc. La stabilité fait défaut dans les maisons daudétiennes de la capitale. De nombreuses complications vont influencer sur les personnages, qui vont devoir partir à la recherche d'un nouveau domicile où s'installer. Si les personnages possèdent un domicile initial, en apparence solide, l'intrigue va venir ébranler cette trompeuse tranquillité. D'autres personnages se trouvent voués à la recherche constante d'une maison où mener une vie épanouie, et d'autres prendront leur envol, plus ou moins forcé, à la fin du roman.

Nous allons analyser dans l'œuvre d'Alphonse Daudet le traitement de l'espace et son retentissement dans l'histoire. De nombreux espaces apparaissent dans ces romans, cependant nous allons nous centrer sur les espaces parisiens intimes qui nous permettent de mieux nous approcher directement des personnages, ce qui évidemment ne sera pas sans conséquences dans le déroulement de l'intrigue ou dans le devenir des personnages.

Pour ce faire nous analyserons les différents huis clos où les personnages se montrent tels qu'ils sont et leur particulière relation avec ces espaces. Ceci nous permettra de mieux appréhender les différents tableaux que Daudet a réalisés de la vie de ses contemporains, aussi bien dans la sphère privée que dans la sphère publique.

La maison est l'espace clé de l'intimité de l'homme du XIX^e siècle, qui prend conscience de l'importance croissante de cet espace dans la nouvelle société qui s'ébauche. Nous pénétrerons dans les intérieurs bourgeois, principalement, mais aussi dans certains logis particuliers, comme l'intérieur d'une cocotte ou de célibataires.

Dans ces intérieurs, nous prêterons spécial attention à la chambre, espace intime par excellence, sans oublier de nombreux autres espaces de convivialité et de rencontres, comme le salon, où les occupants, tout en étant chez eux, ne sont plus protégés. Désormais la sphère privée a été envahie par la sphère publique. Tout dépendra de la relation plus ou moins étroite avec ces invités, mais nous verrons que les relations mondaines font preuve d'un grand cynisme.

Néanmoins, les occupants d'une maison ne peuvent pas, à priori, se déplacer librement. Dans les grandes maisons bourgeoises, il existe des endroits réservés à l'homme et d'autres à la femme. Nous assisterons à la transgression de ces espaces de caractère privatif qui aura des conséquences dans le déroulement de l'intrigue.

Parfois dans ces lieux murés, l'interaction entre les occupants est pratiquement inexistante car ceux-ci ne prennent plus la peine de dissimuler une cohabitation plus ou moins imposée. Cependant à l'extérieur, il n'est guère possible de montrer le vrai visage, il faut alors, porter des masques mondains pour s'introduire dans le monde. Dans d'autres cas, le public et le privé se confondent dans

ces espaces, il est très difficile pour les personnages de trouver des repères dans ceux-ci et de sentir vraiment chez eux. D'autres personnages vont aller plus loin dans cette recherche d'espace et en auront même un deuxième pour vivre une autre vie plus excitante que celle que leur offre leur foyer.

Nous analyserons également la maison idéale pour notre auteur où leurs occupants peuvent s'épanouir. Il est curieux de constater que ce foyer présente, d'emblée, un aspect naïf, nous en analyserons les différentes composantes. Par ailleurs, notons que les foyers parisiens sont pour la plupart très fragiles, contrairement aux foyers méridionaux, qui ont une plus grande tradition et se montrent plus solides.

À mi chemin entre le privé et le public, il y a des espaces qui jouissent d'une grande privacité, même s'ils se trouvent à l'extérieur. Leurs occupants se retrouvent en tant que membres d'une société, et par conséquent dans ces espaces-là, les personnes sont astreintes à l'observation des règles de civilité et de bienséance qui régissent les rapports entre elles. Ils varient en fonction de l'âge, de l'usage que l'on en fait (divertissement et des endroits plus solennels), du sexe des occupants, etc.

Il s'avère également très important de souligner des déambulations ou des promenades des personnages. À travers l'étude de ces déambulations plus ou moins motivées, nous allons mieux comprendre l'effet que veut produire l'auteur, non seulement par rapport à l'intrigue et aux autres personnages, mais aussi comme image d'une quête de soi, d'une meilleure connaissance et d'évolution personnelle. Ces déambulations ont des motivations bien différentes : la recherche d'un foyer plus stable, un trajet pour mettre fin à ses jours, une fuite, etc. Ces déambulations sont de véritables actes de liberté. Les personnages acquièrent la clairvoyance ils n'avaient jamais fait preuve auparavant et leur donne le courage de se livrer courageusement à

l'introspection. La figure du flâneur, très attachée à cette époque, mais surtout à l'urbanisme de la capitale, s'affiche dans de nombreux romans. À côté de ceux-ci, des curieux et des badauds rôdent la capitale cherchant un spectacle devant lequel s'arrêter et assouvir leur curiosité. Nous analyserons également la figure du mythe juif errant, incarnée dans le personnage de Bélisaire.

D'autres images sont utilisées pour symboliser le détachement des personnages de l'espace. Elles illustrent bien ce va-et-bien des personnages, comme le bateau, la route. En effet, la plupart des personnages daudétiens n'ont pas d'histoire. On a l'impression qu'ils surgissent un peu par génération spontanée, sans attaches physiques à un lieu, presque sans famille, et qui, à leur tour, peinent à se fixer définitivement.

2 DEFINITION DU CORPUS DE TRAVAIL

Alphonse Daudet a été un témoin d'exception de son temps, d'un quotidien bigarré dévoilant la vie tantôt en Provence comme à la capitale, des classes aisées ou des classes populaires, des hommes d'affaires ou des hommes en marge, etc., autant de distinctions qui nous permettent de pénétrer dans des espaces intimes très variés. La limitation de notre corpus aux espaces intimes parisiens répond, d'une part à une volonté de limiter notre domaine d'observation à la capitale, compte tenu de l'importance de Paris dans les romans du XIX^e siècle, notamment dans le dernier tiers, et d'un autre côté, de rendre part de la vision d'un Méridional de la capitale. On notera, au fil des années, une approche différente et une union plus harmonieuse avec cet espace dont il s'est approprié.

Certes, Alphonse Daudet s'est servi de la capitale comme le décor de nombreuses nouvelles, d'un grand retentissement littéraire, voire *Lettres à un absent* ou *Les contes du lundi*. Cependant, notre choix d'exclure l'espace des récits brefs vient déterminé par une délimitation, plus ou moins arbitraire qui s'impose à tout travail, mais surtout parce que dans ces récits, l'espace se soumet à l'intrigue, souvent épisodique, et à sa brièveté, cette affirmation est surtout valable pour les nouvelles dont l'intrigue se déroule à la capitale. D'autres romans ont été exclus de notre étude pour des raisons bien différentes. La trilogie de Tartarin raconte les aventures grotesques du personnage éponyme loin de la capitale. *Le Petit Chose*, premier roman de notre auteur, nous montre sa jeunesse, démesurément malheureuse ainsi que l'arrivée à Paris. On pourrait parler d'un roman de formation empreint de poésie et de fantaisie, ce qui s'accorde mal avec notre étude de la capitale et de ses mœurs. Un troisième roman exclu de notre analyse est *La Petite Paroisse*, écrit en 1894. C'est un livre méconnu de l'œuvre daudétienne, mais un véritable chef d'œuvre où la route devient un élément à part entière du roman.

À partir de 1890, Daudet se tourne vers des scènes plus intimes où l'accent est mis sur les tensions générées au sein d'une famille intra muros. Il n'y a plus d'agents extérieurs pour troubler les comportements des personnages, mais ce sont ces derniers, désenchantés ou mécontents, qui ne se plient plus à cette image familiale traditionnelle. Parmi ces romans, se trouvent *Rose et Ninette*, *La Petite Paroisse* ou bien, *Soutien de famille*. Ces trois romans dévoilent les misères ainsi, que la méchanceté gratuite des relations humaines. Dans ces romans, il n'y a ni fêlure ni hystérie pour justifier la cruauté dont font preuve certains personnages. Dans *Rose et Ninette*, la loi du divorce tout récemment approuvée à la fin du XIX^e siècle, met en avant le divorce polémique entre un vaudevilliste à la mode à la capitale et une femme à esprit futile. Ce

court roman révèle la divergence de caractères de ce couple, lui plutôt casanier, tandis que sa femme aimait bien toute la scène mondaine parisienne. *Soutien de famille*, comme nous constaterons lors de notre développement, est un roman de relations personnelles et d'intrigues, où convergent des personnages très disparates, mais très porté sur tout ce qui se déroule intra muros. Bien évidemment, l'action se déroule à la capitale.

En revanche, *La Petite Paroisse* traite à nouveau le problème d'un couple, résidant à Draveil, dans la proche campagne parisienne. La jeune épouse infidèle quitte le domicile conjugal contrôlé par une belle-mère tyrannique et s'enfuit avec son jeune amant, Charlexis, à peine âgé de 18 ans. De son côté, le jeune homme ne cherche dans cette aventure qu'à défier l'autorité de son père, de même qu'un stimulant à un séjour fastidieux à la campagne. Une histoire d'adultère, de jalousie malade, mais aussi et surtout de pardon. La route de Corbeil traverse ce roman et prend une place imposante : elle est témoin du temps qui passe, des souvenirs, mais également d'une ouverture vers l'inconnu, permettant à tout moment de revenir sur ses pas. La route, à elle toute seule, serait un espace à part, comme l'a signalé Pierre-Jean Dufief.

Le motif de la route se substitue comme fil directeur de l'œuvre à l'intrigue ; la composition musicale organisée autour de leitmotiv, qui rompt avec la succession chronologique apparaît comme très novatrice. Le romancier multiplie les variations et la route prend une forme nouvelle selon les jours, les saisons, les âges de la vie. Le thème permet toute une série d'échos ; dans cette œuvre très musicale les sons occupent une place essentielle et les phénomènes de mémoire involontaire toujours associés au cadre de la route rapprochent les passés et le présent. (Dufief, 2000 : 182)

Les intrigues inscrites à Paris et ses environs contribuent à créer cette illusion réaliste mentionnée auparavant. Dans ces romans conformant notre corpus de travail, Paris joue un rôle dans l'intrigue romanesque, à l'instar des personnages, qui succombent aux charmes de la capitale mondiale d'un siècle en pleine mutation. Paris est devenu la *Babylone moderne*, ville fascinante symbole de l'ambition et de l'escroquerie humaine. Ce visage de la capitale se montre déjà dans les romans balzaciens, la société parisienne est présente sous de multiples visages qui révèlent les mœurs du temps. Paris est une ville fascinante où triomphe le cynisme, mais elle n'est pas faite pour les âmes candides, comme le montre *Le Père Goriot* ou *Le cousin Pons*. Cette même remarque pourrait s'étendre aux personnages daudétiens, car certains d'entre eux ont succombé en se mesurant à Paris. D'autres ont vite compris l'engrenage de la société parisienne et la défient à l'instar de Rastignac.

Puis, dans la direction du vent, les milles cheminées d'usines, levées sur ce moutonnement de toits groupés, se mirent à souffler à la fois leur vapeur haletante avec une activité de steamer au départ... La vie recommençait... Machine, en avant ! Et tant pis pour qui reste en route !... Alors le vieux Planus eut un mouvement d'indignation terrible :

« Ah ! Coquine... coquine... », criait-il en brandissant son poing ; et l'on ne savait pas si c'était à la femme ou à la ville qu'il parlait. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1184)

Dans les romans que nous allons analyser, les personnages se mesurent à la capitale et à ses règles du jeu. Certains ne sont pas de taille et échouent dans leur désir de s'installer dans cette ville merveilleuse. Ce sera une constante dans les dix romans que nous

allons analyser : les personnages principaux ne semblent pas être à leur place dès le début du livre. Cette non-acceptation de l'espace ou, dans d'autres cas, une lacune de repères spatiaux mettra en évidence l'inadaptabilité ou l'impuissance de s'épanouir dans un milieu donné. Une fois l'espace convoité atteint, d'autres obstacles s'interposeront et le « héros » sera incapable de jouir de cette nouvelle vie.

2.1 *Les romans parisiens*

Il est vrai que Daudet est un auteur méridional, né à Nîmes, débarqué à la capitale alors qu'il avait à peine 17 ans et que cette première étape de sa vie va fortement marquer sa production littéraire, principalement sa production théâtrale, pour laquelle il ne reçoit pas les résultats escomptés. La guerre franco-prussienne marque un virement dans la production littéraire de notre auteur. La guerre, même s'il n'a pas participé en première ligne, a fortement perturbé le jeune écrivain. Bien qu'il persévère dans le théâtre, dans les drames provençaux, il doit se rendre à l'évidence que le public parisien ne participe pas de ce dépaysement auquel notre auteur semble éprouver une grande nostalgie. Dans *Histoire de mes livres*, sorte de préface qui accompagne certains de ses romans, il déclare pour *Fromont jeune et Risler aîné*, le roman qui inaugure notre corpus, son intention de se détourner de sa Provence natale pour se servir du décor que lui offre la capitale. Il va se tourner vers des espaces plus familiers au public parisien, car Paris est en définitive, le foyer d'où se propagent les ondes sismiques du succès de n'importe quelle œuvre.

Par ailleurs, ce sera son regard perçant sur la capitale, s'arrêtant sur les impressions causées par la nouveauté de certains endroits ou les sensations éprouvées à la vue du spectacle parisien

qui fera de ces descriptions de véritables tableaux de la vie quotidienne au XIX^e siècle.

Enfin, ce Nimois faisait preuve dans *Fromont* d'une connaissance de Paris complète, plus grande, plus approfondie que chez beaucoup de Parisiens, pour la raison qu'il ne regardait pas Paris avec les yeux de l'habitude, mais avec la surprise du premier jour. Toute sa vie, c'est ainsi qu'il regarda Paris. (Daudet, 1941 : 108)

Les romans s'enchaînent, certains sont adaptés au théâtre, mais le succès des pièces se fait toujours attendre, contrairement aux romans qui connaissent presque tous des succès immédiats.

Ils recouvrent pratiquement tous les quartiers de la capitale : le Quartier latin, « le camp de base à partir duquel tous les jeunes ambitieux du dix-neuvième siècle sont censés conquérir Paris » (Pierre-Gnassounou, 2007 :1), le Marais, le quartier des artisans et de petites entreprises, les beaux quartiers du 8^e arrondissement, les quartiers récemment annexés, comme Ménilmontant, etc. Daudet parcourt tous les recoins de la capitale à la recherche des cadres relevant presque de l'extraordinaire provoquant en lui une profonde sensation.

Ah ! J'en fouillai des maisons sombres, cette année-là, j'en grimpai des escaliers froids à rampe de corde, cherchant mon milieu idéal dans le nombre infini des petits métiers. Je désespérais, à la fin ; mais mon entêtement devait trouver sa récompense. Un jour, rue du Temple, sur une cartouche de cuir bouilli, dans un de ces cadres où, pour la commodité des chalands, sont inscrites et affichées toutes les industries d'une maison, je lus ces lettres d'or fané qui m'éblouirent :

OISEAUX ET MOUCHES
POUR MODES.

(*Fromont jeune et Risler aîné*, « Histoire de mes livres » : 1190)

Le corpus de travail⁷ sur lequel va porter nos recherches est composé des ouvrages suivants :

- *Fromont jeune et Risler aîné*.
- *Jack*.
- *Le Nabab*.
- *Les Rois en exil*.
- *Numa Roumestan*.
- *L'Évangéliste*.
- *Sapho*.
- *L'Immortel*.
- *Rose et Ninette*.
- *Soutien de famille*.

Dans *Fromont jeune et Risler aîné*, Sidonie est un enfant de Paris. Son insatiable cupidité fait d'elle une véritable « poupée parisienne » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1105). Le personnage principal de l'histoire est indissociable du lieu où il évolue. Elle deviendra, à la fin de l'histoire, une cabotine se produisant dans des cafés chantants. Tout un monde de la bohème, celle des ratés, trouve son compte dans cette ville. Aussi bien celle des ratés (du théâtre, Delobelle, et des affaires avec M. Chèbe, dans *Fromont*), que la bohème artistique dans *Sapho* ou bien la bohème

⁷ Tous ces romans se trouvent dans la base de Frantext (www.frantext.fr), base textuelle qui nous a permis de rechercher des mots ou des listes de mots dans les œuvres daudétiennes. Elle nous a permis également de faire des études de voisinage de certains mots clés afin de pouvoir traiter ces données et nous orienter dans notre recherche. Sur ce site, nous pouvons également trouver d'autres œuvres d'Alphonse Daudet, comme par exemple, des recueils de poésie, des pièces de théâtre ainsi que des contes ou nouvelles.

intellectuelle, dans *Jack*. La capitale devient le cadre où ces malheureux s'acharnent à vivre d'un talent dont ils sont dépourvus. Ils nourrissent l'image du Paris bohème devenu tendance grâce à Murger.

Dans *Jack*, se croisent les destins d'une cocotte, convenablement entretenue par un homme respectable, et d'un raté des lettres, d'Argenton. Après un court séjour à la campagne, c'est à la capitale qu'ils s'installent. D'Argenton retrouve ainsi de nouvelles distractions ainsi que ses acolytes mégalomanes.

Jansoulet (*Le Nabab*) veut à tout prix se « parisianiser », hapax employé par Daudet. En ce sens, sa démarche, le conduira à sa perte. En effet, la société parisienne ne le reconnaît pas comme l'un des siens. Elle tire profit de la maladresse de ce parvenu pour se faire accepter par cette société, profite de son argent et l'élève, dans un premier temps, au rang d'un homme respectable. Mais aussitôt qu'il décide de se montrer moins généreux, la société devient implacable et se jette sur lui telle des chiens sur la curée.

[...] en dix minutes le Nabab subit toutes les manifestations de ce terrible ostracisme du monde parisien où il n'avait ni parenté ni sérieuses attaches, et dont le mépris l'isolait plus sûrement que le respect n'isole un souverain en visite. D'embarras, de honte, il chancelait. Quelqu'un dit très haut : « Il a bu... » Et tout ce que le pauvre homme pu faire, ce fut de rentrer s'enfermer dans le salon de sa loge. (*Le Nabab* : 847)

De même pour *Les Rois en exil*, Christian, le roi d'Illyrie en exil à Paris, s'abandonne aux plaisirs de la capitale. Bien que l'intrigue se situe immédiatement après la chute de l'Empire, il va sans dire que la ville se démarque du reste du monde. Les mœurs

parisiennes sont en pleine mutation et la notion de loisir se répand dans la société, principalement parmi les citadins. Le goût du spectacle développé sous le Second Empire attire les classes les moins aisées et Paris se trouve à la tête du divertissement en Europe. De nombreuses salles de spectacle, de théâtres, de bals, etc. font les délices des Parisiens où chaque paroissien retrouve la paroisse qui lui convient le mieux.

La notion de loisir commence à se diffuser et elle va aller de pair avec l'externalisation et la prolifération des lieux de divertissement. Il arrive parfois que l'amusement social bienfaisant tourne en débauche. Nombreux écrivains se font écho de la vie dissolue de certains hommes, ainsi l'illustre le célèbre roman de *Nana*. De nombreux lieux de la vie mondaine, les spectacles, les bals ou les théâtres deviennent de véritables lieux de racolage, où les hommes vont jusqu'à se ruiner et compromettre leur position dans le marché sexuel. La société pudibonde partage un même espace de sociabilité où chacun retrouve son compte. Les maisons de jeux, déguisées parfois en cercles, s'imbriquent également dans la vie des hommes et les conduisent parfois à perdre en une seule nuit des sommes considérables.

Christian n'a jamais été de taille à porter la couronne, il abandonne cette lourde tâche à sa femme, qui l'assume dignement. Lorsqu'il se retrouve à Paris, loin des regards de la cour lui rappelant son devoir, il se laisse phagocyter par les plaisirs que la ville lui offre sans opposer la moindre résistance. Sa décadence personnelle met en danger la restauration de la monarchie, et il s'acharne à humilier la reine, qui incarne à elle toute seule la monarchie inébranlable en veillant sur son peuple. Elle prend conscience du danger de la capitale qu'elle veut fuir, telles les villes de Sodome et Gomorrhe. D'autres arguments de taille déterminent également le choix de sa fuite, et par conséquent les rois se tournent vers Saint-Mandé, plus approprié pour des monarques en

exil. De plus, le train de vie de la capitale est insoutenable, et par ailleurs, vivre à la capitale peut laisser entrevoir un ralliement aux valeurs républicaines, inacceptable pour nos rois d'Illyrie :

Dans un de ces hôtels s'étaient déjà réfugiés le roi et la reine de Palerme, sans grande fortune, fuyant l'entraînement et les quartiers luxueux du high-life. [...] Frédérique désirait se mettre à part de l'entrain joyeux de Paris, protester contre le monde moderne et les prospérités de la République, éviter cette curiosité qui s'attache aux gens connus et qui lui semblait une injure à sa déchéance. Le roi s'était d'abord récréé sur le lointain de l'habitation, mais il devait y trouver bientôt un prétexte aux longues absences et aux rentrés tardives. Enfin, ce qui primait tout, la vie était moins chère là que partout ailleurs, et l'on y pouvait soutenir son luxe à peu de frais. (*Les Rois en exil* : 902-903)

Numa Roumestan nous ouvre les portes des coulisses du pouvoir. Paris est ici témoin d'exception d'un convulsionné XIX^e siècle. Numa se range du côté des légitimistes, et grâce aux conseils de sa femme, il n'embrasse pas le régime impérial. Cette décision suppose un véritable coup de génie et lui confère une grande popularité auprès des légitimistes, « son nom le synonyme de fidélité incorruptible. "Indécousable !" disait Le Charivari, dans une amusante caricature montrant la toge du grand avocat violemment disputée et tirée entre tous les partis. » (*Numa Roumestan* : 36). À la chute de l'Empire, il est catapulté à la tête d'un ministère.

Ce roman confronte le caractère méridional et celui des gens du Nord. Tout en faisant honneur à la maxime qui clôt le roman, « Joie de rue, douleur de maison... » (*Numa Roumestan* :

214), celui-ci nous dévoile plus que les autres romans daudétiens les deux espaces de la vie, l'espace privé et l'espace public. Plus privé que jamais, nous pénétrons dans l'intimité d'un couple, et plus public que jamais, car Numa est un homme d'état, de surcroît méridional, « race » s'adonnant aux plaisirs qu'offre la rue, entendons par là la rue tentatrice, toutes formes de libertinages, loin de ce foyer qui pourrait reclure le Méridional. Il s'agit de deux espaces confrontés et clairement délimités. Avec *Numa Roumestan* commence la réconciliation de Daudet avec Paris. Rosalie Le Quesnoy, sa femme, est le modèle de femme loyale. Elle s'est tant bien que mal adaptée à son mari, à ses fanfaronnades, à ses infidélités, etc. Le monde du spectacle et le monde de la prostitution sont toujours très imbriqués à cette époque-là, Numa succombe aux caprices d'une jeune actrice et met en péril son mariage. Malgré ces dissonances entre le Nord et le Sud, on apprend à la fin du roman que M. Le Quesnoy, qui suscitait l'admiration naïve de sa fille, Rosalie, a également été un mari infidèle, comme l'a été à son tour Numa, mari de Rosalie. Paris n'est plus la ville tentatrice et impitoyable, car l'homme assume désormais ses décisions.

Sapho s'inscrit dans cette même lignée. Nous pénétrons dans les ateliers d'artistes où des personnages entretiennent une curieuse relation avec la notion d'amour, déclinée sous de nombreuses versions. En effet, la bohème artistique vit sans attaches ni matérielles, ni sentimentales. Cependant, en regardant de plus près, certains personnages ne sortent pas indemnes de cette vie, surtout lorsqu'ils mésestiment le pouvoir de l'amour. Le libertinage ou la liberté, dont ils s'enorgueillissent, n'est pas sans conséquences, puisque certaines histoires finissent tragiquement. Les personnages n'assument plus la solitude si désirée dans un premier temps de jeunesse.

L'Évangéliste, roman situé chronologiquement entre *Numa Roumestan* et *Sapho*, dénonce les excès de la religion. Paris n'a sans doute pas la portée que l'on retrouve dans les autres romans daudétiens, mais toujours est-il que l'auteur nous fait découvrir un autre quartier, Le Luxembourg, dévoilant des lieux de culte servant des intérêts contradictoires avec leur essence-même. En effet, la respectabilité que ces espaces sont censés éveiller en nous se dilue à cause de l'usage dépravé qu'en font les illuminés. Nous retrouvons dans tous les romans des églises et de nombreux lieux rattachés à la foi, d'ailleurs un roman méconnu de notre auteur, *La Petite Paroisse* l'inclut dans son titre. Ils sont témoins de différents événements de la vie, comme le mariage pour Risler et Sidonie (*Fromont jeune et Risler aîné*), la mort, pour le duc de Mora (*Le Nabab*), ou les lieux de rendez-vous pour Jack et sa mère (*Jack*), puisque ses compagnons avaient colporté des rumeurs malveillantes sur la nature de cette relation et ils accusaient Ida d'être la maîtresse de Jack.

Toujours sur la rive gauche et traitant un sujet, qui jusque là n'avait pas été abordé, *L'Immortel* est un roman moderne, autant par sa contemporanéité que par l'originalité. La critique féroce contre l'Académie, agora du monde des lettres, n'est plus une institution solide et intouchable. L'ignorance et la cupidité des académiciens ébranlent et ridiculisent ce berceau d'hommes respectables. Paris se présente sous deux générations différentes : le Paris de l'académicien Astier-Réhu aveuglé par l'institution et celui de trois jeunes hommes, anciens camarades de classe qui y trouvent ce qui les intéresse. Védrine, l'artiste indépendant, se plaît dans la liberté créatrice que lui confèrent les ruines de l'ancien palais de la Cour des comptes. Paul Astier, le *struggleforliffeur*, choisit le Paris mondain et il en fait son milieu naturel

contrairement au troisième camarade, de Freydet, qui se rend à la capitale pour concourir au prix Boisseau et se joindra aux éternels candidats à l'Académie. Il se déplace gauchement dans cette ville qui le prend de haut.

Rose et Ninette traite un autre sujet surprenant pour l'époque : le divorce, mais surtout les partis pris par les enfants sous l'influence de l'un de leurs parents. Le père Régis de Fagan, partie faible du couple, essaie de complaire à ses filles dont l'égoïsme et l'endoctrinement maternel vont torturer le pauvre homme. Auteur de pièces de théâtre en vogue, il nous dévoile les coulisses du théâtre en même temps que les coulisses de la vie. Il fuira le bouillonnement de la capitale en s'installant à Passy où il retrouvera le silence si apaisant à sa douleur.

Soutien de famille est le dernier roman qui clôture chronologiquement notre corpus de travail. Le tableau brossé de la capitale par Alphonse Daudet concentre tous les lieux de l'œuvre daudétienne. Le Paris ouvrier, celui du petit commerce, des artistes, des bourgeois, des hommes d'état, etc. un défilé composite de personnages aussi éloignés les uns des autres, socialement et culturellement. Dès le début, la Seine apparaît plus impitoyable que jamais. Elle fascine les suicidaires et accueille, sans préliminaires, un père de famille désespéré. Ce livre coïncide dans le temps avec la fin du siècle, la fin de la vie de l'auteur, et reflète un désenchantement plus profond, puisqu'il s'en prend à l'essence même du pays, c'est-à-dire aux dirigeants politiques servant leurs intérêts privés. Nous assistons à l'apogée de cette fin de siècle, lorsque la sphère privée s'empare de la sphère publique pour servir les intérêts particuliers.

2.2 *Des sous-titres locatifs*

Il est assez fréquent dans ce siècle du roman, de retrouver des sous-titres fournissant une série d'informations sur le thème, sur le lieu, sur la forme de l'œuvre, etc. Les romans daudétiens, qui composent notre corpus de travail, possèdent tous un sous-titre indiquant le genre sous lequel ils s'inscrivent, « mœurs », le lieu « parisiennes » ou bien un aspect temporel, comme par exemple « contemporaines ». La référence de certains de ses sous-titres à un ancrage spatial, « mœurs parisiennes » est objet de réclame, mais aussi elle prédispose le lecteur à considérer cet espace fictionnel d'après sa propre perspective, s'il connaît Paris, ou bien à disposer de cet espace d'après l'image qu'il s'est construite, au fil de différentes lectures de la capitale. Comme l'a si justement remarqué Melison-Hirchwald (2008), la préférence de ces sous-titres à connotations temporelles, « mœurs », et spatiales, installe « le lecteur dans un univers d'emblée familier » (2008 : 115).

Cette étiquette locative, qui dispose déjà le lecteur provincial de l'époque, friand de savoir ce qui se passe à la capitale, et le lecteur parisien, avide de reconnaître un monde familier, qui n'oublions pas n'est qu'une simple représentation plus ou moins réussie d'un espace référentiel. De même que le substantif « mœurs », nous réfère à une réalité bariolée des personnages qui apparaissent sous de différents angles de leur vie quotidienne à des moments différents.

- *Fromont jeune et Risler aîné : Mœurs parisiennes.*
- *Jack : Mœurs contemporaines.*
- *Le Nabab : Mœurs parisiennes.*
- *Les Rois en exil : Roman parisien.*
- *Numa Roumestan : Mœurs parisiennes.*
- *L'Évangéliste : Roman parisien.*

- *Sapho : Mœurs parisiennes.*
- *L'Immortel : Mœurs parisiennes.*
- *Rose et Ninette : Mœurs du jour.*
- *Soutien de famille : Mœurs contemporaines.*

La plupart de ces sous-titres indiquent le lieu de l'action. Deux d'entre eux, *L'Évangéliste* et *Les Rois en exil* ont gardé l'adjectif spatial et portent le nom de « roman » au lieu de « mœurs ». Roger Ripoll, dans les *Notes et variantes* qui accompagnent *Les Rois en exil*, reprend, sans grande conviction, les propos d'Yves Avril. D'après ce dernier, « l'emploi de “roman parisien” au lieu de “mœurs parisiennes” serait lié à une intention morale et polémique » (*Les Rois en exil* : 1438). Roger Ripoll⁸ note pertinemment que d'autres romans, à la lisière de la polémique, tels que *Sapho* ou *L'Immortel*, gardent la mention de « mœurs ». Nonobstant l'argument d'Yves Avril n'exclut pas *Les Rois en exil* ou *L'Évangéliste* des romans des mœurs, puisqu'ils témoignent de la réalité de leur temps.

Dans cette même ligne, nous considérons que l'intrigue prend une place très importante dans les œuvres sous-titrées « roman ». Le romancier nous livre sans répit une succession d'épisodes dramatiques orchestrés inéluctablement vers un dénouement fatal. Le lecteur attend impatiemment la fin comme une délivrance à l'oppression des personnages. Dans *Les Rois en exil*, le suspense autour du sort de la famille royale d'Illyrie tient le lecteur en

⁸ Roger Ripoll signale d'autres hypothèses qui justifieraient le choix de l'auteur pour « roman » et « mœurs » : « On peut risquer une autre hypothèse : le sous-titre de “roman parisien” n'indiquerait-il pas que Paris est plutôt le cadre de l'action, tandis que le sous-titre de “mœurs parisiennes” donnerait cette action même comme caractéristique de la vie de la capitale ? L'interprétation est certainement discutable ; pour l'appuyer, notons toutefois que, dans *Les Rois en exil* et dans *L'Évangéliste*, plusieurs des personnages les plus importants – Frédérique et Christian, Mme Ebsen et Éline – sont des étrangers » (*Les Rois en exil* : 1438).

haleine. Des rebondissements mettent à plusieurs reprises la restauration à portée des Rois, puis finalement le coup fatidique du destin mettra fin à l'angoisse. Dans *L'Évangéliste*, l'histoire tourne autour d'Éline Ebsen. La perte récente de sa grand-mère a provoqué un déséquilibre psychologique de sorte qu'elle devient facilement la proie d'une fanatique religieuse. À plusieurs reprises le sort de la jeune fille est sur le point de basculer : le futur mari accède de se convertir à la nouvelle religion, la jeune fille réapparaît à la fin du roman et nous amène à croire que l'amour des siens l'écarterait de la communauté... La dénomination de « roman » au lieu de « mœurs » insisterait sur l'intrigue unique qui nous fait voir différents tableaux de la société, bien évidemment.

Par contre, les romans dont le sous-titre comprend la dénomination « mœurs » sont des romans plus complexes du point de vue de la composition. Nous retrouvons d'autres intrigues, j'oserai même dire que certaines sont de la taille de la principale (voir *L'Immortel*) qui révèlent d'autres mondes, d'autres tableaux plus variés que ceux qui portent pour sous-titre « roman ». Par ailleurs, même si dans les romans sous-titrés « mœurs parisiennes », le dénouement reste aussi dramatique, l'atmosphère n'est néanmoins pas si étouffante et la diversité des tableaux permet un allègement de l'intrigue.

En ce qui concerne les autres adjectifs, qui accompagnent le nom « mœurs », ceux-ci font référence à l'aspect temporel, « du jour » et « contemporaines ». Ils apparaissent dans trois romans : *Jack, Rose et Ninette* et *Soutien de famille*. En réalité l'adjectif « contemporaines » a un caractère redondant, puisque tous les romans sont ancrés dans une période contemporaine à l'auteur, à priori on peut penser que le sous-titre ne renferme pas d'autres informations. Le choix de ne pas avoir fait appel à l'adjectif géographique dénote que l'histoire est transposable. Si nous regardons de plus près ces trois romans, les personnages autour

desquels se construit l'histoire sont très jeunes au début du roman, des enfants de milieux différents, élevés dans un foyer où manque l'un des parents. Nous assistons à leur construction et évolution, sans aller au-delà de leurs premières années en tant qu'adultes. Jack est un enfant de cocotte qui ne connaîtra pas son père. Personnage sympathique, sa vie est semée de dures épreuves qu'il affrontera avec un grand courage, mais malheureusement les effets de son ancienne condition d'ouvrier lui seront fatidiques. Les deux autres romans, *Rose et Ninette* et *Soutien de famille*, sont écrits vers le déclin de la vie de Daudet, le premier en 1892 et le dernier en 1897. *Rose et Ninette* sont les premières victimes du divorce de leurs parents et, à leur tour, incitées par l'étroitesse de leur mère, elles deviendront les bourreaux de leur père. Le soutien de famille, Raymond, doit prendre les rênes de la maison à la mort du père, qui a décidé de se tuer. Malgré l'aide des siens et les égards de la société, il sera incapable d'assumer ce rôle, mais n'hésite pas à profiter des droits de sa position. Sa médiocrité et sa lâcheté ne feront que s'accroître avec l'âge.

Sans doute avec l'adjectif « contemporaines », surtout dans les deux derniers romans, Daudet veut nous montrer une image de la famille en pleine transformation. Il nous met en garde contre le bouleversement des mœurs et valeurs au sein de la famille, qui perd le sens de la responsabilité et de l'honneur face à l'égoïsme et l'ingratitude filiale.

Daudet a été un auteur très lu par ses contemporains, ses œuvres étaient presque traduites sitôt après leur publication en France. Loin de prétendre faire une étude exhaustive sur la réception de Daudet en Espagne, ce qui serait le sujet d'une thèse à part entière, nous avons constaté ce goût pour sous-titrer ses romans de l'étiquette *costumbres* accompagnée de l'adjectif tel qu'il apparaît dans les éditions en France.

Toujours est-il que le terme *costumbres* sous toutes ses déclinaisons est encore très présent dans la deuxième moitié du XIX^e siècle en Espagne. La traduction littérale du terme « mœurs » se fait sans doute de façon automatique. Ces ouvrages accompagnés de ce sous-titre rendent compte d'un milieu familier et se font écho d'une situation où des personnages agissent à un moment donné, d'après un comportement socialement défini.

Alphonse Daudet est bien considéré un romancier de mœurs en Espagne, tout porte à croire qu'effectivement, il s'agit d'un romancier de mœurs. Il choisit Paris comme cadre pour la plupart de ses romans et n'hésite pas à s'arrêter devant un tableau de la vie quotidienne, parfois contingent à l'intrigue. On pourrait citer de nombreux exemples, nous n'en citerons que quelques-uns du premier roman, *Fromont jeune et Risler aîné*, qui nous donnent le ton et l'atmosphère des événements, comme les badauds s'attroupant devant l'église lors du mariage de Sidonie et de Risler, l'atelier où s'est formé la petite Chèbe, l'ambiance des cafés-concerts, etc.

Toutefois, l'œuvre⁹ d'Alphonse Daudet ne prétend pas être le réquisitoire d'une société en pleine mutation, c'est une peinture des vies avec ses lumières et ses ombres. Des personnages exhibent leurs faiblesses, principalement leur mesquinerie à côté d'autres intègres même dans des conditions difficiles. Ces personnages principaux subissent de durs revers et font preuve d'une énorme endurance et d'une profonde envie de vivre dignement, sans jamais baisser les bras et sans tomber dans un engrenage abrutissant.

⁹ En annexe, vous trouverez une courte présentation des œuvres de notre corpus de travail.

2.3 *Des romans naturalistes ou des romans de mœurs ?*

Tout essai de circonscrire la production romanesque daudétienne dans un cadre bien délimité ne peut que nous amener à nous méprendre, car n'oublions pas que c'est le propre auteur qui refuse toute étiquette et qui ne suit que son inspiration au service de ses sensations, loin de tout corsetage littéraire. Par ailleurs, Daudet a toujours revendiqué son indépendance depuis le début de sa carrière littéraire et refuse tout enrôlement, il s'obstine à ne porter ni à se ranger sous aucune bannière.

On constate chez Alphonse Daudet un souci de reproduire avec exactitude la réalité, on pourrait dire en ce sens que, effectivement, Daudet est un auteur réaliste, et de surcroît, un représentant de la réalité des plus fidèles. Il reconnaît à Albalat son manque d'imagination, d'où son assujettissement à l'observation d'une réalité très proche. Il puise non seulement dans ses souvenirs, mais son quotidien lui fournit également des histoires et des personnages pour ses œuvres et, il ne s'en cache pas.

L'intensité d'exactitude, la sûreté d'exécution qu'on remarque dans les livres de M. Daudet sont le résultat direct de la méthode adoptée par lui, méthode qui peut s'appeler la photographie des personnages vivants. L'auteur du *Nabab* fait d'après nature. Ce n'est un secret pour personne. Il avoue du reste, à qui veut l'entendre : « Je copie. » Le monde pose devant lui. Il n'invente rien. Presque tous ses types existent ; au point qu'il est proverbial d'avoir peur, lorsqu'on cause avec lui, que cet observateur à outrance ne vous croque une fois sorti. (Albalat, 1884 : 6)

De nombreux interviews et témoignages reproduisent sa conception d'œuvre littéraire, comme par exemple celui de B. Guinaudeau, dans *La Justice* du 19 mai 1892.

Quoi, alors ? Ils ont des siècles sur la tête, ces jeunes gens ! Vont-ils revivre les temps dont vous parlez ? Vont-ils faire naître en eux les impressions qu'éprouvèrent les artistes des âges passés ? Auront-ils leur foi ? Non, n'est-ce pas ? C'est de la mimique, un jeu de prestidigitation, une singerie. Et puis, c'est l'école, toujours. Il y a, quand je pense à cela, un vers de Mme Desbordes-Valmore qui me revient obstinément à la mémoire :

Un tout petit enfant s'en allait à l'école...

Et je les vois, ces malheureux, qui sont tout leur vie « petit enfant » et qui, toute leur vie, vont « à l'école ». C'est si bon, pourtant, d'être soi, de se sentir libre, de jeter là les lisières, de marcher, de respirer, de vivre sa vie personnelle.

Daudet reconnaît, comme nous l'avons précédemment signalé, qu'il s'inspire énormément de la réalité, des gens qu'il côtoie et certains même pensent se reconnaître dans tel ou tel personnage. Mais restreindre Daudet à un simple plagiaire de la réalité serait méconnaître sa portée littéraire.

Si bien le point de départ est l'observation de la réalité, le filtre littéraire, par lequel elle passe, va l'adoucir, sans la fausser. Les corps malséants sont repoussés, et seulement la vie, avec ses capricieux méandres, en découle, déployée avec une immense tendresse et une intense justesse. Son fils aîné, Léon Daudet reproduit les explications de son père face au silence qu'imposent certains aspects de la réalité.

De là était venue à mon père cette idée qu'il m'exprima souvent : « Si réaliste que l'on soit, on recule devant le réel. Les discours que l'on tient, les vanités que l'on recherche, les passions où l'on se rue, tout cela parade devant la baraque. Il y a un fond que l'on n'ose point remuer, une vase qui n'a pas de nom, molle et fangeuse, où sont les

ébauches de tous les vices, de tous les crimes, qui n'arrive même pas au confessionnal du prêtre. Serait-il possible de plonger une fois là-dedans ? Je me suis demandé. [...] ». (Daudet, 1898 : 96)

Cataloguer Alphonse Daudet d'auteur réaliste ne nous avance pas plus que cela, puisqu'il s'agit d'une quasi évidence. Il faudrait s'engager sur d'autres voies, telles qu'une possible appartenance au naturalisme. Par ailleurs le fameux terme « roman de mœurs » consolidé par Balzac est repris dans de nombreux sous-titres daudétiens. Est-ce sous cette étiquette-là qu'il faut comprendre le roman daudétien ?

Poser une étiquette sur un auteur et le soumettre à tout prix au joug qu'elle comporte n'est pas une tâche aisée. Daudet se place à la croisée de deux mouvements : le réalisme et le naturalisme. Nous avons déjà mentionné l'influence réaliste qui parcourt ses romans et le pousse à partager avec le lecteur des moments vécus et des sensations ressenties, évidemment colorés au va-et-vient de l'intrigue.

En ce qui concerne son appartenance au naturalisme, Anne-Simone Dufief a déjà abordé cette question dans son étude brillantissime *Alphonse Daudet romancier* (1997). Se cache-t-il sous le charme de cet écrivain un romancier naturaliste à l'instar de Zola ? Ne retrouve-t-on pas de nombreuses similitudes thématiques, formelles ou narratologiques chez ces deux auteurs ? D'autre part, Anne-Simone Dufief constate de fortes ressemblances biographiques entre les deux auteurs nés exactement la même année, en 1840. Il convient donc de s'attarder, même sommairement, sur cet aspect qui peut s'avérer éclaircissant.

2.3.1 Daudet et Zola... des débuts parallèles

Émile Zola est né à Paris, mais sa famille quitte très tôt la capitale pour Aix-en-Provence, où le père dirige le projet ambitieux d'approvisionner la ville en eau. Malheureusement, la tragédie frappe l'existence paisible de ce couple dévoué à leur petit enfant. Le père succombe suite à une pneumonie foudroyante peu de temps après la mise en marche de son entreprise. Cette disparition a des conséquences néfastes pour la jeune veuve et son enfant. Dorénavant, les Zola sont assaillis par les difficultés financières qui les poursuivent des années durant, jusqu'à ce que le jeune Zola prenne les rênes de la maison et des dettes. En attendant, mère et enfant se retrouvent déclassés, puis dépaysés lorsque celle-ci décide d'entreprendre des actions en justice contre les associés de son mari défunt à Paris.

On constate des similitudes avec la vie d'Alphonse Daudet. Il est né à Nîmes au sein d'une famille bourgeoise travaillant depuis des générations dans l'industrie textile. Le père s'associe successivement à différents membres de sa famille, les affaires vont bon train pendant les premières années. Cependant le caractère difficile du père provoque la rupture avec ses associés, entre autres son frère, qui deviendra un redoutable concurrent. Comme signale Jacques-Henry Bornecque (1951) d'autres facteurs vont peu à peu miner les affaires de Vincent Daudet, comme par exemple, les droits d'exportation qui s'élèvent de 15 à 20%, l'évolution des modes et des mœurs masculines provoquant la disparition des bas de soie ou la mécanisation des ateliers. L'industrie textile connaît une forte crise et la famille Daudet n'en sera pas épargnée. Commence alors une véritable descente aux enfers, qui touchera le fond lors de la vente de la fabrique à une communauté de Carmélites. Il ne reste plus qu'une seule issue possible : recommencer à Lyon. Après sept dures années de privations, les

Daudet n'arrivent pas à sortir de cette impasse. La famille est obligée de se séparer. Alphonse est envoyé à Alès, où il exercera en tant que maître d'études dans un collège. Il s'agit d'une étape floue, plus ou moins romancée dans *Le Petit Chose*, d'un jeune homme candide qui savoure son émancipation. Six mois après cette expérience, le 1^{er} novembre 1857, il rejoint son frère Ernest à Paris. Ils ont la lourde tâche de reconstruire le foyer familial.

Daudet et Zola ont connu des vies marquées par la tragédie, ce qui les a poussé à gagner leur pain ou du moins, dans le cas de Zola, à ne plus être une charge pour leur famille. Tous les deux se retrouvent à Paris dans l'espoir d'assouvir dans cette ville leurs inquiétudes intellectuelles. Leur formation est très inégale, tous les deux sont des élèves brillants, mais Alphonse préfère de loin l'école buissonnière. Zola, de son côté, déraciné à Paris, accablé par les problèmes économiques, abandonne ses études après avoir échoué deux fois au bac. Par ailleurs, les conditions familiales de ces deux auteurs rendent difficile une ambiance propice à l'étude.

À Paris, tous les deux côtoient de près la bohème. Daudet, plus insouciant que Zola, découvre émerveillé les plaisirs de la capitale. Tantôt dans le Quartier latin, tantôt à Montmartre, il est séduit par ces jeunes intellectuels et artistes, plus ou moins renommés, avec lesquels il partage ses premiers vers et de fameuses ribotes. Les salons lui ouvrent leurs portes suite à la publication du recueil poétique *Les Amoureuses*. En même temps, « il contribu[e] à faire bouillir la marmite » (Clap, 2013 : 86) avec des petits emplois que lui trouvent ses connaissances.

Zola, plus pragmatique que Daudet, « décide d'abandonner ses études et de travailler pour n'être plus à la charge de sa mère » (Becker, 1990 : 10). Il fréquente aussi la bohème artistique, les peintres aixois, puis plus tard, les peintres de Batignolles. Signalons par ailleurs que le mot « réalisme » s'impose vers le milieu du siècle, suite au tableau de Courbet, *Enterrement à*

Ornans (1850). Les œuvres de Courbet sont rejetées de l'Exposition Universelle, mais une autre exposition non-officielle, « Du Réalisme » tient tête à l'esprit bienséant de l'époque. Colette Becker signale l'importance de ces accointances artistiques dans la production zolienne.

La fréquentation des peintres novateurs marque définitivement les orientations du jeune Zola. Il reste à étudier cette influence avec beaucoup plus de précision qu'on ne l'a fait jusqu'ici. Cette expérience, en effet, le distingue des écrivains de son époque. Les Goncourt, artistes eux-mêmes et collectionneurs avertis, se sont aussi intéressés à l'art. On leur doit des études sur l'art du XVIIIe siècle, sur Gavarni, leur ami, sur les artistes japonais, mais ils n'ont jamais apprécié les Manet, Monet, Pissarro, Guillemet, Renoir. (Becker, 1993 : 24)

Leur incursion dans le monde du journalisme va marquer décisivement la production littéraire de ces deux auteurs. L'entrée de Daudet en 1860, selon Vincent Clap est « brillante » (2013 : 133).

Daudet travaillera donc énormément ses textes. Gêné par une imagination créatrice exubérante et une surabondance de possibles, il doit discipliner ce flux, choisir la bonne version, s'y tenir et la rédiger à la fois de façon claire, plaisante et courte. Car Villemessant tient avant tout à la brièveté qu'il estime l'essence même du journalisme. C'est au Figaro que Daudet est devenu un véritable écrivain. (Clap, 2013 : 133)

En 1862, Zola rentre chez Hachette. Il va y rester 4 ans qui s'avèreront décisifs pour sa formation personnelle et intellectuelle. En même temps, il collaborera avec différents journaux. Le regard

qu'il jette sur cette nouvelle société est beaucoup plus profond et plus critique. Il observe les carences et les problèmes qui l'accablent. C'est une période de maturité intellectuelle.

Les centaines d'articles qu'il va désormais écrire surprennent par la variété de leurs sujets et de leur forme : critique littéraire ou artistique, souvenirs personnels, contes, récits fantaisistes, portraits, faits divers à travers lesquels il pose la question sociale, violentes diatribes politiques... Leur apport a été considérable sur le plan des connaissances engrangées, mais aussi sur celui de la technique même de l'écriture. (Becker, 1990 : 13-14)

Les premières années à Paris, Daudet va fréquenter des milieux très différents. Alors qu'il est retourné vivre à l'hôtel du Sénat, dans le Quartier latin, il commence à travailler pour l'une des figures les plus puissantes de l'Empire, le duc de Morny. Son destin lui réserve des sorts bien singuliers : il apprend de ces expériences, comme on aura l'occasion de voir dans sa production littéraire, et s'imprègne des atmosphères de milieux si opposés.

2.3.2 Des méthodes de travail ... pas si parallèles

De par sa méthode de travail, basée sur l'observation minutieuse et les thèmes qu'il traite, on pourrait également affirmer que Daudet est un auteur naturaliste. Signalons d'emblée le refus de Daudet d'adhérer à toute école. Bornecque et Cogny (1958) recueillent les propos d'Alphonse Daudet à Léo Claretie, en 1896, concernant la prétendue problématique sur son affiliation littéraire.

Quant à moi, je ne suis pas naturaliste. Je n'ai pas écrit ce mot une seule fois. Aujourd'hui, je suis considéré comme un naturaliste, parce que je m'attache au côté réel des choses, je ne construis pas le poème, je me laisse aller aux lois naturelles, je subis la réalité et je l'imite, mais je tiens à conserver toute mon indépendance, et je proteste contre toutes les écoles, les classifications, je repousse toute étiquette, je n'admets aucun enrôlement. (Bornecque et Cogny, 1958 : 143)

Toujours est-il que Zola essaiera de fédérer Daudet à son école, alors que ce dernier ne veut pas avoir le joug de cette étiquette-là. Daudet a plus de scrupules que Zola et ne croit pas nécessaire faire étalage de toutes les misères du monde et de « salir les esprits » (Daudet, 1940 : 29). Des détracteurs de Zola, dont les noms sont recueillis dans le livre de Léon Daudet, se tournent vers le romancier pour partager l'ennui causé par ce tenace chef de file.

De son côté Barbey d'Aurevilly, qui venait de temps en temps boire du champagne avec l'auteur des *Lettres de mon Moulin*, tempêtait dans son « tourne bride » de la rue Rousselet. « C'est un cochon, votre ami, mon cher Daudet, un barbouilleur de crotte, un salisseur de la beauté féminine... ». Hugo, qui vivait encore, bien que tarabusté par son mauvais gendre Lockroy, déclarait : « Tant que M. Zola n'aura pas décrit un pot de chambre plein... » Bref, à la grande joie de Magnard, le monde des lecteurs et abonnés du *Figaro* se partagea en deux clans, ceux qui approuvaient l'auteur de *Nana* et ceux qui le désapprouvaient et l'injuriaient. Alors Zola, afin de regrouper son école, écrivit un *Alphonse Daudet*, qu'il représenta comme placé « au point exquis où le rêve finit et où la réalité commence » et comme un vrai de vrai du naturalisme. (Daudet, 1940 : 34-35)

Il est vrai que les préfaces de certains de ses romans, accompagnant ceux-ci sous le nom de *Histoire de mes livres*, ou les notes préparatoires qui esquissent l'histoire, révèlent tout un procédé de travail on ne peut plus rigoureux. Ses déplacements sur le terrain, à l'instar de Zola, pour observer directement la réalité répondent à cette quête d'exactitude qui marquait les romanciers de l'époque. Daudet n'hésite pas à se déplacer à Indret pour s'imprégner de l'atmosphère dans laquelle son personnage, Jack, va vivre de durs moments comme ouvrier. Fidèle observateur de son temps, il prend sans cesse des notes qui nourriront plus tard la tonalité d'une histoire ou les traits d'un personnage. Ses fameux cahiers où il consigne ses souvenirs, des gestes ou des paroles dans le but de leur donner une vie littéraire, révèlent la manière de travailler de Daudet. Tout ce qui l'entoure peut à un moment donné faire surface et devenir l'élément d'un roman.

Dans *Histoire de mes livres*, titre sous lequel sont réunies les histoires détaillant la genèse de certains de ses romans, Alphonse Daudet reconnaît son procédé de travail, la composition de ses personnages, les faits et les anecdotes qui lui ont inspiré le roman, etc. Dans *Fromont jeune et Risler aîné*, le quartier où se déroule l'intrigue n'est autre que le Marais, quartier que Daudet habitait à l'époque. Dans un premier temps, l'intrigue devait porter sur le monde du travail et des associés, sujet très familier pour Daudet puisque son père, petit industriel textile, s'était associé à plusieurs reprises. Il connaissait donc les dessous du métier et il était prêt à s'en servir. Cependant, la force de son personnage féminin, Sidonie, femme fatale, s'impose sur l'association. En ce qui concerne la création de certains de ses personnages, Daudet s'inspire de son entourage. Risler est un ancien employé de son père, M. Gardinois tient du père de sa belle-mère et ainsi de suite.

Beaucoup d'entre eux sont des personnages composites qui se sont croisés tout au long de la vie l'auteur.

Enfin Delobelle a vécu près de moi, et dix fois il m'a répété. « Je n'ai pas le droit de renoncer au théâtre ». En lui, pour le compléter jusqu'au type, j'ai résumé tout ce que je savais sur les comédiens, leurs manies, leur difficulté à reprendre pied dans l'existence en sortant de scène, à garder une individualité sous tant de changeantes défroques. [...] Delobelle était donc bien campé dans mon esprit [...]. (*Fromont jeune et Risler aîné*, « Histoire de mes livres » : 1188)

Contrairement aux personnages zoliens, ceux de Daudet n'ont pas de personnalités extrêmes. La plupart de ses personnages ne sont que trop humains, complexes, certains inébranlables dans leurs convictions morales et leurs valeurs, d'autres font preuve de moins de scrupules et s'acharnent à faire tomber les premiers : Monpavon pour le Nabab, d'Argenton pour Jack, Sidonie pour Risler, etc. Cependant l'ironie et l'humour de l'auteur envers ces personnages de grande étroitesse morale font des malheureux ridicules. Les laideurs de la société côtoient les sentiments honnêtes également présents dans celle-ci. Même si la fin est tragique et le pessimisme latent dans ses romans, la tendresse du romancier ne laisse pas de place à la tristesse mais pousse les personnages à reprendre le goût à la vie malgré les aléas rencontrés sur la route.

En ce qui concerne l'intrigue, il l'enrichit avec des petits événements, eux aussi puisés dans sa vie. L'idée de donner une fille à Delobelle lui vient à la suite de l'enterrement de la fille d'un comédien.

Tout ce qui l'entoure, aussi bien les personnes, les lieux, les anecdotes ou faits qu'il vit ou entend, ainsi que les émotions qu'il

peut ressentir à un moment donné, sont susceptibles de lui faire revivre une expérience déjà vécue et de la réutiliser au fil des romans. Lui-même reconnaît qu'il n'a connu d'autre méthode de travail.

D'après nature !

Je n'eus jamais d'autre méthode de travail. Comme les peintres conservent avec soin des albums de croquis où des silhouettes, des attitudes, un raccourci, un mouvement de bras ont été notés sur le vif, je collectionne depuis trente ans une multitude de petits cahiers sur lesquels les remarques, les pensées n'ont parfois qu'une ligne serrée, de quoi se rappeler un geste, une intonation, développés, agrandis plus tard pour l'harmonie de l'œuvre importante. À Paris, en voyage, à la campagne, ces carnets se sont noircis sans y penser, sans penser même au travail futur qui s'amassait là ; des noms propres s'y rencontrent que quelquefois je n'ai pu changer, trouvant aux noms une physionomie, l'empreinte ressemblante des gens qui les portent. (*Fromont jeune et Risler aîné*, « Histoire de mes livres » : 1186-1187)

En ce sens-là, nous pouvons dire que Daudet se rapproche de Zola dans la façon de décrire la réalité qui l'entoure et dans la méthode, privilégiant les milieux sur le romanesque. Cependant, pour Daudet, le milieu ne joue pas le rôle déterminant des romans zoliens. Le fort désir de vivre de ses personnages principaux les pousse à ne pas se plier sous quelque loi naturelle. Ils prennent leurs décisions, évoluent dans leurs parcours et vont jusqu'à se rebeller du sort qui leur était destiné, bien que le pessimisme sous-jacent les empêche d'être heureux à la fin. Beaucoup d'entre eux nous rappellent d'ailleurs la fameuse chèvre de ses débuts, qui, elle aussi, lutte pour la vie jusqu'au bout.

2.3.3 Daudet et le roman de mœurs¹⁰.

Daudet se présente comme un auteur complexe, dont la méthode et la thématique relèvent, dans certains aspects, du roman naturaliste. D'un autre côté, la connaissance de ses personnages, souvent inspirés de la réalité, apporte une grande force dans la narration. Les personnages sont plus proches, et voire même, plus humains. Autrement dit, ils appartiennent, bien évidemment, à un groupe social et sont empreints de leurs caractéristiques mais restent avant tout des personnages fortement individualisés.

Soulignons tout d'abord la parfaite connaissance de la part de l'auteur des milieux où interagissent ses personnages, ainsi que de certains sujets directement inspirés de son quotidien, tels que le commerce, le Midi, la religion qui confèrent à l'intrigue un caractère très particulier. Daudet ne se fait pas le porteur d'une cause quelconque, mais il devient simplement un observateur aigu des maux qui guettent la société de son temps.

Étant donné cet ancrage familial, il ne conçoit rien qui ne fasse pas partie de sa vie, de son vécu. Cependant il ne prétend pas faire une copie conforme de la réalité, mais il veut partager l'empreinte que celle-ci a laissée en lui. Ainsi, la reproduction

¹⁰ Bernard Gendrel (2012) distingue trois types différents au sein de la classification de romans de mœurs. Au début, ils suivent la lignée des physiologies, les personnages sont fortement typifiés et leurs comportements sont prévisibles de par leur appartenance à un milieu donné. De nombreux auteurs généralisent l'emploi de l'expression « roman de mœurs », mais différent des précédents car ils privilégient l'intrigue, il les classifie sous la rubrique de « roman de mœurs romanesque ». Ils accumulent des intrigues plus ou moins rocambolesques, les coups de théâtre et des rebondissements plutôt attendus. Il reconnaît une troisième catégorie, le « roman de mœurs réaliste ». L'aspect romanesque laissera la place à la vraisemblance, le déroulement de l'intrigue répondra à un enchaînement logique où primera la rigueur de l'adéquation à la réalité.

fictionnelle de Daudet vient marquée par une sensibilité exacerbée qui en fait sa marque personnelle. Toutes ses intrigues seront imprégnées de sa tendresse, bien connue, et par le profond respect que lui inspirent ses personnages.

Le roman de mœurs se veut une peinture de la société comme document *irréfutable*, tout en tenant compte de l'intrigue développée par des personnages qui agissent en fonction de leur milieu et de l'époque dans laquelle se déroule l'histoire. Il n'est pas essentiel de cataloguer Alphonse Daudet sous l'étiquette de réaliste ou de naturaliste, puisque son originale intromission dans le récit et sa personnalité font de lui un auteur très particulier. À certains moments du roman il semble se pencher plus vers le naturalisme que vers le réalisme, et vice-versa, même si la plupart des critiques s'accordent pour dire qu'il s'agit d'un auteur réaliste. Mais la question n'est pas là, comme l'a observée Melison-Hirchwald, dans son excellent article « Roman de mœurs et naturalisme chez Daudet ou le genre à l'épreuve du mouvement »¹¹, il ne faut pas aborder l'étude de Daudet en réduisant la problématique à une opposition roman naturaliste ou roman réaliste, puisque, dans son ensemble, la méthode employée par chaque auteur pour représenter le réel ne diffère pas substantiellement. Mais si nous étudions les romans daudétiens depuis la perspective de la matière, nous observons alors que ses œuvres s'inscrivent dans une manifestation du réalisme qui est le roman de mœurs.

¹¹ Elle élucide la difficulté de déterminer la place de Daudet au sein de cette complexe période littéraire. Dans une ligne plus modérée que celle empruntée par Zola, notre auteur partage avec les romanciers naturalistes une même méthode de travail quasi scientifique fondée sur l'observation du réel et sur l'analyse du vécu, les mêmes sujets et une exacte contemporanéité avec Zola. Cependant, il faut également noter, comme le signale Hirchwald-Melison que des différences substantielles les séparent. En effet pour mieux comprendre les romans daudétiens, il faut « s'intéresser aux marques d'une autre filiation, celle du roman de mœurs, qui semble donner à la production daudétienne sa saveur particulière » (Melison-Hirchwald, 2008 : 110).

En outre, si nous recherchons dans le *Dictionnaire thématique du roman de mœurs en France 1814-1914* l'entrée « adultère », par exemple, nous trouvons des romans daudétiens, comme *Numa Roumestan* ou *La Petite Paroisse*, mais aussi des romans zoliens, tel que *Thérèse Raquin* ou *La Curée*, entre autres.

Alphonse Daudet, comme tant d'autres écrivains de l'époque, notamment Zola, subit l'influence de la capitale. Les souvenirs provinciaux et la vision stéréotypée du provincial dépaysé se diluent peu à peu dans ses œuvres tandis que l'auteur se plie aux charmes de la capitale. La séduction exercée par cette ville se reflète dans grand nombre de ses romans et attire particulièrement notre attention pour étudier l'espace parisien dans la deuxième moitié du XIX^e siècle.

À travers l'analyse du traitement des différents espaces de la capitale dans les romans d'Alphonse Daudet, nous prétendons établir un meilleur aperçu de la représentation qu'il veut en faire et de la fonction de ceux-ci dans le déroulement de l'intrigue. Par ailleurs, nous nous introduisons dans le quotidien ordinaire de personnages dans leur milieu, et plus exactement, dans ce huis clos qu'est la maison. Des moments d'intimité familiale ou du couple en disent long sur la société de l'époque.

Ainsi, l'analyse de l'espace dans son ensemble s'impose, et plus précisément ces lieux préservés du regard de l'étranger qui révèlent les comportements des personnages, sans fard, et se montrent tels qu'ils sont. Dans ce désir d'appréhender la réalité, pour Alphonse Daudet et pour ses contemporains, l'espace acquiert une importance capitale, reflet d'un souci d'exactitude pour reconstruire un monde familier aux lecteurs. En étudiant les différents espaces parisiens dans lesquels s'inscrit l'action, nous allons étudier le rôle de l'espace au-delà du descriptif et la fonction qu'il réalise non seulement dans l'évolution de l'intrigue mais aussi

dans le développement des personnages, comme soulignaient déjà Roland Bourneuf et Réal Ouellet concernant le caractère « solidaire [de l'espace] de ses autres éléments constitutifs » (1985 : 103).

3 LE PARIS ROMANESQUE OU LE PARIS DE DAUDET

Nos personnages daudétiens parcourent un Paris fictionnel, avec ses lumières et ses ombres, mais qui rappelle de très près, comme nous allons voir, le Paris de l'auteur.

Enfin, ce Nîmois faisait preuve dans *Fromont* d'une connaissance de Paris complète, plus grande, plus approfondie que chez beaucoup de Parisiens, pour la raison qu'il ne regardait pas Paris avec les yeux de l'habitude mais avec la surprise du premier jour. Toute sa vie, c'est ainsi qu'il regarda Paris. Et ce quartier du Marais, qu'il habitait depuis sept ans, serait désormais l'illustration vivante de *Fromont jeune et Risler aîné*, mais une illustration qui suivrait fidèlement le livre, et, au détour de certaines rues, semblerait même se conformer à lui. (Daudet, 1941 : 108).

Lucien Daudet saisit dans les propos ci-dessus le regard que son père, notre auteur, a toujours porté à la capitale. Profondément extasié devant la magnificence et le spectacle qui se déroulait sous ses yeux, il a su s'imprégner de l'atmosphère qui se dégageait de cette ville et la transmettre au lecteur. Un lien spécial lie l'auteur à ses œuvres. Nous l'avons déjà mentionné lorsque nous avons fait allusion à sa méthode de travail, il « copie tout ». Ses sujets sont ainsi puisés de sa proche réalité, de même que le

milieu choisi pour ses intrigues lui est très familier et d'une grande acuité.

L'exactitude topographique chez Daudet est impressionnante à tel point que l'on peut véritablement suivre sur un plan de la capitale les déambulations des personnages. Le trajet emprunté par le docteur Jenkins lors de sa tournée matinale dans le premier chapitre du Nabab est exemplaire de cette description mobile. En outre, en romancier naturaliste, l'auteur attribue des adresses réelles à ses personnages qui sont aisément reconnaissables, lieux d'autant plus identifiables que l'écrivain y a lui-même vécu. (Melison-Hirchwald, 2010 : 69)

Son premier grand roman, qui ouvre notre corpus de travail, se déroule dans le Marais, quartier historique et du centre de Paris aux saveurs médiévales. C'est au XIX^e siècle un quartier populaire où se concentrent de nombreux artisans et ouvriers. Il fait honneur à tous les clichés que cela entraîne. D'ailleurs il figurait parmi les quartiers les plus peuplés, car il attirait les provinciaux et étrangers venus à Paris à la recherche d'emploi.

Dans les années 1830 et surtout 1840, des hommes politiques, des écrivains, des utopistes, des médecins, des ingénieurs aussi, notamment des polytechniciens, se préoccupent vivement de la situation de Paris. On débat de la détérioration de sa structure. C'est la situation des quartiers du centre qui est au cœur de ces débats, car c'est là que l'encombrement est extrême, en raison de l'entassement des hommes et de l'accumulation d'activités multiples. On ne peut plus conserver dans cet état le centre de Paris, il faut donc le raser, au moins en partie, le réaménager pour en faire un lieu de l'échange tout autant

que le centre du pouvoir administratif et judiciaire, pour y rendre possible la circulation, le relier aux nouveaux quartiers du nord et de l'ouest et aux embarcadères. (Plessis, 2005 : 213-214)

Toujours est-il que dans cette haussmannisation de la capitale, le Marais reste un quartier qui a été assez épargné contrairement aux quartiers limitrophes, le quartier Saint-Gervais ou Notre-Dame, c'est-à-dire le 4^e arrondissement. Laurent Villate remarque que les transformations sont passées à côté de ce quartier, tout au plus des réformes ou des travaux d'assainissement y ont été menés.

Sous le Second Empire, le Marais échappe en grande partie aux transformations haussmanniennes. Seule la rue de Rivoli fait entrer la largeur et la ligne droite dans le vieux quartier. Encore rejoint-elle la rue Saint-Antoine, dont la dernière portion irrégulière et courbe jusqu'à la Bastille est conservée, et dont la partie la plus étroite, vers l'Hôtel de Ville, demeure sous le nom de rue François-Miron. [...]

Même si l'on ajoute les quelques travaux de dégagement autour de l'Hôtel de Ville et le percement de la rue du Pont-Louis-Philippe, qui datent de la monarchie de Juillet, on constate que le Marais a été, somme toute, peu modifié au XIX^e siècle. (Villate, 2005 : 479)

Alphonse Daudet connaît bien le Marais. Sa belle famille, des industriels fortunés, habitent l'hôtel de Vaux dans la rue Saint-Gilles. Le choix de s'installer dans ce quartier se fait tout naturellement, car Julia ne veut pas s'éloigner de ce quartier si familier pour elle. Une curieuse anecdote racontée par Lucien Daudet met en avant ce goût bourgeois des Allard envers les beaux hôtels particuliers de l'époque au détriment des immeubles neufs, sans caractère. Le jeune Alphonse commet une erreur en se

décidant pour une maison rue Malher¹² pour s'installer en ménage, ils déménageront quelques mois plus tard.

Daudet n'a pas cherché bien loin le cadre de son roman. La connaissance précise du milieu où ses personnages vont évoluer ne fait qu'accentuer l'acuité de ses tableaux de mœurs. *Fromont jeune et Risler aîné* montre une image de Paris contrastée. D'un côté, le Paris qui travaille, à la fabrique, dans les ateliers ou à domicile, comme la petite Delobelle. Le Marais serait un microcosme des travailleurs. Ils franchissent rarement les limites puisque toute leur vie s'écoule dans cet espace familial : le travail, le logis et les débits de boissons ou cabarets. Risler, sa journée terminée et le travail accompli, rejoint la brasserie, rue Blondel, limitrophe du boulevard Sébastopol, qui lui rappelle son pays. Il en fait son lieu de sociabilité et de distraction. L'espace réduit de sa vie quotidienne dénote une conception méthodique et droite de la vie, ne quittant son quartier que les dimanches ou jours chômés. Par ailleurs, il convient de signaler que vivre dans cet espace réduit favorise une certaine familiarité qui peut devenir parfois oppressante. Daudet lui attribue des traits de « province cancanière » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1110).

De l'autre côté, les personnages menant une vie désordonnée nous introduisent dans le Paris des oisifs, celui des distractions. M. Chèbe incarne le commerçant raté. Sa femme a réussi à épargner une petite rente des affaires désastreuses de son mari et ils vivent grâce à cela. Il passe ses journées à flâner s'éloignant, dans ses expéditions, de son quartier.

¹² « Mais dans le beau quartier du Marais où chaque rue est un souvenir même par son nom, où chaque maison a son histoire ou son caractère, Alphonse Daudet avait porté son choix sur la seule rue neuve du voisinage, une vilaine rue Malher, et dans cette rue, sur la maison la plus neuve, c'est-à-dire la plus laide ! Un beau jour, tout fier, tout content, il avait emmené sa future belle-mère et sa fiancée voir sa découverte : plus rien à faire, il venait de signer le bail. [...] Sitôt leur retour [du voyage de nocces], la jeune femme chercha un autre appartement qu'elle trouva tout de suite, 24, rue Pavée, dans le bel hôtel Lamoignon. » (Daudet, 1941 : 66-67)

On a beaucoup reproché aux artistes leurs bizarreries, leurs caprices de nature, cette horreur du convenu qui les jette dans des sentiers à côté ; mais qui dira jamais toutes les fantaisies ridicules, toutes les excentricités niaises dont un bourgeois inoccupé peut arriver à combler le vide de sa vie ? M. Chèbe se faisait certaines lois de sorties, de promenades. Tout le temps qu'on construisit le boulevard Sébastopol il allait voir deux fois par jour si « ça avançait ». (*Fromont jeune et Risler aîné* : 948)

Dans ses errances sans motivation, on découvre Paris en pleine transformation, et il se fait témoin des mœurs de l'époque comme la célébration de la fête nationale du Second Empire le 15 août.

M. Delobelle habite ce quartier ouvrier, alors que lui est comédien. Il se sent déclassé et fréquente les quartiers convenant mieux à son talent. Comme M. Chèbe, il excelle en paresse et en ineptie.

Puis, après le déjeuner, le comédien sortait jusqu'à la nuit, allait faire « son boulevard », c'est-à-dire se promener à tout petits pas entre le Château-d'Eau et la Madeleine, le cure-dent au coin de la bouche, le chapeau un peu incliné, toujours ganté, brosse, reluisant. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 951)

De la main de Sidonie, nous parcourons la capitale. Sur la rive gauche, au boulevard Saint Germain, Mme Risler a trouvé dans les boutiques un assouvissement passager à sa vacuité vitale. Au rond-point des Champs-Élysées, elle et son amant, Georges Fromont, vivent leur liaison clandestine dans un appartement rue Gabriel. Par contre, ils s'affichent dans les théâtres et au Bois, c'est le « Paris-Cocotte de ce temps-là » (*Fromont jeune et Risler aîné* :

1025). La plupart des personnages finiront le roman loin de leur point de départ. Seul le couple Claire et Georges Fromont, profondément touché par la trahison du mari, reste ensemble, avec l'enfant qui leur a donné la force d'aller de l'avant.

Dans *Jack*, l'action se déroule dans trois espaces parisiens très clairement délimités. En premier lieu, dans le Paris-cocotte, fréquenté par Sidonie dans le roman précédent, s'est installée Ida, femme entretenue récemment arrivée de la province, elle occupe à Paris un petit hôtel boulevard Haussmann. Elle a beau se cacher sous un masque mondain et assister aux spectacles que la capitale lui offre, elle ne dupe personne. Près du boulevard Haussmann, dans le 8^e arrondissement, se trouve l'avenue Montaigne, qui s'étend du pont de l'Alma au rond-point des Champs-Élysées. Dans une de ces ruelles qui débouche sur l'avenue Montaigne, se trouve le Gymnase Moronval. Contrairement aux rues avoisinantes, le passage des Douze Maisons n'a pas encore bénéficié des travaux de Haussmann et le contraste est frappant.

Mais sitôt la grille franchie, on mettait le pied dans cette boue noire, infecte, indestructible, que les démolitions et les constructions récentes déversent autour d'elles, une boue de terrain vague. Le ruisseau, au milieu du passage, le réverbère coupant l'espace et, de chaque côté, des garnis borgnes, des bâtisses complétées de vieilles planches, vous reportaient à quarante ans en arrière et à l'autre bout de Paris, vers La Chapelle ou Ménilmontant. (*Jack* : 21-22)

Moronval montre le revers de la médaille de la fièvre qui avait saisi les spéculateurs. Il avait lui aussi voulu tenter sa chance car le projet d'un boulevard qui allait passer par là-bas était en marche, mais simplement il mettait trop de temps à y arriver. Il fera même faillite avant.

Depuis vingt ans, combien de Parisiens ont ruiné leurs facultés, leur fortune, leur vie, dans cette fièvre d'attente !... Elle s'empara furieusement de Moronval. L'éducation des élèves, leur bien-être, furent désormais le moindre de ses soucis. [...]

Et c'étaient des projets fantastiques fondés sur la somme exorbitante de l'expropriation. (*Jack* : 37)

Ida abandonne Paris et sa vie de cocotte, change de nom, Charlotte, et s'installe à Étioilles avec d'Argenton. Même si au début la vie à la campagne l'amuse, elle s'y ennueie très tôt mais y reste quand même, ne voulant pas contrarier d'Argenton. Quelques années plus tard, las de la campagne et nécessitant un milieu plus intellectuel, le poète arrogant l'oblige à quitter la campagne et à retourner à la capitale. Nous pénétrons, dans un deuxième temps, dans la rive droite, au quai des Augustins, « en plein centre intellectuel » (*Jack* : 303). En compagnie d'anciens ratés, il décide de fonder « La Revue des Races futures », où ils font étalage de leurs connaissances de pacotille à ses rares abonnés.

Dans un troisième temps, l'auteur va nous conduire dans la banlieue récemment annexée. Depuis le 1^{er} janvier 1860, Paris compte vingt arrondissements. Lorsque Jack revient de ses tribulations, il décide, suivant les conseils du docteur Rivals, de travailler et de faire des études en médecine. Il se dirige vers cet ancien village, Ménilmontant, annexé à la capitale (20^e arrondissement). Toute cette périphérie¹³ accueille tous les

¹³ « C'est que là, en zone populaire, les milieux d'affaires ne s'aventuraient pas et ne poussaient absolument pas la préfecture à y entreprendre des opérations. La spéculation capitaliste, répétons-le, ne sait et ne veut produire au XIX^e siècle que des immeubles bourgeois, impensables dans cette zone. Quant à construire pour le peuple ! Celui-ci était réputé, à tort ou à raison, trop pauvre, trop mauvais locataire, et sans attachement aucun à son logement pour que les capitaux se tournent vers cette clientèle, une clientèle complètement

Parisiens fuyant celle-ci à cause de la cherté des nouveaux loyers. Selon Alain Faure (2004), le peuple est le grand oublié de l'haussmannisation, car le centre et les faubourgs, annexés dans un premier temps, c'est-à-dire, ceux qui étaient limités par l'enceinte des fermiers généraux, étaient réservés à l'élite et à la bourgeoisie parisienne. Dans ce quartier populaire embaumé de la simplicité de la province, Jack retrouve Bélisaire. Pour la première fois, Jack sent la tiédeur du logis.

Dans la rue des Panoyaux plus déserte, il retrouvait des habitudes de province, des parties de volants devant les portes, et dans la cour de la grande maison silencieuse, le concierge avec quelques voisins assis sur des chaises savourant la fraîcheur entretenue par de fréquents arrosages à l'entonnoir. (*Jack* : 405).

Le Nabab met en avant l'image d'un Paris comparé à la Babylone moderne où la vie se tourne plus vers les plaisirs mondains en oubliant la dimension spirituelle. Des personnages dévorés par l'ambition vont le dépouiller sans scrupules. La plupart appartiennent aux gens du monde, autrement dit, ce sont des personnages notoires de la société brillante du Second Empire. Cependant, derrière ces masques mondains se cachent des personnages médiocres et sans scrupules. Les apparences les mènent à occuper les quartiers chics du moment. D'emblée, dans le premier chapitre le docteur Jenkins se rend tour à tour chez ses plus prestigieux patients. Il quitte son hôtel, rue Lisbonne dans le 8^e arrondissement, pour traverser la Seine, qu'il retraversera plus tard, et se rendre au quai d'Orsay où se trouve le duc de Mora, demi-frère de l'empereur. Puis, il gagne la rive droite et s'arrête à la

abandonnée aux constructeurs sans envergure ni moyens, nous l'avons vu » (Faure, 2004 : 447).

rue Royale. Là, il retrouve le marquis de Monpavon, un snob ruiné par le jeu. Ensuite, poussé par une passion insatisfaite qui le ronge depuis des années, le docteur se rend chez Félicia Ruys, artiste qui nous ouvre les coulisses de la bohème artistique quelque peu viciée. Il terminera sa matinée chez le Nabab, place Vendôme, summum du Paris luxueux. Avant d'y aller, il se rend chez le fils de Mme Jenkins, André Maranne, au 68 rue Ferdinand aux Ternes¹⁴. Dans ce nouveau quartier, il a situé la famille Joyeuse et André, loin du maelstrom du Paris corrupteur.

En s'éloignant du centre, l'influence fatale de la capitale est moindre et les personnages retrouvent le bonheur dans la simplicité de la vie. Le quartier est en pleine transformation, l'image est presque apocalyptique.

On arriva tout de même, sans encombre, au bout d'une rue provinciale, inachevée, et à la dernière de ses bâtisses, un immeuble à cinq étages, que la rue semblait avoir envoyé en reconnaissance pour savoir si elle pouvait continuer de ce côté, isolé qu'il était entre des terrains vagues attendant des constructions prochaines ou remplis de matériaux de démolitions, avec des pierres de taille, de vieilles persiennes posées sur le vide, des ais moisis dont les ferrures pendaient, immense ossuaire de tout un quartier abattu. (*Le Nabab* : 495 - 496).

Le 8^e arrondissement concentre pratiquement toute la société mondaine, ainsi que les grands financiers, comme par exemple la banque d'Hemerlingue, au Faubourg Saint Honoré ou la Caisse territoriale, boulevard Malesherbes. Une classe privilégiée se

¹⁴ Daudet connaît très bien ce quartier, les Ternes, actuellement le 17^e arrondissement. Ses parents y ont habité rue Bayen, près de leur autre fils Ernest. D'après Vincent Clap, Alphonse aurait passé le premier semestre 1865 chez eux, mais la cohabitation s'avéra plus difficile que prévu et Daudet prit son envol.

rassemble dans cet arrondissement de la rive droite, elle aura la tâche ardue d'aider le Nabab dans son désir de se parisianiser. Séparées par la Seine, quasiment en face, se trouvent la demeure du duc de Mora et l'Assemblée Nationale où se déroulera la séance de sa validation.

Le visage que nous offre Daudet de la capitale dans ce roman est des plus repoussants, en faisant étalage du grand cynisme mondain de celle-ci. Une société endogame avide de scandales et de spectacles se réjouit des malheurs de ce brave étranger qui voulait faire partie de ce monde. Seul reproche : il n'était pas de taille à s'affronter à la capitale ! La société souffre des excès du Second Empire et a du mal à se retrouver dans ce monde moderne.

Puis l'ennui, un ennui morne, l'ennui des mêmes visages toujours regardés aux mêmes places, avec leurs défauts ou leurs poses, cette uniformité des réunions mondaines qui finit par installer dans Paris chaque hiver une province dénigrante, papotière et restreinte plus que la province elle-même. (*Le Nabab* : 841)

Les Rois en exil révèle le Paris du désenchantement. Les principaux personnages se sont installés à la capitale fuyant leur sort ou poussés par leurs convictions légitimistes comme pour Élysée Méraut. La capitale est semée d'obstacles qui vont peu à peu les épuiser et les décevoir.

Élysée Méraut est un loyaliste méridional monté à Paris pour servir la cause des légitimistes. Il occupe une chambre misérable dans un hôtel meublé, rue Monsieur-le-Prince dans le Quartier latin, abritant tout un ensemble de personnages des plus bigarrés et aux professions douteuses. Le nom de la rue sied à merveille à ce personnage, qui ne rêve que de faire des rois. Trop exalté, trop érudit pour son entourage, il prêche son royalisme dans Paris

« depuis dix-huit ans [qu'] il jetait ses idées en semaille dans le Paris de la jeunesse » (*Les Rois en exil* : 897). Sur sa route se croisent les rois d'Illyrie, en exil à Paris. On fait appel à lui pour s'occuper de la formation du futur roi, Zara, mais son royalisme s'ébranle au fur et mesure que le masque du roi Christian tombe.

En Illyrie, les républicains ont renversé la monarchie provoquant le départ précipité des rois. Les souverains arrivent à Paris en été 1872, la III^e République semble s'affermir en France. La famille royale descend à l'hôtel des Pyramides, rue Rivoli. Le spectacle des ruines des Tuileries, suite à l'incendie provoqué par la Commune, réveille en la reine Frédérique des souvenirs du passé. Elle se rappelle de sa première venue à Paris en 1864, à peine mariée, elle avait séjourné aux Tuileries. Le roman terminera avec ce même tableau. On pourrait entrevoir un présage du sort qui attendait cette famille royale : la royauté n'appartient plus qu'au passé. Elle luttera contre son destin, mais celui-ci finira par s'imposer. Elle sera vaincue mais humainement renforcée.

Au tournant de la rue de Castiglione, la reine retrouve soudain le Balcon de l'*Hôtel des Pyramides* et les illusions de son arrivée à Paris, chantantes et planantes comme la musique des cuivres qui sonnait ce jour-là dans les masses de feuillage. Que de déceptions depuis, que de combats ! Maintenant c'est fini, fini. La race est éteinte... Un froid de mort lui tombe aux épaules, tandis que le landau avance vers l'ombre, toujours vers l'ombre. (*Les Rois en exil* : 1123).

Le séjour à l'Hôtel des Pyramides se prolonge, car la situation d'Illyrie ne semble pas s'améliorer. Ils fuient le centre de Paris et s'installent à Saint Mandé, attenant du bois de Vincennes dans la proche banlieue récemment annexée à Paris (12^e arrondissement). Cependant le roi d'Illyrie, Christian, qui a découvert les plaisirs de la capitale, n'est pas prêt à vivre un second exil et compte bien

profiter de la vie parisienne. Il devient un *high lifeur*. Il fréquente les endroits à la mode tels que le théâtre, Mabilly, les maisons de jeux, clubs etc. ainsi que des désœuvrés qui ne font que dilapider la fortune familiale. Il ne tarde pas à louer un appartement aux Champs Élysées, où il emmène ses conquêtes. Il ira même plus loin car, dans ce 8^e arrondissement, il installera sa maîtresse avenue de Messine et lui donnera même le titre de comtesse.

Ce n'était pas une cage à cocotte qu'elle avait achetée, la Spalato, non plus qu'une des maisons écrasantes comme les traitants milliardaires en ont encombré ces nouveaux quartiers de l'Ouest parisien, mais un hôtel artiste bien digne des noms des rues environnantes, Murillo, Velasquez, Van Dyck, et qui se distinguait en tout de ses voisins, depuis le couronnement de sa façade jusqu'au marteau de la porte. Bâti par le comte Potnicki pour sa maîtresse, une femme laide qu'il payait tous les matins d'un billet de mille francs plié en quatre sur le marbre de la toilette, ce merveilleux logis avait été vendu deux millions pêle-mêle avec son mobilier d'art, à la mort du riche Polonais, qui ne laissa pas de testament, et Séphora avait acquis du coup tous ces trésors. (*Les Rois en exil* : 1056-1057)

Il nous introduit dans un monde futile : le Paris mondain des gandins, des gommeux ou des boulevardiers qui succombent aux plaisirs de la capitale ruinant et souillant l'honneur familiale. Une fois la fièvre parisienne passée, Christian aura tout perdu.

Dans ce 8^e arrondissement, le Paris chic, à la rue Royale se trouve l'antre de Tom Lévis qui négocie impunément avec la misère des autres. Nous retrouvons un quartier cher à Daudet, près du Marais. Il situe dans le 4^e arrondissement, quartier populaire à l'époque, l'origine de Séphora, future comtesse de Spalato et maîtresse de Christian. Là se trouve la brocante de son père où elle

a grandi, marquée par ce milieu inquiétant des affaires. Elle a tout de suite compris la difficulté de survivre et l'importance de la lutte pour la vie.

De même que pour d'autres romans daudétiens, les espaces verts acquièrent une importance considérable dans le déroulement de l'intrigue. Ici, le bois de Vincennes marque un tournant de la perception de son entourage, du peuple et de Méraut.

Entre le Paris cynique et viveur qui effraie provinciaux et étrangers, Daudet oppose le centre de Paris à la périphérie, qui garde la saveur provinciale et le goût pour la vie simple.

Numa Roumestan est le roman de la conquête de la capitale par les provinciaux. La grande ville ne les effraie plus, toutefois leur origine les trahit un peu. Alphonse Daudet l'annonce d'emblée dans sa préface « ... pour la Seconde fois, les Latins ont conquis la Gaule », toute une déclaration qui nous donne le ton du roman. Numa, comme plus tard Jean Gaussin dans *Sapho*, est monté à la capitale pour terminer ses études de droit. Il s'installe tout d'abord dans le Quartier latin, où se concentrent beaucoup d'étudiants bons vivants. Ce quartier est l'antichambre pour ceux qui veulent réussir à Paris, d'autres regagneront leur province où ils mèneront une vie confortable. Notre auteur connaît bien ce quartier, d'ailleurs il s'y installe à son arrivée à la capitale. Numa termine ses études, mais repousse le retour au pays. Il arrive tant bien que mal à faire ses premiers pas dans le premier cabinet d'affaires de Paris, dans le faubourg Saint Germain. Ainsi il commence discrètement à laisser son statut d'étudiant. Il s'impose alors un changement de domicile, plus près de son travail et de l'Assemblée Nationale, un appartement de garçon au quai Voltaire.

Peu à peu, grâce à sa faconde méridionale, il réussit à se faufiler dans des cercles mondains et ira même jusqu'à se faire une place dans cette République hésitante. Par l'entremise de sa tante

Portal, camarade de couvent de Mme Le Quesnoy au pays, il reçoit une invitation à dîner de son mari le conseiller. Sous cette invitation anodine, se cache l'intention de forcer la rencontre de l'aînée des Le Quesnoy, Rosalie, et de ce provincial loquace qui fascine les auditoires. Les Le Quesnoy habitent place des Vosges, ancienne place Royale, que Daudet connaît très bien puisqu'il a vécu à l'hôtel Richelieu depuis fin 1876 jusqu'à fin septembre 1879¹⁵. Rosalie succombe, sans opposer beaucoup de résistance à ce séducteur, et l'épouse sans vraiment connaître son vrai visage.

Le jeune couple s'installe rue Scribe, près de l'Opéra. Numa goûte ces moments de bonheur et de calme que lui apporte le mariage, mais il ne peut s'empêcher d'être entouré de camarades. La vie se déroule paisiblement entre Paris et Orsay, où ils passent les étés, si le travail n'oblige Numa à rester à Paris. Un jour d'été, Rosalie vient à Paris pour faire une surprise à son mari. Malheureusement, elle le trouve dans le domicile conjugal avec la marquise d'Escarbès. Pour la première fois, Alphonse Daudet utilise la maison familiale comme cadre d'une infidélité, alors qu'il avait jusque-là séparé du domicile conjugal l'appartement de l'infidélité. Plus tard, Numa entretiendra une liaison avec la jeune Mlle Bachellery, comédienne médiocre, mais consciente de l'emprise qu'elle a sur Numa. De toute façon, Numa n'est pas un homme de famille, ni un homme de maison. Il ne vit que pour l'extérieur, comme résume parfaitement la dernière phrase du livre, « joie de rue, douleur de maison... » (*Numa Roumestan* : 214).

Lorsque Numa devient ministre de l'Instruction publique, nous pénétrons dans les coulisses du ministère, rue Grenelle. De

¹⁵ Daudet s'était très attaché à ce quartier et éprouvera du mal à l'abandonner. La maison n'était plus confortable depuis la naissance de Lucien. En outre, madame Léon Allard (Anna Daudet), qui vivait rue Saint Gilles avec ses beaux-parents et sa mère, désirait quitter ce quartier où ses filles ne se sentaient pas épanouies. Nouveau quartier pour les Allard et les Daudet confondus : le Luxembourg ! D'après les notes de Pierre Dufief, les Daudet quittent place des Vosges fin septembre 1879 (Dufief, 1996 : 70).

curieux personnages sollicitant ses faveurs défilent sans fin dans ce lieu public où il n'y a pas de place pour l'intimité du couple.

L'arrivée des Valmajour à Paris nous montre un visage bien différent de la ville. C'est la première fois qu'ils quittent leur mas encouragés par les propos de Numa et sa promesse qu'ils y réussiront. Malheureusement, leur méconnaissance de la capitale et leur mesquinerie vont précipiter leur déchéance. Au début de leur séjour à Paris, ils occupent le passage Saumon¹⁶, là se trouve un hôtel familial pour les Méridionaux qui montent à la capitale. Cependant leur séjour se prolonge au-delà de ce qu'ils avaient prévu, et commence pour eux un véritable pèlerinage dans la capitale.

Et elle allait, ne sentant pas la fatigue, franchissait à pied, pour économiser l'omnibus, le long parcours du Marais à la rue de l'Abbaye-Montmartre¹⁷.

Tout récemment, après une fougueuse pérégrination à travers des logis de toutes sortes, hôtels, appartements meublés, dont on les expulsait chaque fois à cause du tambourin, ils étaient venus échouer là, dans une maison neuve qu'occupait à des prix d'essuyeurs de plâtre une tourbe interlope de filles, de bohèmes, d'agents d'affaires, de ces familles d'aventuriers comme on en voit dans les ports de mer, traînant leur désœuvrement sur des balcons d'hôtel entre l'arrivée et le départ, guettant le flot dont ils attendent toujours quelque chose. (*Numa Roumestan* : 165).

Le regard d'Alphonse Daudet devient plus acerbe, comme on vient de le constater, suite à la description qu'il nous offre de la périphérie de la capitale. On découvre ainsi l'espace inquiétant des

¹⁶ Il s'agit du passage Ben-Aïad (2^e arrondissement).

¹⁷ Il s'agit de la rue des Abbesses dans le 18^e arrondissement.

faubourgs, occupé par les misérables, les nouvelles victimes de la modernité. Là se réfugient des personnes oisives, enclines à faire le mal et à profiter de la misère des autres. On est loin de ce havre de paix de la famille Joyeuse !

Les personnages de *L'Évangéliste* sont rassemblés dans le quartier du Luxembourg où Alphonse Daudet habite depuis quelques années. Il a eu beaucoup de peine à quitter le Marais.

À présent, ces rues perdues derrière le Luxembourg, les unes vieilles et noires, resserrées autour de la janséniste église Saint-Jacques-du-Haut-Pas et les souvenirs austères de la conversion de mademoiselle de La Vallière devenue sœur Jeanne de la Miséricorde, les autres, encore à demi terrains vagues en voie de construction, quelle atmosphère pour un roman, différent, une fois de plus, de tous ceux qui l'avaient précédé ! (Daudet, 1941 : 158)

L'intrigue de ce nouveau roman va se dérouler dans son nouveau quartier. Cependant il n'abandonne pas complètement le Marais, puisque c'est là qu'il situe le domicile des Autheman, à la rue Pavée¹⁸. Toutefois le drame se déroulera loin de cette rue.

On ne peut s'empêcher de signaler que Daudet s'est servi des domiciles de ses proches pour accentuer une plus fidèle reproduction des différentes parties de Paris. Ainsi, il situe un couvent à la rue du Cherche-Midi, où habitaient à ce moment-là ses beaux-parents. Là restera Henriette Briss au début du roman. Bien qu'elle soit un personnage secondaire, elle sert de contrepoint à Éline. Cette dernière mène apparemment une existence équilibrée et tout porte à croire qu'elle aurait une existence

¹⁸ Alphonse Daudet avait vécu à cette adresse dans ses premières années de mariage.

anodine, contrairement à Henriette Briss, que la religion a un peu détraquée. Paradoxalement, rien ne se passera comme prévu puisqu'Éline sera la proie de Mme Autheman et de sa mission d'évangélisation. À l'avenue des Ternes, au nord-ouest de la capitale, il situe l'assemblée des protestants, point d'inflexion de la vie d'Éline aux conséquences dramatiques.

Ah ! malheureuse mère, c'est son enfant qu'elle aurait dû regarder, ses joues qui s'allumaient d'un éclat de fièvre, ses yeux d'abord baissés sous leurs cils de soie claire et qui s'ouvraient brillants et fixes ; elle eût compris alors que cela se gagne, ces attaques mystiques, comme la crise nerveuse qui abat parfois sur leur lit d'hôpital toute une rangée de malades, et que cette démente, hagarde et flétrie, debout à côté d'Éline, l'effleurant de son geste, de son haleine chaude, lui passait à mesure un peu de sa folie contagieuse. (*L'Évangéliste* : 304)

Dans l'avenue des Ternes ont vécu les parents d'Alphonse Daudet, lorsque les deux frères ont finalement réussi à reconstruire le foyer familial. Paradoxalement, c'est aussi dans cette avenue que vit la famille Joyeuse (*Le Nabab*). Cette rue n'a plus rien à voir avec le bonheur initial qui se dégage dans ce roman, sans doute la mort de la mère d'Alphonse au début de *L'Évangéliste* y est pour quelque chose. À un moment donné, cet endroit représentait la satisfaction du foyer reconstruit, tandis que, suite à la mort récente de la mère¹⁹, ce lieu n'a plus de place dans son cœur, et il commence le deuil avec cette connotation négative dans la vie d'Eline, même si ce personnage attachant résulte être une victime. La page de cet espace est tournée.

¹⁹ Vincent Daudet trépassa quelques années auparavant, en 1875.

Dans le nouveau quartier du Luxembourg, dans la rue Val-de-Grâce, va débarquer la famille de Lorie. Le jeune veuf a été gagné par l'atmosphère accueillante et la proximité au jardin du Luxembourg, idéales pour l'épanouissement de ses enfants.

Il y avait quatre ou cinq mois que ces Lorie habitaient la maison, et dans la rue du Val-de-Grâce, une rue de province avec ses commérages au pas des portes, ses murs de couvent dépassés de grands arbres, sa chaussée où les chiens, les chats, les pigeons s'ébattaient sans peur des voitures, l'émoi de curiosité causé par l'installation de cette étrange famille n'était pas encore apaisé. (*L'Évangéliste* : 238)

Quoique tranquille, il s'agit d'un quartier dont le rythme est scandé par le va-et-vient des passants, des écoliers, du personnel sanitaire de l'hôpital Val de Grâce, etc. Grâce à un flashback, on apprend que la grand-mère d'Éline regardait par la fenêtre et se distrait avec l'agitation de la rue.

Le roman nous découvre le dessous des religions, ou plutôt des hommes d'église. Il est connu qu'ils ont adopté une vie marquée, peu ou prou, par une renonciation à la possession des biens, suivant l'exemple de leur dieu. Cependant ils font preuve d'une grande ambition et c'est dans cette Babylone moderne qu'ils comptent l'assouvir.

Ce gros garçon à barbe fauve, à tête régulière et commune trouée de petite vérole, un christ de campagne mangé aux vers, affectait la plus grande austérité d'attitude et de parole ; au fond, un vulgaire homme d'affaires qui savait que les pasteurs de Paris se mariaient richement, et s'était mis en tête d'utiliser son passage à Babylone pour ramasser quelque grosse dot. (*L'Évangéliste* : 253)

Dans ce roman, le drame ne se forge pas dans la capitale, mais dans un village fictif, dans la proche banlieue de Paris, Petit-Port. Mme Autheman a entrepris une croisade personnelle et les villageois, calculateurs en dépit de leurs apparences rustres, ont embrassé peu à peu cette religion réformée à la vue du profit qu'ils pouvaient en tirer.

Contrairement aux romans précédents, le cadre de l'action est très réduit. Le sujet de la religion se prête à un regard plus intime et se tourne davantage vers le privé.

L'incipit de *Sapho* nous montre le visage d'un Paris futile d'un grand réalisme. Chez Déchelette, rue de Rome, l'ingénieur épicurien a organisé une fête travestie, ouvrant ainsi la période estivale. De nombreux personnages très hétéroclites s'y sont donné rendez-vous : des artistes consacrés ou en herbe, des étudiants, et surtout des femmes qui animent les soirées de ces hommes. Parmi eux, se trouve un jeune provincial, Jean Gaussin monté à la capitale pour préparer un examen qui lui permettra de faire une carrière consulaire, suivant la tradition familiale. À ceci s'ajoute une plus forte pression, car son père s'est trouvé contraint de renoncer à sa carrière consulaire à cause des affaires ruineuses de son frère. Gaussin sent cette lourde responsabilité et l'assume pleinement en évitant toutes sortes de distractions de la capitale. Cependant, ce soir-là il se trouve dans un quartier huppé, loin du Quartier latin où il occupe une chambre dans un hôtel d'étudiants rue Jacob. Il y fait la rencontre de Sapho, femme entretenue à laquelle il aura du mal à résister.

... et le souvenir de la femme, resté quelques jours autour de la cheminée dans ce délicat et léger parfum, s'évapora en même temps que lui, sans que Gaussin, sérieux, travailleur, se méfiant par-dessus tout des entraînements de Paris, eût

la fantaisie de renouveler cette amourette d'un soir. (*Sapho* : 412)

Jusqu'à la rencontre de Fanny Legrand, surnommée Sapho, Gaussin avait rencontré des filles de brasserie ou de skating, des histoires sans lendemain, car rien ne l'écartait de ses études. Néanmoins, Sapho commence à se faire de plus en plus présente dans sa vie et ils vivent des moments de véritable bonheur. Cependant cette relation le déshonore et il essaie vainement de rompre, mais Sapho ne va pas le laisser partir aussi facilement.

Ils partagent tout d'abord le garni de Gaussin au Quartier latin. Comme la vie à deux dans l'hôtel d'étudiants n'est pas très commode, ils loueront, dans un deuxième temps, un appartement rue d'Amsterdam, dans le 8^e arrondissement, où vivre leur passion.

À deux, dans leur garni d'hôtel, avec les mœurs du quartier, ces traîneries par l'escalier de filles en filets et en savates, ces cloisons de papier derrière lesquelles grouillaient d'autres ménages, cette promiscuité des clés, des bougeoirs, des bottines, la vie devenait intolérable. Non pas à elle certes ; avec Jean, le toit, la cave, même l'égout, tout lui était bon pour nicher. (*Sapho* : 422)

Daudet a également occupé un logement dans cette rue lorsqu'il s'est mis en ménage avec sa maîtresse, Marie Rieu, aux alentours de 1861. Daudet s'est inspiré de cette liaison pour en faire ce roman, car certains épisodes reproduisent fidèlement les faits vécus.

Au fur et à mesure que les années passent, environ cinq ans s'écouleront jusqu'à la rupture définitive, leur passion devient de plus en plus étouffante. Chaque changement de domicile reflète ce drame. Ils ont beau chercher un appartement plus grand ou s'installer à la campagne, leur nid d'amour se referme sur eux, telle

une prison où les deux amants sont de plus en plus dépendants l'un de l'autre, ainsi que de plus en plus pervers l'un envers l'autre.

Les seuls moments de répit à cette relation tumultueuse ont lieu en Provence, à Castelet, lorsque Gaussin y descend pour rendre visite à ses parents. Il s'agit d'une sorte d'île déserte, le paradis particulier du jeune provençal où il peut se ressourcer avant d'affronter à nouveau la capitale et Sapho, qui l'attend toujours.

Porteur de privations, de souffrances, de solitudes et de fatalités, Paris, topos autour duquel s'organise le texte de Sapho, s'oppose à la sérénité, à la chaleur humaine et au clame de Castelet, le deuxième espace parcouru par Jean. [...] Noyau spatial dans l'espace rural plus large de la Provence, Castelet est un lieu sécurisant où tout est beau, où tout ne vit que par la lumière. (Urbani, 2003 : 265)

L'image qui se dégage de Paris, dans ce roman, est celle d'une ville dépravée, la Babylone moderne qui attire dans ses filets les jeunes provinciaux ignorants des mœurs de la capitale. Nous retrouvons les mêmes propos, que dans *Le Nabab*, avait proféré la mère Jansoulet contre Paris, cette ville mangeuse d'âmes. Tante Divonne défit la capital en brandissant le poing : « "Oh ! Ce Paris", fit Divonne, montrant le poing vers l'ennemi que la province charge de toutes ses colères... "Ce Paris !... ce qu'on lui donne et ce qu'il nous renvoie !" » (*Sapho* : 469).

L'Immortel va se dérouler principalement dans le milieu académique. L'intrigue tourne autour de cette institution si convoitée, car elle confère la reconnaissance de ses pairs et l'aboutissement d'une carrière. Cependant, pour faire partie des Immortels il faut parcourir un long chemin semé d'obstacles et de pratiques douteuses. Soulignons d'emblée que, lorsque notre

auteur écrit ce roman, il souffre énormément, car la maladie le ronge depuis trois ans et il n'y a pas de traitement efficace. On pourrait expliquer ainsi le ton acerbe de ses prochains romans, ainsi qu'un regard désabusé sur cette nouvelle société.

Les quatre personnages principaux autour desquels se construit l'intrigue n'ont pas la même approche envers cette institution et ils nous montrent des visages bien différents de la capitale. Astier-Réhu est un historien médiocre, qui fait partie de ces élus de l'Académie grâce à sa femme. La perte de son ancien poste comme archiviste des Affaires étrangères lui fait perdre son logement au quai d'Orsay. Il ne quitte pas ce quartier puisqu'il s'installe rue de Beaune, toutefois les conditions sont loin d'être les mêmes. Son fils, Léonard, incarne le *struggle for lifeur*, prêt à tout pour se faire une place dans la haute société.

Dès lors, le jeune homme se crut maître de la fortune ; le père Astier entraîné par sa femme donna quatre-vingt mille francs de ses économies, pour l'achat d'un terrain, rue Fortuny, où Paul se fit construire un hôtel, plutôt une aile d'hôtel taillée dans une élégante maison de rapport, car c'était un garçon pratique, et s'il voulait un hôtel comme tous les artistes chics, il fallait que cet hôtel lui servît des rentes. (*L'Immortel* : 696)

Le nom Fortuny de la rue est très lié au destin de cet ambitieux, puisqu'il fait de la fortune le moteur de sa vie. Il se servira de femmes fortunées pour son ascension sociale, tout d'abord de la princesse Colette de Rosen²⁰, qui perdit son mari lors de la fâcheuse expédition narrée dans *Les Rois en exil*. Elle occupe un hôtel dans un quartier huppé près du parc Monceau, rue des

²⁰ Ce personnage apparaît dans *Les Rois en exil*. C'est la nièce de Sauvadon, un marchand de vins de Bercy, qui moyennant une somme d'argent considérable a réussi à la marier à un prince d'Illyrie.

Courcelles. Malheureusement, Mme Astier-Réhu mène une intrigue parallèle auprès du prince d'Athis, qui veut épouser cette riche veuve. Paul, profondément désappointé, défie en duel le prince à Saint-Cloud. C'est la première fois que Daudet a recours au duel pour que des personnages règlent leurs différends, de plus, on ne peut que souligner le côté absurde de la provocation.

Paul va alors trouver une nouvelle victime pour arriver à ses fins : la duchesse Padovani. Elle aussi possède un hôtel dans un quartier chic de l'époque, rue Poitiers, près du boulevard Saint Germain.

Les deux personnages remarquables de l'intrigue font également partie de l'aristocratie, mais de la vieille aristocratie. Ils ne s'affichent pas impudemment dans la capitale et préfèrent une vie paisible loin de ce monde frivole.

Védrine avait caché son titre de marquis à ses anciens camarades de classe, Paul et de Freydet. Il nous montre un autre visage de Paris, celui des artistes qui travaillent en liberté et veulent vivre de leur art. Il fait de l'ancienne Cour des Comptes, au quai d'Orsay, son atelier. Cependant il se garde bien de vivre à Paris et vit à Neuilly avec sa famille loin des mondanités.

Le troisième camarade est un jeune noble provincial, De Freydet. Même s'il connaît la capitale pour y avoir fait ses études à Louis-le-Grand, il reste imbibé de cette innocence provinciale que Paris n'épargne pas. Il va être pris au piège dans l'engrenage fatidique, non seulement de la capitale, mais de cette élite qui se réclame intellectuelle, à laquelle il va vouer un culte quasi religieux. Il s'installe tout d'abord dans un petit hôtel de la rue Servandoni, dans le quartier du Luxembourg. Comme nous l'avons vu dans d'autres romans, notamment dans *L'Évangéliste*, il s'agit d'un quartier calme qui rappelle la province. La fièvre académique va le gagner en provoquant un dérèglement psychologique. Sa sœur infirme dans un fauteuil roulant sera de même attrapée par

cette fièvre. Elle quittera sa paisible campagne pour rejoindre son frère à Paris, concrètement à Passy, où elle s'éteindra harassée par cette frénésie du candidat.

Ah ! Oui... Sa Germaine... Elle s'en était donné du mal tout l'hiver pour cette malheureuse candidature... Deux dîners par semaine, et jusqu'à minuit, une heure du matin, manœuvrant son fauteuil mécanique dans tous les coins du salon... Elle y avait sacrifié ses dernières forces, plus passionnée encore, plus acharnée que son frère... À la fin, tout à la fin, quand elle ne pouvait plus parler, ses pauvres doigts tordus faisaient du pointage sur le bord du drap.
(*L'Immortel* : 836)

Elle ne sera pas la seule victime de ce monde académique impitoyable. Une fois de plus la Seine, attendant des sacrifices humains, sera la seule échappatoire pour l'immortel Astier-Réhu, lorsqu'il découvre la supercherie dont il a été victime ainsi que la vacuité de sa vie.

Dans le court roman, *Rose et Ninette*, Paris n'occupe qu'une place de second plan. Nous avons entrevu dans le roman précédent le harcèlement que la capitale produit sur certains de ses habitants, notamment Védrine (*L'Immortel*), qui avait décidé de s'installer à Neuilly. Ils fuient l'agitation et les plaisirs mondains de la capitale. C'est pourquoi ils cherchent un refuge dans la proche banlieue, plus près de la nature, pour en faire leur *locus amoenus*. Régis de Fagan a échoué à Passy, suite à un divorce bienfaisant, mettant fin à une vie conjugale à laquelle il s'était résigné pour ses deux fillettes, Rose et Ninette.

À Passy, il essaye de retrouver le calme et l'authenticité de la vie, loin de mondanités que lui imposait sa condition de vaudevilliste à la mode. Passy lui offre non seulement un refuge où

se remettre de ses blessures, mais aussi un point de départ dans sa nouvelle vie. D'une part, il retrouve les plaisirs simples de la vie, la nature va servir de baume pour apaiser la douleur de ce père privé de ses filles.

Puis, la nuit tombée, par les allées du bois odorantes et désertes, dans la fraîcheur des lacs blémis, s'en revenir serrées contre leur père, regagner Passy et le boulevard Beauséjour où les attendait la voiture de Mademoiselle, voilà ce qu'on pourrait appeler une belle journée !

Le programme étalé de tous ces bonheurs, joint à l'animation du repas, rosait d'une chaude flamme les pommettes de ces petites Parisiennes pâlottes. De la fenêtre entr'ouverte montaient des parfums de muguet et de roses. Un merle s'égosillait à la cime d'un grand orme ; [...]. (*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 6)

D'autre part, Paris montre un visage familier dans l'œuvre daudétienne. La frivolité de la capitale est à nouveau mise en avant, c'est une vaste scène théâtrale. C'est ainsi que Daudet dénonce l'importance des apparences et le cruel plaisir des rumeurs dans une société viciée.

Tous les soirs, pendant des années, on m'a traîné dans les spectacles les plus variés ; nous faisons partie de ce hideux Tout Paris qui se montre partout, bien plus cabotin que les cabotins eux-mêmes, et pour qui jamais il n'y a de relâche. [...] Puis sans se lasser, aux entr'actes, promenant sa lorgnette, elle énumérait les noms connus, constatait tous ces menus faits, ces petits scandales que Paris répète tout un hiver, qui pimentent ses plaisirs, en sont la note aiguë et délicieuse. (*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 10)

Les anciens époux se donnaient rendez-vous avenue de l'Observatoire²¹. Au début pour machiner leur divorce, puis pour s'entretenir de leurs filles et finalement Mme La Posterolle, son ex-femme, qui n'avait pas tardé à épouser son cousin et à prendre un nouveau nom, s'y rendait pour tourmenter son ex-mari. Elle occupait le logement conjugal rue Laffite, près du boulevard des Italiens, en plein cœur de la vie parisienne. Selon leur accord de séparation, les filles ne pouvaient pas quitter Paris. Cependant, Mme la Posterolle, accompagnée de ses filles, se rend en Corse où son mari vient d'être nommé préfet. Dans cette société provinciale, elle apporte la touche chic de la capitale. Elle se sent très à l'aise, comme s'il s'agissait de son milieu naturel, puisqu'elle y est admirée et jalousée.

La Posterolle, en Corse depuis trois mois, passait pour un des meilleurs préfets que le gouvernement de la République eût encore envoyés à Ajaccio, et cette excellente réputation, il la devait moins à ses qualités administratives qu'au délicieux trio de Parisiennes, sa femme et ses deux belles-filles, installées avec lui à la préfecture. Le joli sourire de ces dames qu'on rencontrait toujours ensemble, leurs toilettes assorties, promenées à pied, à cheval, en voiture, avaient ensorcelé la ville. (*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 37)

Rien n'arrête la cruauté de cette femme qui, a non seulement réussi à faire fléchir son mari, mais a trouvé dans ses filles ses meilleures alliées pour annihiler son mari. Régis de Fagan, dévasté par l'ingratitude et la méchanceté de ses filles, ne voudra plus les revoir. Le roman se termine avenue de l'Observatoire, là où tout avait commencé, les anciens époux doivent parachever les

²¹ La famille Daudet a occupé un hôtel avenue de l'Observatoire, d'octobre 1879 jusqu'au début de l'année 1885. Ils ont déménagé au 31 rue Bellechasse pour se trouver plus près du centre.

préparatifs du mariage de leur aînée. Mme La Posterolle ne peut s'empêcher de médire Mme Hulin, la propriétaire de l'appartement où s'est installé Fagan, ce qui le blesse profondément. Une fois partie, il la rejoint et ils se promènent dans le jardin du Luxembourg, même la nature bienveillante ne peut soulager la douleur provoquée par les mots lancés par son ex mari.

Là-dessus, il se hâtait, en rayonnant, aspirait de tous ses sens subtils de convalescent cette journée tiède, les parfums variés des parterres, rafraîchis de légers panaches d'arrosage qui retombaient avec des bruits de source. Mais deux pas plus loin, des phrases de Mme La Posterolle lui revenaient. Le poison opérait, passait d'une veine à l'autre...
(*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 77)

Le dernier roman d'Alphonse Daudet, publié à titre posthume, *Soutien de famille*, offre une vision fidèle de la société de l'époque. En outre, la lucidité que lui confère l'approche de la fin de sa vie le pousse à parler sans détours d'une société profondément ébranlée : il ne reconnaît plus le Paris où il était arrivé une quarantaine d'années auparavant. Il découvre une nouvelle génération de jeunes hommes choyés, fuyant les responsabilités et d'une cruelle perversité, mais c'est surtout l'utilisation des institutions publiques à des fins personnelles oubliant la société qui le choque fortement. Par ailleurs, dans cette ultime étape de sa vie, Daudet cherche également à se réconcilier avec son passé, notamment avec son père, entrevu dans le personnage de Victor Eudeline.

L'intrigue se déroule dans tout Paris. Il a probablement voulu, dans son dernier roman, dire adieu à cette ville en parcourant ses différents quartiers.

Au nord-est, au faubourg du Temple, il situe la fabrique de Victor Eudeline. Depuis ses premiers romans, *Fromont jeune et*

Risler aîné et *Jack*, Daudet ne s'est pratiquement plus tourné vers le milieu ouvrier. Il le fait à nouveau avec ce roman, afin de nous montrer le visage implacable des affaires. Contrairement à d'autres romans, le sacrifice humain est y offert dès le début à la Seine, puisque Victor Eudeline, ruiné par une mauvaise gestion, met fin à ses jours en se jetant au canal Saint Martin.

La famille Eudeline ressemble de très près à la famille de Daudet, même fratrie et mêmes avatars du destin qui font que la famille se sépare. La mère et la petite Dina partent à Cherbourg chez la famille, tandis que les garçons restent à Paris. Une lourde tâche pèse sur l'aîné, puisqu'il a la responsabilité de reconstruire le foyer familial.

Daudet remémore ses lieux chers, c'est le cas du lycée Charlemagne où étudient les deux frères Eudeline, comme son fils Léon Daudet, ils habitaient alors à la place Royale. Dans cette place, se trouve le logement d'Antonin, le frère cadet, qui devient apprenti. L'aîné poursuivra ses études à Louis-le-Grand, dans le Quartier latin, comme Léon. La famille se retrouvera quelques années plus tard, grâce au cadet Antonin qui a réussi à ouvrir un commerce de lampes sur la rive gauche, rue de la Seine. Les femmes Eudeline y mènent une vie confortable, de plus Dina travaille aux Postes et Télégraphes, rue de Grenelle.

Même si de nombreux romans daudétiens montrent les dessous de la politique, il fait une profonde analyse du régime installé depuis la chute de l'Empire. Depuis le Ministère de l'Intérieur, le Palais Bourbon, le Ministère des Affaires Étrangères, etc. Alphonse Daudet n'épargne pas les hommes de l'administration avides de pouvoir et d'argent, et ne cherchant qu'à satisfaire leurs propres intérêts. Les visages de cette nouvelle scène publique sont des plus avilissants.

Comment donc ! Son neveu, l'ancien prétendu de Geneviève, l'homme à l'écurie de chiens lévriers, faisait effrontément le courtage des députés et gagnait des sommes à cet honteux métier ! Ah ! C'était du propre. Et l'exemple venait de haut. Ce Valfon jeune, ministre des Affaires étrangères, tout Paris savait, tout Paris pouvait dire, à quelques mille francs près, le chiffre de ses dettes de jeu et la somme que serait obligé de lui compter le mari de sa belle-fille, sous peine de voir craquer le mariage...Oui, de la belle pourriture, le ministre chez qui ce garçon allait danser le menuet. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 69-70)

Daudet ne mâche pas ses mots en dénonçant un régime vicié et dans cette nouvelle société parisienne, dominée par l'argent, les valeurs et les sentiments humains n'ont que très peu de place. Le personnage qui incarne ce nouvel homme est Raymond Eudeline, qui prône l'individualisme à outrance. La famille compte à peine pour lui, même s'il a pris le titre immérité de « soutien de famille ». Il décline le travail et les responsabilités et en ce qui concerne l'amour, il est incapable d'éprouver des sentiments sincères, et les deux relations simultanées qu'il vit ne font que satisfaire son égo. Il occupe éhontément un appartement, au boulevard Saint Germain, que son frère a aménagé pour lui, et donne rendez-vous à ses deux maîtresses, l'une le jour, l'autre la nuit.

Daudet a un regard de sympathie envers l'ouvrier. À travers Antonin, on découvre encore la pureté et simplicité de la vie que ni l'argent ni la capitale n'a corrompue.

Ainsi son frère Antonin, que Wilkie a rencontré avec lui quelquefois et dont la déchéance morale le désole, ce frère qui n'a pu rien être qu'un ouvrier et l'ouvrier de Paris, avec toutes ses laideurs, toutes ses tares, c'est quand même un bon enfant, un cœur d'or comme on dit... (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 104)

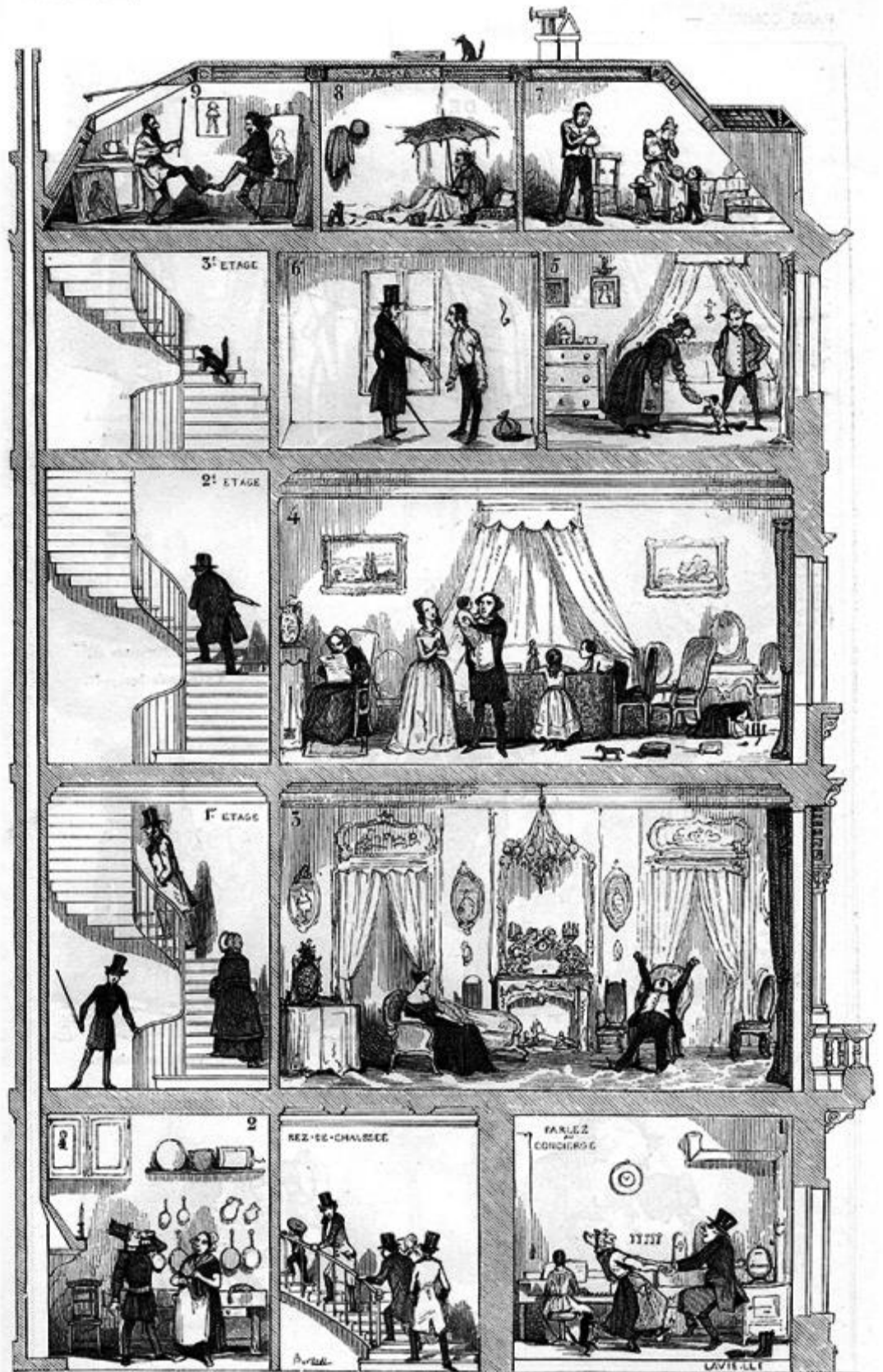
Dans ce roman, même si Daudet survole de nombreux endroits, il ne s'arrête pas vraiment à les décrire. Sa vie avec ses lieux les plus touchants a défilé devant lui, sans le distraire de la critique féroce de la III^e République qu'il comptait faire.

Après avoir parcouru les différents quartiers de la capitale et souligné son caractère phagocytaire, force est de constater que c'est dans leur foyer qu'ils devraient retrouver le bien-être nécessaire pour se mesurer à elle. Mais qu'en est-il vraiment de ces maisons daudétiennes ? Procurent-elles cette chaleur qui met ses membres à l'abri de cette Babylone moderne ? Nous allons nous introduire dans ces espaces murés pour analyser ces intérieurs.

4 SI LES MURS POUVAIENT PARLER...

La maison s'est consolidée tout au long du XIX^e siècle comme le « fondement matériel de la famille et pilier de l'ordre social » (Perrot, 1999 : 282). Tout au long de ce siècle nous assistons à une consolidation de la famille qui a besoin d'un logement digne où s'épanouir. Dans les villes, on commence à percevoir une séparation des habitants basée sur l'appartenance à une classe sociale donnée. Tel sera le cas de Paris, les travaux du baron Haussmann auront non seulement pour objectif d'aménager la ville et l'assainir, mais un certain élitisme viendra inspirer ces transformations révolutionnaires. Des quartiers populaires, ouvriers ou commerçants, se distingueront nettement des quartiers plus élégants réservés à des personnes aisées. Le fait est que, à la fin du XIX^e siècle, à Paris, et ceci est extensible aux autres villes de France, une délimitation économique et sociale va venir s'immiscer dans la vie quotidienne. Très significatif est dans ce sens, le dessin

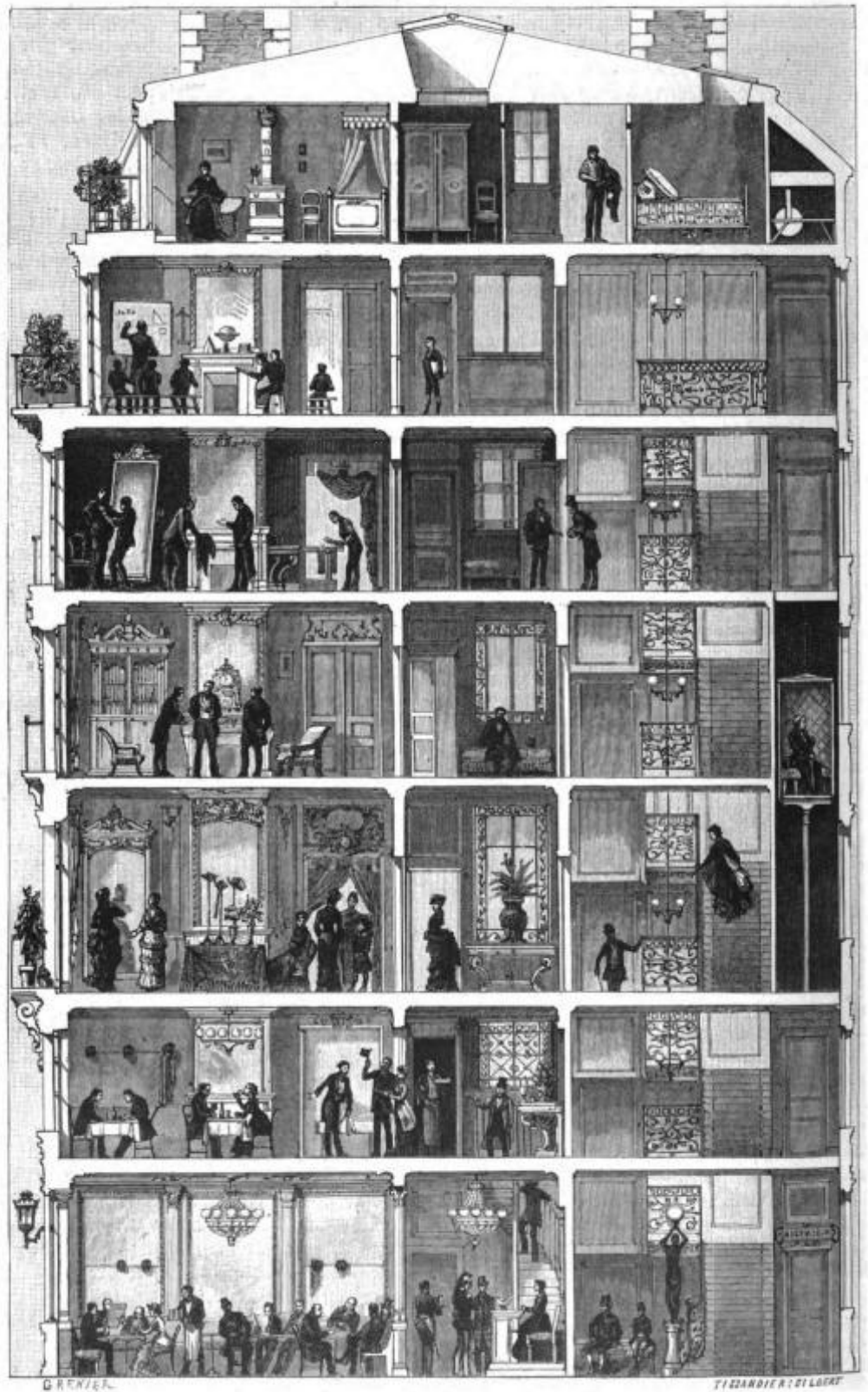
du dessinateur Charles Albert d'Arnoux, connu sous le nom de Bertall. Ce dessin de 1845 montre, d'une manière humoristique, la distribution des locataires dans un immeuble. Les habitants occuperont les étages de façon inversement proportionnelle à leurs fortunes, de sorte qu'ils auront moins d'escaliers à monter.



COUPE D'UNE MAISON PARISIENNE LE 1^{er} JANVIER 1845.

— CINQ ÉTAGES DU MONDE PARISIEN. —

L'immeuble est une reproduction de la société de l'époque, où cohabitent des individus issus de toutes couches sociales sous un même toit. Cependant, vers la fin du XIX^e siècle, l'aspect de l'aménagement de l'habitat offre tout un autre visage. Suite aux travaux haussmanniens, et faut-il le signaler, à l'invention de l'ascenseur, les immeubles abritent des personnes d'une origine plus semblable. À ce propos, nous pouvons également citer une gravure très représentative de la dimension sociale des transformations urbanistiques, notamment à Paris, il s'agit du dessin de Tissandier et Gilbert, *Paris qui travaille*, de 1883. Cette nouvelle ville modifiée par une industrialisation qui a fortement ébranlé l'équilibre social se caractérise par une division des différentes catégories sociales. Désormais, il sera impensable qu'un ouvrier et un bourgeois cohabitent sous un même toit. Sur ces dessins nous observons également des changements dans la société, une nouvelle société où l'on pourra désormais parler des loisirs, du luxe, de la mode, etc. et évidemment, de l'apparition de nombreux métiers dédiés à ces frivolités inconcevables au début du siècle, hormis dans le milieu aristocratique.



Paris qui travaille. — Composition et dessin de Tissandier et Gilbert.

L'esprit de propriété est très présent au cours du XIX^e siècle, ce qui est très significatif du changement moral qui commence à s'opérer dans cette société de plus en plus terre à terre. La maison non seulement préserve l'intimité de l'individu, mais elle devient aussi le symbole de la réussite et ascension sociale. Michelle Perrot cite Jacques Capdevielle pour montrer cet attachement à la propriété.

Jacques Capdevielle a montré la diffusion, dans presque toutes les couches de la société, de cet esprit propriétaire, fondement de la Troisième République opportuniste et radicale qui fait de l'équation « citoyens =propriétaires » l'un des pivots de sa politique, et l'adéquation entre la diffusion des valeurs mobilières, discrètes et sécables, et la démocratie. Il a souligné l'étonnant consensus qui s'opère à la fin du siècle autour de la propriété, jusque dans les rangs socialistes et même anarchistes. (Perrot, 1999 : 96)

Dans ce sens-là, nous pouvons également citer à Roger-Henri Guerrand (1999) qui, dans son article « Espaces privés », recueille les propos d'Armand de Melun et de Frédéric Le Play²² qui s'accordent pour parler de l'importance de la propriété pour l'ouvrier. En effet, il ne faut pas seulement concevoir la propriété comme son lieu de repos, mais aussi apprécier l'équilibre moral qu'il s'en dégage. Ainsi, le foyer devient un refuge contre un extérieur tentateur et menaçant l'intégrité de l'ouvrier, comme l'alcoolisme ou la promiscuité. Il se tournera vers sa famille, où il s'épanouira dans un foyer qui dégage moralité et bien-être.

²² « Ce nouvel analyste [Frédéric Le Play] du désordre de la société libérale s'imposera comme l'un des théoriciens qui ont le plus contribué – avec succès – à diffuser l'idée du caractère moralisant de la propriété immobilière : "l'union indissoluble entre la famille et son foyer, a-t-il écrit, est la pratique qui exerce la plus salutaire influence sur la moralité et le bien-être de la famille ouvrière". Cette affirmation a été développée tout au long de son œuvre maîtresse, *La Réforme sociale*. » (Guerrand, 1999 : 359).

Certains industriels favoriseront l'accès à la propriété afin de garder le plus longtemps possible les ouvriers et éviter ou atténuer, grâce à cette action de patronage, les revendications syndicales qui commencent à se faire sentir à la fin du XIX^e siècle.

4.1 Des lieux cloisonnés

La maison est par excellence l'espace familial géré par la maîtresse de maison, elle reflète l'esprit de ses occupants. L'homme y trouve son espace, loin des problèmes d'intendance et de l'éducation quotidienne des enfants, dans des parties qui lui sont attribuées comme par exemple la bibliothèque ou le cabinet.

Si souvent dehors, le père domine encore la maison. Il a ses lieux à lui : le fumoir et le billard, où les hommes se retirent pour causer, après les dîners mondains ; la bibliothèque, parce que les livres – et la bibliophilie – demeurent affaires d'hommes ; le bureau, où les enfants n'entrent qu'en tremblant. (Perrot, 1999 : 115)

Dans son foyer, l'homme recherche le confort après une journée dédiée à ses affaires, normalement à l'extérieur. Il y trouve une atmosphère accueillante et chaleureuse, favorisée par sa femme qui se dévoue corps et âme au bien-être de sa famille.

Le rôle principal appartient à la maîtresse de maison, chargée de mettre en scène la vie privée tant dans l'intimité familiale – cérémonies quotidiennes des repas et soirées au coin du feu – que dans les relations de la famille au monde extérieur – organisation de la sociabilité, visites, réceptions. Elle doit régler le cours de tâches ménagères de manière

que chacun, son époux tout le premier, trouve à la maison le maximum de bien-être. (Martin-Fugier, 1999: 182)

D'emblée, cette première différence nous amène à considérer des espaces privés, à l'intérieur de la demeure familiale, délimités par le sexe de leurs occupants. Toutefois cette première délimitation se fait extensive aux espaces publics. En effet, certains espaces extérieurs sont exclusifs aux hommes, notamment les lieux de sociabilité comme les clubs, cercles ou brasseries. Là aussi, une autre distinction s'impose, puisque les habitués de ces établissements ne sont pas les mêmes. Les différences sociales, principalement, vont déterminer la fréquentation d'un établissement plutôt qu'un autre.

Daudet brosse un tableau très précis de la société de son époque, qui nous permet de voir le changement des mentalités depuis le premier roman de notre corpus *Fromont jeune et Risler aîné* en 1874 et le dernier roman, *Soutien de famille* en 1897. En analysant le rapport des occupants aux espaces privés de l'intime, nous allons constater cette évolution, de même que l'ouverture de la femme au monde masculin.

4.1.1 L'espace de madame, l'espace de monsieur

Signalons d'abord que la maison daudétienne est loin d'être un havre de paix où les conjoints mènent une vie épanouie. Les intérieurs daudétiens se caractérisent surtout par une grande tristesse dans laquelle sont plongés leurs occupants, indépendamment de leur sexe ou de leur statut social. Dès le premier roman, *Fromont jeune et Risler aîné*, le ton est donné. En

effet le logis qu'occupent les jeunes gens du palier reflète cet état esprit :

Entre le ménage Chèbe et le ménage Delobelle il y avait une certaine analogie de position. Seulement chez les Delobelle c'était moins triste. Les autres sentaient leur vie de petits rentiers rivée autour d'eux, sans horizon, toujours pareille ; tandis que dans la famille du comédien, l'espoir et l'illusion ouvraient partout des vues superbes. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 951)

Même le jeune Frantz, lorsqu'il remémore sa jeunesse dans le logis dont il partage le palier avec les Chèbe et les Delobelle, ne peut s'empêcher de jeter un regard plein d'amertume.

Voilà qu'à ce nom seul de mam'selle Zizi, Frantz se trouvait transporté tout à coup dans une chambre triste du Marais, bien loin du salon de Sidonie, et la pitié de son cœur évoquait l'image de cette petite Désirée Delobelle qui l'aimait depuis si longtemps. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1069)

À l'opposé de l'échelle sociale, se trouve la demeure des *Rois en exil*, imprégnée de la tristesse de la reine Frédérique et d'autres fidèles à la couronne, de telle sorte que le roi Christian se sent libéré lorsqu'il quitte la maison royale qui l'opprime.

Distrain, poursuivi de quelque refrain bête, il avait toujours dans la tête sa vision de la dernière nuit, le tournoiement ivre et langoureux du plaisir. Et quel « ouf ! » de soulagement quand il était enfin dehors, quelle reprise de jeunesse et de vie qui, chaque fois, laissait la reine plus triste et plus seule. (*Les Rois en exil* : 908)

Contrairement à ces tableaux familiaux, dans lesquels règne un pessimisme presque intrinsèque, abondants dans l'œuvre daudétienne, le foyer daudétien ne peut être incarné que par une famille au nom très significatif, la famille Joyeuse que nous analyserons dans la partie correspondante au foyer daudétien.

Cette atmosphère qui prédomine dans les romans ne peut évidemment présager une cohabitation harmonieuse. Ses occupants ont leurs espaces clairement délimités, se retrouvant autour d'une table pour les repas ou lors d'autres événements fort ritualisés.

Dans ce microcosme de la vie quotidienne, les logis présentent des aspects bien différents en fonction du statut social de leurs occupants. En analysant les intérieurs bourgeois, nous aurons un aperçu plus exact de cette séparation d'espaces, puisque les maisons ouvrières, étant donné leur surface, ne nous montreraient pas cette distinction, les espaces s'y confondant normalement.

L'intérieur du jeune couple Risler illustre un intérieur bourgeois de l'époque. Comme il est coutumier en ce temps-là, la décoration est une tâche exclusive de la maîtresse de maison. Sidonie assume ce nouveau rôle sans trop de peine, puisqu'elle aménage son intérieur comme Claire Fromont envers laquelle elle a développé une véritable jalousie malade. Le salon, espace privé ouvert sur l'extérieur, est la pièce clé du foyer bourgeois incarnant le goût personnel de la maîtresse de maison.

Dans son désir de dépasser son inspiratrice, elle en fait une copie grotesque de mauvais goût. À l'instar de Claire, Sidonie a choisi un jour de pour recevoir des visiteurs, c'est ce jour-là que nous pénétrons à l'intérieur du nouveau ménage.

Dans le beau salon rouge — car ils ont un salon en damas rouge, avec une console entre les fenêtres et une jolie table au milieu du tapis à fleurs claires —, Sidonie s'est installée en femme qui reçoit, un cercle de fauteuils et de chaises

autour d'elle. Ça et là des livres, des revues, une petite corbeille à ouvrage en forme de bourriche, tressée avec des glands de soie, un bouquet de violettes dans un verre de cristal et des plantes vertes dans les jardinières. Tout cela est disposé exactement comme chez les Fromont, à l'étage au-dessous ; seulement le goût, cette ligne invisible qui sépare le distingué du vulgaire n'est pas encore affiné. On dirait la copie médiocre d'un joli tableau de genre. La maîtresse de maison elle-même a une robe trop neuve, elle a plutôt l'air d'être en visite que chez elle. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 994)

Le salon est un lieu privilégié de la maison bourgeoise, lieu privé ouvert sur l'extérieur, puisqu'il sert à recevoir les invités, en même temps, il est l'image des habitants du logis, ainsi que de leur réussite sociale. La décoration, comme on le constate dans l'extrait ci-dessus, est une affaire féminine. La couleur rouge, couleur forte, plutôt sensuelle, ainsi que les revues et la corbeille à ouvrage dénoncent l'occupation de cet espace par la maîtresse de maison pratiquement en exclusivité. Chez Sidonie, l'accumulation de tous ces objets ne fait pas de cet espace un lieu de vie mais une surreprésentation d'un chez-soi bourgeois. Les réceptions favorisent les relations mondaines des dames appartenant à la même classe sociale, sous le signe de la cordialité et non pas comme une vitrine où leur intérieur s'étale avec ostentation. Cette première réception mondaine de Sidonie s'avère être un véritable fiasco, seule Mlle Planus s'y est rendue contrainte par la position de son frère au sein de l'entreprise de papiers peints.

L'intérieur peut varier tout au long de l'intrigue, comme le démontre celui de Sidonie. Après un séjour à Savigny, au cours duquel elle se rapproche de son ancien prétendant, Georges Fromont, leur liaison reprend de plus belle à Paris, ce qui n'est pas sans conséquences dans son mode de vie et son humeur. Elle se

montre moins irascible et son appétit de luxe va augmenter, son intérieur va aussi se voir transformé. Celui-ci, douillet, étrangement artificiel, va laisser la place à un intérieur d'un luxe injustifié. Elle va introduire dans son salon bourgeois un piano à queue, instrument investi d'une puissante charge symbolique. Il va marquer son désir de se différencier de son émule et de la dépasser socialement.

Leur intérieur aussi s'était transformé, embelli. De jour en jour le confort y faisait place au luxe. De ces inventions faciles de jardinières fleuries, de salon ponceau, Sidonie arrivait aux raffinements de la mode, aux manies de meubles antiques et de faïences rares. Sa chambre était tendue de soie bleu tendre, capitonnée comme un coffre à bijoux. Un piano à queue d'un facteur célèbre s'étalait dans le salon à la place de l'ancien et ce n'était plus deux fois par semaine, mais tous les jours qu'on voyait apparaître sa maîtresse de chant, Mme Dobson, une romance roulée à la main. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1022)

Le changement de leur intérieur n'est pas passé inaperçu à son mari, Risler, satisfait « de retrouver en rentrant son intérieur bien calme, sa femme de bonne humeur, toujours parée et souriante » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1021). Mais derrière ces changements apparemment frivoles se cache une véritable métamorphose de Sidonie : le piano et ses romances vont commencer à agir sur sa naturelle prédisposition à la fantaisie. Son amant encourage tous ses caprices, il arrive même à lui fournir une sorte de société, d'accointances de divertissement. Le salon devient lieu de rencontre où se célèbrent des bals auxquels le mari ne peut assister, comme le soir où Risler apprend l'aventure de sa femme.

Corbin signale le rôle romanesque du piano dans le monde des femmes, surtout lorsque celles-ci sont délaissées. Ce n'est pas le cas de Sidonie, mais étant donné sa nature volage, elle « s'appropriera » ces rôles à défaut de vivre sa propre vie. Les romances auront, dans son cas, une valeur prémonitoire.

Reste que toutes ces scènes qui attestent l'importance de l'instrument dans la vie intime renseignent avant tout sur l'imaginaire masculin de la femme au piano. La chevelure déployée, le visage éclairé par les chandelles du pupitre, les yeux perdus dans le vague, celle-ci semble déjà la proie rêveuse offerte au désir de l'homme. (Corbin, 1999 : 450)

Il n'est pas étonnant de retrouver Sidonie à la fin du roman interprétant le personnage de sa romance et mettant en avant ses talents de cabotine, qu'elle a développés au cours de sa formation de femme perfide et qui devaient la conduire fatalement à sa consécration sur scène. La dernière apparition de Sidonie, mais elle aura encore un dernier mot à dire, ressemble de très près au tableau brossé par Corbin ci-dessus.

La robe tenait à peine aux épaules ; les cheveux s'envolaient en un brouillard blond au-dessus des yeux, et autour du cou un collier de perles trop grosses pour être vraies s'étagait avec un brio de clinquant. Delobelle avait raison : c'est la vie de bohème qu'il lui fallait. Sa beauté y avait gagné je ne sais quelle expression insouciant qui la caractérisait, en faisait bien le type de la femme échappée, livrée à tous les hasards et descendant d'étape en étape jusqu'au plus profond de l'enfer parisien, sans que rien au monde ne soit assez fort pour la ramener à l'air pur et à la lumière. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1175)

Les femmes bourgeoises ont un après-midi réservé à la réception de la société mondaine dans leur salon, comme nous l'avons constaté dans le cas de Sidonie. Le soir, ce lieu de réception devient un lieu mixte²³, un lieu de spectacle, où se tiennent des bals, des concerts, des soirées animées en fonction de la nature de celles-ci et de la relation plus ou moins intime avec les invités. Lors de la réception mondaine des Jenkins, couple de la haute bourgeoisie, le salon va devenir un espace privilégié où se donnent rendez-vous des personnages puissants de l'époque, toute une clientèle élitiste du docteur.

Les Jenkins occupent un petit hôtel particulier rue Lisbonne, dans le 8^e arrondissement, qui accueille à partir des travaux d'Hausmann toute une élite bourgeoise²⁴. Le dessein de cette soirée est d'arranger la rencontre de Jansoulet et du duc de Mora. L'intérieur de ce couple bourgeois dénote un goût des plus exquis de la maîtresse de maison.

Une vaste pièce richement meublée avec le goût artistique qui caractérisait le maître et la maîtresse de la maison. Quelques tableaux anciens sur le fond clair des draperies. Une cheminée monumentale, décorée d'un beau groupe de marbre, *Les Saisons*, de Sébastien Ruys, autour duquel de longues tiges vertes découpées en dentelle ou d'une raideur gaufrée de bronze recourbaient vers la glace comme vers la limpidité d'une eau pure. (*Le Nabab* : 527-528)

²³ D'après Martin-Fugier (1999), les hommes se rendent à ces visites mondaines, mais ils sont moins nombreux.

²⁴ D'après l'article de Grange (1993), qui s'est basé pour mieux comprendre la spécialisation sociale de la capitale sur le *Bottin Mondain*, on apprend que « le 8^e arrondissement est ainsi, au début du XX^e siècle, le premier des arrondissements mondains ». Il parcourt, à travers l'histoire, le succès de ce quartier, voisin des palais royaux.

Mme Jenkins excelle dans son rôle de maîtresse de maison en animant la soirée avec ses dons artistiques, « une voix fameuse dans les salons de Paris et qui, malgré tout son éclat, n'avait rien de théâtral, mais semblait une parole émue vibrant sur des sonorités inapprises » (*Le Nabab* : 529). Elle est l'image de maîtresse de maison parfaite, pour l'époque : assurant la réussite de la soirée tout en essayant de passer inaperçue. Cependant cet espace de sociabilité est vite souillé par ces propos malveillants que tiennent les invités, eux aussi, rapportant tout le faux de la société qui s'avère être vrai.

Ce salon qui réunit les personnalités importantes de l'époque est un véritable nid de vipères, où les gens passent leur temps à médire les autres sans en mesurer la portée de leurs médisances. Daudet associe l'image de cette pièce à une autre partie de la maison: la serre.

Mais dans le susurrement paisible de ces conversations une voix ressortait éclatante et cuivrée, celle du Nabab, qui évoluait tranquillement à travers cette serre mondaine avec l'assurance que lui donnaient son immense fortune et un certain mépris de la femme, rapporté d'Orient. (*Le Nabab* : 528)

Le salon distingué est devenu une véritable serre mondaine, où toutes les diffamations sont permises. Dans cet espace confiné, l'atmosphère est étouffante. On y respire un air vicié malgré l'apparence irréprochable de ses occupants.

Paradoxalement, à la fin du roman, le salon accueillera une scène bien différente, mais cette fois-ci ce sera en été. M. Jenkins a décidé de s'éloigner de la capitale suite aux conséquences de la mort du duc de Mora. Par ailleurs, il veut se séparer de l'encombrante Mme Jenkins, qui voudrait mettre fin à cette comédie en l'épousant.

Dans le demi-jour du grand salon en tenue d'été, rempli de fleurs, le lampas des meubles recouverts de housses blanches, lustres voilés, stores baissés, fenêtres ouvertes, Mme Jenkins assise au piano déchiffre la mélodie nouvelle du musicien à la mode ; [...]. (*Le Nabab* : 804)

Malgré le refus du docteur, on constate qu'elle n'a pas délaissé son foyer, elle garde l'espoir de lui être utile dans ces moments difficiles. Cet après-midi là, elle reçoit la visite de l'homme d'affaires du docteur pour mettre fin à leur vie commune, « la vérité c'est qu'on me chasse, qu'on me met dans la rue comme une servante » (*Le Nabab* : 808).

Cette pièce est sans doute la plus importante de la maison bourgeoise puisqu'elle est ouverte sur l'extérieur. Il y a cependant d'autres espaces où se retrouvent les occupants de ces intérieurs.

Le déjeuner, en particulier, est un repas de famille où les étrangers sont rarement admis. C'est pourquoi on le sert sans nappe. Mais cette tradition de rassembler la famille pour le déjeuner va se perdre peu à peu : les hommes, trop occupés par leurs affaires, ou travaillant dans des bureaux situés trop loin de leur domicile, ne pourront plus revenir chez eux à midi. (Martin-Fugier, 1999 : 186)

Les repas sont des moments privilégiés pour se retrouver en famille, échanger des propos sur le déroulement de la journée. Dans les romans daudétiens, on trouve rarement des familles dans ce tête-à-tête des repas. Le chapitre « Un déjeuner place Vendôme » (*Le Nabab*) est dédié à ce repas, mais ne revêt pas les caractéristiques que l'on vient de signaler. Les invités à la table du repas ne sont pas venus seulement pour partager un bon repas avec Jansoulet, mais pour dévorer peu à peu sa fortune.

Pour certains personnages, partager un repas est un moment de grand bonheur, comme le cas de Régis de Fagan (*Rose et Ninette*) lorsqu'il déjeune, pour la première fois, avec ses filles suite au divorce. Il a pensé au moindre détail pour qu'elles se sentent à l'aise, comme par exemple au dressage de la table ou à leurs plats préférés. Pour d'autres personnages, normalement des couples montrent une certaine apathie pour ces moments privés, et n'hésitent pas à admettre des étrangers. Un certain embarras s'installe entre les deux conjoints lorsqu'ils se retrouvent en tête à tête, ce qui provoque normalement des tensions. Ainsi chez Sidonie, Mme Dobson se fera de plus en plus assidue, de même que Bompard pour Numa et ou les ratés pour d'Argenton. La présence au quotidien d'autres personnes rendent difficiles les moments d'intimité des occupants de la maison.

Outre ces principaux lieux mixtes où leurs occupants se retrouvent en présence ou pas d'autres étrangers, il existe des lieux qui sont exclusivement à usage privatif de l'homme ou de la femme. La chambre est l'image fidèle de son occupant, aussi bien pour lui que pour elle.

La chambre de Christian ne peut montrer une image moins avantageuse de ce souverain de pacotille. En effet, la chambre royale possède une double dimension puisqu'elle est à la fois espace privé et public. Elle reflète la grandeur de la maison d'Illyrie en même temps qu'elle fait preuve d'une grande austérité : le lit, le centre de la chambre à coucher, matérialise la condition humaine du roi, et de ce fait, le rapproche de son peuple.

La chambre de Christian, en demi-cercle dans l'aile principale du château, était chaude et capitonnée comme un nid, tendue de pourpre, ornée aux murs de trophées d'armes anciennes, avec des divans, des meubles bas, des peaux d'ours et de lions, et parmi ce luxe douillet, presque

oriental, renfermait l'originalité d'un petit lit de camp sur lequel couchait le roi par une tradition de famille et cette pose à la simplicité spartiate qu'affectent volontiers les millionnaires et les souverains. (*Les Rois en exil* : 939)

Lorsque Christian se retrouve dans la chambre royale la situation est des plus grotesques : il peut à peine se tenir debout après une nuit de débauche. Il rejoint son lit de camp, digne du repos d'un guerrier noceur.

Déjà dans le premier roman du corpus, Daudet signalait l'importance de la chambre pour mieux connaître les femmes, et par extension tout occupant. Au lendemain de la soirée où il a appris l'adultère de sa femme, Risler s'introduit dans la chambre de sa femme. Il découvre stupéfait l'intérieur de la chambre, espace révélateur de la poupée qu'il a épousée.

C'est que rien ne ressemble plus à une femme que sa chambre. Même absente, son image sourit encore dans les miroirs qui l'ont reflétée. Un peu d'elle, de son parfum favori, reste à tout ce qu'elle a touché. Ses attitudes se retrouvent sur les coussins des divans, et l'on suit ses allées et venues de la glace à la toilette parmi les dessins du tapis. Ici ce qui rappelait surtout Sidonie, c'était une étagère de bibelots enfantins, de chinoiserie insignifiantes et menues, éventails microscopiques, vaisselle de poupée, sabots dorés, petits bergers et petites bergères en face les uns des autres, échangeant des regards de porcelaine luisants et froids. C'était l'âme de Sidonie, cette étagère, et ses pensées toujours banales, petites, vaniteuses et vides, ressemblaient à ces niaiseries. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1158-1159)

« La chambre de sa femme » et non pas la chambre conjugale, dans un siècle où la mode est de ne plus faire chambre à part (Perrot, 2009). La chambre en dit long sur la personne qui l'occupe

comme dans le cas de Sidonie. Elle est envahie par des bibelots et des babioles révélant le caractère enfantin de la jeune femme. Elle se réfugie dans ce monde, image fidèle de sa conception de la vie. Aucun élément ne laisse entrevoir une vie à deux, au contraire, c'est là qu'elle s'isole et évite, sans doute, les moments d'intimité avec son mari. Entourée de ses objets familiers, elle y a créé son refuge particulier où elle trouve le calme à ses contrariétés ou l'espace pour donner libre cours à ses rêveries ou à ses plans machiavéliques.

Par ailleurs, la femme peut partager des moments dans sa chambre avec d'autres personnes, outre son conjoint ou les domestiques. Elle sera le cadre des confidences de la reine Frédérique et de sa cousine, la reine de Palerme, loin des regards des domestiques, elles peuvent finalement parler sans ambages. Pour Rosalie et Hortense, elle est aussi un lieu de souvenirs.

Et elle l'entraînait dans sa chambre, leur chambre, car Rosalie y avait aussi vécu jusqu'à l'âge de vingt ans.

Elle voyait là, dans une heure charmante de causeries, tous les objets qui avaient fait partie d'elle-même, son lit aux rideaux de cretonne, son pupitre, l'étagère, la bibliothèque où il restait un peu de son enfance aux titres de volumes, à la puérité de mille riens conservés avec amour. Elle retrouvait ses pensées dans tous les coins de cette chambre de jeune fille, plus coquette et ornée que de son temps : un tapis par terre, une veilleuse en corolle au plafond, et de petites tables fragiles, à coudre, à écrire, que l'on rencontrait à chaque pas. Plus d'élégance et moins d'ordre, deux ou trois ouvrages commencés, au dos des chaises, le pupitre resté ouvert avec un envollement de papier à devise. Quand on entrait, il y avait toujours une petite minute de déroute. (*Numa Roumestan* : 107-108)

Rosalie partie du foyer familial, Hortense s'est emparée de l'ancienne chambre commune, et a apporté à cet espace, maintenant individuel, la touche particulière d'un esprit dissipé. Elle a personnalisé la chambre et, par conséquent, Rosalie a du mal à trouver ses repères.

Par ailleurs, les deux événements cruciaux dans la vie de l'être humain, sa naissance et sa mort, se déroulent au domicile particulier, entouré de ses proches, mais surtout, loin des hôpitaux. Ils ne bénéficient pas, tout au long de ce siècle, d'une bonne réputation²⁵. Le père de Claire Fromont, suite à un accident de chasse, décède dans sa chambre. En revanche, Jack, délaissé par sa mère, connaîtra une fin agonisante à l'hôpital, dans ce mouvoir public. Même à la fin de sa vie, le jeune homme ne connaîtra pas de répit.

La maison reste néanmoins un espace féminin, à un temps où la femme n'a pas vraiment accédé au monde du travail. Malgré les mœurs de l'époque, une évolution s'entrevoit à la fin de sa production littéraire avec *Soutien de famille*, une nouvelle génération de femmes, comme Dina, réussit à travailler aux Postes et Télégraphes. Elle incarne toute nouvelle génération de femmes dont l'avenir ne se borne ni à la maison ni aux travaux manuels.

4.1.2 Les espaces de sociabilité masculine

Toutefois les personnages masculins daudétiens entretiennent une curieuse relation avec leur foyer. La maison devient pour la

²⁵ De nombreux auteurs comme M. Perrot (1999) ou Robert Burnand (1947) signalent la tradition bourgeoise à refuser les soins à l'hôpital, préférant le cadre familial de leur domicile. Par ailleurs Borsa et Michel (1985) affirment que les hôpitaux sont fréquentés par les pauvres, « les déshérités du sort constituent le gros bataillon des hospitalisés du XIX^e siècle» (1985 : 48).

plupart un lieu de passage, n'établissant aucun lien affectif ni avec le foyer ni avec les êtres qui l'occupent. Dans ce sens, on peut souligner le manque de scènes strictement familiales, comme l'on vient de mentionner. Les hommes ne font que passer et ils se retrouvent rarement en tête à tête avec leur épouse, il y a souvent une autre présence masculine qui accompagne « l'intimité » du couple. C'est notamment le cas de M. Delobelle, de d'Argenton, de Jansoulet, de Numa, etc. Dans ces deux derniers cas, l'espace privé et l'espace public se mélangent et se confondent.

À l'intérieur du domicile familial, il existe des espaces où les hommes se retirent pour s'adonner à d'autres occupations considérées masculines. Par exemple, la bibliothèque, d'après Perrot (1999) est un espace exclusivement masculin. Il convient de signaler que cela ne veut pas dire que les femmes n'ont pas accès à la lecture à la maison. Les maisons modestes possèdent quelques ouvrages d'utilité quotidienne ou des romans, que lit Mme Eudeline entre autres, sans qu'on y trouve de la littérature qui puisse choquer les mœurs. Dans ce sens, nous retrouvons quelques titres très illustratifs chez les Planus, « sur des planches formant la bibliothèque quelques livres étaient rangés : *Le Manuel du pêcheur à la ligne, La Parfaite Ménagère à la campagne, Les Comptes faits de Barrême* » (Fromont jeune et Risler aîné : 1179). La reine Frédérique possède également une bibliothèque, mais à nouveau, les livres sont en accord avec son statut de reine, « bibliothèque de souveraine, composée de mémoires, de correspondances, de chroniques du temps passé ou de haute philosophie religieuse » (*Les Rois en exil* : 908).

Comme pièce à part, on retrouve la bibliothèque dans les grandes maisons bourgeoises ou aristocratiques. Pour Rosalie, les moments qu'elle passe auprès de son père dans la bibliothèque revêtent une énorme complicité. Elle avait de l'admiration envers

cet homme qui lui avait transmis sa passion pour la lecture et avait fait d'elle une femme qui n'était pas prête à accepter la soumission aux dictats sociaux.

Madame Le Quesnoy encore à vêpres, Hortense à l'église, avec sa mère, ou menée par des amis à quelque matinée musicale, elle était sûre de trouver son père dans sa bibliothèque, une longue pièce tapissée de livres du haut au bas, enfermé avec ces amis muets, ces confidents intellectuels, les seuls dont sa douleur n'eût jamais pris ombrage. (*Numa Roumestan* : 106)

Parfois dans le domicile privé se trouve le cabinet de travail, comme pour Numa. Il y aura brisé tous les codes de l'intimité d'un foyer qui ne peut survivre aux invasions constantes de l'extérieur, et de plus, Numa trompe sa femme au domicile conjugal, ou plus précisément l'adultère se passe dans le cabinet de travail. Cette infidélité viendra souiller également le domicile du couple, puisqu'il se trouve sous le même toit. Il est important de noter que les frontières, du moins morales, sont claires puisque l'infidélité épargne la chambre des époux et échappe à la profanation.

Il existe d'autres endroits à l'intérieur du domicile occupés par la gent masculine, comme la salle de billard où les hommes se retrouvent entre eux loin des regards des femmes. Ils s'isolent pour fumer et maintenir des conversations licencieuses. Par ailleurs, même s'ils ne vont pas dans leurs espaces privés, il est vrai qu'ils ont tendance à s'éloigner du reste du groupe pour discuter librement. En effet, Christian décide d'aller fumer sur le balcon, accompagné d'Herbert de Rosen. C'est le même balcon qui l'avait intimidé quelques heures plus tôt, mais alors c'était une foule curieuse, avide de spectacle qui regardait ces rois déchus. À ce moment-là, la foule s'était dissipée. Christian va tout de suite se

sentir attiré par les appels insoucians et sensuels de la nuit parisienne, de sorte qu'il ne retardera pas son initiation à la nuit parisienne à plus tard, il commence dès le premier soir à récupérer le temps perdu.

Les hommes disposent d'autres espaces à mi-chemin entre le public et le privé : des espaces de sociabilité essentiellement masculins loin des regards indiscrets de leurs foyers bourgeois. D'autres espaces clos préservent l'intime en dehors du cercle familial, qui est la maison par excellence, il s'agit d'institutions rassemblant des hommes essentiellement, des lieux de sociabilité et d'intimité masculine. La maison et les cercles ou clubs rivalisent pour s'emparer du temps libre de leurs membres.

Par un processus de nidification, petits groupes et microsociétés découpent dans l'espace public des lieux réservés à leurs jeux et à leurs conciliabules. Clubs, cercles aristocratiques et bourgeois, loges et chambrées, cabinets particuliers loués à l'espace d'un soir pour une partie galante, cafés, cabarets et bistrot, ces « maisons du peuple » – dont les arrière-salles abritent réunions clandestines et chambres syndicales – quadrillent la ville. Dans ces espaces intermédiaires d'une sociabilité presque exclusivement masculine, les femmes, suspectes dès qu'elles sont « publiques », ont peu de place. (Perrot, 1999 : 282)

Les cercles sont fréquentés par des hommes ayant des affinités semblables, leur nature cercle répond à l'origine, aux goûts et intérêts de ses adhérents. Se rendre au cercle est presque devenu une sortie rituelle pour les hommes appartenant à une élite, bourgeoise ou aristocratique. Ainsi le cercle que fréquente Georges Fromont, dont l'oncle était aussi assidu, est un lieu où se

retrouver parmi ses pairs, c'est-à-dire, parmi d'autres hommes d'affaires, ce qui peut donner lieu à de nombreuses transactions économiques. Il s'agit, pour la maison Fromont et Risler, d'un établissement nécessaire pour l'activité commerciale. Pour éviter de se retrouver face à Sidonie, Georges Fromont décide de prendre son déjeuner au cercle, le soir il se dépêche de se mettre à l'abri dans l'appartement conjugal, sans grande conviction. Malheureusement, tous ses timides efforts s'avèrent vains, puisqu'il succombe à l'attrait de Sidonie. Le cercle devient alors l'excuse parfaite pour quitter son foyer. Il lui servira non seulement pour justifier ses absences auprès de sa femme, mais aussi pour attribuer l'argent dépensé à entretenir sa maîtresse aux pertes au jeu.

Tous les soirs, une demi-heure après le départ de Sidonie, le grand portail se rouvrait pour le coupé des Fromont, emportant monsieur à son cercle. Que voulez-vous ? Il y a les exigences du commerce. C'est autour d'une table de bouillotte, que se brassent les grosses affaires, et il faut y aller sous peine d'amoinrir sa maison. Claire croyait cela naïvement. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1024)

Le club est également l'excuse du musicien Potter (*Sapho*) pour aller voir sa maîtresse. Rien ne s'interpose entre lui et cette dernière, ni l'imploration de sa femme, ni leur enfant. Il fuit, sans remords, une famille qu'il ne supporte plus.

Il bredouilla quelques mots dans sa moustache, en feignant de chercher autour de la pièce : « Pas maintenant... très pressé... rendez-vous au club pour six heures... » Ce qu'il voulait éviter, c'est d'être seul avec elle.

[...]

Et de Potter délivré entraîna Gaussin qui regardait descendre devant lui, raide et correct dans son long pardessus serré de coupe anglaise, ce sinistre passionné, tellement ému quand il portait à empailler le caméléon de sa maîtresse, et s'en allant sans embrasser son enfant malade. (*Sapho* : 537)

Ces institutions mondaines concurrencent de près la maison, puisque les repas, rites censés souder la famille, sont transposés dans un espace extérieur loin du cercle familial. Contrairement à Claire, Sidonie aurait bien voulu que son mari fréquentât un cercle. À son habitude, elle ne voit que l'aspect clinquant des choses : « un cercle élégant, une réunion d'homme riches et bien mis » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1003).

Un autre assidu des cercles est Monpavon, dans *Le Nabab*. Il fréquente un cercle aristocratique situé rue Royale. Contrairement au personnage précédent, le marquis de Monpavon s'est véritablement ruiné au jeu et dans des spéculations. Malgré les apparences, il ne possède pas de maison stricto sensu puisqu'il occupe un appartement réservé aux membres du cercle. Sans doute abandonné des siens, il a trouvé dans cet endroit un logement convenable à son célibat et à sa dépendance au jeu. Toutefois ni son titre ni l'emplacement de cette institution aristocratique lui garantit un logement somptueux ainsi, contrairement à toute attente, Monpavon est installé dans une « chambre à coucher, banale comme tous les garnis » (*Le Nabab* : 488). Une espèce de rideau sépare la chambre d'une sorte d'arrière-boutique, où son valet s'occupe de métamorphoser son maître à l'aide de cosmétiques et d'instruments de toilette dignes de la plus coquette mondaine. Il passe peu de temps dans cette pièce ordinaire, le temps de dormir et de faire sa toilette, puisque pratiquement toute sa journée se déroule loin de cet endroit qui lui

rappelle sa détresse. Comme de nombreux personnages daudétiens, son univers tourne autour des apparences, qui par définition sont extérieures. Dans la maison, lieu privé, et loin des regards étrangers, les personnages n'ont pas à se cacher et se montrent tels qu'ils sont, mais pour s'afficher dans cette société superficielle, il leur faut le masque mondain pour assurer l'image qu'ils prétendent

Dans *Le Nabab*, le cercle est le lieu de rendez-vous de l'aristocratie, mais il laisse place également à de nouveaux parvenus, tels que Jansoulet qui s'y rend pour mieux se *parisianiser*. Il trouvera au cercle le refuge pour les moments difficiles, notamment lorsqu'il se verra livré à une campagne de destruction orchestrée par Hemerlingue. Il y trouvera le divertissement mondain pour s'évader momentanément de ses soucis.

Il passait ses nuits au cercle, ses matinées au lit, et dès son réveil avait sa chambre remplie de monde, des gens qui lui parlaient pendant qu'il s'habillait, auxquels il répondait le nez dans sa cuvette. [...]

Un matin, vers 5 heures, Jansoulet, en revenant du cercle, trouva sur sa table, près de son lit, une petite lettre [...]. (*Le Nabab* : 656-657)

Il va jusqu'à jouer « des parties d'écarté à cinq mille francs la fiche » (*Le Nabab* : 701). Cependant au fur et à mesure que la séance de validation, dans le cas de Jansoulet d'invalidation, approche, il soulève également l'animosité parmi les mondains du cercle, impliqués dans la vie parisienne et, bien évidemment, dans la politique.

D'autres assidus au cercle se trouvent dans *Les Rois en exil*. Le prince Herbert de Rosen va servir de cicérone auprès de

Christian à son arrivée à Paris et va l'introduire dans les cercles et les clubs de la capitale. Christian va surtout fréquenter le club, un autre espace de sociabilité fermé, où il se retrouvera parmi ses semblables : des jeunes oisifs qui ont fait du divertissement leur moteur de vie. Il découvre à Paris un nouveau monde qui le séduit et passe son temps à faire la fête. Le prince Herbert a du mal à suivre le rythme de l'altesse royale et montre sa lassitude de se retrouver continuellement dans des espaces clos et de délaisser son foyer.

Mais ce qui dort encore le mieux dans tout l'hôtel, c'est le prince Herbert, rentré du cercle depuis à peine un quart d'heure, exténué, rompu, maudissant son existence harassante de viveur malgré lui, qui le prive de ce qu'il aime le plus au monde, les chevaux et sa femme : les chevaux, parce que le roi ne prend aucun plaisir à la vie active, en plein air, du sportsman ; à sa femme, parce que le roi et la reine vivant très loin l'un de l'autre, ne se voyant qu'aux heures des repas, l'aide de camp et la dame d'honneur les suivent chacun dans cet écart du ménage, séparés comme deux confidents de tragédie. (*Les Rois en exil* : 917-918)

La vie des de Rosen est rythmée par celle de leurs altesses. La maison de Saint-Mandé revêt une double condition, résidence des chefs d'état et maison familiale, les repas prennent une importance spéciale, puisqu'ils s'organisent autour d'une étiquette propre à la royauté. En dehors des repas, Christian n'éprouve aucun remords à quitter le foyer envers lequel il ne sent aucune attache, bien au contraire, celui-ci le repousse. Ni la couronne ni sa famille ne peuvent le retenir dans une maison où il se sent étranger. Il trouvera à Paris un nouveau compagnon pour ses escapades festives, le prince d'Axel. La vision de ces institutions est très crue. Les hommes ne s'y rendent pas seulement pour cultiver les

relations sociales ou se distraire, puisqu'il s'établit entre eux une audacieuse camaraderie.

La princesse de Rosen esquisse un tableau bien sombre, non exempt d'une part de vérité, de ces lieux pour faire souffrir la reine.

[...] même quand la princesse, avec une cruelle adresse féminine, essayait de lui faire quelques révélations sur les clubs de Paris, la grossièreté des conversations entre hommes, les amusements encore plus grossiers ou ce désheurement, cette déshabitude du foyer entretenaient ces messieurs, et les parties folles, les fortunes croulant en châteaux de cartes sur les tables de jeu, les paris excentriques consignés dans un livre spécial, curieux à feuilleter, le livre d'or de l'aberration humaine. (*Les Rois en exil* : 928)

En effet, il se tient aussi un pari des plus excentriques à l'instar du fameux pari qui eut lieu quelques années auparavant dans le fameux Reform-Club de Phileas Fogg. Il conviendrait de rappeler que ce fut un pari engagé entre gentlemen. Christian n'hésite pas à parier pour une noble cause : « il coucherait avec Séphora L... avant la fin du mois courant » (*Les Rois en exil* : 959). Au contact de la vie parisienne, il s'est proposé de récupérer sur la vie mondaine le temps consacré à son pays. Rien ne s'interpose entre lui et la satisfaction de ses désirs : ni la souffrance de son épouse, ni la couronne qu'il met en jeu à plusieurs reprises, ni son fils. Comme nous l'avons mentionné, il rentre à Saint-Mandé pour les repas, débris d'une étiquette royale discordante. Par ailleurs, il lui arrive souvent de découcher. Une scène très révélatrice de la vie dissolue qu'il mène à Paris a lieu, alors que la couronne est en jeu. Il arrive à Saint-Mandé après une nuit pleine d'excès, évite l'entrée principale, et se faufile comme rôdeur dans la maison.

À ce moment, rasant les murs, les espaliers noircis du jardin frileux et clair, celui qu'il croyait dans la pièce voisine à présider la réception officielle lui apparut, marchant d'un pas raide et gêné. Il avait dû rentrer par la porte dérobée cachée dans les lierres de l'avenue Daumesnil et s'avancait lentement, péniblement. (*Les Rois en exil* : 938-939)

Il cherche un abri pour son état lamentable afin d'éviter le regard insoutenable de la reine. Paris, cette Babylone moderne, va conduire à la ruine de nombreuses familles royales en exil. Les souverains désœuvrés, méconnaissant la vie parisienne vont peu à peu dilapider leurs fortunes dans cette capitale du divertissement et des plaisirs. Cependant, il n'y a pas que des étrangers qui se laissent griser par les chants des sirènes de la capitale, les provinciaux sont vite séduits eux aussi. Dans *Numa Roumestan*, le jeune provincial Lappara, faisant partie de l'aristocratie bordelaise, a été un assidu de ces lieux de distractions. Sans doute le dépaysement et sa jeunesse ont fait de lui une proie facile incapable de résister aux tentations de la capitale. Il a de cette façon réussi à se mimétiser dans ce nouveau milieu, même si pour cela il n'a pas lésiné sur le prix.

Lappara, grand beau garçon, bien jambé, teint chaud, barbe fauve, fils du vieux marquis de Lappara, chef du parti dans le Bordelais, montre bien le type de ce Midi créole, hâbleur, aventureux, friand de duels et *d'escampatives*. Cinq ans de Paris, cent mille francs « roustis » au cercle et payés avec les diamants de la mère, ont suffi pour lui donner l'accent du Boulevard, un beau ton de gratin croustillant et doré. (*Numa Roumestan* : 56)

Les jeunes gens fréquentent aussi les cercles, car c'est la porte qui leur permettra d'entrer dans la société. L'appartenance à un

cercle fait partie de leur construction identitaire. Ils côtoient d'autres personnes proches d'eux dans leurs idées, loisirs, occupations, etc. Il permet en même temps de se distinguer d'autres groupes. Cependant faire partie de cette institution d'hommes n'est pas à la portée de tout le monde. Outre les conditions d'accès, les membres doivent assumer une cotisation annuelle sous peine d'être radiés. Le désir de Paul Astier de faire partie de cette société le pousse à chercher de l'argent en se servant des femmes sans aucun scrupule.

Par malheur les maisons de rapport ne se louent pas toujours commodément, et le train de vie du jeune architecte, deux chevaux à l'écurie, l'un de trait, l'autre pour la selle, le cercle, le monde, les rentrées difficilement faites, tout cela lui ôtait le moyen d'attendre. (*L'Immortel* : 696-697)

Les cercles bourgeois ou aristocratiques rivalisent de très près le temps des hommes avec leurs foyers. Cette institution est hautement hiérarchisée, possède son propre règlement et se réserve le droit d'admission. On pourrait en quelque sorte affirmer que ces institutions sont basées sur une endogamie fonctionnelle. Elles jouent en effet un rôle identitaire en permettant à leurs membres non seulement de corroborer son appartenance à un groupe, mais de se distinguer des autres. Par ailleurs, une fois que le membre a été reçu dans ces institutions, il doit payer une cotisation annuelle souvent élevée, qui n'est pas à la portée de tout le monde. Les cercles se formaient dans un premier temps par des affinités partagées entre les premiers membres, mais ils leur offraient également cet aspect de divertissement de la sociabilité : conversations mondaines, jeux, loisirs, etc.

On a vu au cours de cette analyse l'importance du jeu dans la société peinte par Daudet à travers ses romans. Le cercle à travers

le jeu ruine des foyers, s'interpose entre la famille et le père-époux puisque ce dernier la délaisse en cherchant d'autres distractions hors du foyer familial.

Daudet n'épargne pas les personnages qui délaissent leurs foyers légitimes et leurs responsabilités, tels Georges Fromont ou le roi Christian : des personnages médiocres derrière lesquels se trouvent des femmes exceptionnelles, Claire et la reine Frédérique. Sans doute le cas le plus touchant est sans doute celui du Nabab, car comme on verra ultérieurement, il a une maison, mais pas de foyer, une Levantine, mais pas de femme. Il cherche alors dans le cercle cette extension du privé ou plutôt, le privé tout court. Il comble non seulement le vide de sa vie personnelle, mais il se construit une nouvelle identité, celle d'un homme du monde. Ce sera le seul endroit où il trouvera un refuge lorsque sa situation publique se fera insoutenable.

4.1.3 Les espaces privés des classes populaires et des déclassés

Face à tous ces espaces bourgeois ou aristocratiques que l'on pourrait résumer dans la citation ci-dessous, il convient de signaler que les maisons ouvrières diffèrent substantiellement de tout ce que l'on vient de mentionner.

Quelle magnifique clientèle il avait, ce Jenkins ! Rien que des hôtels princiers, des escaliers chauffés, chargés de fleurs à tous leurs étages, des alcôves capitonnées et soyeuses, où la maladie se faisait discrète, élégante, où rien ne sentait cette main brutale qui jette sur un lit de misère ceux qui ne cessent de travailler que pour mourir. (*Le Nabab* : 491)

Face à ces intérieurs douillets, ceux du peuple sont marqués par l'étroitesse et la malpropreté, comme l'on constate rue Panoyaux (*Jack*) ou rue de l'Abbaye-Montmartre (*Numa Roumestan*). Cependant Daudet, se garde bien de ternir l'intérieur de ses personnages plus modestes.

Le domicile des Delobelle est l'image d'un intérieur artisan où la mère et la jeune fille, Désirée, vivent et travaillent dans le même espace. Levées bien avant l'aube, elles travaillent avec ardeur jusqu'à la nuit éclairées par la lampe, pour que rien ne manque au cabotin. Le logis est assez modeste, il est composé d'une pièce où elles travaillent, qui sert à la fois de salon et de salle à manger, d'une alcôve et de la chambre parentale. Le père, un raté du théâtre, vit aux crochets des deux femmes, sans éprouver la moindre gêne.

Le matin dans sa chambre, souvent même dans son lit, il repassait des rôles de son ancien répertoire ; et les dames Delobelle frissonnaient en entendant résonner derrière la cloison des tirades d'*Antony* ou du *Médecin des enfants*, déclamées par une voix ronflante, qui se mêlait aux mille bruits de métiers de la grande ruche parisienne. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 951)

Le chef de famille devrait passer son temps à l'extérieur au travail, malheureusement Delobelle a décidé de ne pas sacrifier son talent théâtral et vit aux dépens de la résignation fidèle de ses deux femmes. Il passe ses journées dans les milieux théâtraux en attendant sa gloire.

On observe des logements plus miséreux où les gens vivent vraiment à l'étroit : Élysée Méraut dans un garni du Quartier latin, ou Jack lorsqu'il retourne à la capitale et s'installe chez Bélisaire, rue Panoyaux.

Dans certains endroits c'était plus triste. Pas de feu, pas de lumière ; une femme, des enfants guettant le père, attendant qu'il rapportât ce soir lundi ce qui lui restait de sa paye du samedi.

La chambre du camelot étant au sixième, au fond du corridor, Jack vit tous ces misérables intérieurs ouvriers, serrés comme les alvéoles d'une ruche dont son ami eût occupé le faite. Il paraissait très fier de son logement, le brave Bélisaire. (*Jack* : 364-365)

Le milieu ouvrier n'est pas épargné de la misère, des problèmes d'alcoolisme. Le père, ayant reçu la paye samedi, n'est pas encore rentré à la maison. Les conditions de vie sont déplorables, de sorte que « la notion de "logement minimum" avec ses normes de cubage d'air et de confort s'y profile dès la fin du XIX^e siècle » comme le signale Perrot (1999 : 289). La difficulté de se mettre en ménage pour Bélisaire et Mme Weber, compte tenu de la précarité de leurs emplois, va les pousser à héberger Jack en échange d'une somme d'argent.

Le dernier roman de notre corpus de travail, *Soutien de famille*, a pour protagonistes les membres d'une famille de commerçants, ruinée par la mauvaise gestion du père, ce qui oblige la famille à se séparer. À l'instar de la vraie famille d'Alphonse Daudet, la mère et la fille rejoignent la famille en province : les femmes Daudet resteront à Nîmes, tandis que les femmes romanesques iront à Cherbourg. Tonin, le vrai soutien de famille, grâce à son travail acharné, réussit à ramener sa mère et sa sœur à Paris. Tonin a monté un petit magasin de lampes, apparemment assez prospère, tenu par sa mère, Dina travaille au bureau central et Raymond, le fils aîné, enchaîne les études. La famille vit humblement dans l'arrière boutique.

Ces pièces se composaient d'une salle à manger, occupée en partie par une table ronde couverte d'une toile cirée à demeure, et par un escalier en bois, véritable échelle de moulin, menant à la chambre de Raymond. Sous cet escalier, un cabinet noir, percé d'un trou pour le tuyau du poêle, servait de cuisine et complétait la misère, le dénûment de cet envers des étalages, qu'on appelle l'arrière-boutique. En face, derrière un haut paravent, le lit que Mme Eudeline partageait avec sa fille, surmonté, au chevet, d'une Madone en plâtre, d'un grand chapelet, d'un buis béni, de tout un étalage d'images pieuses, d'ex-voto auxquels la jeune fille avait la foi la plus vive, sans y trouver le moindre recours contre les colères folles où elle s'emportait souvent. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 62)

Il s'agit d'un intérieur très simple où ses occupants n'ont pratiquement pas d'intimité. Pourtant, dans la chambre qui se trouve dans la soupenette, Raymond dispose d'une certaine intimité que ni sa mère ni sa sœur n'ont. Un épisode terrible y a eu lieu, un épisode voilé par l'auteur, mais qui ne laisse pas de doute. Geneviève y aurait été victime d'une agression, cependant elle a préféré garder silence sur cette affaire. Raymond a besoin d'un espace privé pour ses conquêtes. Cette idée le poursuit et lui génère un manque de confiance envers les femmes, qui disparaîtra lorsqu'il aura son propre coin.

À côté de ces intérieurs populaires, il y a ceux appartenant aux « hors cadre », dénomination utilisée par Ashleman (1910) pour se référer à tous ces personnages qui se sont construits une vie complètement différente de la réalité. Par ailleurs, ils sont incapables de se sacrifier ou d'avoir un esprit critique avec leur mode de vie. Parmi ces hors cadres, nous devons mettre en relief le mode de vie d'Ida de Barancy. Elle a beau s'entourer d'une femme de chambre factotum ou occuper un hôtel boulevard Haussmann,

sa prestance trahit son origine provinciale, ainsi que sa condition de femme entretenue. Même si nous avons l'occasion de pénétrer chez Ida au début du roman, c'est à travers le regard de d'Argenton lorsqu'il s'y rendra comme invité que nous aurons une appréciation plus juste de ce nid de cocotte. Le poète est fortement ébloui par le luxe de cette demeure. Malgré ses airs d'homme du monde, d'Argenton est au fond un homme ordinaire qui est tout de suite fasciné par le luxe qui entoure la vie de cette femme.

L'hôtel l'avait alors impressionné.

Le quartier tout neuf alors, ce luxe de tapis et de fleurs qui commençait à l'escalier orné de plantes vertes pour finir au petit boudoir parfumé de lilas blanc, le salon banal comme un salon de dentiste avec un ciel bleu encadré de boiserie dorées, le meuble noir capitonné de jaune, et le balcon où la poussière du boulevard voltigeait mêlée au plâtre des constructions voisines, tout devait charmer cet habitué du gymnase Moronval, lui donner une impression luxueuse et de haute vie. (*Jack* : 72-73)

Contrairement à d'autres logis bourgeois, où le salon est vraiment la clé du logis, le salon d'Ida est l'expression d'un goût impersonnel. Elle méconnaît ce monde dont elle veut faire partie. Le salon²⁶ devrait être la pièce fondamentale de la maison car c'est l'endroit destiné aux réceptions et reflète l'esprit des maîtres de la maison. On sent bien qu'Ida ne reçoit personne dans cette maison, ce n'est pas une femme de la société. Il n'y a que la partie du logis

²⁶ Maurice Allem signale le caractère éclectique de la décoration des maisons du Second Empire. De plus, on constate un souci de commodité dans l'ameublement. « À défaut d'originalité, on eut du confortable et, en particulier, ces sièges capitonnés dans lesquels l'armature de bois est invisible et où l'on se prélassait déjà sous Louis-Philippe [...] » (Allem, 1948 : 154). Ainsi de nombreux sièges, les uns plus confortables que les autres (des causeuses, fauteuils, poufs, etc.), un piano, des consoles, des bibelots, etc. laissent une touche très personnelle de ses occupants.

qui conduit à la chambre qui est somptueusement décorée, ce qui est assez éloquent de la vie de cette jeune femme.

Ces personnages des classes populaires occupent des espaces en accord avec leur condition sociale : l'habitat reflète les difficultés matérielles de ses occupants. En même temps qu'il est le reflet d'une vie modeste, il peut également trahir ses occupants. C'est le cas d'Ida de Barancy ou d'autres personnages, comme Monpavon. Il peut se vanter de son amitié avec l'un des plus grands personnages de l'empire, le duc de Mora, mais ce dandy déchu ne peut montrer qu'un intérieur sinistre, comme nous noterons lors de l'analyse des apparences. De nombreux parvenus pullulent dans les romans daudétiens. Ce sont des personnages très marqués par leur origine et leur espace va refléter inévitablement leur caractère, ou plutôt il va trahir leurs origines populaires. Ces personnages ont, d'une certaine façon, transgressé leurs espaces soi-disant naturels pour se glisser dans un espace qui leur est étranger et dont ils ne connaissent pas les règles.

4.1.4 Intrusions des espaces privés

Les intrusions dans les espaces privés, au sein du foyer par ses propres occupants, se font la plupart du temps avec violence ou suite à un épisode violent, comme lorsque Risler pénètre dans la chambre de sa femme après l'avoir chassée.

Un épisode de transgression de l'espace féminin a lieu chez Jansoulet, lorsque celui-ci doit se rendre chez le baron Hemerlingue accompagné de sa femme, la Levantine. Comme Sidonie, elle est une femme capricieuse d'une mollesse incommensurable, et comme celle-ci, elle ne semble pas avoir dépassé l'étape de l'enfance. Dès le début, les époux font vie à part

car tout les sépare. En faveur de Jansoulet, et là il rejoint en quelque sorte Risler, il a été dès le début subjugué par la jeune fille, et par conséquent le mariage était pour lui une sorte de bénédiction.

Pour lui elle était, elle fut toujours jusqu'à son arrivée à Paris une créature supérieure, une personne du plus grand monde, une demoiselle Afchin ; il lui parlait avec respect, gardait vis-à-vis d'elle une attitude un peu courbée et timide, lui donnait l'argent sans compter, satisfaisait ses fantaisies les plus coûteuses, ses caprices les plus fous, toutes les bizarreries d'un cerveau de Levantine détraqué par l'ennui et l'oisiveté. (*Le Nabab* : 576)

Ni ses enfants, ni les efforts de son mari pour qu'elle apprécie la vie parisienne, ne changent ses habitudes. À Paris, elle continue à vivre indolemment jusqu'à l'arrivée de Cabassu, dans un premier temps son masseur, « son page, sa lectrice, son grade du corps » (*Le Nabab* : 578-579), qui va la sortir de son engourdissement. Lorsque Jansoulet pénètre dans la chambre de sa femme pour l'emmener chez les Hemerlingue, le simple prénom du masseur prononcé par sa femme le tire de la cécité où il était plongé. Il découvre horrifié la femme qu'il a épousée.

L'ordure sortait à flots de ses lèvres lourdes, comme d'une bouche d'égout. Jansoulet pouvait se croire dans un des affreux bouges du port de Marseille, assistant à une querelle de fille et de *nervi*, ou encore à quelque dispute en plein air entre Génoises, Maltaises et Provençales glanant sur le quai autour des sacs de blé qu'on décharge et s'injuriant à quatre pattes dans des tourbillons de poussière d'or. C'était bien la Levantine de port de mer, l'enfant gâtée, abandonnée, qui le soir, de sa terrasse, ou au fond de sa gondole, a entendu les matelots s'injurier dans toutes les

langues des mers latines et qui a tout retenu. (*Le Nabab* : 771)

Dans le premier cas, Risler-Sidonie, la découverte de l'infidélité pousse le mari hors de son état léthargique vis-à-vis de la femme, en revanche, dans le deuxième cas, Jansoulet-La Levantine, c'est lorsqu'elle se voit menacée et sans issue possible, qu'elle appelle son masseur dévoilant ainsi l'étroite relation qu'ils ont.

À nouveau aucun détail de la relation mari-femme n'est dévoilée, de même que la relation extraconjugale avec le masseur passe pratiquement inaperçue. Dans ce roman où différentes histoires secondaires gravitent autour de la principale, celle du Nabab, il est vrai qu'il n'y a pas de place pour cette relation fruit de l'ennui entre deux êtres médiocres.

4.2 Vie privée, vie publique : les faux-semblants

La notion d'apparence fait référence à l'aspect extérieur sous lequel se présente un objet ou une personne. Il peut être plus ou moins conforme à la réalité. Nous allons nous occuper, dans cette première partie, de cet écart délibéré du personnage de la réalité. Les personnages soignent leur apparence pour montrer dans leur microcosme social une image convenable qui leur permettra de mieux se faire accepter et d'évoluer dans ce groupe. De ce fait, il y a toujours des motivations pour lesquelles les individus maquillent leur vraie réalité. Ceci est extensible, non seulement à leur personne, mais à l'espace qu'ils habitent. Dans ce sens nous avons constaté à maintes reprises le goût de notre auteur pour déguiser ses personnages dans leur vie quotidienne ou à l'occasion des bals masqués. Parfois même un uniforme des plus solennels et

prestigieux, comme dans *L'Immortel* et le fameux cortège d'Immortels, induit notre auteur à rapprocher les érudits, gardiens des savoirs, des primates.

Ce sont des personnages qui ont réussi grâce à leurs efforts ou à d'autres moyens plus ou moins douteux à se faire une place dans la société. Leur méconnaissance des règles mondaines entraîne des comportements inconvenants, parfois un peu trop forcés. Nous analyserons, essentiellement dans *Le Nabab* le prix de vivre dans cette Babylone moderne, qui est la capitale où le cynisme mondain est à l'ordre du jour.

Cette lacune des règles mondaines est très visible pour certains personnages qui ont transgressé leur milieu naturel, espace contrôlable et rassurant. Nous avons anticipé le cas d'Ida de Barancy, cocotte dont l'intérieur révèle sa condition de femme entretenue qui délaisse l'organisation du foyer. Pour elle, comme nous l'avons avancé, il n'y a que la chambre et le trajet qui mène à celle-ci qui sont plus soignés que les autres pièces. Le cas le plus flagrant de cette bipolarisation réalité/apparences est celui de Sidonie.

Depuis qu'elle était toute petite, le milieu où elle grandit est très confus. Le palier représente un étrange microcosme dont les rôles ont été mal distribués, on pourrait parler d'un transfert de rôles entre certains personnages. M. Delobelle ressemble davantage à la figure d'un père que le vrai père de Sidonie, M. Chêbe. D'ailleurs, elle deviendra plus tard la légitime pupille de ce cabotin. En ce qui concerne sa mère, elle est pratiquement absente de sa vie. Son futur mari, Guillaume Risler, adoptait le rôle d'un « grand oncle, toujours chargé de surprises, de cadeaux, si bien que la petite, dès qu'elle l'apercevait, courait à ses poches, grimpait sur ses genoux » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 954). À cet âge-là, elle développe également un goût précoce pour le travestissement. Par ailleurs, son travail dans le faux ne fait que confirmer ce penchant,

« car chez Mlle Le Mire on ne travaillait que dans le faux, le clinquant, et c'est bien là que la petite Chèbe devait faire l'apprentissage de sa vie » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 962).

Comme d'autres parvenus, notamment M. Gardinois²⁷, grand-père de Claire, Sidonie détonne dans ce milieu qui n'est pas le sien. En tant qu'épouse du nouvel associé de la maison Fromont, elle va mener un train de vie en accord avec sa nouvelle position sociale. Évidemment, c'est un personnage excessif. Le train de vie qu'elle mènera ne correspondra ni à la position de son mari, ni à son rôle de maîtresse, puisqu'elle sera la responsable de la ruine. Avant d'en arriver là, Sidonie prend comme modèle pour entrer dans ce nouveau monde Claire Fromont, mais l'excès la pousse à dépasser son inspiratrice et en faire une copie extravagante de mauvais goût. Elle ressent une énorme aversion envers cette femme qui veut l'aider et lui donner des conseils, mais Sidonie ne voit que du mal. Nous l'avons constaté lorsque nous avons mentionné son intérieur, le salon principalement, lors de la journée où Sidonie recevait.

Elle a beau s'entourer de tout le luxe, que lui confère sa nouvelle position en tant qu'épouse d'un des associés de la maison Fromont, aussi bien dans la maison que pour sa propre toilette, cette nouvelle situation ne favorise pas son entrée dans le monde bourgeois. Seulement Mlle Planus lui rendra visite. Sans doute l'enfant avait empêché Claire d'y assister, mais Sidonie le prend comme un vrai outrage. Claire ne sera qu'une victime passagère le temps de trouver une nouvelle victime : Georges et plus tard,

²⁷ Nous avons exclu de notre présente étude les châteaux servant ou pas de lieu de villégiature, mais se trouvant hors de Paris. Or, M. Gardinois est un self made man, un ancien marchand de bœufs, qui a construit une véritable fortune et possède même un château. Une phrase assez explicite révèle le sens du grotesque de ces nouveaux riches : « Malheureusement, à Savigny comme dans la plupart de ces admirables palais d'été parisiens dont les parvenus du commerce et de la spéculation ont fait leur proie, les châtelains n'étaient pas en harmonie avec le château » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 974).

Frantz. C'est cette jouissance perverse qui fait le moteur de vie de Sidonie.

Lorsqu'elle s'en prend à Georges, elle n'a plus ce désir de conserver l'apparence d'une bourgeoise respectable, elle devient une séductrice perverse. Son appétit de luxe ne cesse d'augmenter, son intérieur s'en ressent, comme nous avons déjà mentionné, et va laisser la place à un intérieur d'un luxe injustifié.

Elle obtient, à cette époque-là, pour compléter sa vie luxueuse une maison à la campagne, alors qu'elle « détestait les arbres, les champs, les routes qui vous inondent de poussière » (Fromont jeune et Risler aîné : 1039). Elle est devenue une femme fatale qui dégringole dans le vice (Albalat, 1884). On sent dans ce passage le point d'inflexion dans la vie de Sidonie. Tout autour d'elle n'est qu'éphémère et on sent que cela ne tient qu'à un fil pour que tout s'écroule.

Les deux frères arrivèrent près de la porte du quai, où la clef restait d'habitude. Ils entrèrent, traversant des massifs encore jeunes. Çà et là une salle de billard, la maison du jardinier, une petite serre vitrée apparaissaient comme les différentes parties de ces chalets suisses qu'on donne en jeu aux enfants ; le tout très léger, à pleine planté au sol, prêt à s'envoler au moindre vent de faillite ou de caprice. Une villa de cocotte ou de boursier. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1057)

Cette maison à Asnières, ancienne demeure d'une actrice, révèle bien cette déchéance de Sidonie qui ne prend pas la peine de sauver les apparences. Cette nouvelle résidence trahit l'atmosphère de débauche où elle prend tellement de plaisir. À Paris, elle devait prendre des précautions pour ne pas éveiller trop de soupçons, mais là, à la campagne, loin des regards familiers, elle ne prend même pas la peine de dissimuler.

Le milieu où elle vivait maintenant hâtait encore sa perte. À Paris, dans ces quartiers des petits commerçants qui sont de véritables provinces malveillantes et bavardes, elle était obligée à plus de ménagements ; mais dans sa maison d'Asnières, entourée de chalets de cabotins, de ménages interlopes, de calicots en vacances, elle ne se gênait plus. Il y avait autour d'elle une atmosphère de vice qui lui allait, qu'elle respirait sans dégoût. La musique du bal l'amusait, le soir, dans son petit jardin. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1060)

La présence du vice est flagrante, elle y pénètre peu à peu, puis elle glissera finalement dans ce monde de la scène, le monde de la bohème. Elle a passé toute sa vie dans l'ambiguïté, entre la réalité et le rêve, entre le vrai et le faux, pour finalement montrer sa vraie nature dans ce monde de faux-semblants dans lequel elle excelle particulièrement.

Dans *Le Nabab*, nous retrouvons de nombreux personnages vivant dans un monde d'apparences, de mensonges et de masques mondains. En effet, la société parisienne est un véritable bourreau, sans pitié pour ceux qui ne connaissent pas les règles de jeu de la capitale. Telle la femme de César, les habitants de la capitale, normalement provinciaux ou étrangers, doivent être loin de tout soupçon, sinon ce sera le début de la fin. Daudet nous fait un tableau d'une société indigne, basée sur les apparences et le mensonge. Paul de Géry en est écœuré lorsqu'il découvre les intrigues, les fausses œuvres de charité et les rumeurs calomnieuses qui se répandent parmi ces gens d'apparence honnête. Les personnages qui entourent le Nabab ne prétendent que satisfaire leurs propres intérêts. De raisons différentes, fortune, renommée, luxe, etc. les poussent à adopter une image qui

va leur permettre de se faire une place dans la société impériale. Sous le masque de ces mondains, se cachent des personnages véreux qui se jettent sur le Nabab et n'hésitent pas à le ruiner. Il existe un mimétisme entre ces personnages et leur habitat. Nous allons donc l'analyser pour mieux comprendre le spectacle qui s'y déroule.

Le couple Jenkins apparaît comme le modèle de couple bourgeois. Lui, médecin à la mode, distingué par plusieurs sociétés illustres, est à l'origine d'une ambitieuse mission philanthropique, l'œuvre de Bethléem. Elle, Mme Jenkins, joue le rôle de parfaite maîtresse de maison. Leurs relations quotidiennes sont marquées par une certaine déférence vis-à-vis l'un de l'autre et par un vouvoiement choquant, précisément dans ce siècle-là où le couple se tutoie dans l'intimité. Une relation faussement bienséante entre les deux époux nous met en garde contre le docteur, et non pas contre la femme que l'on sent étrangement soumise à cet homme brillant.

De la main de Paul de Géry, nous pénétrons dans le domicile de ce couple idéal. Nous découvrons les espaces masculins, la bibliothèque et la salle de billard. Il convient de préciser, même si cela est une évidence, que le docteur Jenkins appartient à la haute bourgeoisie, et la maison va refléter cette appartenance à une classe qui n'est pas celle des Risler, puisqu'elle possède même une serre. D'ailleurs Roger-Henri Guerrand, souligne que la serre est « l'appendice signant une maison de grande classe » (Guerrand, 1999 : 317). Nous ne pouvons penser à cette partie de la maison sans qu'elle ne nous renvoie à la fameuse serre de Renée et de Maxime, *La Curée*, où ils vivent leur passion incestueuse. C'est un autre espace privé, à l'intérieur d'une maison, qui se prête à des scènes amoureuses ou à des confidences. Dans ce cadre de nature apprivoisée, les personnages se trouvent plus relâchés. Pour en

revenir à notre sujet, la serre ne revêt pas la même importance dans les romans daudétiens que dans les romans zoliens²⁸.

L'habitat est le miroir de ses occupants et le symbole de leur réussite car à travers la décoration, il montre leur ascension sociale. À tous les effets, ils forment un couple idéal. Cependant les gens ne sont pas dupes, la plupart des invités connaissent la supercherie de leur union et ne se gênent pas pour en faire des commentaires déplaisants. Au cours de cette soirée, on apprendra que le couple Jenkins n'est pas marié, car la légitime Mme Jenkins est toujours bien vivante.

Un autre couple excellent dans le monde des apparences est celui formé par les Bois-l'Héry. Chez eux, tout est une mascarade dans lequel, si vous me permettez l'expression, l'un ne rattrape pas l'autre.

« Marquis et marquise de Bois-l'Héry, deuxième étage, boulevard Haussmann. Un mobilier comme aux Tuileries, du satin bleu sur tous les murs, des chinoiseries, des tableaux, des curiosités, un vrai musée, quoi ! débordant jusque sur le palier. Service très calé : six domestiques, l'hiver livrée marron, l'été livrée nankin. On voit ces gens-là partout, aux petits lundis, aux courses, aux premières représentations, aux bals de l'ambassade, et toujours leur nom dans les journaux avec une remarque sur les belles toilettes de madame et le chic épatant de monsieur... Eh bien ! tout ça n'est rien du tout que du fla-fla, du plaqué, de l'apparence, et quand il manque cent sous au marquis, personne ne les lui prêterait sur ses possessions.... Le

²⁸ Jean-François Tonard (1994) étudie la serre le roman *La Curée* où elle sert de cadre aux rencontres intimes de Maxime et de Renée. Elle fait partie de « l'architecture des illusions » où la frontière entre le privé et le public est transparente. On constate un goût exhibitionniste de montrer la sphère privée avec impudence.

meuble est loué à la quinzaine chez Fityly, le tapissier des cocottes. [...] » (*Le Nabab* : 623)

Un autre personnage qui s'est rapproché du Nabab afin de lui soutirer de l'argent n'est autre qu'un marquis, le marquis de Monpavon. Sous ce titre aristocratique se cache un dandy ruiné par le jeu, abandonné des siens et sans foyer proprement dit. Son appartement au cercle n'a pas du tout l'aspect d'un foyer comme ceux que l'on a décrit au cours de ce travail. Rien ne laisse entrevoir dans cet habitat vidé de vie les douceurs qu'on vante à un foyer. Son garni ressemble davantage à un laboratoire esthétique où ce célibataire s'apprête consciencieusement avant de se montrer en public.

Jenkins pénétra dans la chambre à coucher, banale comme tous les garnis, et s'approcha du feu sur lequel chauffaient des fers à friser de toutes les dimensions, tandis que dans le laboratoire à côté, séparé de la chambre par une tenture algérienne, le marquis de Monpavon s'abandonnait aux manipulations de son valet de chambre. Des odeurs de patchouli, de cold-cream, de corne et de poils brûlés s'échappaient de l'espace restreint ; et de temps en temps, quant Francis venait retirer un fer, Jenkins entrevoyait une immense toilette chargée de mille petits instruments [...]. (*Le Nabab* : 488)

Dans cette pièce il n'y a aucun signe d'ouverture vers l'autre, tout se tourne vers le culte individuel : il n'y a qu'un soin excessif et détaillé de son apparence physique qui compte. Melison-Hirchwald avait déjà signalé cet emploi d'anglicismes en relation avec les apparences.

Chez Daudet, l'emploi des anglicismes traduit une critique des apparences, qu'il s'agisse de cold-cream ou des

puffistes. Cependant, sa dénonciation, si virulente soit-elle, conserve une certaine sagesse morale car finalement « tout se paie » dans cet univers de faux-semblants. (Melison-Hirchwald, 2007 : 8)

Que ce soit l'apparence physique où celle d'un foyer idéal, il convient de signaler que de nombreux personnages se prêtent à cet engrenage du faux afin de se faire une place dans ce monde où il faut lutter pour la vie et pour cela tous les moyens sont permis. Toute une série de mécanismes est mise en place pour survivre dans la société moderne dans laquelle les valeurs traditionnelles ont laissé la place à une féroce ambition. Tout est possible dans ce monde des apparences, théâtre des masques, où les personnages ne font même plus la distinction entre le bien et le mal, ce dernier légitimé par l'implacable égoïsme humain.

Tous les scandales, toutes les turpitudes, consciences vendues ou à vendre, le vice d'une époque sans grandeur, sans originalité, essayant les travers de toutes les autres et jetant à Bullier cette duchesse, femme de ministre, rivale des plus éhontées danseuses de l'endroit. Et c'étaient ces gens-là qui le repoussaient, qui lui criaient : « Va-t-en... tu es indigne... » (Le Nabab : 849)

Le Nabab, roman des apparences par excellence de l'œuvre daudétienne, s'achève avec la représentation de la pièce d'André Maranne rappelant les règles de la bienséance. Paradoxalement la pièce est assentie par un public cynique qui brille dans ce monde du faux.

4.3 *Les maisons de l'adultère*

Même si c'est un thème abondamment traité en littérature, il est vrai que l'adultère est un sujet récurrent au XIX^e siècle, tous genres confondus, dont les grands auteurs se font écho. En effet, il permet d'ouvrir la « boîte de Pandore » du sexe dans une société où il a été fortement réprimé. Par ailleurs le sexe ne se satisfait pratiquement qu'avec l'infidélité, en grande partie normalisée. Laure Adler (1983) analyse ce sujet qui n'a pas les mêmes conséquences pour l'homme et la femme, ni pour l'ouvrier ou le bourgeois. Cela devient une nécessité impérieuse pour les deux conjoints, mariés par intérêt, d'aller voir ailleurs.

Dans la classe moyenne il excite l'imagination des bourgeoises tout en étant considéré comme une nécessité par l'armée des maris lassés. Dans la classe oisive, il est accepté et figure au même rang des mondanités, au même titre que les bals masqués ou les thés dansants. (Adler, 1983 : 134)

Les avancées scientifiques ont contribué à vulgariser ce sujet tabou, objet de discussions et d'obsessions, et il devient objet de transgression. Cependant la sexualité légitime, au sein du couple, de par sa dimension reproductrice est soigneusement ménagée. En revanche, la sexualité extraconjugale va dévoiler ce qui se passe à l'intérieur de ces alcôves de jouissance sexuelle.

Le roman se prête davantage à cette thématique puisqu'il permet à l'auteur de s'immiscer dans la psychologie des personnages et de mieux comprendre ce qui pousse les personnages à tromper leur partenaire, ainsi que la souffrance ou résignation de ce dernier. Ces peintres de la vie moderne vont

examiner les comportements des personnages du triangle amoureux sous un prisme scientifique, si à la vogue dans ce siècle.

L'adultère est commis aussi bien par les hommes que par les femmes, appartenant aux classes bourgeoises qu'aux classes ouvrières, puisque le roman s'ouvre au peuple friand d'histoires qui lui ressemblent. Goncourt, dans la préface de *Germinie Lacerteux*, résumait la littérature qui parle au peuple dans la langue de celui-ci, dans un siècle de profondes convulsions.

Il aime les petites œuvres polissonnes, les mémoires de filles, les confessions d'alcôves les saletés érotiques, le scandale qui se retrousse dans une image aux devantures des libraires : ce qu'il va lire est sévère et pur. Qu'il ne s'attende point à la photographie décolletée de du plaisir : l'étude qui suit est la clinique de l'Amour. (Goncourt, 1990 : 54)

Pour assouvir l'idéal romantique de l'amour, les personnages féminins s'abandonnent dans les bras des hommes dans de nombreux romans réalistes. Peu à peu, cette conception sentimentale de l'amour va laisser la place dans cette société, qui se veut scientifique, à la normalisation de la sexualité (Kerlouégan, 2014). L'adultère, moins toléré chez la femme que chez l'homme dans un premier temps, n'est pas épargné de la modernisation des mœurs.

Les épouses adultères sont les premières bénéficiaires de cet adoucissement moral. Condamné par le Code Pénal et plus sévèrement puni pour la femme que pour l'homme, l'adultère est dépénalisé *de facto* dès les années 1870, soixante ans avant d'être aboli légalement. À partir de 1890, nul juge ne se hasarde plus à envoyer en prison une femme infidèle cependant que l'opinion excuse l'épouse « malheureuse » qui se console ainsi d'un mari alcoolique ou

violent. Hommes et femmes sont de plus en plus traités à égalité et l'adultère, sanctionné par une simple amende, se mue en manœuvre judiciaire instrumentalisée dans le cadre du divorce. La double morale s'effrite ainsi progressivement. (Sohn, 2014 : 44)

Toutefois il faudra attendre la fin du siècle pour se rendre compte de cette complaisance dans le monde de lettres. L'adultère en littérature conduit rarement au bonheur : la femme est souvent la victime de la conception romantique de l'amour ou d'un homme sans scrupules. La plupart du temps, le mariage de celle-ci obéit à un désir de fuir le domicile paternel, de là qu'il soit voué à l'échec et la femme soit tentée d'aller « voir ailleurs ». L'adultère encanaille les deux adultes qui s'épuisent à ce jeu, regrettant parfois la tranquillité du foyer légitime.

Pour notre auteur, l'intrigue ne tourne pas autour de l'adultère puisqu'il n'apparaît que pour accentuer la lâcheté du personnage. La plupart sont gratuits puisqu'ils ou elles se jettent dans les bras de leurs amants par dépit ou par ennui, mais jamais par amour, et dans certains cas, comme pour Christian ou pour Numa, cela devient un véritable défi où leur virilité entre en jeu. Dans ces deux liaisons, les deux femmes, Séphora et la jeune Bachellery, se montrent d'une perversité à hauteur des bravades de ces deux hommes. Comme la plupart des personnages littéraires qui commettent l'adultère, les couples illégitimes formés dans les romans de notre auteur ne sont pas heureux, bien au contraire, l'obsession initiale devient fatale au fur et à mesure que la relation se fait de plus en plus toxique. Il faut tout de même préciser que chez Daudet, les couples légitimes heureux sont rares. Le couple illégitime le plus nauséabond est celui de Potter, épris de Rosa, une ancienne cocotte.

[...], ces yeux déteints scellant passion folle, incurable, qui depuis des années l'accrochait à cette gueuse, lui faisait quitter sa femme et enfants pour rester commensal de cette maison où il engloutissait une partie de sa grande fortune, ses gains de théâtre, et où on le traitait plus mal qu'un domestique. (*Sapho* : 476)

Cependant il ne faut pas nous éloigner du sujet qui nous occupe : l'espace où se rencontrent ces couples pour vivre leur passion. Les rencontres ne sont pratiquement jamais le fruit du hasard, parfois elles ont été très sérieusement planifiées comme pour le cas de Séphora et de Christian (*Les Rois en exil*), il y a toujours un intérêt sous-jacent qui pousse l'un des personnages à aller vers un autre.

Fromont jeune et Risler aîné et *Soutien de famille*, romans inaugurant et clôturant le cycle romanesque de notre auteur, se distinguent parmi les autres. Ils présentent de nombreuses similitudes car l'adultère est doublement scandaleux. Dans le premier roman, Sidonie et Georges, tous les deux mariés, n'hésitent pas à tromper leurs conjoints, Risler et Claire. D'autres victimes collatérales s'ajoutent à cette intrigue : Frantz et Désirée. Le dernier roman de notre auteur, *Soutien de famille*, écrit 25 ans plus tard, révèle une profonde libéralisation des mœurs de la vie à deux. Raymond, sur lequel est retombé la lourde tâche de s'occuper des siens, est l'image d'une jeunesse ratée donnant lieu à un adulte indolent, incapable de prendre sa vie en main, si ce n'est que pour fuir toute responsabilité. Dans son égoïsme, il ne recule devant rien pour parvenir à satisfaire ses caprices sans réfléchir à aucun moment aux conséquences de ses actes. Il se pose dans son rôle de victime, excellent dans l'art de manipuler, et réveille ainsi un sentiment de tendresse chez les deux femmes, Geneviève et Mme Valfon, ce qui les conduira à leur perte. Elles s'apitoient sur ce jeune homme dont elles ne voient qu'une image faussée, qui

provoque en elles un amour filial, en partie vicié, puis, il laissera la place à une relation alternée où les deux femmes vont être dupes de ce pervers narcissique.

D'un côté, Geneviève, amie de la famille, est considérée par les enfants comme la tantine. Peu à peu, « instinct de maternité, le premier, le seul éveillé en elle, avait pu se transformer, devenir de l'amour presque inconsciemment » (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 27). De l'autre côté, Mme Valfon avait, dans un premier temps, épousé un riche armateur, mais avait déjà comme amant M. Valfon, « et déjà terriblement joueur, passait pour dévorer à la bouillotte les économies de Mme Marquès » (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 69). À la mort du premier mari, elle épouse son amant. La familiarité presque obscène avec laquelle M. Valfon traite sa belle fille va faire sombrer Mme Valfon dans le désespoir et celle-ci se jettera dans les bras de Raymond.

Dans le premier roman, *Fromont jeune et Risler aîné*, Sidonie concrétise le rêve que nourrissent les ouvrières de l'atelier de demoiselle Le Mire : celui d'émuler les mondaines et les demi-mondaines aux vies luxueuses. Elles souhaitent avoir un amant qui les entretiendrait dans un bel appartement aux Champs Élysées et ainsi, elles pourraient se pavaner dans des locaux à la mode à la main de ces jeunes hommes. Il n'y a que le Paris du luxe et la vie facile qui occupent ces têtes de linottes !

Ils avaient loué un petit appartement avenue Gabriel, au rond-point des Champs-Élysées — le rêve de ces demoiselles à l'atelier Le Mire —, deux pièces luxueuses et calmes où le silence des quartiers riches, traversé seulement des voitures qui roulaient, enveloppait délicieusement leur amour. Peu à peu, quand elle eut pris l'habitude de sa faute, il lui vint des audaces, des fantaisies. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1024)

Si au début leur liaison reste cloisonnée dans ce petit appartement, il est vrai que peu à peu, Sidonie prend de l'assurance, voire même de l'effronterie. Comme pour montrer qu'elle avait bravé son destin, l'idée lui vient d'exhiber leur liaison hors du confinement de l'appartement. Sidonie se montre dans ce Paris du luxe : théâtre, restaurants, promenades au bois, etc. Elle se lasse vite de la monotonie d'une relation, voilà pourquoi elle a besoin de la pigmenter avec des sorties de plus en plus bigarrées. Elle n'hésite pas à remplacer le nid d'amour, refuge rassurant pour vivre une liaison clandestine, par d'autres lieux plus excitants pour la jeune femme qui jouit dans des situations impudentes. Le quotidien de cette jeune femme trahissait son excentricité, mais son mari, Risler, était sans doute trop absorbé par son travail et ne reconnaissait pas la femme qu'il avait épousée.

Rosalie (*Numa Roumestan*) et la reine Frédérique (*Les Rois en exil*) vivent des histoires parallèles. Toutes les deux ont été des femmes humiliées publiquement et à maintes reprises. La droiture de ces deux femmes contraste avec le libertinage de ces deux hommes. Le roi Christian ne peut s'empêcher de voir d'autres femmes, car l'infidélité coule dans ses veines.

Car il faut que tu sois fou vraiment, fou comme ton père qui s'est épuisé d'amour sur Lola, fou comme ton aïeul Jean mort dans un honteux délire, écumant et râlant des baisers, avec des mots qui faisaient pâlir les sœurs de garde... Va ! C'est bien le même sang brûlé, la même lave d'enfer qui te dévore. À Raguse, les nuits de sortie, c'est chez la Fœdor qu'on allait te chercher... (*Les Rois en exil* : 1028-1029)

Pour Numa, c'est la vanité qui le pousse dans les bras des femmes. Elle est gratifiée avec la marquise d'Escarbès et son titre

aristocratique, ou avec la jeune Bachellery et son excitante jeunesse. En aucun cas, on ne parle d'amour, puisque comme reconnaît Albalat (1884), il aime sa femme mais ne peut éviter de la tromper. Les lieux d'intimité de ces couples illégitimes ne sont pas les mêmes. La première liaison de Numa mentionnée dans le roman, avec la marquise d'Escarbès, se succède tour à tour soit au domicile de la marquise veuve ou au domicile conjugal, où se trouve le cabinet de Numa. Cette trahison revêt des connotations particulières puisque, dans aucun roman daudétien, le mari infidèle a été pris en flagrant délit par son épouse, ni les amants se sont donné rendez-vous au domicile conjugal. Pour Rosalie cet épisode est doublement humiliant car, d'un côté cette liaison était complètement inopinée, les conséquences qui en découlent sont tragiques, et d'un autre côté, elle a lieu au domicile du couple, avec une familiarité telle que la jeune femme en est outrée.

Brusquement sans un mot, elle s'élança, traversa le petit salon d'attente, fut droit à la porte du cabinet, l'ouvrit grande et tomba raide. Ils ne s'étaient même pas enfermés. Et si vous aviez vu la femme, ses quarante ans de blonde esquintée, marqués en couperose sur une tête aux lèvres minces, aux paupières fripées comme une peau de vieux gant ; sous les yeux, en balafres violettes, les cicatrices d'une vie de plaisirs, des épaules carrées, une vilaine voix. Seulement, elle était noble... La marquise d'Escarbès !
(*Numa Roumestan* : 32)

Daudet ne s'attarde ni dans la description du lieu ni dans les détails de la relation sexuelle des protagonistes de l'adultère, mais c'est la description de la marquise à sens métaphorique qui résume l'horreur de cette liaison.

Ayant appris de cette erreur, Numa se garde bien d'emmener Mlle Bachellery, sa nouvelle conquête, au domicile qu'il partage

avec Rosalie. Dès qu'ils rentrent à Paris, suite à un court séjour à Arvillard-les-Bains, berceau de leur liaison, il loue un appartement pour donner libre cours à sa passion, unilatérale évidemment, puisque la jeune artiste, sans talent, n'a qu'un objectif en tête celui de se faire un nom dans la vie artistique de la capitale. Cet hôtel acquiert un caractère quasi-officiel, ainsi que la jeune maîtresse. Dans la rue de Londres se trouve le refuge de ces amants, à l'abri des regards, mais pas de la connaissance de personnes pernicieuses. Alertée par un message anonyme, sous lequel on devine Audiberte, Rosalie découvre horrifiée une nouvelle trahison de son mari. Cette fois-ci elle ne surprend pas les deux amants en pleins ébats sexuels, mais dans un moment d'euphorie où le plus frappant est l'insouciance de Numa à qui ce double ménage n'a pas l'air de déranger.

L'aspect d'une petite maison, volets clos, rideaux tombés, une forte odeur de cuisine montant des sous-sols éclairés et bruyants. Rien qu'à la façon dont la porte obéit aux trois coups de timbre, tourna d'elle-même sur ses gonds, Rosalie fut renseignée. Une tapisserie persane, relevée par des torsades au milieu de l'antichambre, laissait voir l'escalier, son tapis mousseux, ses torchères, dont le gaz brûlait à toute montée. (*Numa Roumestan* : 183)

L'extérieur de la maison passe inaperçu à tel point que l'on pourrait croire qu'elle est inhabitée ou étonnamment calme. Elle avait appartenu à « un levantin du Caire qui venait de mourir dans la ruine » (*Numa Roumestan* : 183), ce qui nous renvoie au Nabab, conquis et anéanti par la capitale. L'intérieur chaleureux et douillet est encore imprégné de l'exotisme de l'ancien occupant qui sied si bien à cette relation adultérine.

Comme nous avons préalablement mentionné, ce siècle est le siècle du dévoilement d'une sexualité jusqu'alors réprimée et dont la littérature se fait spécialement écho. Néanmoins, notre auteur se garde bien de pénétrer dans la chambre du couple légitime et de raconter dans les moindres détails les ébats passionnels, même si l'on constate une timide intrusion, in crescendo, dans l'intimité des couples illégitimes, dans *Numa Roumestan*, *Les Rois en exil* et *Soutien de famille*.

Pour conclure ce point sur l'adultère, on ne peut pas passer à côté d'une scène qui rappelle la fameuse traversée en fiacre d'Emma et de Léon. Sans doute moins suggestive, mais aussi insolite que la scène que l'on vient de mentionner est celle entre Paul et la jeune veuve, Mme de Rosen (*L'Immortel*). Dans le caveau de son mari, le prince Herbert, cette dernière cède finalement à la persévérance du jeune séducteur, sans scrupules :

La princesse avait relevé son voile, elle défaillait, la bouche sèche comme à l'heure en montant l'allée. Et tous les deux muets, immobiles, faisaient si bien partie du tombeau qu'un petit oiseau couleur de rouille vint en sautillant secouer ses plumes, piquer un ver entre les dalles... « C'est un rossignol », dit Paul tout bas dans le silence oppressant et doux. Elle voulut demander : « Est-ce qu'ils chantent encore en ce mois-ci ? » Mais il l'avait prise, assise dans ses genoux au bord du lit de granit et, lui renversant la tête, il appuyait sur sa bouche entrouverte un lent, un profond baiser qu'elle lui rendit follement. « Parce que l'amour est plus fort que la mort », disait le verset de la Sulamite écrit au-dessus d'eux dans le marbre du mur... (*L'Immortel* : 755)

Comme le rossignol, Paul ne laisse pas échapper sa prise et est prêt à tout pour s'emparer de la fortune de la jeune princesse, quitte à profaner en quelque sorte le lieu sacré où repose son mari.

4.4 L'impossible ségrégation d'espaces : lorsque le public envahit le privé

Il arrive parfois que les sphères privée et publique se superposent et se confondent, puisqu'en tant que roman de mœurs l'auteur allie l'intrigue à l'époque historique. Normalement l'espace privé se voit troublé par cet envahissement et la vie de leurs occupants s'en ressent. Sans prétendre faire une étude descriptive exhaustive de ces espaces somptueux, symboles d'un certain pouvoir, nous allons analyser l'intérieur et l'usage que l'on en fait. Par pure convention, nous allons analyser ces espaces par ordre décroissant d'importance du poste.

Le duc de Mora (*Le Nabab*), sous lequel se cache le duc de Morny, est le demi-frère de l'Empereur et le premier fonctionnaire de l'Empire. Daudet avait partagé l'intimité de cet homme puisqu'il avait été son secrétaire. Contrairement à toute attente, il n'occupe pas une résidence officielle, et précisément il avait accepté le poste à condition de ne pas quitter son hôtel particulier.

Le duc n'avait consenti à accepter ses hautes dignités de ministre d'État, président du conseil, qu'à la condition de ne pas quitter son hôtel ; il n'allait au ministère qu'une heure ou deux par jour, le temps de donner les signatures indispensables, et tenait ses audiences dans la chambre à coucher. (*Le Nabab* : 484)

Le duc de Mora est un fonctionnaire épicurien, il fait passer ses affaires privées avant les affaires d'état. Il n'éprouve aucun remord à faire patienter d'autres fonctionnaires ou représentants de l'administration alors qu'il traite avec le costumier de l'Opéra. On pourrait penser a priori que le duc de Mora ne prend pas vraiment son poste au sérieux, sauf s'il entrevoit un gain économique personnel. Cela renvoie à une image bien ancrée dans

l'histoire de France, celle de la monarchie absolue, où ce qui se passait dans la chambre royale était un véritable spectacle pour les élus privilégiés. Des moments très disputés par les courtisans avaient lieu dans la chambre, comme le lever ou le petit et le grand coucher, et étaient parfaitement définis par une stricte étiquette. Perrot (2009) analyse la chambre royale, notamment celle de Louis XIV où l'on constate la portée de l'absolutisme puisqu'il envahit tous les domaines car « l'espace dit l'absolutisme monarchique et sa sacralisation : le roi substitué à Dieu dans l'enclos de la chambre » (Perrot, 2009 : 27). La chambre du duc de Mora est bien à l'image de ce sybarite, elle dégage un luxe et un confort démesurés.

Jenkins s'inclina et fit quelques pas dans l'immense chambre dont les croisées, ouvrant sur un jardin qui allait jusqu'à la Seine, encadraient un des plus beaux aspects de Paris, les ponts, les Tuileries, le Louvre, dans un entrelacement d'arbres noirs comme tracés à l'encre de Chine sur le fond flottant du brouillard. Un large lit très bas, élevé de quelques marches, deux ou trois petits paravents de laque aux vagues et capricieuses dorures, indiquant ainsi que les doubles portes et les tapis de haute laine, la criante du froid poussée jusqu'à l'excès, des sièges divers, chaises longues, chauffeuses, répandus un peu au hasard, tous bas, arrondis, de forme indolente ou voluptueuse, composaient l'ameublement de cette chambre célèbre où se traitaient les plus graves questions et aussi les plus légères avec le même sérieux d'intonation. Au mur, un beau portrait de la duchesse ; sur la cheminée, un buste du duc, œuvre de Félicia Ruys, qui avait eu au récent Salon les honneurs d'une première médaille. (*Le Nabab* : 485)

À Saint-Mandé se sont réfugiés les rois d'Illyrie (*Les Rois en exil*). En arrivant à Paris, ils étaient descendus à l'hôtel des

Pyramides d'où ils pouvaient contempler les ruines des Tuileries, symbole de la grandeur du passé impérial, mais aussi témoin d'une lutte fratricide dans les débuts chancelants de la III^e République. Dans cette maison de passage s'installent les souverains en attendant que le peuple déplore leur absence et qu'ils puissent se remettre à la tête de leur pays. À l'instar de ce qui s'était passé en France, le pouvoir avait du mal à se consolider entre les mains du peuple²⁹, il y a donc encore un long chemin à faire et le mouvement républicain avance à tâtons. Cependant, les rois d'Illyrie doivent se résigner à prolonger leur séjour et à chercher un logement plus permanent. Le choix de Saint-Mandé obéit essentiellement à deux raisons : économique et l'éloignement des tentations de la capitale. La famille royale s'installe dans une grande maison bourgeoise empreinte de réminiscences aristocratiques à la taille d'une maison royale prête à tout moment à remonter sur le trône.

La maison blanche, haute de trois étages, flanquée de deux tourelles, regardait le bois à travers les arbres de son petit parc, tandis que sur la rue Herbillon, entre les communs et les serres se faisant face, s'arrondissait une grande cour sablée jusqu'au perron que surmontait une marquise supportée en forme de tente par deux longues lances inclinées. Dix chevaux à l'écurie : chevaux de trait, chevaux de selle — la reine montait tous les jours —, la livrée aux couleurs d'Illyrie, coiffée en marteaux et poudrée, avec un suisse dont la hallebarde et le baudrier d'or vert étaient aussi légendaires à Saint-Mandé et à Vincennes que la jambe de bois du vieux Daumesnil, tout cela constituait un luxe convenable et presque neuf. (*Les Rois en exil* : 903).

²⁹ Nous avons consulté différents ouvrages historiques pour la contextualisation historique de notre auteur, entre autres Demier (2000), Garrigues (2000), Olivési et Nouschi (1997).

La maison des chefs d'état d'Illyrie n'a pas lésiné sur la propriété qui devient le siège des souverains en exil. L'image royale n'est pas négligée puisqu'ils ont la profonde conviction de remonter sur le trône, quoique c'est la reine qui jusqu'à la fin se montrera ferme dans l'attitude de récupérer le trône. Elle s'occupe d'aménager à Saint-Mandé une maison à la hauteur d'une maison royale, plus modeste en apparence certes, de sorte que l'on puisse identifier d'un simple regard grâce aux livrées, les coiffures poudrées à marteaux, le suisse et sa hallebarde, etc., une résidence officielle. En revanche l'intérieur est plus somptueux et rappelle leur château à Leybach.

La maison de Saint-Mandé, si simple au-dehors, avait beau s'orner en petit palais à l'intérieur, la chambre de la reine rappelant exactement par ses lampas bleus couverts de vieux Bruges celle du château de Leybach, le cabinet du prince identique à celui qu'il quittait, dans l'escalier les reproductions des statues de la résidence royale, et dans la serre un singerie tiède, garnie de glycines grimpantes pour les ouistitis favoris. (*Les Rois en exil* : 904)

L'opposition dehors/dedans est très marquée dans cette maison officielle. Cette maison est doublement protégée, d'un côté de par sa nature, puisque c'est un espace muré qui préserve ses occupants des menaces de l'extérieur, et d'un autre côté, par la présence des domestiques. L'intérieur est très différent. Il s'agit non seulement d'un espace sécurisant de l'invasion extérieure, mais aussi d'un espace réparateur. Il joue un rôle cathartique pour ces monarques qui viennent d'être chassés de leur pays. À propos, signalons toutefois le rapport différent de la reine Frédérique et du roi Christian avec l'espace extérieur. Tandis que le roi passe la plupart de son temps hors du foyer familial et se livre, sans

remords, aux plaisirs de la capitale, la reine, le vrai chef d'état, trouve à l'intérieur de cette résidence, empreinte de souvenirs d'un passé plus tendre, le refuge où se remettre de l'exil, d'où son rôle cathartique. Certes Paris est un espace menaçant qui séduit ces néophytes royalistes fraîchement débarqués à la capitale. La Babylone moderne comme Sodome, avec son pouvoir incantatoire, les séduit et les lâche après en avoir fait des guenilles de ces pseudo-monarques. Frédérique évite de se mesurer à la capitale et s'abrite à Saint-Mandé.

[...] les seules distractions de Frédérique étaient la lecture de sa bibliothèque souveraine, composée de mémoires, de correspondances, de chroniques du temps passé ou de haute philosophie religieuse, puis les jeux de l'enfant dans le jardin et quelques promenades à cheval dans le bois de Vincennes, promenades rarement prolongées jusqu'à la lisière où venaient aboutir les derniers échos du bruit parisien, échouer les dernières misères du grand faubourg ; car Paris lui causaient une antipathie, un effroi insurmontables. À peine, une fois par mois, la livrée en grande tenue, allait-elle faire sa tournée de visites chez les princes exilés. Partie sans plaisir, elle revenait découragée. Sous ces infortunes royales, décemment, noblement supportées, elle sentait l'abandon, le renoncement complets, l'exil accepté, pris en patience, en habitude, trompé par des manies, des enfantillages, ou même pis. (*Les Rois en exil* : 908)

Par ailleurs, on constate cette difficile relation qu'elle maintient avec les espaces extérieurs lorsqu'Elysée Méraut l'entraîne au bois de Vincennes où a lieu une fête foraine. Elle ne craint pas seulement la capitale, mais aussi le peuple. D'après elle, le peuple est ingrat puisqu'il a tourné le dos à ses souverains alors qu'ils ont tout sacrifié pour eux. Loin de sa zone de confort, dans

une zone périlleuse qu'elle appréhende, elle réussit grâce aux conseils bienveillants de Méraut à se réconcilier avec le peuple

« Oui, je le sais bien... le peuple vous fait peur... Vous ne l'aimez pas, ou plutôt vous ne le connaissez pas... Mais que Votre Majesté regarde autour d'elle, dans ces allées, sous ces arbres... C'est pourtant le plus terrible faubourg de Paris qui se promène et s'amuse ici, celui d'où les révolutions descendent à travers les rues dépavées... Comme tous ces gens ont l'air simple et bon, naturel et naïf !... Comme ils savourent le bien-être d'un jour de repos, d'une saison de soleil... » (*Les Rois en exil* : 980-981)

Les deux époux ont des approches bien différentes de l'espace, et par extension des gens qui l'occupent. Un abyme les sépare, ce qui ne fait que souligner les personnalités si opposées des deux souverains. C'est à Saint-Mandé, dans une maison qui fait la fonction de maison d'état et foyer familiale, que les souverains vivent l'exil. La vie dans cette maison est fortement marquée par les affaires d'état et, sous l'œil attentif de la cour, ses occupants se montrent d'une grande réserve, spécialement la reine qui, au nom de la couronne, préfère se montrer dans un second plan, du moins jusqu'à l'abdication de Christian. Cependant, personne n'est dupe de la vie de couple : le roi fait sa vie pratiquement à Paris et lorsqu'il rentre à Saint-Mandé, il occupe son propre appartement. La reine ne s'adresse plus à lui que lors des actes officiels, et lorsqu'elle elle envahit l'espace privé de son mari, c'est pour régler des affaires d'état et empêcher que Christian renonce à la couronne. C'est la fameuse scène où la reine menace de se jeter par-dessus le balcon avec son fils et où elle déclare sentencieusement « à roi d'opérette, reine de tragédie ! » (*Les Rois en exil* : 1035).

Un autre logis dont l'équilibre est compromis aussi bien par sa dimension publique que par le caractère excessif de son occupant, est celui des Roumestan. La première maison que va occuper ce couple se trouve rue Scribe, dans le 9^e arrondissement. Contrairement à d'autres maisons familiales qui cherchent à préserver l'intimité et à protéger les membres de la famille, ce foyer composite est caractérisé par l'ouverture à d'autres individus étrangers de l'espace domestique.

Rosalie accepta tout, s'accommoda de la maison ouverte, de la table mise à demeure, dix, quinze convives tous les soirs, et rien que des hommes, des habits noirs, parmi lesquels sa robe claire faisait tache, jusqu'au moment où, le café servi, les boîtes de havanes ouvertes, elle cédait la place aux discussions politiques, aux rires lippus d'un fin de dîner de garçons.

Les maîtresses de maison seules savent ce qu'un décor pareil, installé tous les jours, cache de dessous compliqués, de difficultés de service. Rosalie s'y débattait sans une plainte, tâchait de régler de son mieux ce désordre, emportée dans l'élan de son terrible grand homme qui l'agitait de toutes ses turbulences, et, de temps en temps, souriait à sa femme entre deux tonnerres. (*Numa Roumestan* : 26)

Deux êtres opposés, Rosalie et Numa, le Nord et le Sud, retrouvent son écho dans cet espace privé, « des journées et des nuits sous le même toit, la fumée de cette ivresse qui fait l'amour, se dissipe, et l'on se voit, et l'on se juge » (*Numa Roumestan* : 25). Elle attache une grande importance à cet espace privé où la famille peut s'épanouir loin des regards étrangers, mais elle se rend vite à l'évidence de la chimère qu'elle poursuit aux côtés de ce Méridional. Numa n'a pas la même approche que Rosalie en ce qui concerne l'espace intime de la famille, même si on pourrait dire à

sa faveur que le premier adultère se passe dans son cabinet, alors qu'il aurait pu le commettre dans la chambre. Dans ce sens, il est assez significatif le contentement débordant qu'il montre lorsqu'il est invité par le Maréchal pour dîner à Versailles qui nous donne sa particulière vision de la relation de l'homme et de son foyer.

Il se sentait tout joyeux de ne pas dîner là. Le tumulte d'enthousiasme qu'il avait laissé sur ses talons s'entendait derrière la portée fermée, l'excitait à chercher encore le monde, les lumières. Et puis, le Méridional n'est pas un homme d'intérieur. Ce sont les gens du Nord, les climats pénibles qui ont inventé le « home », l'intimité du cercle de famille auquel la Provence et l'Italie préfèrent les terrasses des glaciers, le bruit et l'agitation de la rue. (*Numa Roumestan* : 62)

En somme l'espace privé est menacé par la présence des personnages étrangers au foyer. Paradoxalement, alors qu'il pourrait rester à la maison avec son épouse, il saisit toute occasion pour ne pas se retrouver seul avec elle.

Depuis leur installation au ministère, elle se sentait encore plus loin de son mari, séparée par des obligations incessantes, un personnel trop nombreux, une largeur d'existence qui détruisait l'intimité. À cela venait s'ajouter le regret toujours navré de n'avoir pas d'enfant, de ne pas entendre autour d'elle ces petits pas infatigables, ces bons rires craquants et sonores qui auraient enlevé à leur salle à manger ce glacial aspect d'une table d'hôtel où ils semblaient ne s'asseoir qu'en passant, avec l'impersonnalité du linge, mobilier, argenterie, toute le garni somptueux des situations publiques. (*Numa Roumestan* : 76)

De nombreux amis de passage, des clients et l'inconditionnel Bompard accompagnent le jeune couple dès le début de leur vie en ménage. Ils resteront quelque temps dans cette maison, menacée par l'écrasante présence de l'extérieur. Lorsque Numa deviendra député, la politique prendra le dessus sur la vie familiale, encore plus lorsque Numa deviendra ministre, car son nouveau poste obligera Rosalie à s'installer au ministère de l'Instruction publique. Tout le faste de l'administration est déployé lors de la réception que Numa offre au ministère de l'Instruction publique. De l'extérieur, l'illumination démesurée, ainsi que les feux allumés pour réchauffer les entrées semblent braver la nuit hivernale. À l'intérieur, le luxe est encore plus flagrant. Il rappelle les grandes soirées impériales, décrites par Allem (1948) où tous les salons étaient illuminés et les toilettes des femmes scintillaient : tout un spectacle de luminosité à la hauteur de la puissance impériale. De même que le régime précédent, la république ne marchandait pas sur les dépenses en illuminations.

Cependant, il n'y a pas que les femmes ornées de bijoux qui possèdent leur propre éclat, les hommes décorés pour s'être démarqués ou pour avoir prêté des services méritoires pullulent à cette soirée. La description de ces hommes n'est pas exempte d'un certain ton ironique, mettant ainsi en avant la corruption de ce nouveau régime sur le sillon des spéculations et du nouveau maître du monde moderne, l'argent³⁰.

³⁰ Pierre-Jean Dufief (1997) signale les réticences de notre auteur lorsqu'il s'agit de prendre parti d'un régime ou d'un autre ou bien de s'engager politiquement. Par-dessus tout engagement politique, il a le sentiment d'appartenance à la même patrie, sentiment qui est au-dessus de tous les intérêts partisans. « Après avoir critiqué l'affairisme du Second Empire dans *Le Nabab*, après avoir pris ses distance vis-à-vis des monarchistes dans *Les Rois en exil*, le romancier dénonce une nouvelle fois la décadence d'un régime politique corrompu par les affaires d'argent. Derrière son sourire de sceptique, Daudet est un moraliste qui critique constamment la politique au nom de l'honnêteté » (Dufief, 1997 : 21).

Qu'aurait-elle dit, si elle était entrée, si elle avait vu tous ces salons blanc et or se succédant sous leurs portes en arcades, agrandis par les glaces où tombait le feu des lustres, des appliques, l'éblouissement des diamants, des aiguillettes, des ordres de toutes sortes, en palmes, en aigrettes, en brochettes, grands comme des soleils d'artifice, ou menus comme des breloques, ou retenus au cou par ces larges rubans rouges qui font penser à des sanglantes décollations ! (*Numa Roumestan* : 91)

Le nouveau régime accueille et récompense ces nouveaux solliciteurs à la tête de manœuvres illicites. Alphonse Daudet dénonce, lors de ce passage, le marchandage que l'on fait avec la *res publica*. Face à cette réception mondaine, les moments d'intimité du couple sont rares. Entre les actes officiels, sa jeune maîtresse, Mlle de Bachellery, et la présence des « courtisans », Numa passe peu de temps avec sa femme. Le retour à son foyer ne ressemble pas à celui de quelqu'un qui a hâte de le regagner après une journée astreignante pour se retrouver parmi les siens et sentir le confort apaisant du logis. La lampe, dans tous les foyers daudétiens qui se respectent, permet de mesurer l'intensité du bien-être du foyer. Chez les Roumestan, la chaleur de celui-ci n'est pas si intense que chez les Joyeuse. Rosalie a dû s'accommoder et se résigner au comportement extraverti de son mari pour pouvoir vivre heureuse et profiter des moments de bonheur que la vie peut lui offrir.

Numa Roumestan, en arrivant de la Chambre, trouva sa femme tirant l'aiguille sous l'étroite clarté d'une seule lampe allumée ; et ce tableau tranquille, ce beau profil adouci de cheveux châains, dans l'ombre luxueuse des tentures ouatées, où les vieux cuivres, les ivoires, les faïences, accrochaient les lueurs promeneuses et tièdes d'un feu de bois, le saisit par le contraste du brouhaha de l'Assemblée,

des plafonds lumineux enveloppés d'une poussière trouble flottant au-dessus des débats comme un nuage de poudre dégagé d'un champ de manœuvre. (*Numa Roumestan* : 181)

Tout semble dans cette pièce favoriser un climat de tiédeur, mais malheureusement Numa est incapable de l'apprécier. Ce soir-là, il rejoindra sa jeune maîtresse et sa femme découvrira cette trahison grâce à une lettre envoyée par la malveillante Audiberte. À ce moment-là, Rosalie était à nouveau enceinte, mais cette fois elle n'est pas prise au dépourvu. Elle quitte le domicile conjugal bien décidée à mettre terme à son mariage. Ses parents essayent de l'en dissuader, mais c'est Hortense sur son lit de mort qui la convainc de lui pardonner. Il a mené une double vie : une vie publique et une vie privée, seuls ceux qui ont partagé cette intimité avec lui la connaissent bien. La conception dualiste de l'espace, espaces intérieurs et extérieurs ou espaces privés et publics, s'inscrit dans un rapport d'affectivité entre ceux-ci et les différents personnages, notamment le protagoniste. Cette approche se résume dans la formule qui clôture ce roman : « joie de rue, douleur de maison » (*Numa Roumestan* : 214), elle peut s'étendre à toute l'hypocrisie installée dans la classe bourgeoise que Daudet a si pertinemment décrit dans ses romans. Soit dit en passant, que l'arrivée de l'enfant permet de souder ce couple, et par conséquent, de préserver les apparences, lorsque l'amour fait défaut. À ce propos, Chiara Citron signalait l'importance de l'enfant pour sauver le couple.

Chez Daudet, la maternité est donc souvent l'élément qui parvient à souder le couple et qui en garantit la stabilité. L'enfant tant souhaité comble le vide d'une union conjugale sans doute défectueuse. Le bonheur et la nécessaire chaleur du foyer trouvent ainsi leur légitimation dans deux

éléments : la fécondité du mariage et le pardon accordé aux infidèles. (Citron, 2014 : 171-172)

Il n'y a pas que les affaires d'état qui s'interposent dans un foyer pour le briser : le fanatisme religieux, dans le cas des Autheman (*L'Évangéliste*) ou la vie de bohème menée par Sébastien Ruys (*Le Nabab*). L'équilibre nécessaire pour former un foyer épanoui est ébranlé ce qui répercute sur leurs membres.

Les maisons des Autheman, un hôtel dans le Marais et un château, connu sous el nom de Port-Sauveur, dans un petit village à trois lieues de Paris, Petit-Port, sont difficiles à cataloguer. Celle de Paris est le siège d'un intense trafic d'or puisque la famille juive des Autheman en fournit à tous les bijoutiers de France. À Port-Sauveur, ils avaient les affineries où leur négoce ne faisait que prospérer. À la mort de Mme Autheman, l'affaire familiale, ainsi que les propriétés passent aux mains de son fils, cependant celui-ci est sous l'emprise de sa femme. Il est usuel dans les sagas daudétiennes, voir le commerce des Eudeline (*Soutien de famille*) ou celui des Fromont, ou bien la réputation académique des Astier souillée par la médiocrité d'Astier-Réhu, d'observer le déclin de la maison ou du nom, lorsque celui-ci tombe dans les mains de ses héritiers. Aucun bien immobilier ne semble perdurer d'une génération à une autre. Soit on assiste d'emblée à cette faillite, soit on est témoin de cette déchéance et perte de toute attache immobilière, et par extension, de tout legs matériel ou immatériel.

Les affaires de la maison Autheman se sont réduites au point de se limiter aux affaires bancaires. La jeune Mme Autheman a transgressé les codes d'une époque où l'espace de la femme se limitait à l'espace domestique. Femme névrosée, elle a fait de la religion son obsession et en a fait son pilier vital. Pour cela elle est prête à se consacrer corps et âme à la religion et à devenir une redoutable femme d'affaires. À l'hôtel du Marais, elle y possède son

propre bureau, dans « un grand cabinet d'hommes d'affaires » (*L'Évangéliste* : 270). De là, l'antichambre de Port-Sauveur, elle gère son entreprise de captation comme son mari gère sa banque. Par ailleurs, l'hôtel lui sert de vitrine de son pouvoir, tandis qu'à Port-Sauveur, loin des regards inquisiteurs de la capitale, elle réalise ses macabres manœuvres.

À l'hôtel parisien, on observe tout un champ lexical se rapportant à la religion. On y respire une atmosphère religieuse, qui a étouffé toute trace de vie. Toute allusion à des divinités passées liées à la fertilité, à l'essence même de la femme à cette époque là³¹, a été effacée.

Éline attendait assise sur un banc de bois, un banc d'église pareil à d'autres rangés autour de la salle ou empilés tout au fond devant un harmonium empaqueté de serge ; mais les fenêtres garnies de vitraux de couleur donnaient une lumière si vague que la jeune fille ne distinguait pas bien cet endroit étrange, pas plus qu'elle ne pouvait lire ce qu'il y avait écrit sur les vieilles boiseries où voltigeaient naguère des guirlandes d'amours semant des roses, des Flore et des Pomone aux frais attributs. (*L'Évangéliste* : 269)

En banlieue se trouve la deuxième demeure des Autheman. Les affineries ayant été détruites et, à leur place, ont été construits un temple et des écoles pour prêcher l'évangile. Loin du regard morbide de la capitale, la jeune propriétaire mène sa particulière croisade pour la conversion de ces infidèles. Aucune des deux maisons ne possède les conditions nécessaires pour devenir un

³¹ Comme remarque Catherine Hall (1999), au XIX^e siècle en Angleterre, mais aussi en France où les maisons bourgeoises possédaient des serres ou des jardins, cette nature apprivoisée était une marque de distinction sociale, mais aussi un endroit pour se détendre en famille ou entre amis. « Les femmes avaient la responsabilité des fleurs. C'est à cette époque que la relation linguistique se fait de plus en plus entre les femmes et les fleurs. » (Hall, 1999 : 63)

foyer. La jeune Jeanne avait épousé la fortune des Autheman pour la mettre au service de son œuvre d'évangélisation. Dès le départ, il n'y avait pas de place pour un foyer. Malheureusement son mari ne l'avait pas compris de la sorte. Lui aussi avait sa propre névrose : sa femme dont la cruelle indifférence va lui faire mettre fin à ses jours.

« Dieu !... Mais c'est toi mon Dieu... »

Et avec des baisers plutôt que des mots, un bégaiement passionné :

« Dieu, c'est ta bouche, ton haleine, tes bras qui m'enlaçaient, ton épaule nue où j'ai dormi... Dans ce temple où tu m'as conduit, sur ces chiffres où mes yeux me brûlent, je n'ai jamais pensé qu'à toi. Tu étais mon courage au travail, ma ferveur à la prière. Maintenant tu t'es reprise... Comment veux-tu que je croie ?... Comment veux-tu que je vive ?... »

Elle se dresse, indignée qu'on ose ainsi blasphémer devant elle. Une rougeur monte à ses joues, le feu de cette colère sainte que permet l'Écriture... *Courroucez-vous et ne péchez point. (L'Évangéliste : 394)*

Comme il n'en pouvait pas être autrement, M. Autheman mettra fin à ses jours en se jetant sur les rails au passage de l'express du soir.

La demeure de Sébastien Ruys possède également cette double fonction : elle est son atelier et son lieu de vie. L'atelier est pour l'artiste un lieu de sociabilité, comme l'est le salon dans la maison bourgeoise. Là des gens d'origines très diverses et avec des aspirations très singulières se rencontrent pour vivre pendant quelque temps dans une sorte de communauté éclectique, d'où chacun est libre de partir quand il le souhaite. C'est le cas de la mère de Félicia, esprit libre, pour laquelle la maternité n'a pas

éveillé le désir de mener une vie plus rangée. De peur de s'attacher, elle quittera cette demeure de passage dès qu'elle en sentira les premiers signes.

Elle [Félicia] n'avait pas connu sa mère, étant née d'un de ces amours de passage qui entraînent tout à coup dans la vie de garçon du sculpteur comme des hirondelles dans un logis dont la porte est toujours ouverte, et en ressortaient aussitôt parce qu'on n'y pouvait faire un nid.

Cette fois, la dame, en s'envolant, avait laissé au grand artiste, alors âgé d'une quarantaine d'années, un bel enfant qu'il avait reconnu, fait élever, et qui devint la joie et la passion de sa vie. (*Le Nabab* : 561)

La jeune fille passera son enfance dans cet atelier ouvert à la bohème artistique jusqu'au jour où sa marraine, Constance Crennitz, insiste auprès du père pour l'éloigner de cette atmosphère gâtée par la vie insouciant. La jeune fillette se retrouve en pension, ce qui a pour elle des effets bienfaisants, « elle ressentait une douceur extrême à se féminiser, à reprendre son sexe, à connaître l'ordre, la régularité » (*Le Nabab* : 563). Cependant, elle garde dans son fort intérieur la souillure d'avoir été une enfant abandonnée. La maison n'est pas, dans ce sens, le garant de l'ordre moral des individus. Cette défaillance a de graves conséquences pour la jeune fille qui se sent marquée à vie. Pour elle, il n'y a pas d'issue possible : « Tu es fille de catin, ma chère ; il faut que tu sois catin si tu veux être quelque chose... » (*Le Nabab* : 682).

Le devenir de la jeune artiste élevée dans un milieu peu favorable pour le développement de la fillette, quoique amendé plus tard avec la mise en pension, reste cependant un sujet contestable pour une partie de la critique, notamment pour Zola. Il signale cette origine qui fait d'elle un personnage hors du commun

féminin, ainsi que son talent artistique, mais de là, à la dégrader à des réactions et à une vie médiocre, alors qu'elle se dresse comme femme indépendante à l'encontre des mœurs de l'époque, est assez déconcertant³².

Tout au long de l'analyse de ces différents intérieurs, nous avons constaté l'invasion des espaces par des éléments externes, ce qui mettait en péril la solidité du foyer familial. Cet envahisseur peut se présenter sous des formes différentes : les affaires d'état, la religion ou bien des êtres plus ou moins parasitants. La maison n'est que le théâtre où des personnages se sont vus acculés par divers intérêts à vivre ensemble. À cela s'ajoutent les apparences si chères dans les milieux aisés et politiques qui projettent l'image d'un couple harmonieux là où il n'y en a pas, tout au plus, une simple camaraderie. On pourrait parler d'une prison dorée pour certains, pour d'autres comme pour Sébastian Ruys, loin du monde de tous ces masques mondains, la porte de sa maison-atelier reste toujours ouverte. Dans ce dernier cas, l'invasion de l'espace est accompagnée du revers de la médaille, c'est-à-dire, de l'évasion. Demeurer à cet endroit compromet la liberté individuelle que la jeune modèle, la mère de Félicia, n'était prête à sacrifier à aucun prix.

³² « J'aurais souhaité que M. Daudet montrât plus de tendresse pour Félicia, eût pour elle un cœur d'artiste, ne la sacrifiât pas, en un mot, à ces petites filles de la famille Joyeuse, qui ne sont que des poupées » (*Le Nabab*, O.C.N.V., 1930, La critique : 422).

5 À LA RECHERCHE IMPOSSIBLE DU FOYER

De nombreux personnages n'arrivent pas à tisser un lien stable avec leur foyer, les Ratés ou les aventurières comme nous l'avons préalablement signalé. Ils incarnent des personnages déboussolés préférant les distractions de la rue ou les plaisirs aux douceurs de la stabilité d'un foyer.

Pour d'autres personnages, comme Jack ou Daniel Eyssette (*Le Petit Chose*) dépourvus de foyer, la construction de celui-ci, ou la reconstruction pour Raymond Eudeline, va être une constante très présente dans l'œuvre de Daudet.

Jean Le Guennec analyse cette obsession qui poursuit notre auteur tout au long de sa vie, il la désigne par « le fantasme de la reconstruction du foyer » (Le Guennec, 2006 : 55). Certes, il y a des personnages qui poursuivent un idéal de foyer qu'ils n'ont jamais connu. Ainsi la petite Chèbe ne rêve que de s'installer à la fabrique, sans vraiment connaître ce qui se passe dans son intérieur. Jack n'a qu'une idée en tête : récupérer sa mère pour vivre avec elle. Il faudrait noter ce langage ambigu, plus près de celui tenu par un amant que par un fils. Il a supporté assez d'hommes qui entretenaient sa mère, maintenant il revendique son rôle d'homme auprès d'elle, et c'est à son tour de subvenir à ses besoins. C'est pourquoi il loue pour eux une maison à Charonne.

Vincent Clap, le signale si justement dans son article « Traces familiales dans Soutien de famille » cette poursuite des protagonistes daudétiens de leur particulier *sweet home*.

Je remarque que de même que les oiseaux ont l'instinct de la nidification, les jeunes héros de Daudet, rescapés d'un drame familial, ont également cet instinct et cette obsession de rebâtir le nid détruit. Cet instinct les pousse parfois jusqu'à l'absurde et au pathétique, c'est le cas de Jack qui,

enfant sans père, fils d'une mère entretenue, ballotté dès son plus jeune âge d'institution en institution, aspire à recomposer avec cette mère toujours absente, un foyer qui n'a jamais existé. (Clap, 1995 : 15)

Mais existe-t-il une maison où les occupants se trouvent vraiment épanouis sans qu'ils ressentent ce besoin de l'abandonner ? Oui, il existe des foyers, comme celui des Joyeuse, qui, avec un nom pareil, incarnent le foyer débordant de bonheur où tous ses membres semblent épanouis et mènent une vie heureuse à l'abri de l'extérieur menaçant. D'autres foyers connaissent également des moments de répit, mais ils ne sont qu'éphémères puisque le calme est vite troublé. Cependant, le nuage dissipé, le foyer retrouvera un certain équilibre qui, même s'il n'est pas l'image du bonheur absolu comme chez les Joyeuse, n'en offre pas moins une image réconfortante.

De nombreux provinciaux quittent leur maison pour partir à la capitale en quête de gloire ou de fortune. Cependant, celle-ci, à l'instar d'un monstre mythologique, dévore ses victimes et les renvoie dans leur province comme des loques humaines. Tel est le cas pour le frère de Jansoulet ou pour Jean Gaussin, d'après les impressions de sa tante. Se dégage de cette constatation qu'il existe une plus grande résignation et acceptation de son foyer loin de la capitale.

5.1 Le foyer daudétien

5.1.1 Les composantes du *sweet home*.

Ce revers de fortune, déjà mentionné, que connaissent les Daudet, les mène à la ruine la plus totale et à la séparation de leurs membres. Malgré leurs différents et le caractère emporté du père, la famille Daudet était une famille traditionnelle dont ses membres étaient très soudés. Un lien très puissant le rattachait aux siens, c'est pourquoi, la reconstruction du foyer, de la part d'Ernest et d'Alphonse, s'impose comme une tâche incontestable.

Lui qui adorait les envolées vagabondes au cœur de l'espace avait trop le sentiment physique de *la valeur* de l'étendue pour ne pas se sentir le cœur serré quand il se voyait loin de la maison, île sûre, à l'intérieur de laquelle il trouverait des îles encore plus petites et plus sûres. Jamais, mieux qu'après une escapade, il n'a mesuré plus soudainement la puissance de cet espace ; sa ferveur pour la maison était alors telle qu'il baisait le bois de la porte ou de la poignée. Tous les êtres qui ont aimé passionnément la vie ont connu cette nécessité d'une position de repli ; il n'y a que les choses que nous aimons qui puissent nous être cruelles, et nous avons besoin de protection contre elles si nous ne voulons pas être désemparés. (Bornecque, 1951 :43)

Baguley (1997) ira même jusqu'à affirmer que « hors du foyer, point de salut ! » (Baguley, 1997 : 15). Dans *Le Petit Chose*, nous retrouvons un épisode qui nous aide à mieux comprendre cette obsession de la reconstruction du foyer. Même si celui-ci n'a aucune base biographique, comme le remarque Roger Ripoll en faisant appel aux travaux de Jacques-Henry Bornecque, il n'en reste pas moins vrai que cette idée tourmente le jeune homme.

Travaille donc, Daniel Eyssette !... Il faut reconstruire le foyer... Mais non ! Il ne peut pas... Les lettres de son livre dansent devant ses yeux ; puis, c'est le livre qui tourne, puis la table, puis la chambre. Pour chasser cet étrange

assoupissement, le petit Chose se lève, fait quelques pas ; arrivé devant la porte, il chancelle et tombe à terre comme une masse, foudroyé par le sommeil. (*Le Petit Chose* : 57)

Alphonse n'est pas resté au collège cet été-là, puisqu'il a passé, loin de ses parents, ses premières vacances avec sa famille proche et plus fortunée : ses cousins Louis et Marie Daudet, mariés respectivement à Octavie et à Henri Gibelin, un riche filateur. Dans ce milieu aisé, il revit un passé heureux, sans soucis financiers, et sans doute, il dramatise la fiction, partagé entre la frustration du statut perdu et la responsabilité de reconstruire le foyer. Mais qu'est-ce qu'au juste ce foyer qu'il faut reconstruire ? Quelle est cette image qui hante notre auteur ainsi que ses personnages ? Nous allons analyser les différentes maisons et leurs occupants avant de mieux cerner cette image du foyer daudétien.

Elle est indissociable du travail et de la présence de la femme, assumant le rôle de maîtresse de maison et s'occupant des différents membres. Ce sont deux conditions *sine qua non* leurs occupants ne peuvent pas s'épanouir. En outre, la femme garantit la solidité des liens unissant les différents membres de la famille.

Le travail est la clé pour faire tourner le logis. La tribu des ratés, depuis M. Delobelle, M. Chèbe (dans *Fromont jeune et Risler aîné*), d'Argenton et tous les ratés de la bohème dans *Jack*, est incapable de compatir avec les autres, d'où l'impossibilité de construire une demeure familiale, puisque tout leur univers ne tourne qu'autour d'eux. Ils font preuve d'une énorme cécité concernant leur entourage.

Dans le cas de M. Delobelle et de M. Chèbe, ils ont tous les deux une famille qui s'occupe d'eux. La femme du premier travaille seulement pour que cet homme ne manque de rien, quitte à souffrir des privations et à travailler durement. Plus qu'un domicile familial, on devrait parler d'un atelier puisque depuis l'aube jusque tard dans la nuit, les deux femmes, spécialement Désirée, se

donnent corps et âme au travail, ne quittant leur poste que pour « un repas plus que léger » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 950) et pour se remettre au travail tout de suite après, à la lueur d'une lampe qui, comme on le verra plus tard, est un élément clé du foyer daudétien, éclaire, mais ne réchauffe pas. D'ailleurs la porte du domicile de Delobelle est souvent ouverte, ce qui en dit long sur la nature de ce pseudo-foyer.

En ce qui concerne le deuxième personnage désœuvré de ce palier, M. Chèbe, il mène une existence paisible, car sa femme arrive tant bien que mal à gérer une petite rente. Ces deux ratés passent très peu de temps dans leur maison, ils passent la plupart de leurs journées à déambuler : le premier dans les boulevards et milieux artistiques, et le deuxième à travers tout Paris car sa femme l'envoie faire des courses pour passer le temps. La présence de M. Chèbe à la maison ne favorise pas une ambiance propice pour vivre en harmonie sous le même toit : « leur intérieur était si triste, surtout quand il pleuvait et que Ferdinand [M. Chèbe] ne sortait pas » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 947).

Malgré leur énorme nullité, leurs femmes réussissent à les maintenir à flot et à leur éviter de sombrer dans la bohème.

Elle [Mme Chèbe] non plus, n'en gagnait pas, la pauvre femme ; mais elle savait si bien l'épargner, sa merveilleuse économie suppléait tellement à tout, que jamais la misère, voisine de cette grande gêne, n'était parvenue à entrer dans ces trois chambres toujours propres, à détruire les effets soigneusement reprisés, les vieux meubles cachés sous les housses.

[...]

La porte des Delobelle était souvent ouverte et montrait une grande pièce carrelée où deux femmes, la mère et la fille, presque une enfant, aussi pâles, aussi fatiguées l'une que l'autre, travaillaient à un de ces mille petits métiers

fantaisistes dont se compose ce qu'on appelle l'article de Paris. (*Fromont jeune et Risler* : 949)

De même que d'Argenton et ses acolytes, ils vivent toujours aux crochets d'un tiers, dès que leur bourse est vide, ils cherchent une nouvelle victime à dépouiller. Contrairement aux autres femmes, Ida a complètement raté la maternité, elle ne vit que pour et par les hommes qu'elle rencontre. Elle est incapable de diriger un logis, elle précise toujours d'une autre personne, outre les hommes, des domestiques et des cicérones pour la guider dans le monde des adultes.

Le travail est, comme nous l'avons mentionné, l'une des composantes du foyer. On retrouve cette prémisse dans des maisons occupées par des couples atypiques. Ainsi, les fratries suisses, Risler et Planus, dans *Fromont jeune et Risler aîné*, cohabitent par des raisons bien différentes sous le même toit. Les premiers, les Risler, sont unis dans un premier temps, par la responsabilité de l'aîné de s'occuper de son jeune frère. Plus tard, une fois Sidonie démasquée, le seul moteur de sa vie sera de le faire venir et vivre à nouveau ensemble.

« Oui, oui, tu as raison, mon vieux, disait Risler en marchant à grands pas dans la salle basse, il ne faut plus que je pense à cette femme. C'est comme une morte pour moi maintenant. Je n'ai plus que mon petit Frantz au monde... Je ne sais pas encore si je le ferai revenir ou si j'irai le rejoindre ; ce qu'il y a de sûr, c'est que nous allons rester ensemble... Moi qui désirais tant avoir un fils. Le voilà tout trouvé, mon fils. Je n'en veux pas d'autres. Quand je pense que j'ai eu un instant l'idée de mourir... Allons donc ! Elle en serait bien trop heureuse, madame Chose, là-bas !... Je veux vivre, au contraire, vivre avec mon Frantz, et rien que pour lui. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1178)

Le travail maintient Risler occupé et il arrive à oublier Sidonie, du moins en apparence. Suite au rude coup porté par sa femme, il sait que seul l'amour fraternel pourra le mettre hors de danger.

L'autre fratrie, les Planus, est aussi unie par une méfiance envers le sexe opposé.

Tous deux célibataires, ils étaient unis par une haine semblable du mariage. La sœur abhorrait tous les hommes, le frère avait toutes les femmes en défiance ; avec cela ils s'adoraient, se considérant chacun comme une exception dans la perversité générale de leur sexe. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1030)

Cette fratrie vit en parfaite harmonie, chacun d'entre eux s'adonnant à sa tâche et formant un foyer des plus avenants, bien évidemment éloigné de Paris, loin des tentations qui pourraient ébranler la tranquillité de cette demeure.

Le travail maintient ces deux fratries soudées et éloignées de toutes les perversions de la capitale. Ils forment une microsociété où chacun trouve sa place reproduisant tantôt le schéma père-enfant (Risler et Frantz), tantôt mari-femme (les frères Planus).

La maison que le vieux Planus habitait à Montrouge s'accotait contre celle où les Chèbe avaient vécu quelque temps. C'était le même étage unique élevé sur un rez-de-chaussée à trois fenêtres, le même petit jardin à treillage, les mêmes bordures de buis vert. Le vieux caissier demeurait là avec sa sœur. Il prenait le premier omnibus qui partait de la station le matin, revenait à l'heure du dîner, et le dimanche, restait chez lui à soigner ses fleurs et ses poules. La vieille fille faisait le ménage, la cuisine, toute la couture de la maison. Jamais couple plus heureux. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1029-1030)

Une autre famille atypique est celle formée par le docteur Rivals, sa femme et leur petite-fille. La perte de leur fille avait secoué ce brave couple, et leur logis reflétait ce malheur : la vie s'était arrêtée au moment où elle avait disparu. Le docteur Rivals arrive tant bien que mal à retrouver le goût à la vie grâce à son travail et à sa petite fille, tandis que sa femme peine à survivre à cette expérience traumatique. Le docteur reste fort dans ce malheur, ce qui empêche la maison de partir à la dérive.

Il y avait huit ans de cela. Depuis huit ans, les choses étaient restées en l'état ; et bien que dans le pays tout le monde y fût habitué, cet inachevé donnait à l'habitation entière la physionomie découragée de quelqu'un à qui rien n'est plus et qui se dit à propos de tout : « À quoi bon ? » Le jardin, qui tendait derrière la maison, au fond du corridor peint à la chaux, un sorte de verdure flottante, se trouvait, lui aussi, dans un état complet d'abandon. L'herbe montait dans les allées, et de larges feuilles parasites couvraient le bassin dont le jet d'eau ne marchait plus.

L'aspect des êtres ressemblait à celui des choses. (*Jack* : 162)

Leur petite fille vit dans cette atmosphère de deuil, surprotégée par ses grands-parents. La grand-mère n'a pas été capable de surmonter la mort de sa fille et la maison reflète son état d'âme. Cependant l'amour envers leur petite fille va réussir à sauver ce foyer qui aurait pu sombrer dans un profond abandon. Par ailleurs, l'arrivée de Jack dans la vie des Rivals apporte une bouffée d'air frais et on respire, à nouveau, le bonheur dans cette maison.

Un deuxième composant de l'équilibre du foyer est la présence féminine. Dans les cas que nous avons cités préalablement, la

femme joue son rôle de maîtresse de maison, comme dans le foyer des Rivals. Dans le cas des Roudic, marié en secondes noces avec Clarisse, la présence du neveu va faire chanceler ce ménage mal assorti. Elle mène les rênes de la maison avec beaucoup de soin, comme une femme coquette s'apprêtant à recevoir son amant.

Le logis, lui aussi, se ressentait de cette recherche. Derrière ces grands rideaux de mousseline blanche qui sont la parure de toutes les maisons bretonnes, les meubles reluisaient rares et propres, avec quelque bouquet, un pot de basilic ou de giroflée rouge sur l'appui de la croisée. Quand Roudic revenait du travail, le soir, il éprouvait toujours une joie nouvelle à trouver la maison aussi nette, la femme aussi soignée que si c'était un dimanche. (*Jack* : 211)

De même que la maison des Rivals, la maison des Roudic abrite un drame malgré l'apparence trompeuse de la maison. On sent que le dénouement ne va pas se faire attendre.

[...] Jack appliqua son échelle à la soupente et, cinq minutes après, la petite maison, engourdie sous la neige, bercée par le vent, paraissait dormir comme ses voisines dans le silence et le calme de la nuit. Mais le masque des maisons est aussi trompeur que celui des hommes ; et pendant que celle-ci tient ses fenêtres closes comme des paupières appesanties de sommeil, elle abrite le plus navrant et le plus sombre des drames. (*Jack* : 239)

Comme Mme Rivals qui n'arrivait pas à surmonter complètement la perte de sa fille et vivait continuellement soumise dans un profond deuil, Clarisse est incapable de vivre sans son Nantais, « elle était morte, il ya deux ans, d'une façon affreuse, noyée dans la Loire, par accident » (*Jack* : 412). Ce sont deux

personnages admirables qu'un malheur ou une mauvaise rencontre a entravé leur parcours, cependant leur logis n'a jamais été délaissé.

D'autres femmes ont une façon très particulière de diriger leur maison. Quoiqu'on trouve une fixation à un espace, plus ou moins permanente, celle-ci ne dégage pas toujours les sensations de confort ni d'abri qu'elle est censée posséder. Marie, ancienne esclave qui s'est convertie à la foi catholique, a su avec un énorme sang froid se dresser à la tête des affaires de son mari : « elle connaît la banque mieux que moi, et Paris et les affaires. C'est elle qui mène tout à la maison. » (*Le Nabab* : 757). Elle est devenue maîtresse de maison dépassant les limites du cercle familial, elle dirige tout ce qui appartient à son mari puisque son ambition ne connaît pas de bornes. Blessée dans son orgueil par son ancienne condition d'esclave, elle a su en faire un atout pour réveiller la jalousie autour d'elle. Son ennemie, Mlle Afchin se montre indolente dans tous les domaines de la vie. Même si elle a épousé François Jansoulet, c'est le nom de jeune fille qui l'emporte le plus souvent lorsqu'elle est mentionnée. Contrairement à Marie - Mme Hemerlingue -, Mlle Afchin excelle dans deux autres péchés capitaux : la paresse et la gourmandise, incompatibles avec tout foyer qui se prête à accueillir une famille épanouie et à garantir le repos de ses occupants.

Si nous nous éloignons un peu de ce monde parisien, nous trouvons deux foyers provençaux, hommage à la femme provençale : la mère de Jansoulet (*Le Nabab*) et la tante Divonne, dans *Sapho*. Elles représentent l'image daudétienne de la femme courageuse et aimante de son foyer et de ses occupants. Face aux désagréments de la vie, elles font preuve d'un grand courage, ne lâchant pas les rênes de la maison.

La mère de Jansoulet règle la vie dans le château de Saint-Romans, même si elle n'y habite pas, puisqu'elle préfère se loger plus modestement dans la maison du régisseur. Elle est la première levée et la dernière couchée, rien de ce qui se passe au château ne lui échappe et tout s'y exécute selon ses ordres. Le soir, Daudet nous montre des moments d'une rare tendresse entre Jansoulet et sa mère, peu fréquents dans les romans daudétiens :

Et lui-même, mettant sa tête crépue, lourde comme un lingot, sur les genoux de la vieille, se rappelant les bonnes soirées de son enfance où il s'endormait ainsi quand on voulait bien le lui permettre, quand la tête de l'aîné ne tenait pas toute la place ; il goûtait, pour la première fois depuis son retour en France, quelques minutes d'un repos délicieux en dehors de sa vie bruyante et factice, serré contre ce vieux cœur maternel [...]. (*Le Nabab* : 635)

À la fin du roman suite à l'invalidation du Nabab, une scène similaire a lieu dans le carrosse entre ces deux êtres dévastés par ce qui venait d'avoir lieu dans l'assemblée.

Tous deux assis au fond, car ils craignaient d'être vus, ils ne se parlèrent pas d'abord. Mais dès que la voiture se fut mise en route, qu'il eut vu fuir derrière lui le triste calvaire où son honneur était au gibet, Jansoulet, à bout de forces, posa sa tête contre l'épaule maternelle, la cacha dans un croisement du vieux châle vert, et là, laissant ruisseler des larmes brûlantes, tout son grand corps secoué par les sanglots, il retrouvait le cri de son enfance, sa plainte patoise de quand il était tout petit : « Mama... Mama... ». (*Le Nabab* : 803)

La femme, mais surtout la mère aimante, est un pilier fondamental dans le foyer daudétien. Elle veille sur ses enfants,

indépendamment de leur âge, les protège et s'émeut devant leurs souffrances. La tante Divonne, dans *Sapho*, s'occupe de l'intendance de la maison, ainsi que de ses neveux, en définitive elle remplace la mère de Jean de Gaussin, à laquelle « la double naissance en surprise avait à tout jamais emporté ses forces actives » (*Sapho* : 426). Alphonse Daudet a fait le portrait de deux femmes énergiques qui s'investissent au sein de leur foyer de façon inconditionnelle.

La maison est un lieu essentiellement féminin. Lorsque l'un des membres est défaillant (voir M. Chèbe ou M. Delobelle), l'autre partie est obligée d'assumer ce rôle vacant. Dans d'autres cas, c'est une tierce personne qui remplace l'absente, comme dans le cas de Clarisse ou de la tante Divonne. Ce pilier essentiel à la famille incarné dans la femme, épouse ou mère, est absent dans la famille Lorie-Dufresne. Suite à la mort de la jeune femme, Sylvarine s'occupe tant bien que mal de la maison et des enfants. Malgré les tendres dispositions de la bonne pour cette famille, elle est à la dérive. Sylvarine avait été incapable de faire le tri des biens de ses maîtres et avait tout expédié en France. Les frais de port s'élevaient à 300 francs. Par ailleurs, lorsque la petite Fanny tombe malade, elle ne sait pas comment réagir et demande de l'aide aux voisines. La bonne Sylvarine, tout en se donnant du mal, n'arrive pas à faire face aux imprévus. Comme son maître, elle s'en sort à merveille dans les situations routinières, contrairement à Éline qui est prête à assumer le rôle vacant de mère afin de secourir ce foyer, mais pour satisfaire aussi son désir maternel.

Éline n'écoutait pas, songeant à cette enfant venue juste à point dans sa vie pour en combler le vide et suffire à cet instinct de maternité qui commençait à s'agiter en elle. Pour Fanny, elle avait tout d'une mère, la patience infatigable, l'inquiétude, les soins coquets, ne s'occupant pas seulement

des études, mais de la coupe des petites robes, de la nuance du chapeau et du ruban noué dans les cheveux. Cela la regardait seule, Sylvanire ayant abdiqué devant son bon goût et sa grâce. (*L'Évangéliste* : 286)

Lorsque la femme titulaire est défaillante, une nouvelle femme, ne faisant pas forcément partie de la famille, se montre solidaire et assume les fonctions de la précédente afin de réorganiser la vie familiale.

Une autre famille atypique, où l'on retrouve le rôle vacant de la mère occupé par une autre femme, constitue la famille modèle daudétienne: les Joyeuse. D'emblée le nom est assez révélateur de la personnalité de ses membres, ainsi que du foyer qu'ils occupent. Aline, la fille aînée, suite au décès de sa mère, a pris la relève et gère la maison et ses occupants. Cette maison symbolise l'honnêteté face à ce Paris corrompu, c'est le refuge idéal pour tous ceux que Paris effraie.

Il y avait là pour de Géry tout un pays nouveau, courageux, familial, bien différent de celui qu'il connaissait déjà, un Paris dont les feuilletonistes ni les reporters ne parlent jamais, et qui lui rappelait sa province, avec un raffinement en plus, ce que la mêlée, le tumulte environnants prêtent de charme au tranquille refuge épargné. (*Le Nabab* : 557)

Après une dure journée de travail, la famille se retrouve autour de la lampe, source de lumière et de chaleur, mais aussi d'amour et de protection. Ultérieurement nous développerons cet élément très pertinent lorsque nous analyserons la symbologie autour de la maison.

Sortant doucement de l'ombre de la pièce, quatre jeunes têtes se penchaient, blondes ou brunes, souriantes ou

appliquées, sous ce rayon intime et réchauffant qui les éclairait à la hauteur des yeux, semblait alimenter la flamme de leur regard, la jeunesse lumineuse sous leurs fronts transparents, les couvrir, les abriter, les garder du froid noir ventant dehors, des fantômes, des embûches, des misères et des terreurs, de tout ce que promène de sinistre une nuit d'hiver parisien au fond d'un quartier perdu. (*Le Nabab* : 555).

La maison est donc une forteresse qui rassemble ses membres et les protège des dangers de l'extérieur. La présence d'une femme se fait indispensable pour assurer le bon fonctionnement du foyer ainsi que le bien-être de ses occupants. Alphonse Daudet célèbre une scène assez simple des membres d'une famille humble, unie le soir après une dure journée de travail, mais comblée de se retrouver ensemble.

5.1.2 La lampe symbole du foyer daudétien

Le foyer daudétien ne peut se concevoir sans cet objet, source de chaleur et de lumière, autour duquel se rassemblent les membres d'une même famille. Cet élément a été mis en avant par de nombreux spécialistes de notre romancier, notamment Anne-Simone Dufief et plus récemment par Bonnin-Ponnier.

Associée ou non au feu, la lampe allumée ou prête à l'être est le symbole de l'intimité heureuse, surtout quand elle diffuse une lumière circulaire, comme dans l'exemplaire tableau de la famille Joyeuse bien analysé par Anne-Simone Dufief. [...] Même circularité bienheureuse dans le salon de

Claire Fromont, avec « cette petite table bien éclairée au milieu ». (Bonnin-Ponnier, 2015 : 107)

Elles signalent l'importante charge symbolique de la lampe lors des veillées familiales mettant en avant l'intimité du logis. Par ailleurs la famille s'épanouit autour de la lampe. Elle se retrouve à la fin de la journée pour discuter ou s'adonner à des travaux manuels, tels la couture, ou à la lecture. Outre le fait de favoriser la convivialité au sein du logis, la lampe a le pouvoir de créer une atmosphère rassurante où leurs membres, enveloppés par la douceur que dégage cet objet, se sentent à l'abri de la nuit, de la nuit parisienne qui commence à être maîtrisée par l'éclairage public, mais qui n'est pas pour autant moins dangereuse (Delattre, 2000).

Le feu allumé est également « omniprésent » dans les foyers daudétiens, comme l'a constaté Bonnin-Ponnier (2015 : 107). Il remplit le logis d'une douceur bienfaisante. Que ce soit sous forme de flamme maîtrisée ou pas, c'est-à-dire, émanant d'une lampe ou d'un foyer, cette source de chaleur et de lumière fait objet d'une analyse qu'on ne devrait pas ignorer.

D'une part, chaque foyer a son propre éclairage qui peut varier de couleur, d'aspect ou d'intensité en fonction des personnages qui l'occupent. Nous pourrions même considérer que la flamme est l'esprit de la maison, et par extension de ses habitants. D'autre part, la présence ou absence de ces sources de chaleur et de lumière est rythmée par l'intrigue, comme nous allons constater au long de cette partie.

Il existe également des personnages sombres qui excellent dans les zones de pénombre et auxquels la lumière incommode puisqu'elle leur renvoie l'image d'une réalité qu'ils n'assument pas. Ainsi la jeune Sidonie éteint la lumière pour construire son ambitieuse illusion.

Mais au silence de sa petite chambre, quand elle eut soufflé la lumière, qui gêne les songes en éclairant trop vivement la réalité, que de projets, quels transports de joie ! Georges l'aimait, Georges Fromont, l'héritier de la fabrique !... Ils se marieraient ; elle serait riche... Car, dans cette petite âme vénale, le premier baiser d'amour n'avait éveillé que des idées d'ambition et de luxe. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 980)

On comprend mieux la jeune Sidonie lorsque l'on analyse son intérieur de jeune fille, miroir d'un foyer froid et sans amour, « le misérable intérieur, plein de tristesse et d'ennui. La lampe éclairait mal. » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 986). La lampe, esprit de cet espace cloisonné, peine à illuminer ses occupants et à en faire une famille. Contrairement à Claire, qu'on pourrait considérer sa rivale malgré elle, celle-ci se montre d'un comportement irréprochable, elle n'a pas besoin de fuir la lumière, puisqu'elle n'a rien à occulter.

La mère et l'enfant avaient pour elles la lumière, les allées pleines de soleil. Mais les nuits bleues étaient à l'adultère, à cette faute librement installée qui parlait bas, marchait sans bruit sous les persiennes fermées, et devant laquelle la maison assoupie se faisait muette, aveugle, retrouvait son impassibilité de pierre, comme si elle avait eu honte de voir et d'entendre. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1020)

Le troisième personnage féminin de ce roman, Désirée Delobelle, est aussi marqué par la lumière, mais il s'agit ici de la lampe de travail. Mère et fille passent leurs journées et soirées à travailler dans cet humble logis devenu un atelier à plein rendement. Une lumière blanche éclaire la soirée fatidique où elle prend la décision de se jeter à la Seine. Certes, cela ne pouvait pas être autrement puisque Désirée est l'incarnation de la pureté, l'être

immaculé du roman daudétien. Sa mère aveuglée par le travail a perdu sa vision périphérique en ne s'occupant plus que du cabotin de son mari. Suite au dénouement tragique de sa fille, elle comprendra la cécité dans laquelle elle s'était plongée, et, « une tardive lumière » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1099) surgira dans cet esprit médiocre, qui adorait sa fille. Aussi bien Claire que Désirée portent en elles cette lumière, tel un halo, qui en font des personnages purs

D'autres intérieurs sont fortement cadencés par la présence ou l'absence de lumière et de chaleur. Dans *Le Nabab*, les contrastes existant entre les différents foyers sont frappants. Chez le duc de Mora, on a beau allumer le feu, même au mois de mai et s'en rapprocher le plus près possible, rien n'empêche le duc de grelotter. Il n'y a pas moyen de réchauffer la chambre du duc, qui sert à la fois d'espace privé et d'espace public, puisque c'est là qu'il donne audience. Aucun moment relevant de la sphère privée ne s'écoule dans cette demeure impériale. Daudet a surtout voulu retracer le quotidien, connu de tous, d'un homme éminent du Second Empire. D'un côté, il montre l'homme d'état ne prenant pas sa charge au sérieux, et de l'autre côté, un homme de son temps, c'est-à-dire, un mondain épicurien. Les ducs vivent sous le même toit sans pour autant partager les mêmes espaces : un foyer au sens daudétien est impossible sous ces conditions.

Chez le Nabab, la sensation de douceur, qu'on attendrait d'un homme méridional, est absente. À nouveau le couple vit sous le même toit, mais ne privilégie aucun moment pour se retrouver à deux et reconstruire leur relation et leur foyer. Mme Jansoulet ne rejoindra son mari à Paris que quelque temps après, et, trouvera dans ce nouveau monde l'occasion de vivre une vie extravagante comme elle faisait à Tunis. Leurs occupants vivront donc séparés les uns des autres et évidemment, il n'y aura pas de place pour une vie de famille. Il est curieux de noter que lorsque ces deux

personnes se retrouvent dans une même pièce, ce n'est jamais un moment serein. L'un d'entre eux envahit violemment l'espace de l'autre, comme lorsque Jansoulet va chercher sa femme pour se rendre chez la baronne :

Mais lorsque après le déjeuner Jansoulet habillé, superbe, suant pour entrer dans ses gants, fit demander si madame serait bientôt prête, on lui répondit que madame ne sortait pas. Le cas était grave, si grave que, laissant là tous les intermédiaires de valets et de servantes, qu'ils se dépêchaient dans leurs entretiens conjugaux, il monta l'escalier quatre à quatre et entra comme un coup de mistral dans les appartements capitonnés de la Levantine.
(*Le Nabab* : 768)

Cependant, dans les romans daudétiens, on retrouve de nombreux exemples de maisons de cohabitation, dans lesquelles aucun lien affectif ne rattache leurs membres. Il s'agit principalement des maisons bourgeoises où chaque occupant utilise des zones bien délimitées que l'autre a du mal à franchir. Lorsqu'une de ces personnes envahit l'espace de l'autre, il est souvent question d'un moment de forte tension dans l'intrigue, comme nous venons de constater.

Dans les *Rois en Exil*, la vie des souverains n'est qu'une farce qu'ils ne prennent plus la peine de dissimuler. Ils mènent des vies séparées ne se retrouvant qu'aux repas et aux moments qui relèvent de la présence du roi, sans que pour autant ce dernier se montre à la hauteur. À nouveau, comme pour la demeure du duc de Mora, il s'agit d'une demeure qui fait fonction de maison privée ainsi que de maison publique, même si c'est ce dernier aspect qui l'emporte sur l'autre. En effet, Saint-Mandé est avant tout le siège d'une monarchie en exil. Il n'existe aucune allusion ni à la lampe, ni au feu, ni à aucune autre source de bien-être qui révélerait

l'existence d'une vie de famille. Les deux époux se retrouvent rarement seuls. En effet, leurs chemins prennent des directions opposées, sans que, à aucun moment ils ne puissent se rejoindre. Les rares moments où ils se retrouvent seuls sont des moments de tension ou d'invasion de l'espace de l'autre. Ainsi, lorsqu'une délégation royaliste arrive à Saint-Mandé pour témoigner sa fidélité aux souverains, Christian, après une nuit de débauche, n'est pas en mesure de s'adresser à ses fidèles et rejoint sa chambre avec une grande difficulté. La reine assaillit la chambre de son mari.

Elle le prenait avec son regard, essayait de l'affermir, de le redresser, l'aidait à se débarrasser de son chapeau, de sa houppelande, remplis de mauvais souffles de l'ivresse, de la fumée grisante des cigares. Il se raidit un moment sur ses jambes molles, fit quelques pas en chancelant, appuyant ses mains brûlantes sur le marbre des mains de la reine. Mais tout à coup elle sentit qu'il s'effondrait, recula elle-même à ce contact fiévreux, et brusquement le repoussa avec violence, avec dégoût, le laissa choir de tout son long sur un divan [...]. (*Les Rois en exil* : 940)

Nombreux sont les foyers où le couple vit sous le même logis sans pour autant y trouver la douceur d'une une vie épanouie symbolisée par la flamme, comme le couple Autheman dans L'Évangéliste ou le couple formé par les comtes d'Arlet. Ce dernier est une vraie supercherie, mais l'entrée en politique du mari le pousse à reconsidérer une approche vers sa femme.

Depuis six mois seulement, fatigué de sa maîtresse, une vieille actrice qui tenait un magasin de bibelots avenue de l'Opéra avec une arrière-boutique pour l'amour, il s'était jeté dans la politique, encore un magasin de bibelots à dessous de saletés et de trahisons ; et maintenant voilà que son foyer le tentait, lui devenait nécessaire pour grouper ses

amis, ses influences, et sans oser le demander, il aurait bien voulu que sa femme se remît à recevoir, à sortir, qu'on oubliât le passé... (*L'Évangéliste* : 364)

Des individus vivant dans un même espace ne forment pas un foyer. Ils sont trop éloignés les uns des autres, et mènent souvent une liaison extraconjugale. L'intérieur est totalement délaissé, la femme a renoncé à son mari, à une vie de famille, car elle sait que rien ne le fera retourner avec les siens. Le cas le plus flagrant est celui de Potter, compositeur se trouvant sous la mainmise de Rosa, ancienne courtisane, de laquelle il est incapable de s'affranchir. Ni sa femme légitime, ni ses enfants n'ont réussi à mettre terme à cette liaison qui perdure à travers le temps. C'est pourquoi leur foyer légitime est totalement abandonné, il n'y a plus d'espoir d'en reconstruire un : la flamme est définitivement éteinte et il ne reste plus qu'une puissante indifférence installée dans cette demeure.

Le cabinet du musicien, dans un superbe et froid appartement bourgeois du second étage, sentait l'abandon de la pièce où l'on ne travaille pas. Toute y était trop net, sans rien du désordre, de l'active petite fièvre qui gagne les objets et les meubles. [...]. Et un buste en marbre blanc, le buste d'une jeune femme aux traits délicats, à l'expression de douceur, tout pâle dans le jour qui tombait, faisait plus froide encore la cheminée sans feu et drapée, semblait regarder tristement les murs chargés de couronnes dorées, enrubannées, de médailles, de cadres commémoratifs, toute une défroque glorieuse et vaniteuse généreusement laissée à la femme en compensation, et qu'elle entretenait comme les ornements de tombe de son bonheur. (*Sapho* : 536)

La chambre est devenue une image de cet intérieur conjugal. Elle célèbre le passé doré du musicien, d'un homme plus occupé à

satisfaire une maîtresse capricieuse que sa famille. Il n'y a pas de vie familiale dans ce foyer, rien ne peut ranimer cette flamme.

Comme nous venons de constater, dans la plupart des foyers daudétiens, les deux adultes se marient plus par intérêt que par amour³³, ce qui est assez révélateur pour comprendre leur intérieur, image de cette union sans amour. La lumière qui éclaire ces personnages est une lumière blafarde, loin des lumières puissantes et pures associées aux personnages de Claire Fromont et de Désirée Delobelle ou à d'autres familles qui possèdent cette flamme symbole de l'unité familiale. Cette lumière sans éclat éclaire des personnages sans vitalité, emportés par le rythme frénétique de la capitale et par la mollesse humaine.

À côté de ce foyer éteint, il existe d'autres foyers où la flamme n'est pas vraiment éteinte. L'espoir du retour de la personne aimée n'est pas perdu. Ainsi, Fanny attend le retour de Jean à la rue d'Amsterdam. Mme Ebsen, de son côté, attend le retour de sa fille qui est restée à Port-Sauveur.

Elle ne se coucha pas et garda sa lampe allumée, comptant les heures, épiant les bruits et l'approche des rares voitures, avec les espoirs fous de l'attente, ses superstitions fiévreuses. « La troisième qui passera va s'arrêter à la porte... » Mais celle-là filait, et d'autres jusqu'aux roues bruyantes des laitiers du petit jour. (*L'Évangéliste* : 337)

La mère et la fille se séparent pour la première fois. L'inquiétude de la mère présage un dénouement tragique. Alors que Rosalie vient d'apprendre l'infidélité de son mari, elle l'attend en « tirant l'aiguille sous l'étroite clarté d'une seule lampe allumée »

³³ Il est avéré que le mariage reste encore au XIX^e siècle une affaire de famille. Il est pour la plupart arrangé par les parents qui veulent que leurs enfants épousent leurs semblables. Laure Adler résume à merveille le négoce du mariage, « pour la plus grande majorité de la bourgeoisie, le mariage est la grande opération financière de la vie » (Adler, 1983 : 69).

(*Numa Roumestan* : 181). Ce n'est pas la première infidélité que doit affronter Rosalie. Elle a déjà surpris son mari avec une maîtresse, ce qui lui avait provoqué une véritable commotion suite à laquelle elle avait perdu l'enfant qu'elle attendait. Elle avait pardonné à son mari, mais l'histoire se répète. De nouveau enceinte, elle apprend cette infidélité et se réfugie dans le travail en attendant le retour de son mari.

Précisément, c'est dans le roman, *Le Nabab*, où la famille fait défaut, puisque tout n'est qu'apparence dans un monde frivole, que l'on retrouve la famille Joyeuse et la lampe, symbole du foyer uni à l'abri inconditionné de l'extérieur menaçant.

Un soir, la famille Joyeuse était réunie dans le petit salon, dernière épave de sa splendeur, où il restait deux fauteuils capitonnés, beaucoup de garnitures au crochet, un piano, deux lampes carrels coiffées de petits chapeaux verts, et un bonheur du jour rempli de bibelots.

La vraie famille est chez les humbles.

Par économie, on n'allumait pour la maison entière qu'un seul feu et qu'une lampe autour de laquelle toutes les distractions se groupaient, bonne grosse lampe de famille, dont le vieil abat-jour — des scènes de nuit, semées de points brillants — avait été l'étonnement et la joie de toutes ces fillettes dans leur petite enfance. (*Le Nabab* : 554-555)

Pour Daudet voilà la clé du bonheur : loin du rythme effréné de la vie, l'homme retrouve, dans son humble foyer, la douceur des siens, moteur de sa vie. Tous les hommes de bien retrouvent refuge sous la lumière de cette lampe, comme Mme Jenkins, chassée de son domicile conjugal. Humiliée et embarrassée d'avoir délaissé d'une certaine manière son enfant, elle trouve le soulagement et le salut dans ce cercle familial pur que rien ne peut atteindre.

La voilà serrée dans tous ces bras caressants, contre quatre petits cœurs féminins à qui manque depuis longtemps l'appui de la mère, la voilà introduite et si doucement sous le cercle lumineux de la lampe familiale, un peu élargi pour qu'elle puisse y prendre sa place, sécher ses yeux, réchauffer, éclairer son esprit à cette flamme robuste qui montre sans un vacillement, même dans ce petit atelier d'artiste près des toits, où soufflaient si fort tout à l'heure des tempêtes sinistres qu'il faut oublier. (*Le Nabab* : 818)

Dans ce sens, le dernier roman daudétien, roman posthume, synthétise l'idée du foyer d'Alphonse Daudet. Antonin, le véritable soutien de famille, avait mis en place le magasin, « À la lampe merveilleuse », grâce auquel la famille se retrouve à nouveau réunie. De plus, cette enseigne, ainsi que son intérieur, réveillent chez notre auteur le désir de devenir marchand de bonheur.

Que de fois je me suis arrêté sur le trottoir à contempler avec envie ce brillant et paisible intérieur, alors que je rêvais de m'installer marchand de bonheur en plein Paris. Vous lisez bien, marchand de bonheur. Ce fut un temps ma fantaisie d'adopter cette profession bizarre, de mettre mon expérience de la vie et de la souffrance au service d'une foule de malheureux qui ne savent pas discerner ce qu'il y a de bon, ce qu'on peut extraire encore d'agréable de l'existence la moins favorisée. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 62)

Il n'est pas anodin si le lien entre la lampe et le bonheur est manifeste. La famille dispersée se retrouve autour d'un magasin de lampes doté d'une forte symbolique : la flamme est l'esprit du foyer. Ce n'est sans doute pas le fruit du hasard si dans ce roman qui clôture l'œuvre daudétienne, l'auteur fasse appel à un singulier personnage, étant donné son nom et sa profession. Il s'agit d'Esprit

Cornat, patron de Tonin, qui dirige une maison d'appareils électriques. Il est assez frappant que cet attachant personnage d'une grande bonhomie porte ce nom, et, que ce soit à lui que revienne la tâche de fabriquer les lampes qui, plus tard, éclaireront des foyers. Antonin entre dans cette fabrique comme apprenti, puis devient le bras droit de son patron. C'est au jeune homme que revient l'invention des lampyres. Il est capable de minimiser l'égoïsme et la lâcheté de son frère pour se focaliser sur le bonheur de retrouver la famille unie. À l'instar de Désirée Delobelle, Tonin est aussi un être frappé par le destin : son bégaiement suite au traumatisme causé par la mort de son père, a consolidé son sentiment d'infériorité vis-à-vis de son frère. Désirée et Tonin sont deux personnages attendrissants de l'œuvre daudétienne, tous les deux veillent sur leur famille et sont prêts à sacrifier leur vie pour elle.

Pour l'entrée du petit, il eut un élan de joie, une montée de lumière ; mais Tonin voyageait souvent, on était fait à ses départs, à ses retours. Lui seul sentait la chaleur, le bien-être de la famille retrouvée. Quand maman l'eut serré bien fort contre son vieux cœur, que Dina — en train de débarrasser la table et le dîner dans le fond — l'eut sauté au cou de son frère préféré, ce fut pour tous comme s'il n'était jamais parti ; tandis que lui parlait, s'agitait encore dans le mouvement du voyage et les curiosités de l'absence. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 235)

Que ce soit sous forme de lampe ou de feu, le foyer daudétien ne peut se passer de cet élément qui veille sur les membres et les protège des intempéries. La flamme est cet esprit du foyer, de la famille, au sens même que le religieux, car il s'agit de ce souffle qui assemble ses occupants et consacre leur union.

5.2 *Des maisons de passage*

Nous avons remarqué au cours de nos lectures de notre corpus de travail, le déracinement de différents personnages daudétiens. Il faut attendre les derniers romans daudétiens pour retrouver une majorité de personnages originaires de la capitale. L'origine de ceux-ci est très variée, nous pouvons distinguer trois groupes. Cependant, compte tenu de l'importance des origines méridionales de notre romancier, nous avons séparés les Méridionaux.

- Les provinciaux : M. Chèbe (*Fromont jeune et Risler aîné*), Ida de Barancy, Labassindre, Amaury d'Argenton (*Jack*), Bernard Jansoulet, Hemerlingue, Paul de Géry, Le Merquier de Lyon (*Le Nabab*), M. Le Quesnoy (*Numa Roumestan*), Mme Autheman, Lorie Dufresne (*L'Évangéliste*), la comtesse Padovani (*L'Immortel*), Mme Hulin (*Rose et Ninette*), Marc Javel, Claudius Jacquand de Lyon (*Soutien de famille*).
- Les Méridionaux : Bernard Jansoulet, Hemerlingue, Paul de Géry, (*Le Nabab*), Élysée Méraut (*Les Rois en exil*), Numa Roumestan, Mme Le Quesnoy, M. Méjean du Midi cévenol, M. de la Rochemaure, Valmajour, M. de Lappara et les Bachellery du Midi créole, de Bordeaux (*Numa Roumestan*), Aussadon, cévenol (*L'Évangéliste*), Jean Gaussin (*Sapho*), Astier-Réhu, les Freydet, (*L'Immortel*), Pierre Izoard (*Soutien de famille*).

- Les personnages provenant de pays européens : les Risler et les Planus (*Fromont jeune et Risler aîné*), le docteur Jenkins Mlle Afchin – Mme Jansoulet (*Le Nabab*), les rois d’Illyrie, Christian et Frédérique, ainsi que les nombreuses familles européennes mentionnées dans le roman, les Rosen (*Les Rois en exil*), les Ebsen, Mlle Briss (*L’Évangéliste*), Rosario Rosa (*Sapho*).
- Les personnages provenant des colonies françaises : Moronval de la Pointe-à-Pitre (*Jack*), M. Astier, créole de la Martinique (*L’Immortel*), Régis de Fagan, créole de l’île Bourbon (*Rose et Ninette*).

Ils sont tous arrivés à la capitale en quête d’une vie meilleure, certains pour effacer un passé plus que douteux comme Ida de Barancy ou le docteur Jenkins. Certains peinent à s’adapter au mode de vie parisien, d’autres réussiront grâce à leur travail ou à de bons mariages qui permettront leur ascension sociale. En ce qui concerne les Parisiens, ou les descendants d’étrangers, que l’on vient de citer préalablement et qui sont nés à la capitale, pour eux, Paris est leur milieu naturel et sont capables de subsister mieux que ceux qui ne connaissent pas les rouages de cette ville. Quoi qu’il en soit, la fixation des personnages à la capitale n’est pas définitive, puisque la vie de la plupart d’entre eux n’est qu’une fuite continuelle, évidente pour ceux qui arrivent à la capitale, mais aussi pour les personnages parisiens, surtout dans *Le Nabab* où l’ambition les entraîne à la ruine. Ils devront partir à leur tour.

Parmi ces maisons de passage, les maisons d’aventurières méritent une place à part. Il ne s’agit pas de personnages méconnaissant les us à la capitale, mais des personnages dont leur

style de vie est plus proche de la bohème et sont incapables de se fixer de manière permanente dans un endroit.

Sans s'arrêter au milieu de cette inexplicable déroute, pendant que le nid où il était venu chercher un refuge s'éparpillait à tous les coins de la ville, l'enfant, solitaire jeté lui-même dans la rue par le dispersement de ce logis d'aventurière, entreprenait le grand voyage qui devait le rapprocher de son unique protection.
(*Jack* : 112)

Ce court passage s'avère très significatif de la conception du foyer dans les romans daudétiens. D'un côté l'adulte aventurier ne montre aucune attache émotionnelle à son domicile puisqu'il ne pense pas y rester longtemps, ce ne sera qu'un lieu de passage, de l'autre côté, la conception enfantine et naïve de l'enfant qui idéalise un foyer qu'il n'a jamais connu. Nous allons traiter dans cette partie cet étrange rapport qui s'installe entre les personnages adultes, dans un premier temps les femmes, et leur habitat.

D'emblée beaucoup de personnages daudétiens peuvent être considérés comme d'aventuriers, pas au sens noble ou épique du mot, c'est-à-dire, des personnages s'engageant dans des actions ou des expéditions en quête de gloire ou de découverte plutôt que cherchant à satisfaire un intérêt personnel. Ce sont principalement des femmes insouciantes, dans ce sens-là, des bohèmes. Nombreux personnages daudétiens ont cette relation distante avec leur logis, d'indifférence, par conséquent leurs malles sont vite bouclées sans éprouver ni remords ni émotions lorsqu'ils le quittent. Quatre personnages féminins incarnent cette figure d'aventurière : Ida de Barancy, Sidonie, Félicia Ruys et Fanny Legrand, connue sous le nom de Sapho.

Ida de Barancy est l'exemple flagrant de personnage qui ne se fixe pas pendant longtemps à un même endroit. En tant que femme entretenue, elle rythme ses changements de résidence en fonction des hommes qu'elle côtoie. Son dernier amant l'a conduite à Paris où elle occupe un petit hôtel boulevard Haussmann.

Lorsqu'elle rencontre d'Argenton sa vie prend un nouveau cap : elle sera dupe de ce beau parleur et elle en sacrifiera son fils. Elle suit d'Argenton à la campagne pour qu'il puisse enfin concrétiser tous ses projets littéraires et vivre avec elle, loin du collège et de tout leur passé déshonorable. Désormais la puissance créatrice du poète ne devrait plus rencontrer d'entraves. Malheureusement, une fois là-bas, il trouvera une nouvelle excuse pour justifier son manque de talent. De plus, cette maison se double avec l'inscription latine « *parva domus, magna quies* » - petite maison, grand repos -, pour accentuer le caractère dissonant et perturbateur de ce foyer mal assorti. L'aventurière, Ida, ne laisse rien au hasard: nouvelle maison, nouveau prénom : Charlotte. Elle accepte de plein gré ce nouveau prénom, se mimétise avec son nouveau milieu, malheureusement elle en fait toujours trop.

Elle s'en alla sur la pointe des pieds, légère, heureuse, toujours charmante, quoique un peu hâlée par l'air vif et trop habillée dans un costume de convention champêtre avec beaucoup de velours noir sur la toile bise et un chapeau de paille d'Italie garni de fleurs tombantes. Plus enfant que jamais, elle jouait à la campagne. (*Jack* : 127)

Ils retourneront à Paris car d'Argenton, loin d'assumer sa nullité, alléguera le besoin de se retrouver dans une ambiance intellectuelle pour pouvoir développer son talent de poète. Ils avaient emménagé dans le Quartier latin, dans « un grand appartement à balcon, ayant tout cet horizon merveilleux, la Cité, la Seine, Notre-Dame, des dômes, des flèches, et les voitures qui

filent sur les ponts, et les bateaux qui passent sous les arches » (*Jack* : 307). Tout au long de l'histoire elle ne montre aucune volonté de construire son propre foyer, elle laisse les autres le faire à sa place. Une seule fois elle ira à l'encontre des hommes : lorsqu'elle fuira la maison qu'elle partage avec d'Argenton suite à un incident de violence. Alors qu'elle a fermé les yeux sur tout ce qui entourait son enfant, elle réagit lorsque sa fierté en est touchée et, dans ses propos décousus, elle accuse le pauvre Jack d'être la cause de nombreuses discussions entre le couple. Cependant cette bravade durera peu, car elle retournera peu de temps après avec d'Argenton laissant son fils anéanti.

On pourrait rapprocher le personnage d'Ida de Barancy à celui de Fanny Legrand, Sapho, toutes les deux ont été des femmes entretenues. Cependant, Fanny s'affranchit de son ancienne vie et commence une nouvelle vie à côté de Jean Gaussin, jeune provincial, qui éveille en elle une passion pure. Avant de le rencontrer, elle occupait un entresol, rue de l'Arcade. À nouveau, les apparences sont trompeuses.

Et la fatigue de la partie de campagne aidant, elle l'entraîna rue de l'Arcade, tout près de la gare. À l'entresol d'une maison bourgeoise d'apparence honnête et cossue, une vieille servante en bonnet paysan, l'air revêche, vint leur ouvrir. [...]

Jean resta seul dans un tout petit salon aux fenêtres cintrées et basses, drapées de la même soie bleue banale qui couvrait les divans et quelques meubles laqués. (*Sapho* : 416-417)

Tout porte à croire que Fanny mène une vie assez confortable en tant que femme entretenue. Elle sacrifie ce confort stable pour une vie hasardeuse aux côtés de ce jeune homme qui, dans un

premier temps, n'avait aucun désir d'aller au-delà d'une simple aventure passagère. En effet, elle vend tout, accourt au chevet de Jean tombé malade, et lorsque celui-ci se rétablit, elle n'a qu'une crainte car si « maintenant [s'] il la renvoyait, elle serait à la rue » (*Sapho* : 422). Jean Gaussin est pris dans l'engrenage de cette relation un peu à contrecœur, mais entraîné par l'idée de retrouver la tiédeur du foyer familial, il se laisse convaincre. Dans un premier temps, ils occupent un garni dans un hôtel du Quartier latin, mais la promiscuité qui y régnait souillait leur passion. Ils décident d'emménager dans un nouveau logement.

« Que c'est cher !... disait-elle chaque fois, emportant et commentant la petite note du dîner... Si nous étions chez nous, j'aurais fait marcher la maison trois jours pour ce prix-là.

— Eh bien, qui nous empêche ?... » Et l'on se mit en quête d'une installation.

C'est le piège. Tous y sont pris, les meilleurs, les plus honnêtes, par cet instinct de propreté, ce goût du « home » qu'ont mis en eux l'éducation familiale et la tiédeur du foyer. (*Sapho* : 423)

Contrairement à Ida, ancienne femme entretenue qui ne réussit pas à s'affranchir auprès de d'Argenton, Fanny parvient dans un premier temps à se positionner en tant que femme libre et amoureuse qui ne se conforme pas aux décisions que Jean lui impose, bien au contraire, elle est à l'origine de la décision de vivre en ménage dans un nouveau logement. Comme le personnage féminin précédent, son comportement va subir l'influence de cet abri et des fluctuations de la relation. Pendant les premiers temps de l'installation, elle incarne à merveille la maîtresse de maison s'occupant de la propreté de son foyer et du bien-être de son homme.

Dès son coup de sonnette, Fanny arrivait, soignée, coquette, « sur le pont », comme elle disait. Sa robe de laine noire, très unie, mais taillée sur un patron de bon faiseur, une simplicité de femme qui a eu de la toilette, les manches retroussées, un grand tablier blanc ; car elle faisait elle-même leur cuisine et se contenait d'une femme de ménage pour les grosses besognes qui gercent les mains ou les déforment. (*Sapho* : 425)

Au fur et à mesure que leur relation se dégrade, leur foyer se ressent aussi. Un jour Jean apprend le passé tumultueux de Fanny, la première grande crise éclate dans le couple. Fanny est prête à mettre de côté son passé et à recommencer une nouvelle vie à côté de Jean. À la demande de ce dernier, elle lit les lettres de ses anciens amants et il lui demande de les brûler. Cette scène prend une tournure tragique. Dans cet acte symbolique purificateur où l'on détruit le passé, la pièce prend feu. Même s'ils réussissent à l'éteindre, « quelque chose de sinistre et de bas venait d'entrer dans leur vie » (*Sapho* : 439), les personnages commencent à changer, et leur relation avec cet espace intime aussi. Fanny devient « casanière, inactive dans leur petit logis comme une femme d'Orient, ou bien au piano donnant une leçon de chant à leur grosse voisine, Mme Hettéma » (*Sapho* : 441). Fanny sait bien que derrière l'apparence légitime du couple Hettéma se cache une ancienne catin que M. Hettéma a arrachée à une maison de filles. Toutefois Fanny garde les bonnes manières surtout vis-à-vis de Jean, encore très ingénu et avec peu d'expérience dans le monde. Le jour où Jean décide de révéler la nature de leur couple à leurs voisins, Sapho ne peut s'empêcher de se moquer de la naïveté du jeune homme. À partir de ce moment-là, la femme du monde prend le dessus à la docile ménagère des premiers jours : Fanny a laissé la place à Sapho.

D'abord réservée avec la jeunesse de son amant dont elle respectait l'illusion première, la femme ne se gênait plus après avoir vu l'effet, sur cet enfant, de son passé de débauche brusquement découvert, la fièvre de marécage dont elle lui avait allumé le sang. Et les caresses perverses si longtemps retenues, tous ces mots de délire que ses dents serrées arrêtaient au passage, elle les lâchait à présent, s'étalait, se livrait dans son plein de courtisane amoureuse et savante, dans toute la gloire horrible de Sapho. (*Sapho* : 442)

Après une courte séparation, le couple s'installe à la campagne, à Chaville. À nouveau, le bonheur de l'installation laisse place à un quotidien étouffant, surtout pour Jean qui vit un véritable enfer aux côtés de cette femme dévorée par la jalousie et sentant son emprise céder. Elle est à nouveau délaissée par Jean qui prétend se marier, mais elle ne s'avoue pas vaincue de sitôt et continue à se faire présente dans la vie de Gaussin à travers des lettres. Parfois même elle sort de sa léthargie, se fait belle et prépare le logis au cas où Jean aurait l'idée de venir.

Un autre jour, un pâle rayon égayant la vitre, elle se réveillait toute joyeuse dans cette persuasion : il viendra aujourd'hui !... Pourquoi ?... rien, une idée... Tout de suite elle se mettait à faire la maison belle, et la femme coquette avec sa robe des dimanches et la coiffure qu'il aimait ; puis jusqu'au soir, jusqu'à la dernière goutte de lumière, elle comptait les trains à la fenêtre de la salle, l'écoutait venir par le Pavé des Gardes... Fallait-il être folle ! (*Sapho* : 531-532)

Finalement, lorsqu'il lui dira de le rejoindre à Marseille pour aller vivre au Pérou, elle prendra les rênes de sa vie et décidera de

ne plus le suivre. La présence de Joseph, l'enfant d'un de ses anciens amants, n'a pas éveillé en elle le désir maternel, ce serait méconnaître Sapho, mais va lui permettre de continuer à aimer. Dans ce sens, tout porte à croire qu'elle pourra laisser de côté sa vie d'aventurière car cet enfant précisera d'un foyer plus stable.

Sidonie est une aventurière de haut vol. Dès le début, ce personnage se montre insatisfait du logis qu'il occupe. Depuis toute petite, la fenêtre du palier lui a fait découvrir et désirer tout un autre univers bien différent du sien : la fabrique. Finalement elle réussit à se trouver de ce côté-là, mais évidemment elle détonne dans ce milieu étranger et devient une vulgaire copie de sa rivale Claire, cet aspect-là a déjà été analysé préalablement dans ce travail. Son désir de lui ressembler la pousse à avoir un comportement et une attitude semblable à son modèle. Tout autour d'elle n'est qu'une grossière imitation : la maison qu'elle occupe à la fabrique ou la maison à Asnières. Lorsque son mari, Risler, compare distraitement son foyer avec celui de son associé, il est en admiration face à cette femme, Claire Fromont, qui joue à merveille le rôle d'une parfaite maîtresse de maison.

Sans s'en rendre bien compte, Risler se trouvait mieux, plus chaudement que chez lui ; car certaines jours son joli appartement, qui s'ouvrait à toute heure pour des départs ou des retours précipités, lui faisait l'effet d'une halle sans portes ni fenêtres, livrée aux quatre vents. Chez lui, on campait ; ici on demeurait. Une main soigneuse disposait partout l'ordre et l'élégance. Les chaises en cercle avaient l'air de causer entre elles à voix basse, le feu brûlait avec un bruit charmant [...]. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1029)

Plus tard, lorsque l'on découvre l'adultère et la ruine inéluctable à laquelle la fabrique était vouée, Risler chasse sa

femme du domicile conjugal. À partir de ce moment-là, les informations concernant sa nouvelle destination restent floues, « elle se sentait légère, heureuse, partie pour le pays de Bohême, son vrai pays » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1151).

La dernière aventurière à souligner parmi les personnages daudétiens est Félicia Ruys. Elle incarne l'enfant d'un amour de passage.

Une vraie fille d'artiste, d'un artiste génial et désordonné, bien dans la tradition romantique, comme était Sébastien Ruys. Elle n'avait pas connu sa mère, étant née d'un de ces amours de passage qui entraînent tout à coup dans la vie de garçon du sculpteur comme des hirondelles dans un logis dont la porte est toujours ouverte, et en ressortaient aussitôt parce qu'on n'y pouvait faire un nid. (*Le Nabab* : 561)

Le père de Félicia se rend compte que la maison d'un artiste n'est pas le meilleur endroit pour que sa fille grandisse. De nombreux personnages de la bohème s'installent provisoirement et la petite fille assiste à des scènes et des commentaires inconvenants, « heureusement, l'enfance est protégée d'une candeur résistante, d'un émail sur lequel glissent toutes les souillures » (*Le Nabab* : 562). Cependant au fur et à mesure que l'enfant grandit et avant qu'elle ne prenne conscience du milieu dans lequel elle se trouve plongée, le père décide de l'éloigner et de la mettre en pension. Elle retourne à l'atelier paternel lorsqu'elle apprend que celui-ci est gravement malade. À la mort de ce dernier, elle réussit à faire de l'atelier un endroit « vivable » grâce à l'aide de sa marraine Constance Crennitz, avec laquelle elle forme un ménage atypique menant une vie plus ou moins salubre dans

ce milieu d'oisiveté. Elle s'occupe de mener la maison alors qu'elle-même ne s'y connaît pas vraiment.

« Ah ! Marraine, que tu es bonne... Oui, oui, ne me quitte plus... reste toujours avec moi... La vie me fait peur et dégoût... J'y vois tant d'hypocrisie, de mensonge ! » Et la vieille femme s'étant arrangé un nid soyeux et brodé dans cet intérieur qui ressemblait à un campement de voyageurs chargés de richesses de tous les pays, la vie à deux s'établit entre ces natures si différentes. (*Le Nabab* : 568)

Tout va bousculer les habitudes de ces deux femmes lorsque des hommes apparaissent dans la vie de la jeune fille. D'abord, Paul De Géry lui fait découvrir un nouvel horizon de pureté. Elle oublie parfois ce qu'est une femme artiste et se met à rêvasser d'une vie différente, d'un logis non pas de passage mais d'un logis plus permanent.

« [...] Alors je pense au mariage. Un mari, des enfants, des tas d'enfants qui se rouleraient par l'atelier, le nid à soigner pour tout cela, la satisfaction de cette activité physique qui manque à nos existences d'art, des occupations régulières, du train, des chants, des gaietés, naïves, qui vous forceraient à jouer au lieu de penser dans le vide, dans le noir, à rire devant un échec d'amour-propre, à n'être qu'une mère satisfaite, le jour où le public ferait de vous une artiste usée, finie... » (*Le Nabab* : 668)

Comme on a déjà constaté dans le cas de Sapho, les enfants sont un puissant composant de la famille daudétienne pour lesquels les femmes sont prêtes à changer leur vie plus ou moins désordonnée. Plus tard, lorsqu'elle assistera à l'exposition et retrouvera Paul Géry et son ancienne amie, Aline, elle se rendra

compte de l'absurdité de son rêve, elle sera impitoyable avec elle-même :

Puis son rêve par terre, en mille miettes, elle se mit à le piétiner furieusement... Après tout, il avait bien raison de lui préférer cette petite Aline. Est-ce qu'un honnête homme n'oserait jamais épouser Mlle Ruys ? Elle, un foyer, une famille, allons donc !... Tu es fille de catin, ma chère ; il faut que tu sois catin si tu veux être quelque chose... (*Le Nabab* : 681 -682)

Elle se jette dans les bras du duc de Mora, provoquant un scandale sinon officiel du moins officieux. À la mort de celui-ci, elle se sent obligée de quitter le pays et retrouvera plus tard le docteur Jenkins³⁴, à Bordighera, son bourreau à la mort du père. Tous les deux bannis de la capitale, leur seule issue possible n'est que de s'exiler à Tunis pour y recommencer une nouvelle vie déplorable sous tous les aspects.

Comme nous avons constaté à travers les vies de ces aventurières, certains personnages féminins ont du mal à se fixer définitivement dans un endroit. Elles cherchent la sécurité protectrice d'un foyer, mais sont incapables d'y rester. Leurs vies oscillent entre la bohème et la bourgeoisie comme si elles vivaient toujours dans une insatisfaction permanente.

³⁴ Zola supporte mal la place de Félicia dans ce roman. C'est un personnage d'une grande puissance qui aurait pu tenir tête à son destin et ne pas apparaître comme une femme dédaignée, alors qu'elle ne l'a pas été, se jetant dans les bras de Mora, puis du perfide docteur Jenkins, « cela me semble bien mélodramatique » (*Le Nabab*, O.C.N.V., 1930 : 422).

5.3 *Errance, lieux sans histoire le juif errant, le bateau*

Un personnage apparemment secondaire, et peut-on même penser qu'anodin, incarne le mythe du juif errant, personnage légendaire condamné à ne pas connaître le repos³⁵ : c'est Bélisaire.

Pourquoi peut-on rapprocher ce personnage au mythe du juif errant ? Il est important de noter que cette histoire resurgit avec force dans le premier tiers du XIX^e siècle, avec les romantiques. Ils engagent la légende sur un ton de révolte si familier à ces esprits contestataires. Il est vrai que ce n'est pas cet aspect que l'on retrouve en Bélisaire. Son ascendance juive le rattache à ce mythe condamné à l'errance, à marcher sans but clairement défini. Il fait de nombreuses fois allusion à ses pieds, des pieds meurtris par ce voyage sans fin. À chaque rencontre, Daudet ne peut s'empêcher de rappeler la souffrance et la particulière rédemption de cet homme.

Il marchait difficilement, péniblement, les jambes cagneuses, les pieds posés de côté dans de gros souliers jaunes, avec l'air de souffrance d'un blessé.

³⁵ Daudet perd son père lorsqu'il est en train de travailler sur ce roman, *Jack*, au printemps 1875. On ne peut s'empêcher de faire le rapprochement entre ce personnage, Bélisaire, et le père de notre auteur, Vincent Daudet. D'après les propos de Lucien Daudet (1941), même si leur relation père-fils avait été loin d'être harmonieuse, il est indéniable que depuis leur regroupement à Paris leurs relations s'étaient apaisées. La vie de Vincent Daudet avait été une lente chute et un sentiment de frustration devait accompagner cet homme depuis quelque temps. Il curieux de signaler qu'Alphonse Daudet avait déjà cette image de son père comme ce personnage de juif errant depuis qu'il avait écrit *Le Petit Chose*. « Que deviendrait le père Eyssette, cette victime de l'honneur commercial, ce Juif errant de viticulture, qui n'a pas le temps de venir embrasser son enfant malade, ni de porter une fleur à son enfant mort ? » (*Le Petit Chose* : 223). Il s'agit des propos très durs envers son père, chef de famille qui doit subvenir aux besoins de siens. On pourrait entrevoir un hommage à son père à travers le personnage de Bélisaire. Il accompagne Jack dans son particulier chemin de croix jusqu'à la fin de ses jours. Même si tout semble leur opposer, Bélisaire reste pour Jack l'ami fidèle offrant son soutien inconditionnel, prêt à tout pour aider son ami, et d'une certaine façon, c'est la personne qui ressemble le plus à un père pour Jack, compte tenu qu'il ne l'a jamais connu. Sorte de réconciliation avec son père ? Hommage ?

Avez-vous remarqué comme c'est triste un piéton sur une grande route ?

On ne sait où va cette vie errante, si le hasard lui procurera un asile, l'abri d'une grange pour dormir. Elle semble traîner avec elle la fatigue du chemin parcouru, l'incertitude des lointains où elle entre. (*Jack* : 144)

Comme nous avons préalablement signalé, il doit assurer le pain aux siens, mais sans occuper le même toit. Il est rejeté par les siens et se trouve donc condamné à l'errance vivant en marge de la société. Par ailleurs, son physique rebutant le contraint à vivre dans la plus complète solitude.

Homme sans âge, il traverse le roman et son destin se mêle de façon hasardeuse à celui du protagoniste, Jack, à des moments cruciaux de sa vie. On peut entrevoir une version du mythe du juif errant dans ce personnage ambulancier. Les informations concernant son entourage n'offrent pas de doutes sur la religion qu'il professe. Issu d'une famille nombreuse, celle-ci est installée à Paris, rue des Juifs. Son père a transformé la maison familiale en un véritable négoce comprenant la fabrication jusqu'à la vente de différents couvre-chefs en fonction de la saison. Bélisaire, l'aîné de cette nombreuse fratrie, s'occupe de les vendre en province. Apparemment, il n'y a rien d'intéressant dans ce personnage souffre-douleur d'un père tyrannique. Son apparence monstrueuse repousse les siens, dans ce sens-là, on pourrait parler de Bélisaire comme d'un monstre physique, à l'instar de Quasimodo, mais sa bienveillance et sa fidélité vis-à-vis de Jack lui épargnent une image rebutante. Tel le fidèle général de l'empereur Justinien, ce Bélisaire daudétien se montre d'une loyauté sans faille envers Jack, il sera à ses côtés même aux derniers moments de sa vie. Apparemment, il n'y a rien d'intéressant dans ce personnage souffre-douleur d'un père tyrannique.

Mais ce qui frappait surtout dans cette physionomie, c'était une grande expression de souffrance, la plainte muette de ces yeux ternes, de cette bouche lourde, de toute cette face inachevée, monstrueuse, qui semblait un échantillon retrouvé des âges préhistoriques. Le malheureux avait sans doute conscience de sa terrible laideur ; car, en voyant en face de lui cet enfant qui le regardait avec un peu d'inquiétude, il lui sourit d'un air aimable. Ce sourire le rendit encore plus laid, mit au bord de sa bouche, de ses yeux, un million de petites rides, tout ce plissement des visages de pauvres que le sourire chiffonne au lieu de les détendre. Mais il avait l'air si bon en riant ainsi, que Jack se sentit rassuré tout de suite et continua à arracher son herbe. (*Jack* : 144-145)

Ce texte est le témoignage de la première rencontre de Jack et Bélisaire, elle a lieu à Étioilles. Un ciel menaçant pousse l'enfant à s'intéresser à ce curieux voyageur et à lui proposer de venir s'abriter à la maison. Il sera chassé par d'Argenton.

Quelques années plus tard, il retrouve à nouveau Bélisaire, à Indret. Même si deux ans se sont écoulés, Bélisaire ne s'est pas encore affranchi de l'autorité paternelle. Ce dernier l'a envoyé à Nantes pour aider sa sœur dont le mari est malade. Il continue à assurer le bien-être des siens et il doit même subvenir aux frais de la maladie de son beau-frère. Il vivra un épisode capital de la vie de Jack lorsque celui-ci, sous l'effet de l'alcool, sera accusé d'avoir volé la dot de Zénaïde, et lui, aurait été l'instigateur.

Leur troisième rencontre a lieu à Paris, ils ne se sépareront plus. Jack vient de trouver un travail dans une fabrique, chez Eyssendeck, et s'apprête à chercher un marchand de sommeil où passer la nuit. Bélisaire l'invite chez lui, une modeste chambre dans un immeuble ouvrier. Jamais une si humble demeure n'a connu un habitant aussi fier qu'enthousiaste.

La chambre du camelot étant au sixième, au fond du corridor, Jack vit tous ces misérables intérieurs ouvriers, serrés comme les alvéoles d'une ruche dont son ami eût occupé le faite. Il paraissait pourtant très fier de son logement, le brave Bélisaire.

« Vous allez voir comme je suis bien installé, Jack, comme j'ai de la place... Seulement, attendez... Avant d'entrer chez nous, il faut que je remette le petit chez Mme Weber. » (*Jack* : 365)

Grâce à Mme Weber, qu'il compte épouser, il a décidé de se mettre à son compte tout en continuant à aider les siens. Ce nouveau ménage va lui permettre de s'affranchir de sa famille. En outre, il a laissé derrière lui sa vie nomade pour une vie sédentaire. Il y trouvera finalement le repos nécessaire pour apaiser une vie marquée par la souffrance. Paris est la capitale des excès, mais elle devient pour cet humble personnage l'antichambre du paradis. Une franche camaraderie se dégage de la cohabitation de ces deux êtres si dissemblables en apparence, mais tous les deux rejetés par leur famille. Ils croient au nouveau départ que leur offre la capitale. Cependant Jack persiste à aller à la rescousse de sa mère, tandis que Bélisaire a décidé d'aller de l'avant sans le fardeau familial.

Le cas de Bélisaire n'est pas isolé. Si l'on se rapporte à l'article de Roger Ripoll (2015), qui traite précisément l'errance des personnages daudétiens, celle-ci est une constante dans ses romans, marquée par l'état d'âme d'un personnage à un moment donné. Elle peut être motivée ou pas, avec ou sans but apparent, mais traduit les pensées des personnages les plus profondes.

Les personnages éprouvent pleinement l'étrangeté du monde. Dans ces conditions, c'est un point de vue subjectif qui prime, tandis que les déterminations objectives, sans être carrément supprimées, s'estompent ou sont livrées indirectement. (Ripoll, 2015 : 88)

L'errance permet aux personnages de se retrouver seuls et de partager leurs pensées. On pourrait entrevoir, pour certains d'entre eux un rôle cathartique de ces déambulations. Mais, il existe aussi des espaces de transition, le temps de se remettre des blessures du destin. Des personnages naufragés, voués à leur sort, apparaissent dans les romans daudétiens. Sans à peine attaches familiales, ni de foyers solides, ce sont comme des bateaux à la dérive dans ce monde moderne qu'ils méconnaissent.

5.4 Des maisons provisoires : le temps de se reconstruire...

Certains romans daudétiens présentent dès l'ouverture une situation instable résultant d'un épisode douloureux ou difficile brièvement esquissé. Ainsi, des personnages se trouvent dans une situation de reconstruction aussi bien sur le plan personnel que sur le plan spatial. On peut inclure dans cette catégorie de foyer celui des *Rois en exil* ou *Soutien de famille*. Dans ce dernier roman, dès le premier chapitre on apprend la situation délicate de la famille Eudeline et le dénouement tragique de cet homme qui ne voit qu'une seule issue possible à sa détresse. Pour d'autres personnages, des changements liés au déroulement de l'intrigue vont venir modifier leur situation et vont être forcés de déménager, tel le cas de Risler lorsqu'il découvre l'infidélité de sa femme et les désastreuses conséquences pour l'entreprise. Il décide alors de

retrouver sa situation initiale : il récupère son poste de commis et sa vie austère, comme nous développerons plus tard.

Nous allons dans cette partie étudier les intérieurs de personnages, qui dès le départ ou suite à des circonstances normalement défavorables, se retrouvent hors de leur maison initiale et se tournent vers un logement qu'ils pensent, pour la plupart, occuper de manière provisoire, le temps de se reconstruire. Malheureusement, pour certains personnages cet espace sera leur dernier foyer.

Dans un premier temps, nous allons nous focaliser sur les lieux où des personnages éconduits de leur habitat sont venus se réfugier dès le départ. Dans ce groupe nous étudierons les rois d'Illyrie (*Les Rois en exil*), Lorie (*L'Évangéliste*), Régis de Fagan (*Rose et Ninette*) et nous analyserons brièvement le cas particulier de la famille Eudeline, *Soutien de famille*. Ils seront chassés de l'éden, puis ce sera l'exode et finalement ils se retrouveront *À la lampe merveilleuse*, à l'abri de la lueur et la chaleur de cet objet, symbole du foyer. Dans un deuxième temps, nous nous intéresserons aux différentes raisons qui ont poussé certains personnages à changer de maison. D'emblée on entrevoit une ascension sociale ou professionnelle, certains réussissent à y rester, d'autres, pour des raisons parfois indépendantes de leur volonté que nous analyserons ci-dessous, ne demeurent pas longtemps dans cette maison, vitrine de leur succès.

Des raisons bien différentes, mais toutes impérieuses, ont poussé certains personnages à quitter leur foyer initial et à s'installer, le temps de s'organiser à nouveau dans un nouveau foyer ou de reprendre possession de l'ancien logement, dans une demeure transitoire.

En Illyrie, un mouvement républicain gagne le peuple. Les souverains sont obligés de quitter leur château de Leybach, puis ils endurent un siège de deux mois à Raguse, pour finalement se

réfugier à Paris. Ils descendent à l'Hôtel des Pyramides, rue Rivoli. Depuis le balcon la reine Frédérique contemple les ruines du palais des Tuileries qui éveillent en elle la nostalgie d'une époque révolue où elle était une jeune mariée, une princesse héréditaire séjournant à la capitale dans le palais impérial. Quelques années plus tard, elle se retrouve sur le balcon contemplant les ruines de ce passé doré, symbole également du destin des chefs d'état, « tous morts, exilés ou fous » (*Les Rois en exil* : 865). Du début jusqu'à la fin du roman, la reine Frédérique va se cramponner à une idée : retourner en Illyrie pour être à côté de son peuple et faire valoir les droits de la couronne. En revanche, cet exil ne déplaît pas à Christian puisqu'il considère cet éloignement comme une villégiature de deux ou trois mois, loin des responsabilités et des tracasseries occasionnées par la révolte de son peuple. Cependant, ce séjour va s'avérer plus long que prévu.

La première journée à l'hôtel est assez révélatrice de l'intérieur de cette maison royale où l'intimité familiale est pratiquement inexistante, effacée au détriment de la vie réglée de la cour, quoiqu'un peu moins stricte dû à l'exil. Il n'y a pas de place pour l'intimité d'un déjeuner en tête-à-tête et les moments privés sont très rares, comme nous avons déjà mentionné dans ces maisons où le public et le privé s'entremêlent.

Il est assez significatif de retrouver une caractéristique du foyer daudétien au cours de ce premier repas à Paris : la lampe ou le feu, servant non seulement à éclairer mais aussi et surtout à réchauffer ses occupants, et à recréer une atmosphère familiale, un home.

Malgré le lustre, les candélabres, deux grosses lampes posées sur les buffets, on y voyait à peine, comme si le jour, brutalement chassé avant l'heure, avait laissé sur les choses l'hésitation d'un crépuscule. Ce qui ajoutait à cette tristesse d'apparence, c'était la longueur et la disproportion

de la table avec le petit nombre des convives, une table que l'on avait cherchée dans tout l'hôtel, conforme aux exigences de l'étiquette, et où le roi et la reine prirent place ensemble à l'un des bouts, sans personne à leurs côtés ni en face. (*Les Rois en exil* : 873-874)

La lumière est assez révélatrice dans cette scène. Ce manque de luminosité présage une opacité existante aussi bien chez les personnages que dans les conversations qui vont se tenir à table. À la lueur d'une plus forte lumière, les visages des personnages auraient sans doute mis en avant l'inconvenance existant autour de cette table : le roi détendu s'entretenant sur des épisodes anecdotiques d'une situation gravissime, et la reine conversant avec le duc de Rosen sur un ton émouvant du renversement du régime, la ténacité de ses fidèles lors du siège, et puis finalement, l'exil. Parallèlement, des conversations d'un ton bien différent ont lieu entre les autres membres de cette maison royale. La reine et sa cousine choisissent la chambre, lieu plus intime, à l'abri de l'étiquette pour partager des confidences.

Et pendant que Christian se faisait expliquer le sens de ce nouveau mot, les deux reines qui, pour causer plus librement, étaient entrées dans la chambre de Frédérique, s'épanchaient en longs récits, en tristes confidences dont on entendait le chuchotement derrière la persienne entrouverte. Dans le salon, le père Alphée et le vieux duc causaient à voix basse, eux aussi. (*Les Rois en exil* : 879)

La première journée est assez révélatrice des caractères de ces deux monarques. Les jours passent, la reine se résiste à défaire complètement ses malles car elle sent qu'elle va bientôt se retrouver avec son peuple. Malheureusement, elle doit se rendre à l'évidence : ce séjour risque de se prolonger.

Pourtant l'exil se prolongeait, et la reine ne tardait pas à comprendre que ce séjour à l'hôtel dans un tourbillon d'étrangers, un passage d'oiseaux voyageurs de toute plume, deviendrait contraire à la dignité de leur rang. On leva la tente, on acheta une maison, on s'installa. De nomade l'exil se fit sédentaire.

C'était à Saint-Mandé, sur l'avenue Daumesnil, à la hauteur de la rue Herbillon [...]. (*Les Rois en exil* : 902)

La décision de l'installation à Saint-Mandé obéit essentiellement à deux raisons : économique et l'éloignement des tentations de la capitale.

L'hôtel est également un logement temporaire pour Lorie qui s'était rendu à Paris pour accélérer sa mutation et se retrouver au chevet de sa femme malade. Malheureusement, après avoir parlé avec le ministre, il apprend qu'il est révoqué et puis, quelques jours après, sa femme décède sans avoir pu embrasser ses enfants. Accompagnés de leur bonne, les enfants quittent Cherchell, en Algérie, et rejoignent précipitamment leur père. Lorie s'accroche désespérément à l'engagement du nouveau ministre, Chemineau, ancien préfet de Cherchell, de lui procurer un poste au ministère. Ce temps à l'hôtel laisse peu de scènes privées : les repas, moments ritualisés pour se retrouver en famille, sont vécus comme des moments pénibles.

Pauvres petits Algériens, que Paris leur sembla sinistre, passant de l'azur, du soleil, de la vie large de là-bas à une chambre d'hôtel au troisième, rue du Mail, noire du mois de ses murs et de la pauvreté de ses meubles ! Puis le dîner de la table d'hôte où il ne fallait pas parler, toutes ces figures inconnues, et pour distraction quelques promenades sous un parapluie avec la bonne qui n'osait aller plus loin

que la place des Victoires, de peur de perdre son chemin. Le père, pendant ce temps-là, courait à la recherche d'un emploi, en attendant d'entrer au ministère. (*L'Évangéliste* : 244)

De même que pour les rois d'Illyrie, leur séjour à l'hôtel se prolonge. Comme eux, les Lorie devront quitter ce lieu de passage sans avoir réussi à atteindre leur objectif, celui de retrouver un poste dans l'administration. Les 300 francs de frais de port de leurs bagages et l'impossibilité de les stocker à l'hôtel précipiteront le départ de cette famille vers un logement plus modeste. Ils s'installent dans un petit rez-de-chaussée, rue du Val-de-Grâce, « qui tenta le sous-préfet par le calme, l'aspect provincial de la maison et de la rue, le voisinage du Luxembourg où les enfants pourraient s'aérer » (*L'Évangéliste* : 246). Dans ce nouveau quartier, ils essayent de passer inaperçus. Cependant les dames Ebsen soupçonnent la misère dans laquelle vit cette famille. Un jour elles arrivent à pénétrer dans cet intérieur.

Éline descendit bien vite avec sa mère, et toutes les deux restèrent saisies du dénuement lugubre des trois pièces sans feu, sans rideaux ni meubles où des piles de livres en loques, des cartons verts crevés débordant de paperasses, s'entassaient dans tous les coins.

Par-ci par-là, quelques ustensiles de cuisine, deux ou trois matelas roulés, et une foule de caisses de toutes dimensions, montrant un fouillis de vieux effets et de linge, ou complètement vides et suppléant au mobilier. L'une d'elles retournée servait de table avec des *fragile* aux quatre coins parmi les assiettes, le croûton de pain, l'angle de fromage du récent déjeuner ; une autre tenait lieu de lit à la fillette qui grelottait entre ces planches, pâle et le nez pincé comme une petite morte dans sa bière, pendant qu'à côté

d'elle l'élève du *Borda* sanglotait sous sa casquette triomphante. (*L'Évangéliste* : 250-251)

Malgré leurs soupçons, la misère de leurs voisins outrepassa tout ce qu'elles avaient pu imaginer, « on peut donc vivre à côté des détresses pareilles sans les soupçonner » (*L'Évangéliste* : 251).

Pour ces deux familles, bien différentes, l'hôtel est dans un premier temps une maison de passage, le temps de s'installer dans leur demeure définitive. Malheureusement, cela ne va pas se passer comme prévu. Les Rois ne quitteront pas l'hôtel pour repartir dans leur pays, en Illyrie, mais pour une autre maison provisoire à Saint-Mandé. De même que les Lorie, ils se logeront dans un appartement le temps de retrouver une place dans l'administration, ainsi qu'une maison de fonction comme en Algérie. Ces logements de passage laissent un goût amer pour leurs occupants et s'ensuivent, comme on vient de dire, d'autres maisons provisoires sans que leurs abris ultimes soient atteints à la fin du roman. Cette quête ou conquête de l'espace est, d'une certaine façon, le moteur du déroulement de l'intrigue.

Dans *Rose et Ninette*, Régis de Fagan se retrouve dès le début du roman dans un nouveau logement. Contrairement aux autres personnages que l'on vient de mentionner, la maison dans laquelle il vient d'emménager répond à un profond changement de vie d'un personnage récemment divorcé. Après vingt ans de vie commune, les deux époux ont mis fin à une cohabitation insoutenable. Régis de Fagan se remet de cette séparation dans un appartement de garçon, le temps de refaire sa vie, même si dans un premier temps ceci n'est pas envisageable. Il a consciemment choisi de se protéger des plaisirs mondains et de l'agitation de la capitale en s'installant à Passy. Mme Hulin, la propriétaire de son appartement, est une femme charmante qui va l'aider à reprendre le goût de la vie.

Il a voulu mettre de la distance entre Paris et lui, en prenant une retraite volontaire en banlieue, mais aussi entre sa femme et lui, puisque cette dernière est restée à Paris, dans le domicile conjugal, rue Laffitte. Il n'a rien voulu garder de sa vie d'homme marié, excepté la bibliothèque et la table sur laquelle il écrit ses comédies. Cependant aucun autre meuble ne lui rappelle son ancienne vie. La chambre renforce l'idée de la solitude qu'il recherche dans cette nouvelle étape vitale.

Dans la chambre à coucher, par exemple, Rose et Ninette, n'ont pu retenir un cri de stupeur devant le tout petit lit de fer, vraie couchette d'étudiant, sans rideaux ni tentures, et les deux fillettes se regardent avec la même pensée, le même ressouvenir des matins de Noël et de Jour de l'An [...].

Ils se disent bien d'autres choses encore, les yeux de Rose et Ninette, en retrouvant au chevet de la couchette paternelle des portraits disparus de la chambre commune au ménage, rue Laffitte, et que le père a emportés en s'en allant. D'abord, le grand pastel de Besnard, où elles se tiennent toutes les deux par la main, six ans et dix ans, englouties dans les capotes de mousseline et les hautes manches anglaises de leurs costumes à la Greenaway ; puis la bonne-maman de Fagan, sous verre dans un cadre ovale, cette bonne-maman qu'elles n'ont pas connue et dont leur mère leur a toujours parlé comme d'une femme très, oh ! Mais très sévère. (*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 3-4)

Ce n'est pas souvent que Daudet nous introduit dans ce lieu intime qu'est la chambre. La décoration est austère, il n'y a que les portraits des femmes de sa vie : ses filles et sa mère. Cet espace rappelle, toute proportion gardée, la cellule du religieux³⁶. Le père a

³⁶ Perrot (2009) nous décrit la cellule du religieux. La vie en communauté impose des règles très strictes à ses membres qui vont dépasser les espaces collectifs

fait de ce lieu un espace inviolable où se recueillir devant ses êtres chers.

Dans *Soutien de famille*, comme dans le roman précédent, la perte d'un membre de la famille provoque l'éclatement du foyer. Ce n'est pas suite à un divorce, mais à la perte tragique du père de famille acculé au suicide. L'histoire de la famille Eudeline ressemble, de par certains aspects, à la famille d'Alphonse Daudet. La fratrie présente la même composition : deux garçons et une petite fille. Les deux familles traversent des moments difficiles comme conséquence des mauvaises gestions des chefs de famille, Victor Eudeline et Vincent Daudet. En même temps, ces derniers attachent beaucoup d'importance à l'éducation de leurs enfants, arme puissante pour qu'ils se forgent un avenir honorable.

Suite à l'épisode douloureux des Eudeline, la famille éclate et leurs membres se dispersent. Les femmes Eudeline sont contraintes de partir à Cherbourg, chez la sœur du père décédé, par ailleurs, Adeline Daudet se rendit, avec Anna, chez l'une de ses sœurs à Nîmes. Comme nous avons mentionné au début de ce travail, les Daudet connaissent le même sort que cette famille fictive.

Le père sans position, la mère si loin, dans une maison qui n'était pas sa maison, mon frère malheureux dans son collège, autant de visions douloureuses, brusquement ramenées devant mes yeux par l'aspect sinistre de ces murs, sur lesquels le papier peint, destiné à en cacher la nudité, flottait en longues déchirures. Je fus épouvanté par

pour s'immiscer dans l'espace le plus privé de l'individu qui est sa chambre. Les religieux renoncent aux biens matériels et mènent une vie austère à l'écart de la vie mondaine. L'esprit de cette communauté se prolonge dans la chambre particulière et l'on retrouve cette austérité et ce recueillement.

l'étendue de ma tâche, par le poids de ma responsabilité, et silencieusement je pleurai. (Daudet, 1882 : 184)

Dans cette fiction romanesque, l'importante mission de reconstruire le foyer va revenir à l'aîné et pour cela il a le « privilège » de continuer ses études à Louis-le-Grand, tandis que le cadet sera placé en apprentissage chez Esprit Cornat, qui dirigeait une maison d'appareils électriques. On pénètre vraiment dans la vie de cette famille : le retour de Dina du travail, le coucher, les moments des repas, etc. tout un ensemble d'activités ritualisées prenant place dans la sphère privée.

Cependant, dans la première demeure familiale des Eudeline du faubourg du Temple, où se situe également l'entreprise, des scènes navrantes ont lieu. Lorsque Raymond Eudeline a décidé son sort, il règle les derniers détails au bureau, qui se trouve au rez-de-chaussée, craignant sans doute changer d'avis s'il se retrouve parmi les siens. Il ne monte chez lui qu'au matin pour annoncer son intention à sa femme. Les enfants déclareront plus tard à Izoard qu'une dispute entre leurs parents les avait réveillés.

Leur père avait passé toute la nuit au bureau. Au matin, ils s'étaient réveillés au bruit d'une scène affreuse dans la chambre de leurs parents. Eudeline criait qu'il allait « se foute dans le canal », qu'il n'avait plus que ça à faire. Là-dessus, il était parti en courant, avec leur mère derrière lui, qui pleurait, [...]. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 8)

À nouveau la chambre conjugale reste un endroit privé que Daudet ne transgresse pratiquement jamais sauf pour les couples illégitimes. Des bruits avertissent les enfants d'une situation anormale ce matin-là. Mme Eudeline est incapable d'empêcher le suicide de son mari. Sa faiblesse la rend complice de ce drame : elle accompagne son mari en essayant vainement de l'en

dissuader, et dès qu'il lui demande de partir, elle rebrousse chemin. Izoard ne peut éviter de remarquer cette hébétude, il « songeait épouvanté à ce suicide héroïque, si naïvement consenti par cette malheureuse ilote » (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 11). La maison de famille reflète d'une certaine manière l'esprit indécis de cette femme, car dès le réveil on perçoit une négligence installée dans la maison depuis quelque temps, ainsi que le manque de chaleur qui garantit le bien-être du foyer. Lorsque la famille se retrouvera à nouveau réunie grâce à l'invention d'Antonin autour du magasin, *À la lampe merveilleuse*, clin d'œil à toute l'œuvre daudétienne où la lampe est le symbole par excellence de la famille heureuse.

Assis entre les deux frères, dans le désordre et le dénûment de la pièce où ils étaient entrés, il parvenait enfin à démêler, à travers des cahots de phrases sanglotées et plaintives, le drame auquel il était bien forcé de croire. (*Soutien de famille*, O.C.N.V., : 8)

Les nouveaux milieux dans lesquels vont se retrouver les enfants vont influencer sur leur développement. Ainsi, Dina sera marquée par la religiosité et le regard méfiant de la province « je suis née Faubourg-du-Temple, mais j'ai été élevée en province : cette société parisienne me fait peur » (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 134). Antonin va grandir dans la rudesse du milieu ouvrier où il brille de par sa diligence et de par sa bonté. Très vite il gravit les échelons et devient le bras droit de son patron Esprit Cornat, qui le traite comme un ingénieur malgré son âge, « son patron [l'] emmenait en Angleterre, comme surveillant de dynamo dans une usine au bord de la Tamise » (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 40). Cependant pour le soutien de famille en herbe, Raymond, cette séparation ne va qu'accentuer sa lâcheté. Il sera

interne à Louis-le-Grand entouré de gens qui le plaindront pour sa lourde tâche ce qui augmentera son égoïsme.

Certains personnages vont connaître des maisons différentes tout au long du déroulement de l'intrigue. Nous avons déjà mentionné cet aspect lorsque nous avons parlé des maisons de passage, surtout lorsque nous avons mentionné les maisons d'aventurières, femmes volages qui pour de diverses raisons s'accrochent aux hommes et soumettent leurs demeures à ceux-ci. Nous allons analyser la conquête de cet espace qui symbolise une réussite sociale ou professionnelle, ainsi que la perte de cet espace par des raisons inhérentes à l'intrigue.

Nombreux personnages daudétiens ne semblent pas être à leur place et refusent de s'y résigner. Deux personnages médiocres dans leur domaine respectif, politique et académique, exemplifient cette conquête : Numa Roumestan et Astier-Réhu. Le premier va conquérir peu à peu les espaces en même temps qu'il avancera dans sa carrière politique. L'autre personnage, Astier-Réhu, aura connu des hauts et des bas dans sa carrière professionnelle, entraînant également un changement de domicile. En ce qui concerne Numa, il a la conquête dans le sang.

Sur huit ministres, le Bordelais, le Périgord, le Languedoc, la Provence, en avaient fourni six. Et s'excitant : « Ah ! Le Midi monte, le Midi monte... Paris est à nous. Nous tenons tout. Il faut en prendre votre parti, messieurs. Pour la seconde fois, les Latins ont conquis la Gaule ! »

Il était bien, lui, un Latin de la conquête avec sa tête de médaille aux larges méplats sur les joues, et son teint chaud, et ses brusques allures de sans-gêne dépaysées dans ce salon si parisien. (*Numa Roumestan* : 62)

Il monte à Paris faire ses études de droit. Sa vie d'étudiant s'écoule au Quartier latin, puis il trouvera un financeur, Malmus, qui l'aidera à rester à Paris alors que ses parents ne veulent plus subvenir aux besoins d'un homme parfaitement capable de gagner sa vie. Par l'intermédiaire de sa tante, il connaîtra sa femme Mlle Le Quesnoy, fille d'un conseiller à la cour d'appel de Paris. À nouveau, il croira en sa force conquérante.

Une folie lui venait de tenir dans ses bras cette taille souple, de baiser ces cheveux fins, dont l'odeur délicate l'étourdissait, d'emporter cette belle enfant, pour en faire le charme et le bonheur de toute sa vie ; et quelque chose l'avertissait que, s'il tentait cela, elle se laisserait faire, qu'elle était à lui, bien à lui, conquise le premier jour. Flamme et vent du Midi, vous êtes irrésistibles. (*Numa Roumestan* : 25)

Avec plus de chance que de talent, il arrive à se faire une place dans le monde de la politique, il deviendra député puis ministre. Il aura dans un premier temps une maison rue Scribe où il vivra en ménage avec Rosalie Le Quesnoy, puis il occupera le ministère de l'Instruction publique, et s'installera rue de Grenelle. La vie publique de Numa Roumestan ira au détriment de sa vie privée, comme nous avons préalablement analysé. Toutefois, signalons que Numa est un homme de l'extérieur et l'intimité familiale l'ennuie profondément. Depuis sa mentalité d'homme méridional, il considère que tout est acquis en se mariant, et qu'il peut vivre insouciamment comme s'il était célibataire.

Astier-Réhu montre le revers de la médaille, sans talent et la fortune lui tournant le dos, son ascension sera vouée à l'échec. À partir de *L'Immortel*, les romans de Daudet acquièrent une dimension plus intime, on pénètre dans la sphère la plus privée du foyer en même temps que les pensées des personnages se dévoilent

sous toute leur crudité entraînant un regard d'une justesse inouïe du quotidien des personnages. On assiste à des véritables scènes de la vie de tous les jours de ce couple Astier-Réhu. Sans témoins, puisqu'on retrouve des moments exclusifs du couple loin des regards des gens de passages ou d'amis comme dans d'autres romans, le ménage est livré à lui-même. Leurs motivations initiales pour être ensemble diffèrent substantiellement, elle, pour échapper à l'autorité du grand-père, et lui, comme aurait dit Mme Chèbe, il aurait épousé l'Académie. N'oublions pas que Mlle Réhu était la fille d'un membre de l'Académie des inscriptions et des belles lettres, et la petite-fille d'un doyen de l'Académie française.

Suite à une phrase malencontreuse dépréciant la III^e République, hésitante dans ses débuts, cet académicien, qui jusqu'alors avait une remarquable carrière, tombe en disgrâce. Évidemment, la perte de son poste à l'archive des Affaires étrangères n'est pas sans conséquences dans sa manière de vivre.

Où peut conduire une métaphore ! Les douze mille francs de sa place, un logement au quai d'Orsay, chauffage, éclairage, en plus ce merveilleux trésor de pièces historiques où ses livres avaient pris vie ; voilà ce que lui emporta ce « flot pédagogique », son flot ! Le pauvre homme ne s'en consolait pas. Même après deux ans écoulés, le regret du bien-être et des honneurs de son emploi lui mordait le cœur, plus vif certains jours à certaines dates du mois ou de la semaine, et principalement le jour de Teyssèdre. (*L'Immortel* : 688)

Teyssèdre n'est autre que le frotteur qui rappelle à l'académicien Réhu ses origines provinciales. Il réussit à le crisper avec ses irruptions hebdomadaires. Face à ce rustre, l'académicien bat en retraite et se réfugie sous la soupente :

[...] prise sur la hauteur de son cabinet, où, bien que de taille médiocre, il ne tenait qu'assis. Meublé d'un vieux fauteuil en tapisserie, d'une ancienne table à jeu et d'un cartonier, ce débarras s'éclairait sur la cour par le cintre de la grande fenêtre du dessous ; cela faisait dans la muraille une porte d'orangerie, basse et vitrée, devant laquelle l'historien en labeur s'apercevait des pieds à la tête, péniblement ramassé comme le cardinal La Balue dans sa cage ! (*L'Immortel* : 688-689)

Il garde l'espoir de se « racheter » aux yeux des hommes de lettres. Ceci entraînera également une amélioration de son habitat. Pour cela il n'attend que la mort de Loisillon, même s'il se montre un peu sceptique car il pense qu'il ne lui survivra pas. Cependant, il meurt bel et bien, ce qui provoque une effusion de tendresse de l'époux envers sa femme, qui venait de lui voler ses trois Charles Quint. Ils quitteront rue de Beaune pour s'installer sous la coupole de l'Institut, « l'installation ne fut pas longue dans ce logement depuis si longtemps envié, guetté, surveillé, espéré, connu dans ses moindres détours et tous ses avantages locatifs » (*L'Immortel* : 791).

Dans la première demeure, modeste, on pénètre davantage dans l'intimité du couple en découvrant les pensées de ces protagonistes, ainsi que celles des domestiques qui vont brosser un tableau de l'intimité du quotidien de leurs maîtres. Mme Astier a également trouvé dans Corentine, une domestique farouche, sa vraie pénitence. La ruine dans laquelle est plongé ce couple encourage une familiarité déplacée de la part de cette domestique.

« Est-ce que M. Paul déjeune ? » demanda Corentine, une forte paysanne à teint huileux, couturé de petite vérole, assise sur le tapis comme une pastoure au pré, en train de raccommoder le bas de la jupe de sa maîtresse, une loque

noire ; le ton, l'attitude trahissaient la grande familiarité dans la maison de la bonne à tout faire mal rétribuée. (*L'Immortel* : 689)

Elle se mêle effrontément aux conversations de leurs maîtres sans qu'on lui ait demandé son avis. Paradoxalement, la sphère privée est menacée par des gens, de l'intérieur, qui outrepassent leur condition. Ils ignorent ainsi l'une des trois lois fondamentales des domestiques selon Guiral et Thuillier (1985).

Dans la chambre de madame, Corentine l'aide à s'habiller alors qu'en réalité elle raccommode le bas. Cette misère, à laquelle se plie volontiers Mme Astier pour que son fils ne manque de rien, contraste avec « le fringant petit attelage étincelant de cuir neuf et de sapin verni, et le domestique en livrée fraîche, debout à la tête du cheval qu'il maintenait » (*L'Immortel* : 690). Détournant les yeux du spectacle déplorable où se trouve réduite sa mère, il n'hésite pas à continuer à la saigner.

Le déjeuner est un spectacle tragi-comique. L'académicien n'est même pas maître chez lui, Corentine réplique sans égards M. Astier-Réhu, qui a l'air d'y être habitué. La salle à manger, où se retrouve le couple pour la première fois, nous donne le caractère de ce ménage. Assez révélateur est le manque de lumière ainsi que la froideur que l'on ressent dans cette vaste pièce. Sans lumière, point de foyer daudétien.

En entrant dans la salle à manger, longue et triste, à peine éclairée de hautes fenêtres étroites où l'on atteignait par deux marches — avant eux c'était une table d'hôte pour ecclésiastiques —, Mme Astier trouva son mari déjà à table, l'air préoccupé, presque grognon. D'ordinaire, pourtant, le maître apportait aux repas une sérénité souriante, égale, comme son appétit aux intactes dents de chien de montagne auxquelles rien ne résistait, ni le pain rassis, ni la

viande coriace et les noirs contretemps divers dont l'assaisonne chaque journée de la vie. (*L'Immortel* : 697)

Tout dans cette maison révèle un manque de ressources pour mener une vie convenable. La décoration trahit ce dénûment dans lequel se retrouve ce curieux couple, de même que leurs vêtements miséreux et leurs repas peu abondants. Tout sent le déclin d'une famille qui s'efforce de garder les apparences même si autour d'eux les gens ne sont pas dupes.

Daudet nous montre sans pudeur l'intérieur de ce couple dans les moindres scènes de la vie quotidienne. Le revers de cet « heureux ménage » (*L'Immortel* : 776) dans l'intimité diffère radicalement de l'image montrée dans la scène mondaine. Le seul endroit de la maison ouvert à l'extérieur, une fois par semaine, reflète l'hypocrisie installée dans ce couple, et par extension dans la société de l'époque : le salon.

En réalité, il ne s'agit même pas du salon mais du cabinet de travail du « maître », seule pièce présentable de cet appartement qui devient un salon le mercredi dans lequel Mme Astier reçoit. Cette pièce est un vestige de la splendeur d'une époque fortunée de cette famille dont la maîtresse de maison n'est pas prête à se passer. À travers le regard bienveillant de Freydet, nous accédons au salon, à l'image des maîtres.

Ah ! Ce n'est plus ici l'appartement du ministère. La table de l'historien est poussée dans une encoignure, masquée d'un grand paravent en étoffe ancienne qui dissimule en même temps une partie de la bibliothèque. En face, dans le panneau d'honneur, le portrait de Me Astier, encore jeune, ressemblant à son fils d'une façon extraordinaire, aussi au vieux Réhu que j'ai, depuis tantôt, l'honneur de connaître. Ce portrait est d'une distinction un peu triste, froide et cirée comme cette grande pièce sans tapis, drapée de rideaux

sombres sur une cour plus sombre encore. Mais Mme Astier vient d'apparaître et son aimable accueil transforme tout, autour de moi. (*L'Immortel* : 713)

Freydet, fraîchement débarqué de la province, est capable de disculper la misère physique et humaine qu'il y retrouve. Dans ce lieu de sociabilité, la maîtresse de maison n'éprouve aucune gêne à demander de l'argent à son invité. Comme Eline de *l'Évangéliste* en découvrant le dénuement dans lequel habitent les Lorie, Freydet est consterné par la misère de cette honorable famille. Il décide de secourir immédiatement la pauvre femme, « est-ce effrayant, ces façades parisiennes, brillantes, glorieuses, et qui cachent de telles douleurs ! » (*L'Immortel* : 714). Ces deux personnages offrent d'importantes similitudes: tous les deux des personnages dociles, qui suite à une altération dans leur vie, développent l'hystérie. Par ailleurs, l'Académie possède ce caractère sectaire comme l'avait justement avancé Védrine, ce n'est qu'un salon. Éline sera la proie d'une illuminée religieuse, et le deuxième cédera aux abus de pouvoir des académiciens et connaîtra un tourment indicible.

Leur vie va basculer et leurs proches n'en seront pas épargnés : Mme Ebsen perdra sa fille en vie et Freydet perdra à son tour sa sœur, épuisée par cette course frénétique à l'Académie. Les salons ne sont que l'antichambre de ce grand salon immortel qui n'est autre que l'Académie. Freydet fréquentera tour à tour les trois salons³⁷ à la recherche de voix dans sa course pour l'immortalité.

Les Astier quittent leur domicile grâce à un coup du destin qui emporte le secrétaire perpétuel de l'Académie, Loisillon. On ne peut pas considérer Léonard Astier comme conquérant de cet espace,

³⁷ Dans les salons se nouent les intrigues concernant les candidats et les futurs membres de l'Académie. Comme les paroisses, chaque salon a ses paroissiens « Picheral dirait que Mme Ancelin, affolée de théâtre, reçoit plus volontiers les cabotins, Mme Astier les Petdeloup, et que la duchesse Padovani accapare les ducs la gentry de l'Institut. Mais en somme, ces trois rendez-vous de gloire et d'intrigue ouvrent les uns sur les autres [...] » (*L'Immortel* : 715).

loin de là, il a toujours été un personnage passif. Si dans un premier temps c'est sa femme qui lui a ouvert les portes de l'Académie, cette deuxième fois, c'est la mort naturelle qui lui ouvre à nouveau les portes de l'institution. Il n'y restera pas longtemps lorsqu'il comprendra clairvoyant qu'il a raté sa conquête de l'Académie.

Néanmoins, le véritable conquérant, complètement désintéressé, n'est autre que Risler. Employé modèle, sa persévérance et son savoir-faire font hisser cet honnête commis à la tête de l'entreprise aux côtés de Georges Fromont. Il devient l'associé du jeune héritier de la fabrique. Il y occupera un logement à la hauteur de sa responsabilité, au-dessus des Fromont. Comme nous l'avons déjà mentionné, sa femme Sidonie s'occupera d'en faire un foyer dénaturé où se déroulent très peu de scènes de couple, et le peu de scènes auxquelles nous assistons sont marquées par une vive animosité de la part de la jeune épouse. Lorsque Sidonie est chassée du logement, Risler décide de réparer le mal causé par sa femme.

On lui avait installé en haut, sous les combles, une petite chambre exactement semblable à celle qu'il occupait autrefois avec Frantz, vraie chambre de trappiste, meublée d'une couchette en fer et d'une table en bois blanc placée sous le portrait de son frère. C'était la même vie active, régulière et retirée que dans ce temps-là. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1162)

Il n'a jamais ambitionné d'occuper le poste d'associé ni de s'installer dans une demeure plus luxueuse. Pour cet homme aux mœurs simples, le bonheur se trouve dans sa passion pour le travail et l'amour envers ses proches. L'idée de faire revenir son frère à ses côtés et de se replonger, d'une certaine façon dans cette époque où il se dévouait corps et âme pour son frère, est la seule

chose qui le retient à la vie. Lorsqu'il apprend sa trahison, il ne trouve plus de refuge sur terre pour abriter sa douleur. Il n'y a plus qu'une issue possible, il faut partir.

6 DES MAISONS ET DES ENFANTS : LE NID.

Le nid est souvent associé aux enfants dans les romans daudétiens car il les plonge dans l'image tendre de leur petite enfance. À ce moment, l'univers des enfants est très réduit puisqu'il reste très attaché et subordonné à leur mère. C'est sans doute ce retour à l'enfance, à l'union fusionnelle avec la mère et à l'isolement vis-à-vis du reste du monde que recherchent certains personnages, marqués par une enfance difficile. Cette image quasi-sacrée dans l'imaginaire des enfants construit une réalité à l'abri des intempéries extérieures.

Gaston Bachelard se moque un peu de cette image puérile qu'on associe au nid, surtout lorsqu'on parle du nid des amoureux.

Rien de plus absurde, positivement parlant, que les valorisations *humaines* des images du nid. Le nid, pour l'oiseau, est sans doute une chaude et douce demeure. Il est une maison de vie : il continue de couvrir l'*oiseau* qui sort de l'œuf. Pour l'oiseau qui sort de l'œuf, le nid est un duvet externe avant que la peau toute nue trouve son duvet corporel. Mais quelle hâte de faire d'une si pauvre chose une image humaine, une image pour l'homme ! (Bachelard, 1992 : 94)

Dans le premier roman daudétien qui ouvre notre corpus, *Fromont jeune et Risler aîné*, le nid ne se rapporte pas tout de suite à l'enfance, mais à l'endroit où les deux amants se retrouvent pour vivre une relation illégitime. Le nid est ici une cachette, douillette dans son étroitesse, qui sépare et protège les amants du monde. Dans cet appartement, avenue Gabriel, il n'y a de la place que pour deux personnes.

Le nid de Jack est un cas à part, il s'agit d'un espace de transition qui s'inscrit de façon ambiguë à mi chemin entre le nid d'amour et l'image du nid de cette première enfance, objet d'étude de cette partie. De nombreuses allusions renvoient à ce lien quasi amoureux de Jack envers sa mère : le complexe d'œdipe qui s'estompera au fur et à mesure que l'enfant trouvera l'amour et le désir hors de ce cadre familial si restreint. Colette Becker³⁸ se faisait écho de cet étrange rapport affectif unissant ces deux personnages, qui se reflète dans l'idée de foyer que construira Jack. Cette curieuse relation unit désespérément cet enfant bâtard non seulement à sa mère mais aussi à la stabilité d'un foyer, même si cela peut sembler paradoxal car Jack n'a jamais connu de foyer solide tout au long de sa vie, puisque celui-ci est à la merci des hommes dont Ida s'amourache.

Elle n'avait plus rien à elle. La vente de son mobilier, un nid de hasard orné de richesses de pacotille, avait produit quelques milliers de francs vite dépensés. Bon Ami, en partant, aurait voulu lui laisser un cadeau, un souvenir ;

³⁸ « Dès la première scène du roman, il est, en effet, présenté comme un velléitaire, totalement soumis à une mère à laquelle il porte une passion d'amant, liens étranges que soulignent le titre : "Jack en ménage" (III,5), en ménage avec sa mère qu'il vient de recueillir chez lui, ou ce qu'il explique peu après dans une lettre au Dr Rivals, son père d'adoption : pour disputer sa mère à d'Argenton et la retenir auprès de lui, il lui a arrangé une "vraie surprise d'amoureux" [...] » (Becker, 1997 : 124).

mais elle s'était obstinément refusée à l'accepter par dignité pour d'Argenton. Il ne lui restait donc plus rien. (*Jack* : 274)

Lorsque Jack réussit à s'échapper du gymnase Moronval, il se dirige tout de suite au boulevard Haussmann où il espère retrouver l'intimité et la chaleur familiale aux côtés de sa mère. Malheureusement, il assiste à la liquidation du contenu de leur dernière demeure. Sa mère est partie vivre à la campagne, réalisant ainsi le rêve de d'Argenton. En effet, là-bas, loin de l'agitation de la capitale, le poète prétend se livrer à sa carrière littéraire, sans entraves. Lorsque Jack arrive à Étiolles, l'absence de d'Argenton, son rival, lui permet d'avoir sa mère à lui tout seul durant les premiers jours.

Autour de la maison, le silence, le bon silence de la campagne rôdait comme un gardien mystérieux. Jack ne se lassait pas d'admirer sa mère. Elle aussi le trouvait beau, grandi, bien fort pour ses onze ans ; et ils s'embrassaient entre chaque bouchée comme deux enfants. (*Jack* : 130)

Peu à peu, il sera écarté, puis chassé par le véritable amant de sa mère. Pour Jack, les maisons se succéderont mais il n'y sera qu'un simple hôte, les moments de bonheur seront de courte durée. Malgré toutes les vicissitudes, il garde cependant une image idéale du foyer et en fait son moteur de vie. À la fin du roman, le destin lui laisse un peu de répit lorsque sa mère quitte finalement d'Argenton, mais le rejoindra peu après plus déterminée que jamais à rester à ses côtés. Jack est ravi de « s'occup[er] à servir sa mère avec des attentions d'amoureux » (*Jack* : 384). Il va même jusqu'à louer à Charonne, près des Roudic, une maison pour y vivre avec sa mère, « au fond d'un jardin de maraîcher, trois pièces nouvellement réparées, tendus de papier neuf, que j'ornai d'un mobilier un peu plus soigné, un peu plus complet que le mien »

(*Jack* : 424) et pour cela, il n'hésite pas à hypothéquer son avenir en dépensant ses économies qui allaient servir à payer ses frais d'inscription et ses examens.

Toujours à la recherche d'un nid qu'il n'a jamais connu, qui n'existe pas, il devient son véritable bourreau comme l'a pertinemment signalé Colette Becker, lors du colloque concernant l'espace dans l'œuvre daudétienne.

Il est toujours ballotté par les décisions des autres, soumis à sa mère, qui est elle-même totalement dépendante de son amant. Il n'agit pas, il est toujours agi, et ne tire aucun enseignement de ses expériences diverses et les étapes de cette déchéance sont toujours concrétisés par des images spatiales. (Becker, 2015 : 91)

D'autres nids attachés à l'enfance sont présents dans les romans daudétiens, surtout dans les romans qui révèlent la conception de la famille daudétienne. Ils servent non seulement de refuge en accueillant les occupants, mais ils jouent un rôle actif dans le bien-être de ces personnages. Le nid doit réunir certaines conditions qui favoriseront l'épanouissement des enfants. Dans ce sens, Félicia Ruys se montre d'une grande lucidité en abdiquant de ce rôle lorsqu'elle se voit confrontée à la dure réalité d'un foyer.

« [...] Alors je pense au mariage. Un mari, des enfants, un tas d'enfants qui se rouleraient par l'atelier, le nid à soigner pour tout cela, la satisfaction de cette activité physique qui manque à nos existences d'art, des occupations régulières, du train, des chants, des gaietés naïves, qui vous forceraient à jouer au lieu de penser dans le vide, dans le noir, à rire devant un échec d'amour-propre, à n'être qu'une mère satisfaite, le jour où le public de ferait de vous une artiste usée, finie... » (*Le Nabab* : 668)

Elle a grandi pratiquement livrée à elle même, et elle sait bien qu'elle serait incapable de s'occuper de son propre nid. Un épisode traumatisant avec le docteur Jenkins va déterminer sa vie en lui empêchant de s'affranchir de ce personnage. Sans repères, elle n'arrive plus à garder le cap de sa vie et s'embarque dans une vie déraisonnable, incompatible avec des enfants. Par ailleurs, la présence maternelle ne garantit pas toujours un foyer, mais elle est la condition *sine qua non* de celui-ci, ou du moins, il faut un personnage qui assume pleinement ce rôle. C'est le cas des petits Jansoulet, la présence de la mère ne garantit pas les douceurs du nid.

Mais ils avaient encore l'âge où les enfants appartiennent à la mère, où ni le grand tailleur, ni les maîtres parfaits, ni la pension chic, ni les poneys sanglés pour les petits hommes dans l'écurie, rien ne remplace la main attentive et soigneuse, la chaleur et la gaieté du nid. Le père ne pouvait pas leur donner cela, lui ; et puis il était si occupé ! (*Le Nabab* : 582)

Cependant les enfants du Nabab n'ont pratiquement pas connu la tendresse maternelle. Celle-ci a complètement délaissé ses enfants, même les oiseaux s'occupent davantage de leurs oisillons qu'elle. Les enfants vont grandir avec cette absence maternelle, mais le plus jeune ressent ce besoin de chaleur maternelle qu'on lui nie. La scène où il se précipite dans les bras de sa grand-mère, cherchant le refuge qu'on lui avait toujours refusé, traduit le manque d'amour maternel.

[...] le plus jeune, arrivé à la porte, se retourna vivement, bouscula le grand nègre, et vint se jeter, la tête en avant, comme un petit buffle, dans les jupes de la mère Jansoulet qu'il serra à bras-le-corps en lui tendant son front lisse

éclaboussé de boucles brunes, avec la bonne grâce de l'enfant qui offre sa caresse comme une fleur. Peut-être celui-là, plus près du nid et de ses tiédeurs, des gironnements et des nourrices aux chansons patoises, avait-il senti venir vers son petit cœur les effluves maternelles dont les privait la Levantine. (*Le Nabab* : 786-787)

Construire et s'occuper du nid n'est pas une tâche anodine. La présence des géniteurs, spécialement la mère, aimants qui préservent leurs enfants des dangers est une des prémisses fondamentales. Toutefois nous avons cité comme exemple de mère absente la Levantine, la femme de Jansoulet, incapable d'affronter ses responsabilités. Par ailleurs, Raymond Eudeline représente la lâcheté, incapable d'être à la hauteur du fils, du frère et du père que l'on attend de lui. La paternité le laissera pratiquement indifférent puisqu'il fuira cette responsabilité.

« Épouse ma fille, ou je te tue ! » C'est cette double menace aussi qui m'a fait fuir. Je me sentais incapable de cette chose, pourtant si simple et que je redoutais presque autant que la mort, un nid, un foyer à construire, des enfants à élever, l'exemple à leur donner, une carrière à leur choisir. C'est devant tout cela que j'ai peur, que je recule. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 283)

Les enfants grandissent dans un « nid » à l'abri des dangers extérieurs, entourés d'amour et lorsqu'ils sont finalement prêts, ils peuvent prendre leur envol. Tel est le cas de la famille Joyeuse. Aline remplace sa mère et change même de nom afin que son rôle ne se prête à aucune confusion, Bonne-Maman³⁹, elle veille sur les

³⁹ Roger Ripoll signale l'importance du surnom adopté par Aline. Elle assume pleinement son rôle, « devenant le véritable agent de la restauration du foyer » (Ripoll, 2014 : 11). Son identité s'efface devant la lourde tâche familiale.

siens allant jusqu'à sacrifier sa jeunesse. Elle est complice de la relation de sa sœur et d'André Maranne et présage un nouveau nid, mais cette fois-ci, ce sera un nid d'artiste.

Quant au sort qui l'attendait, nul n'aurait pu le dire ; et l'incertitude planant sur la lecture du drame ajoutait à son émotion celle de chaque auditeur, les vœux tout de blanc vêtus de Mlle Élise, les hallucinations fantaisistes de M. Joyeuse, et les souhaits plus positifs d'Aline installant d'avance la modeste fortune de sa sœur dans le nid, battu des vents mais envié de la foule, d'un ménage d'artiste. (*Le Nabab* : 723)

Toutefois, ce refuge peut se faire extensible aux occupants de ce foyer, aux adultes et aux enfants, on pourrait, dans ce sens, parler d'un pouvoir incantatoire du nid. Ainsi, Mme Ebsen sent que sa fille est en danger lorsqu'elle ne rentre pas au foyer, seul endroit où elle puisse se sentir en sécurité.

Mme Ebsen s'ennuyait d'attendre ainsi, l'estomac creux, les pieds froids, et, pour se consoler de sa longue faction, songeait que tout à l'heure, dans leur petit nid capitonné, elles s'installeraient toutes deux vis-à-vis l'une de l'autre devant une bonne « soupe de bière » toute chaude... (*L'Évangéliste* : 336)

Certains personnages gardent une image de cette première enfance qu'ils associent au nid, espace qu'ils partagent essentiellement avec leur mère à l'abri de toute atteinte extérieure, mais ce n'est pas pour autant que lorsqu'ils grandissent que ce lien s'efface. En effet, à certains moments de leur vie ils recourront à cette image du nid, qui dégage ce caractère rassurant de cette période de la vie insouciant.

7 CONCLUSION

Nous avons commencé cette étude par l'analyse de l'importance de l'espace dans l'évolution du roman tout au long de ce XIX^e siècle. Il sera, au cours du siècle suivant, l'objet de nombreuses études narratologiques à l'instar que le temps ou les personnages. Prônant l'illusion du réel, l'espace commence à acquérir une place à part à l'intérieur du récit : il ne fera plus seulement référence à un lieu, mais il apportera aussi un sens, qui servira à mieux comprendre les personnages et le déroulement de l'action.

Tout au long de ce siècle, Paris devient la ville phare de la modernité. Fascinante en même temps que troublante, elle va être le cadre de nombreux romans qui se font écho des transformations urbanistiques et de la singularité de ces hommes qui, à leur tour, subissent également l'influence de la capitale pour pouvoir y survivre. Nous avons parcouru de la main de notre auteur, les différents quartiers de Paris, fort en contrastes, des quartiers huppés à l'ouest de la capitale, le Marais, centre traditionnellement ouvrier, les nouveaux quartiers récemment annexés à la capitale, vers lesquelles se dirigent les classes moins fortunées, etc. Toute une analyse qui montre une connaissance minutieuse de la capitale de la part d'Alphonse Daudet.

Notre auteur, à l'instar de ses personnages, a été fasciné par Paris. Comme de nombreux provinciaux, il a décidé de s'installer à la capitale pour déjouer le destin qui s'acharne sur sa famille. Il y a fréquenté des milieux bigarrés, de la bohème à des hôtels particuliers dans les quartiers aisés de la capitale, ce que lui a valu une connaissance très rigoureuse de celle-ci. Il s'est lui-même, comme certains de ses personnages, « parisianisé ». Par ailleurs, il a très justement capturé cette dualité de la capitale, d'un côté, le

visage d'une ville troublante, la Babylone moderne, lieu d'excès et de perdition, et de l'autre côté, le visage d'une ville symbole de la modernité. Ce visage double se reflète également dans ses œuvres, comme nous l'avons constaté.

Daudet a été capable non seulement de saisir l'esprit de cette ville en pleine métamorphose, mais il s'est également fait témoin du changement des mœurs de ses habitants. Des personnages provinciaux, comme lui, d'autres provenant des colonies ou d'autres pays européens ont échoué sur cette ville en sous-estimant son pouvoir incantatoire. Dans les derniers romans, nous commençons à trouver des personnages nés à Paris, descendants de ces premières générations de migrants. Le regard de Daudet sur ces nouvelles générations est un regard plein de désenchantement qui se reflète également dans les espaces et sur l'usage que les personnages en font.

Tels des naufragés de la vie, ils chavirent avant de trouver un ancrage où se fixer plus fermement, parfois ce sera en vain. Ne trouvant pas d'issue possible, certains personnages finissent par mettre un terme à leur vie, tels sont les cas de Risler, Désirée, Astier-Réhu, M. Autheman. Pour d'autres, la mort les emportera épuisés de toutes leurs vicissitudes, comme Jack ou Le Nabab, d'autres continueront à vivre, ou plutôt à survivre suite à un coup assommant du destin, comme par exemple Claire Risler (*Fromont jeune et Risler aîné*), Lorie (*L'Évangéliste*) ou Régis de Fagan (*Rose et Ninette*).

Dans un cadre si convulsé, il n'y a que le foyer qui pourrait sauver ces personnages des effets malfaisants de cette ville. À travers l'étude de dix romans, nous avons essayé de comprendre la problématique de ce curieux rapport des personnages avec les espaces de l'intimité, abris des tentations et des regards étrangers. Dans ces lieux cloisonnés les personnages se montrent tels qu'ils sont.

La maison, scénario de la vie privée par excellence, est loin d'être un havre de paix. Loin des longues descriptions réalistes, il suffit à notre auteur de partager les sensations causées par ces lieux ou quelques traits saillants de ses personnages, pour nous éclairer sur leur particulière relation avec le foyer. Certes, la plupart des demeures daudétiennes ne sont pas des refuges de bien-être. En nous ouvrant les portes de ces intérieurs, nous avons découvert l'équilibre fragile sur lequel reposent la plupart des relations entre leurs occupants.

Derrière leurs façades se cache une pénible réalité : des couples mal assortis y cohabitent dépassés par le monde des apparences. Les espaces des différents membres du couple sont clairement délimités, ne se retrouvant qu'à des moments fortement ritualisés comme les repas. Contrairement à ce que l'on pourrait croire, à ces moments le couple se retrouve rarement seul. La présence des domestiques ou d'amis trouble ces moments d'intimité, comme par exemple, Corentine (*L'Immortel*). Elle traite son maître, Astier-Réhu, sans ménagements et répond effrontément même lorsque l'académicien ne s'adresse pas elle.

Le salon est devenu le symbole de la maison, puisqu'il est la vitrine de la réussite sociale du ménage, mais aussi d'ostentation. Ainsi Sidonie (*Fromont jeune et Risler aîné*) accorde une importance excessive au salon et en fait une copie de celui de sa rivale. Il reflète l'ambition qui ne sera jamais rassasiée, mais lui permet de combler la vacuité de sa vie jusqu'à ce qu'elle trouve une nouvelle occupation. Nous nous introduisons dans des salons bourgeois très hétérogènes, qui nous donnent tout un aperçu des faux-semblants mondains.

À l'intérieur de ces demeures bourgeoises, la chambre joue un rôle essentiel puisqu'elle garde encore un usage privatif. Dans les foyers plus modestes, la description des intérieurs n'est pas détaillée, en effet, les espaces de vie, de travail ou de repos s'y

confondent, comme dans le cas des Delobelle (*Fromont jeune et Risler aîné*). Dans les maisons bourgeoises, plus spacieuses, les chambres se prêtent à des confidences, entre les sœurs de Le Quesnoy, entre les cousines royales, la reine Frédérique et la reine de Palerme (*Les Rois en exil*). Elles sont le cadre du repos, de la rêverie, de la réflexion, mais aussi celui de la mort, comme pour Désirée Delobelle (*Fromont jeune et Risler aîné*). Elles reflètent l'image fidèle de leur occupant, comme la chambre du roi d'Illyrie, Christian (*Les Rois en exil*). Elle est à l'image de l'austérité du guerrier, ce qui n'est pas exempt d'une certaine ironie compte tenu le parcours vaillant de ce souverain. Ces microcosmes en disent long sur le caractère des personnages. Il est intéressant de noter également les moments de tension qui se vivent sous le même toit. Lorsqu'un occupant transgresse l'espace d'un autre, ceci-ci n'est pas sans conséquences. Ainsi lorsque Risler reste à Montrouge, il occupe la chambre de Planus. Dans un tiroir il trouve la lettre que son frère avait envoyée à Sidonie pour fuir ensemble. Le dénouement ne peut être plus tragique.

Les maisons ne sont pas les seuls espaces d'intimité pour les hommes. Nous avons constaté que, hormis les moments ritualisés comme les repas ou d'autres événements, comme les soirées, ils sont rarement au foyer. La gent masculine se retrouve dans les cercles ou clubs pour sociabiliser, et même pour faire des affaires. Le comportement des hommes, loin des regards de leurs épouses, outrepassa les règles de la bienséance. Cependant, ce monde clos reste solidaire de ses pairs. En effet, leurs membres, comme dans le cercle que fréquente Christian (*Les Rois en exil*) préservent la confidentialité sur ce qui se passe à l'intérieur. Les milieux modestes retrouvent aussi leur espace de sociabilité dans les brasseries, c'est un retour au pays pour Risler.

La fragile stabilité du foyer est également menacée par l'adultère. D'emblée, dans le premier roman daudétien, *Fromont*

jeune et Risler aîné, un double adultère a lieu. Même si la relation s'encanaille au fur et à mesure du temps, il est vrai qu'au début les mesures de discrétion sont prises, puisque le lieu de l'adultère est un bel appartement des Champs Élysées. À la fin de l'œuvre daudétienne, on constate les changements dans les mœurs, Raymond Eudeline (*Soutien de famille*) partage éhontément son appartement de garçon avec deux femmes, l'une s'y rend le jour, et l'autre la nuit. Entre ces deux romans, marquant le début et la fin de sa production romanesque, d'autres lieux se font témoins de ces relations d'infidèles, comme par exemple le cabinet de travail, pour Numa Roumestan, se trouvant dans le domicile conjugal. Par conséquent, on pourrait entrevoir un processus de désacralisation du foyer.

De nombreux personnages daudétiens peinent à avoir un foyer. Ils ont beaucoup de mal à se fixer, ce qui pousse certains d'entre eux à une quête sans relâche du foyer, d'autres se laissent simplement aller, laissant leur sort aux mains d'autres personnes. C'est le cas des aventurières, incapables de prendre en main leur destin et le laissant au sort des hommes qu'elles rencontrent, comme Ida (*Jack*) dont le domicile dépend des hommes qu'elle rencontre. En outre d'autres personnages, se sont vus acculés à des déplacements continus avec l'espoir de pouvoir un jour se fixer de façon permanente, comme Jack, le fils d'Ida. L'enfant dérange aux hommes qui entretiennent sa mère. Elle n'hésitera pas à s'en débarrasser.

Un foyer se dégage parmi tous ceux que l'on a analysés : le foyer des Joyeuse. Le nom est déjà assez révélateur, puisque la plupart des demeures que nous avons étudiées sont envahies par un profond mal de vivre. Dans ce foyer, atypique, se respire l'intimité heureuse éclairée par le puissant symbole de la lampe. Les membres de cette famille se réunissent le soir pour parler de leur journée et une véritable atmosphère de convivialité unit leurs

membres. Il est l'image parfaite du *sweet home*. Il n'est pas anodin de retrouver dans le dernier roman daudétien, *Soutien de famille*, le magasin « À la lampe merveilleuse » grâce auquel la famille éparse peut se rassembler.

Daudet explore en même temps les demeures provisoires aidant leurs occupants à se reconstruire ou à retrouver leur vraie place, comme par exemple Régis de Fagan (*Rose et Ninette*). Loin de la capitale, il prétend se remettre d'un mariage pénible et reprendre le goût à la vie. Pour certains personnages, ces espaces intermédiaires leur permettent d'améliorer leur condition, comme s'il s'agissait d'une conquête, comme pour Numa, mais pour d'autres ces espaces seront sans issue, c'est le cas de Risler ou de Fagan.

Après avoir constaté cette curieuse relation des personnages avec leur espace, insatisfaction, quête, ou désir de se fixer qui les poursuit, on comprend mieux à la lumière du vécu de l'auteur. Son enfance marquée par les angoisses provoquées par de continuels changements domiciliaires a donné lieu à l'adulte cherchant la stabilité et la préservation de toute atteinte extérieure de son foyer. Bourgeois parisien, ses romans sont un hommage à cette ville dévoratrice dans laquelle, pour survivre, il faut protéger ce coin intime familial.

8 ANNEXES : PRESENTATION DES ROMANS DU CORPUS.

8.1 *Fromont jeune et Risler aîné* (1874)

Fromont jeune et Risler aîné est le premier grand chef d'œuvre d'Alphonse Daudet. Comme c'était l'usage à cette époque-là, il est d'abord publié en feuilleton du 25 mars au 19 juin 1874, puis en librairie en octobre 1874. Loin derrière lui se trouvent ses débuts poétiques et ses premiers romans, comme le *Petit Chose*, inspiré de sa propre enfance, et *Tartarin de Tarascon* qui, empreint d'une couleur trop locale, ne séduisit pas le public parisien, mais mécontenta les Méridionaux. Ses tenaces incursions au théâtre, outre ses récits brefs teintés du soleil méridional *Lettres de mon moulin*, ou obscurcis par les sombres épisodes de la guerre franco-prussienne, comme *Lettres à un absent* ou *Contes du lundi*, accaparent la production littéraire de Daudet

Fromont fut fait ainsi dans un des plus vieux hôtels du Marais où mon cabinet, aux vastes fenêtres claires, donnait sur les verdure, les treillages noircis du jardin. Mais au-delà de cette zone de calme et de pépiements d'oiseaux, c'était la vie ouvrière des faubourgs, la fumée droite des usines, le roulement des camions, et j'entends encore sur le pavé d'une cour voisine les cahots d'une petite brouette de commerce qui, au moment des étrennes, trimballe des tambours d'enfants jusque dans la nuit de sept heures du soir. Rien de sain, de montant comme de travailler dans l'atmosphère même de son sujet, le milieu où l'on sent se mouvoir ses personnages. La rentrée, la sortie des ateliers, les cloches des fabriques, passaient sur mes pages à heures fixes. Pas le moindre effort pour trouver la couleur, l'atmosphère ambiante ; j'en étais envahi. Tout le quartier m'aidait, m'enlevait, travaillait pour moi⁴⁰. (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1191)

⁴⁰ Dans *l'Histoire de mes livres*, Daudet relate la genèse de certains de ses romans. Ce sont des chapitres qui correspondent dans certaines éditions font le

Avec *Fromont jeune et Risler aîné*, celui-ci va se tourner vers le monde parisien, qu'il connaît depuis bientôt près de dix-sept ans. C'est avec ce roman qu'il va nous faire entrevoir les dessous du monde parisien, le public concerné sera avide de ces lectures.

Ce « parisien », c'est un monde de convoitises, de duperie, de fourberie, d'adultères, de chairs à vendre et de cœurs sommés de se taire. C'est un monde où on se déchire, où on se tue, sans dagues ni épées, mais armé d'une parole mensongère, protégé par le pouvoir politique, soutenu par la coalition des intérêts... Daudet se persuade que c'est ce monde-là que la littérature se doit d'empoigner à bras-le-corps, de regarder dans les yeux, subissant ses spasmes, ses convulsions, ses agonies, s'apitoyant sur les victimes, dénonçant les bourreaux. (Bannour, 1990 : 112)

Le roman commence in *medias res*. Guillaume Risler épouse sa jeune voisine de palier, Sidonie Chèbe. Dès le début, le lecteur s'aperçoit que c'est un couple mal assorti, d'un côté, une différence d'une quinzaine d'années sépare les époux puis, d'un autre côté, nous avons l'impression que la balance de l'amour se penche plus vers le mari. En effet, pour la mère de la jeune mariée, sa fille « épous[ait] Fromont jeune et Risler aîné de la rue des Vieilles-Haudriettes » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 939). Il n'y a pas de place à l'ambiguïté dans ce contrat de mariage qui tient précisément plus d'une transaction que d'une union amoureuse.

L'autre ménage protagoniste du roman est présent au mariage, c'est le couple Fromont : lui, Georges Fromont, héritier de la fabrique de papiers peints à la mort de son oncle, et elle, Claire Fromont, sa cousine. Lors du bal, la mariée danse avec l'associé de son mari, qui lui avoue qu'il a été contraint d'épouser sa cousine à la mort de son oncle.

Un grand absent au mariage : le frère cadet de Risler, Frantz. On apprend qu'il s'était fiancé à Sidonie, mais que celle-ci avait décidé de rompre cette promesse en découvrant qu'elle était vraiment amoureuse du frère aîné. La situation est claire : trois

rôle de préface, comme dans l'édition Ne Varietur, mais dans l'édition Gallimard (bibliothèque de la Pléiade), c'est un appendice.

personnages masculins, amoureux d'une arriviste, qui apparemment aurait atteint son objectif. Le roman commencerait-il par la fin ? Loin de là, comme nous allons le constater.

Les Chèbe, les Risler et les Delobelle sont voisins de palier. M. Chèbe incarne le commerçant raté, toujours prêt à entreprendre une nouvelle affaire, mais vite dépassé par le travail acharné que réclame toute entreprise. Mme Chèbe administre une petite rente qu'elle a pu sauvée de l'enthousiasme entrepreneur du mari. Leur fille, Sidonie, est une enfant au début du roman. Elle passe plus de temps sur le palier que chez elle. Là, une fenêtre donnant sur la fabrique des Fromont va lui faire découvrir tout un monde bien différent du sien. Elle espionne toutes les allées et venues de ses occupants. Un jour elle entre dans ce paradis entrevu lorsqu'elle est invitée à un bal de Noël pour enfants, elle fait connaissance de Claire et de son cousin Georges. À partir de ce jour-la, elle n'aura plus qu'un désir : faire partie de ce monde-là.

M. Delobelle est un raté du théâtre. Il attend un rôle à sa taille et refuse d'accepter tout autre, même si cela soulagerait sa femme et enfant, Désirée, qui travaillent sans relâche pour que leur homme ne manque de rien. Désirée est un personnage exquis qui vient compenser l'ambitieuse Sidonie.

Les derniers voisins qui composent ce palier sont les Risler, deux frères suisses. L'aîné, Guillaume, travaille comme dessinateur à la fabrique, c'est lui qui va relier ces deux mondes en conduisant la petite Sidonie au bal de Noël. Frantz au début de l'histoire n'a même pas 15 ans, il étudie au collège Chaptal, mais il sait déjà que la petite Sidonie ne le laisse pas indifférent.

Le temps passe et les enfants Fromont et Sidonie continuent à se fréquenter. Les inégalités sociales qui séparent les enfants se font de plus en plus notoires à mesure que les enfants grandissent. Chacun poursuit sa formation de son côté. Claire est mise en pension, Georges au lycée et Sidonie en apprentissage dans l'atelier de Mlle Le Mire. Sidonie refuse d'accepter sa condition d'ouvrière, et pendant le temps qu'elle y restera, elle trame un plan pour assouvir sa soif de luxe, « elle en portait un [roman] dans sa tête bien plus intéressant que tous ceux-là. C'est que rien n'avait pu lui faire oublier sa fabrique » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 963).

Pendant cinq ans, la vie de Sidonie se déroule entre son atelier, la fenêtre du palier et son plan. Le pauvre Frantz a le malheur de lui déclarer son amour et Sidonie accepte tout en

sachant que devenir la femme d'un simple employé était loin d'être son dessein. Une lettre arrive de Savigny-sur-Orge, Claire invite Sidonie à la rejoindre au château de son grand-père. Cet acte de générosité aura de fatales conséquences.

En effet, une fois sur place le goût du luxe se ravive et Sidonie comprend que sa place ne peut être ailleurs. Étrangement, Georges commence à se faire plus présent à Savigny, il est incapable de résister à cette femme si frivole et si différente de sa cousine. Entourée de ses camarades ouvrières, Sidonie avait appris les engrenages de la vie et savait comment s'y prendre pour séduire ce jeune gandin. Elle résiste, cela fait partie du jeu, et finalement Georges lui dévoile ses sentiments. Sidonie, encore inexpérimentée dans ses joutes mais sentant son emprise sur le pauvre Georges, lui dit effrontément qu'elle n'aimera que son mari.

Un événement tragique met fin au séjour de Sidonie à Savigny. M. Fromont, le père de Claire, avait été mortellement blessé lors d'une partie de chasse. À Paris, Sidonie croyant déjà que Georges allait l'épouser, rompt son mariage avec Frantz. Elle prétend qu'elle ne peut l'épouser car elle sait que son amie, Désirée, l'aime éperdument. Ceci passe pour un grand acte de générosité aux yeux de tous, mais répond au désir de se savoir libre pour attendre la demande de Georges. Frantz anéanti par la brusque rupture décide de s'expatrier.

Entretemps M. Fromont décède. Comme il était d'usage, la fabrique passe aux mains de son neveu, Georges, et selon les volontés de son oncle, il doit épouser sa cousine. Georges fait appel à Risler comme associé. Sidonie se rend à l'évidence : la fabrique lui échappe, elle ne peut plus supporter sa vie médiocre au point de subir une forte crise nerveuse. À un moment de lucidité, elle entrevoit une autre façon d'accéder à la fabrique qui expliquerait aux yeux de tous ces accès délirants et ces tristesses qui l'accablent depuis qu'elle a appris le mariage de Georges. Elle aimait Risler ! Ce fut très facile pour Sidonie de séduire le brave Risler. Elle réalise finalement le rêve de la petite Chèbe en se retrouvant à la fabrique, désormais la perspective a changé, elle aperçoit la fenêtre du palier par laquelle elle avait tant convoité cette vie.

Un nouveau séjour à Savigny réunit les deux ménages. Sidonie et Georges reprennent leur histoire tout naturellement là où ils l'avaient laissée. « Quant à elle, son amour était fait de

vanités et de colères. Ce qu'elle savourait par-dessus tout, c'était l'humiliation de Claire à ses yeux » (*Fromont jeune et Risler aîné* : 1020). Elle cherche à se venger non seulement de Georges qui l'avait délaissée, mais de Claire, qu'elle enviait. Elle devient une maîtresse exigeante, très difficile à satisfaire même avec les cadeaux les plus chers pour lesquels Georges se voit obligé de soustraire de l'argent à la fabrique. Sigismond, le caissier, découvre la liaison et la débâcle dans laquelle s'est engouffrée la fabrique. Il fait appel à Frantz qui rentre d'Ismaïlia prêt à venger l'honneur des Risler.

À son arrivée, il rencontre Sidonie. Telle une actrice, celle-ci a le don d'inverser la situation. Elle culpabilise Frantz du sacrifice qu'elle avait fait à l'époque en renonçant à lui en faveur de Désirée. Elle n'a jamais cessé de penser à lui. Frantz succombe à nouveau à ses charmes la trouvant plus désirable qu'avant. Il s'éloigne de Sidonie et se tourne vers Désirée qui, tenace, continue à l'aimer. Malheureusement, Sidonie réussit à lui tirer l'aveu par écrit de son amour. Elle sait maintenant qu'elle le tient et découvre son imposture. Frantz repart sans avoir rien arrangé.

Désirée ne pouvant plus supporter de vivre sans l'amour de Frantz se jette à la Seine. Elle sera sauvée mais mourra quelques jours après. À la fabrique, les affaires tournent de plus en plus mal. Risler ignore tout concernant la liaison de sa femme et Georges et des comptes de la fabrique. Sigismond doit faire face à l'échéance de janvier, cent mille francs. Claire voit son mari angoissé. Elle soupçonne un problème financier. Elle pense que son mari a perdu une grosse somme au jeu. Georges faisant honneur à sa lâcheté, acquiesce d'un hochement de tête. Le lendemain Claire va voir son grand-père à Savigny pour lui emprunter cette somme. Il lui apprend que derrière les problèmes financiers de son mari se trouve Sidonie. Elle quitte son grand-père et retourne à la fabrique, sans l'argent.

Risler, complètement étranger aux problèmes économiques que traversait l'entreprise, venait de célébrer les essais satisfaisants d'une nouvelle machine qu'il avait inventée. Se sentant de bonne humeur, il voulait en faire part à Sigismond. Il découvre stupéfait qu'il était en train de pleurer à son bureau. Il le met au courant de la situation de la fabrique et l'accuse d'en être le responsable. Risler s'effondre. Lorsqu'il reprend connaissance, il va chercher sa femme et l'oblige à rendre tous les bijoux et à présenter ses excuses à Claire. Sidonie réussit à s'enfuir, plus tard

on la retrouvera dans un café-chantant. Ils réussissent à sauver les meubles cette fois-ci. Risler renonce à tout, à la maison d'Asnières, à l'appartement, à la fabrique, à ses appointements d'associé, etc. Il se remet avec plus d'acharnement au travail, une des deux motivations qui le tiennent encore en vie, la deuxième étant son frère et l'espoir de vivre à nouveau ensemble.

Alors que tout semble aller pour le mieux, il assiste malencontreusement au spectacle de Sidonie au café-chantant, il en sort dégoûté. Ce soir-là, il reste chez Sigismond. Il découvre la lettre de Sidonie qu'il avait confiée à Sigismond pour éviter de la lire et de souffrir davantage. Cette fois-ci, il décide de l'ouvrir et trouve le fameux mot de son frère dans lequel il avoue son amour pour Sidonie et l'invitation à la fugue. Risler ne survit pas à ce nouveau coup et se pend.

8.2 *Jack (1876)*

Publié en feuilleton dans *Le Moniteur universel* du 15 juin au 2 octobre 1875, le roman paraît en librairie en 2 volumes chez Dentu. Il est dédié à Flaubert qui ne manque pas de signaler la longueur excessive du roman.

Nombreux sont les romanciers de l'époque qui s'attardent sur le personnage de l'ouvrier ou les milieux ouvriers. Daudet n'en fera pas l'exception. Il s'inspire pour ce roman de l'histoire d'un jeune homme qu'il avait rencontré à Champrosay à la fin de 1868, où il était venu chercher du repos. Ce jeune homme s'appelait Raoul. Ce n'est pas la simple histoire d'un ouvrier, c'est aussi et surtout une maternité manquée qui fait l'attrait de ce roman. Une mère excentrique l'introduit dans l'univers de la bohème et le précipite dans la dureté du monde ouvrier. À travers toutes les vicissitudes de la vie du héros éponyme, nous assistons au quotidien tragique de Jack avec très peu de moments de répit. L'engrenage est en marche, on va assister à la déchéance morale, puis physique d'un jeune homme.

Jack est l'enfant d'une cocotte, Ida de Barancy. Elle est venue récemment à Paris où elle occupe un petit hôtel au boulevard Haussmann. Bon-Ami, ainsi appelle-t-elle l'homme qui

veille sur elle, vient la rejoindre à Paris tous les huit jours. Entretemps elle goûte des plaisirs que lui offre la vie parisienne.

Le temps est venu pour que son fils Jack, élevé dans ses jupes, soit placé dans un établissement scolaire. Après le premier échec à l'institution des jésuites à Vaugirard, car le père avait tout de suite compris à qui il avait affaire, avait posé certaines conditions, mais Ida, blessée dans sa fierté avait décidé de partir. Elle laisse la tâche de trouver un pensionnat à Mlle Constant. Ce sera cette employée qui accompagnera le jeune Jack au Gymnase Moronval.

L'établissement offre un aspect désolateur, l'état des lieux est lamentable et les enseignants sont d'une énorme médiocrité. Ils accueillent enthousiastes Jack, mais surtout l'afflux d'argent qui l'accompagne. Au collège il ne reste plus qu'une demi-douzaine d'enfants procédant des colonies, que le directeur M. Moronval appelle les « petits pays chauds » et que plus personne ne réclame. Jacques s'adapte mal à toutes ces excentriques, cependant il est vite placés sous la protection du directeur et jouit de certains privilèges en tant qu'élève payant.

Un soir au Gymnase, Moronval célèbre une soirée littéraire à laquelle il invite Ida. Tous les deux prétendent y trouver leur compte. Moronval ambitionnait de fonder un journal ou une revue, il voit en Ida le mécène qui va concrétiser son désir. Ida, de par sa condition, se sent très flattée d'être accueillie dans la maison d'une femme mariée. Ce soir-là, elle écoute d'Argenton, le raté des lettres, réciter son fameux « Credo de l'amour ». Ce poème de peu d'envergure touche le cœur de la sensible Ida. Elle succombe au charme du poète, c'est pour elle une évidence, elle l'aime déjà ! À partir de cette soirée-là, son destin est fixé.

Ida ne pense qu'à le revoir et organise des dîners dans lesquels conscient de l'effet qu'il produit sur cette femme, d'Argenton se plaît à l'humilier. Elle se fait de plus en plus en présente dans la vie de d'Argenton, qui essaye peu à peu de supplanter Bon Ami. Le calvaire de Jack va commencer. Le poète ne veut pas simplement prendre la place de d'Argenton, il ne veut que personne s'interpose entre lui et Ida. En tant que poète raté, il a besoin de ce dévouement et admiration sans bornes que seulement Ida, femme futile mais très éprise, est capable de lui fournir. Ida s'éloigne de plus en plus de son fils et ne vit que pour d'Argenton au point d'abandonner Bon Ami puis, quelque temps

après, Jack, qui est confié aux « soins paternels » de Moronval (*Jack* : 92). Évidemment, Jack est relégué de ses privilèges, et de surcroît, est doublement méprisé, d'un côté il dit adieu à sa principale source financière, et, il vient d'être dupé par d'Argenton qui va bien tirer profit de l'affaire. Jack devient le souffre-douleur de Moronval, il déverse toute sa rage dans chaque coup qu'il porte à l'enfant, les autres professeurs ne faisant que suivre le protocole marqué par le directeur.

Jack réussit à s'échapper lors de l'enterrement de son camarade Mâdou, mort suite aux conséquences de sa fugue. Il veut retrouver sa mère de laquelle il n'a plus de nouvelles. Il se rend à leur domicile, au boulevard Haussmann où une vente aux enchères a lieu. Il apprend que sa mère a définitivement quitté Bon Ami pour partir avec d'Argenton à Étioles. Jack se met en route, il marche toute la nuit. Lorsqu'il arrive aux Aulnettes, à Étioles, il découvre, dans un cadre bucolique, Charlotte jouant les fermières.

Jack restera à Étioles quelques années. Les premiers mois d'Argenton décide de s'occuper personnellement de son éducation, mais il se lasse vite. Jack est abandonné à son propre sort, jusqu'au jour où le docteur Rivals arrive dans la maisonnette pour s'occuper de d'Argenton, malade qui imagine que la vie lui sied mal. Ce sont ses amis qui lui manquent ! Peu à peu la maison se remplira d'autres ratés, certains seront des hôtes permanents.

Le docteur Rivals habite avec sa femme et sa petite-fille, Cécile. Il se prend d'affection pour ce jeune enfant et s'occupe de lui comme s'il s'agissait de son propre fils. Cependant, d'Argenton n'a pas fini d'humilier le pauvre Jack. Pour se débarrasser de lui il l'envoie à Indret travailler aux forges. Alors que le docteur Rivals croit fermement en ses capacités et conseille à sa mère de l'envoyer au lycée, d'Argenton se plaît à dénigrer l'enfant dont la condition d'ouvrier sera la seule issue possible.

« Ne vous laissez donc pas prendre à ces fariboles, madame, cria le docteur exaspéré. Faire de votre enfant un ouvrier, c'est l'éloigner de vous à tout jamais. Vous l'enverriez au bout du monde qu'il serait encore moins loin de votre esprit, de votre cœur ; car il y aurait en vous ces moyens de rapprochement que permettent les distances et que les différences sociales anéantissent pour toujours. Vous verrez, vous verrez. Un jour viendra où vous rougirez de lui, où vous trouverez qu'il a les mains rudes, le langage

grossier, des sentiments à l'envers des vôtres, un jour où il se tiendra devant vous, devant sa mère, comme devant une étrangère d'un rang plus élevé que le sien, non pas seulement humilié, mais déchu. » (*Jack* : 182)

À Indret, Jack commence à travailler dans les forges, comme apprenti dans un premier temps. Son jeune âge ne passe pas inaperçu, ainsi que sa frêle constitution. C'est tout le milieu ouvrier qui va être décrit dans cette deuxième partie : la rudesse du travail, les conditions de vie et de travail des ouvriers, l'alcoolisme, le travail des enfants, etc.

Quatre ans après son arrivée à Indret, il s'embarque comme chauffeur dans un paquebot. La chambre de chauffe s'avère être un véritable enfer, au point de regretter le dortoir du Gymnase Moronval. La seule façon de supporter la chaleur brûlante de chambre de chauffe c'est en s'adonnant à l'alcool. Il reste trois ans dans ce métier, parcourant le monde mais prisonnier dans une fournaise et épuisé par le travail et par l'alcool. Ces années-là plongent Jack dans le plus complet des abrutissements. Le bateau fait naufrage, heureusement Jack fait partie des survivants.

Jack se rend à Paris, sur le quai des Augustins. Il apprend que d'Argenton dirige une revue dont lui-même est associé car d'Argenton ne s'est pas privé de lui soustraire les 10 000 francs de Bon Ami pour les investir dans la revue. La présence de Jack à Paris incommod. Ses manières rustres d'ouvrier, ses traits grossiers et cette inclination pour l'alcool détonnent dans ce milieu intellectuel. Par conséquent, sa présence à Paris n'est pas très appréciée, on l'invite à s'installer à Étioilles. Il retrouve le docteur Rivals et sa petite-fille Cécile, la femme du docteur était trépassée depuis quatre ans. Grâce aux soins du docteur Rivals et à Cécile, envers laquelle il éprouve des sentiments au-delà de l'amitié, Jack commence à retrouver la santé et la confiance en lui. Il veut se rendre digne aux yeux de Cécile. Il décide de s'installer à Paris, de travailler, mais en même temps de faire des études de médecine. Le temps passe et Jack semble épanoui. Pendant la semaine il travaille, le soir il étudie, et les dimanches il se rend à Étioilles retrouver le docteur et se rapprocher de Cécile.

Un jour Ida ne supportant plus le caractère despote de d'Argenton qui a osé lever la main sur elle, décide de demander de l'aide à son fils. Jack accueille sa mère les bras ouverts, c'est la

pièce qui manquait à son bonheur. Pendant quelque temps elle restera avec son fils, mais elle ne se trouve pas à sa place. D'Argenton n'aura même pas besoin d'insister pour qu'elle se jette dans ses bras. Plus que jamais il s'est rendu compte à quel point il a besoin d'avoir Ida à sa merci, toujours prête à le louer et à le servir. Un deuxième coup fatidique pour Jack est encore assené par une deuxième femme. Sans raison apparente, Cécile ne veut plus de Jack. Elle a appris le secret qui entoure sa naissance et ne se sent pas digne de l'amour de Jack. Ce malentendu entre les deux âmes candides aura des conséquences tragiques. En effet, Jack tombe malade suite à la dernière visite chez les Rivals. Cécile refuse de le revoir. En effet ce coup est mortel pour ce jeune dont la vie n'avait pas été « un roman ». On l'emmène à l'hospice. Les Rivals arrivent à temps. Le malentendu est dissipé et Cécile se réconcilie avec lui, elle n'a jamais aimé quelqu'un d'autre. Cependant, sa mère n'arrive pas à temps, nouvelle et dernière déception pour Jack.

Alors il se dresse, terrible, et pris d'une sorte de délire :

« Je vous dis qu'elle ne voudra pas venir... Vous ne la connaissez pas : c'est une mauvaise mère... Tout ce qu'il y a eu de tristesse dans ma vie m'est venu d'elle. Mon cœur n'est qu'une plaie de tous les coups qu'elle lui a portés... Quand l'autre a fait semblant d'être malade, elle a couru à lui tout de suite, elle n'a plus voulu le quitter... Moi, je meurs, et elle ne vient pas... Oh ! la méchante, la méchante, la mauvaise mère ! C'est elle qui m'a tué, et elle ne veut pas me voir mourir ! » (*Jack* : 457)

8.3 *Le Nabab* (1877)

Alphonse Daudet commence à profiler le sujet de ce roman au cours de l'été 1876. Il emprunte à nouveau le personnage éponyme du roman de la réalité. En effet derrière le Nabab, se cache François Bravay qui lui a servi de prétexte pour faire cette peinture de mœurs du Second Empire. Notre auteur aurait fait un « travail "cristallisant" qui transporte du réel à la fiction, de la vie au roman, les circonstances les plus simples [...] » (*Le Nabab* : 478).

Le duc de Mora, l'autre personnage qui a fait l'objet de nombreuses controverses, n'est autre que le duc de Morny.

Quant à Mora, c'est autre chose. On a parlé d'indiscrétion, de défection politique... Mon Dieu, je ne m'en suis jamais caché. J'ai été, à l'âge de vingt ans, attaché au cabinet du haut fonctionnaire qui m'a servi de type ; et mes amis de ce temps-là savent quel grave personnage politique je faisais. [...] C'est avec ce sourire-là que je l'ai toujours vu, sans avoir besoin pour cela de regarder par le trou des serrures ; et c'est ainsi que je l'ai peint, tel qu'il aimait se montrer, dans son attitude de Richelieu-Brummell. L'histoire s'occupera de l'homme d'État. Moi j'ai fait voir, en le mêlant de fort loin à la fiction de mon drame, le mondain qu'il était et qu'il voulait être, assuré d'ailleurs que de son vivant il ne lui eût point déplu d'être présenté ainsi. (*Le Nabab* : 479-480)

Comme tous les romans d'Alphonse Daudet, *Le Nabab* paraît en feuilleton dans *Le Temps* du 12 juillet au 26 octobre 1877, puis à la fin de l'année il est publié en volume chez Charpentier.

Daudet dénonce tout un monde corrompu du Second Empire et tous les vices qui touchent même les classes les plus élevées. L'histoire en soi est très simple et peut se résumer en quelques lignes. Jansoulet, dit le Nabab, est un Méridional qui a fait fortune à Tunis. Il arrive à Paris dans le but de se faire une place dans la politique. Il va devenir la proie de nombreux viveurs et hommes sans scrupules qui vont voir en ce naïf provincial la victime à escroquer, plus ou moins subtilement. Si bien au début cela lui semble le prix qu'il faut payer pour se faire une place dans le monde de la politique, dans la deuxième partie du roman, il commence à se rendre compte de la rapacité démesurée de ceux qui l'entourent.

Aucune classe sociale, aucun métier n'est épargné dans ce tableau du Second Empire. Ce sont justement ces personnages, dont certains d'entre eux sont devenus des types et ces histoires qui s'enchevêtrent qui donnent l'impression d'un roman éclaté, dont la trame principale parfois n'est pas la plus attirante. Cette structure particulière confère à ce roman une place spéciale dans sa production romanesque.

Le docteur Jenkins, médecin à la mode, jouit d'une grande réputation parmi ses patients qui font partie de la haute société parisienne. Sous un projet philanthropique, l'œuvre de Bethléem, se cache un véritable mouvoir d'innocents. Il prétend démontrer le succès de l'allaitement artificiel à n'importe quel prix, et ce, au prix des vies des nourrissons. Les enfants refusent de se nourrir directement au pis de l'animal et meurent les uns après les autres. Jenkins montre un côté machiavélique. Il ne fait aucune concession et est prêt à tout pour démontrer sa théorie. Je fais une digression. Daudet se fait sans doute l'écho d'un projet polémique à l'époque où il écrivait le roman. Anne-Claire Lauzier (2011) met en évidence la controverse que suscitait ce problème au sein du monde de la médecine. Ce sont les nouveau-nés syphilitiques qui vont servir de cobayes à cette étrange expérience.

Jenkins trouve alors en Jansoulet les fonds nécessaires pour mettre en marche ce projet. Il est nommé Chevalier et reçoit la croix de la Légion d'honneur alors qu'elle était destinée au Nabab. Son professionnalisme laisse à désirer. Connaissant l'emprise du médecin sur son patient, il n'hésite pas à abuser de sa position. Daudet dénonce les pratiques frauduleuses qu'il emploie. En ce qui concerne sa vie familiale, celle-ci a beaucoup de zones d'ombres. Aux yeux de tous, c'est un homme vertueux mais la réalité est bien différente. Sa femme légitime est enfermée dans une maison de santé en Angleterre. Avec Mme Jenkins ils forment le couple idéal aux yeux de la société parisienne. Il s'est servi de cette honnête femme pour donner cette image d'homme sérieux. Puis finalement, il a tenté d'abuser de Félicia alors qu'elle était adolescente. Cette dernière n'a pas pu s'en remettre.

Le marquis Monpavon représente l'aristocrate ruiné au jeu et aux spéculations. Personnage indolent, il ne lui reste plus qu'à tirer profit de la véhémence du Nabab pour se parisianiser, car il s'avère être un bon exemple, et à lui soutirer de l'argent pour payer ses dettes. Il ne lui reste plus que son image soignée et ce port aristocratique qu'il s'efforce de montrer tous les jours. Son seul ami est le duc de Mora. Lorsque la vie de celui-ci s'éteint, il mettra fin à ses jours dignement.

Schwalbach, marchand de tableaux, et Bois-l'Héry, qui vend des chevaux au Nabab, n'éprouvent aucun scrupule à abuser effrontément de la bonne foi de celui-ci. Cardailhac, directeur de théâtre, fameux surtout pour ses faillites a réussi à convaincre le Nabab de devenir commanditaire. Daudet nous introduit également

dans le milieu financier à l'époque où la banque se renouvelle. Il décrit toutes ces manœuvres douteuses et malversations de fonds qui ont lieu à la Caisse territoriale. Elle est en pleine banqueroute. Panganetti va faire appel au Nabab pour renflouer la Caisse territoriale. Ce serait une bonne affaire pour le Nabab, puisque le moment venu il pourrait l'aider à obtenir un poste politique en Corse. Le monde du journalisme est également ébranlé à travers le journaliste Moëssard. Il fait preuve de manque d'éthique et se vend au meilleur offrant. Il n'hésite pas à déverser des rumeurs sur la vie personnelle du Nabab, ou plutôt de son frère, tout en sachant que c'est faux, lorsqu'il refuse de continuer à céder à ses chantages.

Le monde des domestiques est aussi dénoncé. Ils habitent avec leurs maîtres et sont au courant de l'intimité de la maison. Ils ne se gênent pas pour propager des rumeurs et des informations qu'ils connaissent sur leurs maîtres et vont même à y mettre un prix.

On entrevoit également le monde des artistes à travers Félicia Ruys. Elle a grandi dans l'atelier de son père, endroit pittoresque où se réunissait le monde de la bohème et des modèles. Elle représente la femme révoltée qui revendique son émancipation, cependant le personnage n'est pas assez fort et succombe à la fin à Jenkins.

Les coulisses d'un pouvoir légitime qui se veut démocratique sont mises à nu. Les élections découvrent des manœuvres irrégulières pour obtenir plus de voix : pots-de-vin, gratifications économiques, chantages, manque de transparence, etc. Ces manœuvres étaient assez courantes à l'époque, c'est ce qu'allègue le Nabab, en outre il se défend de ces accusations en disant qu'il n'était au courant de ce que faisaient les délégués de sa campagne.

C'est toute la mesquinerie humaine et la décadence de la société de la Babylone moderne que l'auteur a voulu dénoncer. Finalement Jansoulet réussit à sauver la situation grâce à l'aide de Paul de Géry, mais le coup moral s'avère très dur à accepter. Jansoulet ne comprend pas la société parisienne qui s'est ruée sur lui aussi bien pour lui demander des services que pour l'abattre. Le Nabab meurt dans les coulisses de son théâtre frappé par le spectacle qu'il a vu dans la salle.

Bernard Jansoulet étendu au milieu de ces épaves, son linge fendu sur la poitrine, à la fois sanglant et blême, était bien un naufragé de la vie, meurtri et rejeté à la côte avec les débris lamentables de son luxe artificiel dispersé et broyé par le tourbillon parisien. Paul, le cœur brisé, contemplait cela tristement, cette face au nez court, gardant dans son inertie l'expression de colère et bonne d'un être inoffensif qui a essayé de se défendre avant de mourir et n'a pas eu le temps de mordre. (*Le Nabab* : 850)

8.4 *Les Rois en exil (1879)*

Publié en feuilleton dans *Le Temps*, du 15 août au 10 octobre 1879, la genèse de ce roman reste assez diffuse dans le temps ainsi que le sujet du roman, qui a du mal à se profiler. C'est l'histoire d'une désillusion vécue sur deux dimensions différentes, d'un côté la désillusion d'une reine déçue et de l'autre côté, celle d'un fervent royaliste d'origine roturière qui va être confronté à la réalité de la monarchie. Cette fois-ci le sujet est complètement étranger à Daudet. S'impose alors une enquête minutieuse et les précieux conseils d'Edmond de Goncourt à qui l'auteur dédiera ce roman, « à l'historien des reines et des favorites ».

La famille royale d'Illyrie et Dalmatie précipitée à l'exil se retrouve à Paris comme tant d'autres familles royales à l'époque. Les souverains, la reine Frédérique et le roi Christian II, forment un couple très dépareillé. Frédérique a été élevée pour devenir reine et pour être toujours digne de porter la couronne. Pendant son exil, elle va toujours garder l'espoir de récupérer le trône, ne serait-ce que pour y voir son fils Zara. Une fidélité indubitable va la rattacher à son peuple. Cependant le roi n'a jamais eu vocation à régner car la couronne lui a toujours paru très lourde à porter. Grâce à cette trêve parisienne il va s'affranchir du joug de la couronne.

Si bien au début ils pensaient que la fièvre républicaine de leur peuple serait momentanée, ils vont bientôt se rendre à l'évidence que leur séjour à Paris va se prolonger plus longtemps que prévu. Ils s'installent à Saint-Mandé malgré les réticences de Christian qui a déjà commencé à savourer les plaisirs de la capitale et trouve que c'est un peu retiré. Tom Lévis entre en scène, il va

s'occuper de leur trouver une maison et de la décorer, le tout moyennant une commission excessive. Tom Lévis est un homme mystérieux, entre usurier et escroc, il contrôle le marché parisien et soudoie les domestiques et fournisseurs. Il trouve dans le malheur de ces découronnées, étrangers à la vie parisienne, une situation avantageuse pour augmenter sa fortune.

Christian ne résiste pas à la vie mondaine de la capitale. Il devient un *high lifeur* des plus débauchés en s'intégrant si naturellement aux plaisirs parisiens. Et le chic du chic, il s'affuble même d'un surnom, Rigolo ! Malheureusement, ces excès mondains ne sont pas à la portée d'un roi en exil à petite fortune. L'argent va bientôt faire défaut.

Pendant ce temps, Elysée Méraut, un ardent royaliste qui ambitionne « de faire un roi de son génie, comme un écrivain fait son œuvre » (*Les Rois en exil* : 888), devient le précepteur du dauphin, Zara. Il incarne la voix du peuple qui croit en la restauration de la monarchie. La Reine retrouve chez Elysée, chez ce fils de tisserand, l'ardeur que son mari n'a jamais possédée pour se battre et pour s'ériger comme souverain à la tête de son pays. C'est l'ironie du destin !

Commence alors la chute de Christian, elle sera sans retour à mesure qu'il s'égarera dans son comportement de débauche de plus en plus retentissant dans la société. La reine toujours à sa place, ne lui fait aucun reproche. Elle lui demande de préserver la couronne de tout scandale afin de ne pas la souiller lorsque leur fils la portera.

« On parle beaucoup », dit-elle gravement, sans le regarder, « d'une histoire scandaleuse où se trouve mêlé votre nom... Oh ! Ne vous défendez pas. Je ne veux rien entendre de plus... seulement, songez à ceci dont vous avez la garde. (Elle lui montrait la couronne aux rayonnements voilés dans sa boîte de cristal.) Tâchez que la honte ni le ridicule ne l'atteignent... Il faut que votre fils puisse la porter. » (*Les Rois en exil* : 926)

Le roi fait la fête, collectionne les maîtresses, parmi lesquelles la dame d'honneur de la reine, et met en jeu la couronne lorsqu'en état d'ivresse ne peut se montrer devant la délégation royaliste de

la Diète, déplacée pour réitérer son soutien au roi. Désormais la couronne lui importe très peu.

Il marchande comme un vulgaire commerçant les croix et les cordons royaux, et va même jusqu'à vendre les pierres de la couronne. Rien n'arrête la descente aux enfers de ce jeune homme faible qui n'est pas fait pour régner. C'est la femme de Tom Lévis, de connivence avec ce dernier qui termine de précipiter sa descente. Le roi devait être à la tête d'une expédition préparée par la reine et Méraut pour reprendre le pouvoir. Le peuple était prêt. Christian avait une chance de se montrer digne aux yeux de la reine et de ses sujets, ainsi que de faire table rase sur ses dettes. Malencontreusement, dans le train qu'il prend pour se rendre à Marseille se trouve Séphora, qui a l'intention de le retarder dans cette expédition et de la saboter. Ils s'arrêtent à Fontainebleau et passent une journée ensemble. Séphora a le temps d'avertir sa bande, et provoque l'échec de la croisade militaire. Lorsque le soir Christian reprend le train et arrive à Marseille, il ne peut pas aller au-delà. La fin est tragique. Son insouciance a conduit ses fidèles royalistes à la mort.

Toujours dans le dessein de préserver la couronne, il ne reste plus qu'une seule issue possible à ce grand fiasco pour la sauver : Christian II doit abdiquer en faveur de son fils, le roi Léopold V. La reine est soulagée et finalement libérée de ce roi insouciant. Christian va retrouver Séphora qui commence à s'inquiéter de l'argent investi. Lorsqu'elle apprend l'abdication, sans aucune compensation économique, elle le met à la porte.

La reine et Méraut partagent de plus en plus de moments et une certaine intimité s'est installée entre eux. Un accident fatidique va venir troubler cette quiétude tant convoitée. Méraut blesse de manière fortuite le jeune Léopold lorsqu'il essaye son arme. L'enfant perd l'œil droit et Méraut est chassé sur-le-champ. La santé de Méraut commence à décliner. Les années de bohème, l'imprévoyance, les excès, ses travaux exténuants, etc., tout a finit par affecter sa santé. Par ailleurs ce double coup moral, son « œuvre », Léopold V (nom de Zara), qu'il a détruite et la séparation de la reine lui sont insupportables. Il n'a pas envie de continuer à se battre. Léopold V, accompagné de sa mère, vient lui dire adieu, elle lui pardonne. Méraut s'en ira avec la foi royaliste intacte.

Un dernier coup fatidique du destin qui s'obstine à l'abolition des monarchies, spécialement en Illyrie, Léopold V peut devenir

aveugle. La reine se rend chez le docteur Bouchereau qui lui conseille de ne pas opérer l'enfant, sa constitution frêle n'y survivrait pas. En refusant l'opération, elle renonce au trône car un souverain infirme ne peut pas régner. Entre l'enfant et le royaume, elle devient mère avant tout.

« Oh ! Madame... Si j'avais su...

— Ne vous excusez pas, dit Frédérique déjà plus calme, je suis venue ici pour entendre la vérité, cette vérité que nous n'avons jamais, nous autres, même en exil... Ah ! Monsieur Bouchereau, que les reines sont malheureuses. Dire qu'ils sont là tous à me persécuter pour que je fasse opérer mon enfant ! Ils savent pourtant bien qu'il y va de sa vie... Mais la raison d'État !... Dans un mois, quinze jours, peut-être plus tôt, les Diètes d'Illyrie vont envoyer vers nous... On veut avoir un roi à leur montrer... Tel qu'il est là, passe encore ; mais aveugle ! Personne n'en voudrait... Alors, au risque de le tuer, l'opération !... Règne ou meurs... Et j'allais me faire complice de ce crime... Pauvre petit Zara !... Qu'importe qu'il règne, mon Dieu !... Qu'il vive, qu'il vive !... »
(*Les Rois en exil* : 1123)

8.5 *Numa Roumestan* (1881)

D'après la notice de Roger Ripoll qui accompagne l'édition de la Pléiade, nombreux critiques de l'époque prétendent voir derrière le personnage polémique de Numa Roumestan un homme politique de l'époque tandis que, Edmond de Goncourt pense même y retrouver le propre Alphonse Daudet. Le romancier nie dans *l'Histoire de mes livres* la référence aux hommes politiques.

Dans ce roman, il a voulu confronter deux caractères, le Nord et le Midi, représentés principalement par le couple, Numa et par Rosalie, qui ressemble de près à celui d'Alphonse et Julia. Lui-même, au sein de son couple, a éprouvé des difficultés comme conséquence de leurs natures si différentes. Il s'en serait plus ou moins inspiré pour façonner ce couple fictionnel si mal assorti. Toutefois il reconnaît que *Numa Roumestan* est le roman « où [il a] mis le plus d'invention au sens aristocratique du mot » (*Numa*

Roumestan : 227). Il est publié en feuilleton dans *L'Illustration* du 14 mai au 16 juillet 1881, puis il sera publié chez Charpentier cette même année.

Comme tous les ans lors des vacances estivales, Numa, député à la tête de la droite légitimiste retourne dans son pays, le Midi. Il est accueilli avec les honneurs d'un grand homme d'état. C'est lui la grande vedette régionale et tous les Méridionaux se retrouvent lors de la fête des comices pour rendre hommage à ce fils prodige, qui se révèle aussi prodigue de bonnes paroles. Il est accompagné de sa femme, Rosalie, et de sa belle-sœur, Mlle Hortense. Rosalie a du mal à dissimuler son malaise en présence des Méridionaux qu'elle a appris à connaître à travers son mari. Elle, femme du Nord, n'aime pas ces effervescences dont font preuve ces gens, qu'elle trouve excessifs.

Rosalie, malgré ses réticences initiales envers les gens du Midi, avait succombé au charme de ce beau parleur qu'était Numa. La vie commune n'avait pas été facile. C'étaient deux êtres très différents. Numa avait une conception traditionnelle du rôle et la place de la femme qui choquait Rosalie, qui avait grandi dans une ambiance plus libérale. Ce qu'elle supportait dans un premier temps allait devenir insupportable au fur et à mesure que le masque tombait et que l'amour diminuait. Elle tolérait de moins en moins les débordements dans le comportement de son époux, ses exagérations et ses mensonges. Numa négligeait son foyer, son épouse, mais maintenait une vie extérieure pleine de complaisance. Un jour d'été peu après leur mariage, Rosalie se trouvait à Orsay. C'était là que les Le Quesnoy passaient la saison d'été. Elle était alors enceinte de 5 mois et préparait la layette de son enfant. Un jour, elle se rendit à Paris pour récupérer un modèle qu'elle avait oublié, elle pensait que c'était une bonne idée de surprendre son mari. Malheureusement, ce qu'elle vit la consterna. Son mari n'était pas seul. Le coup fut terrible, elle perdit l'enfant qu'elle attendait. Elle lui pardonna mais la confiance était brisée.

Toujours au concours régional des arènes d'Als, le premier tambourinaire de Provence, Valmajour fait la connaissance de Numa. Mlle Hortense est tout de suite sous le charme du tambourinaire. Numa ne peut s'empêcher de l'enhardir à aller à la capitale, il aurait, d'après lui, la fortune assurée. Sans mesurer la possible portée de ses propos, Numa ne cesse d'insister pour qu'il vienne à Paris, il lui suggère même de se défaire de toutes ses

propriétés, car il est certain que sa fortune serait assurée à la capitale.

L'été terminé, ils rentrent à Paris, le cours de la vie reprend normalement. Numa se partage entre la Chambre et son cabinet d'avocat, où Méjean, son homme de confiance, s'occupe de gérer toutes les affaires. Par un coup du destin, Numa est nommé ministre de l'Instruction publique. Le jour même de sa nomination, le cabinet se remplit de gens pressés de se retrouver parmi les premiers à montrer leur soutien au nouveau ministre. Parmi ces gens-là, se trouve le tambourinaire Valmajour qui, suivant les conseils de son compatriote, a décidé de vendre toutes ses propriétés et de se rendre à Paris avec toute sa famille pour faire fortune. Ce soir-là, le nouveau ministre le congédie rapidement, mais Valmajour va retourner tous les jours au cabinet de Numa, puis au ministère, puis à la gare Saint-Lazare où le ministre prend le train pour se rendre à Versailles. Les nouvelles fonctions du ministre l'accablent et il n'a pas le temps de s'occuper du fâcheux quémandeur. Rien que sa présence lui rappelle la dette contractée avec le tambourinaire qui ne baisse pas les bras.

Deux mois se sont écoulés à Paris et la famille des Valmajour désespère. Le manque d'argent commence à se faire sentir. Audiberte, la sœur du tambourinaire, plus dégourdie que son frère et connaissant parfaitement la valeur des mots des Méridionaux, décide de prendre en main l'affaire. Elle pense trouver en Mlle Hortense la brèche à travers laquelle se faufiler pour arriver à ce grand homme. En effet, c'est elle qui va insister auprès de Numa pour qu'il aide le tambourinaire.

Parmi les nombreux solliciteurs du nouveau ministre, se trouve Mlle Bachellery. Elle fait appel à lui pour qu'il intercède dans le programme du premier concert, elle veut figurer au premier rôle. La jeune femme, pas si innocente qu'elle le prétend, réussit à duper le ministre qui est tout de suite séduit. Elle obtient donc le premier rôle. Elle ne sera pas la seule à débiter dans la soirée de l'Instruction publique, Valmajour est l'autre vedette attendue. La soirée s'avère être un véritable fiasco spécialement pour Mlle Bachellery. Cependant beaucoup d'invités se sont rendu compte de l'enjeu de la cette délicate situation et n'osent pas avouer ce qu'ils pensent vraiment de la prestation. Valmajour passe en dernier. Les convives sont ennuyés par le ridicule du spectacle auquel ils viennent d'assister. Toutefois, ils se montrent plus cléments envers Valmajour qui met la note pittoresque à la soirée. Le tambourinaire

s'y méprend et pense qu'il a réellement triomphé, son caractère méridional refait surface grossi par un tout nouvel égo d'artiste.

On lui avait dit que le directeur de l'Opéra voulait lui faire des propositions. Il le guettait de loin, ayant déjà des jalousies d'acteur, s'étonnait qu'on pût s'occuper si longtemps de cette petite chanteuse de rien du tout ; et, plein de sa pensée, il ne prenait pas la peine de répondre à la belle jeune fille arrêtée devant lui, son éventail aux mains, dans cette jolie attitude demi-audacieuse que donne l'habitude du monde. Mais elle l'aimait mieux ainsi, dédaigneux et froid pour tout ce qui n'était pas son art. (*Numa Roumestan* : 102)

Audiberte fréquente assidument le foyer des Le Quesnoy. Elle ménage la naïve Hortense qui se sent de plus captivée par cet univers méridional. Rosalie, réfractaire à tout ce qui vient du Midi, a dû mal à garder son sang froid devant elle.

Mme Le Quesnoy s'inquiète de la santé d'Hortense et se confie à sa grande fille, Rosalie. On lui a conseillé d'aller aux eaux d'Arvillard, ce qui serait aussi l'occasion de l'éloigner de la perfide Audiberte. La mère ne peut s'empêcher de se rappeler des moments angoissants de son fils André, décédé à l'âge de 20 ans, alors que lui aussi était apparemment en bonne santé. Elle appréhende de revivre à nouveau ce malheur. Rosalie la rassure et confie à sa mère un secret que même son mari ignore : elle est enceinte.

À Arvillard, Hortense rencontre Mlle Bachellery envers laquelle elle ressent une énorme méfiance. Elle retrouve également le docteur Bouchereau qui s'était occupé de son frère. Plus tard, Numa se rend à Chambéry pour poser la première pierre du nouveau lycée, il s'arrête à Arvillard.

Des nouvelles arrivent de Paris. Le début de Valmajour à l'Opéra s'est révélé on ne peut plus désastreux. *Le Messager* signale comme responsable de cet aberrant spectacle le ministre, « c'est lui qui nous a rapporté de sa province ce bizarre et sauvage galoubet, ce mirliton de chèvres... » (*Numa Roumestan* : 137). Cette nouvelle chagrine profondément Hortense. D'un geste irréfléchi, elle lui envoie son portrait avec un mot dans lequel elle lui

déclarait son amour. Mère et fille quittent la ville d'eau, elle se croit guérie. Numa décide de rester, il n'a pas terminé ses affaires.

Il n'y a pas que le nouveau lycée qui a attiré Numa dans cette région, c'est surtout Mlle Bachellery qui détermine cet arrêt. Depuis leur première rencontre, Numa s'est épris de la jeune artiste. Il avait beau fréquenter la maison, l'aider dans sa carrière ou la combler de cadeaux, ce n'était jamais assez pour cette jeune femme qui savait exactement ce qu'elle voulait de Numa.

Rien de plus énervant que ce jeu. Il ne tenait qu'à Numa de le faire cesser en donnant à la petite ce qu'elle demandait, sa nomination de première chanteuse à l'Opéra, un traité de cinq ans, de gros appointements, des feux, la vedette, le tout stipulé sur papier timbré, et non par la simple poignée de mains, le « topez là » de Cadaillac. Elle n'y croyait pas plus qu'aux « J'en réponds... c'est comme si vous l'aviez... » dont Roumestan depuis cinq mois essayait de la leurrer. (*Numa Roumestan* : 130)

Enfin à Arvillard, il cède et lui présente le contrat. Elle devient sa maîtresse et leur relation continue à Paris, où il mène une double vie impudemment. D'un côté il s'émeut en parlant de son enfant à naître et, de l'autre côté, l'infidélité conjugale semble le combler.

À Paris, Audiberte parle sans détours à Hortense. Elle veut précipiter les événements, puisqu'elle s'est compromise avec son frère, il faut qu'elle le présente à ses parents. Cependant Hortense ne retrouve plus en lui ce qui l'avait éblouie. Audiberte insiste pour qu'elle aille au skating où son frère va jouer. Hortense accepte car elle garde l'espoir de retrouver le Valmajour qu'elle avait rencontré dans le Midi. Elle s'y rend, à l'insu de ses parents. Elle a du mal à dissimuler le dégoût que lui provoque ce qu'elle voit. À nouveau le spectacle est grotesque.

Son état de santé s'aggrave, elle ne peut plus voir personne, même pas Audiberte. La photo qu'elle a envoyée à Valmajour la tourmente et elle voudrait la récupérer. Elle demande à sa sœur de l'aider. Pour cette mission, Rosalie envoie Méjean. Il offre 10 000 francs à Audiberte, 5 000 de Numa, qui se sentait en partie responsable de la mésaventure des Valmajour, et 5 000 de Rosalie

pour récupérer le portrait. Finalement, après un léger contretemps dû en partie à la rapacité d'Audiberte, ils récupèrent le portrait.

Cependant, c'est qu'elle a les dents longues et une rancœur féroce aux femmes du Nord, cette Audiberte. Elle ne peut s'empêcher de faire encore plus de mal. Elle envoie un billet à Rosalie qui apprend ainsi l'infidélité de son mari. Elle le quitte et se réfugie chez ses parents, qui lui conseillent de ne pas se séparer. Numa ne veut pas de scandale, ceci nuirait sa carrière politique. Toutefois, Rosalie est déterminée. Pour la faire changer d'avis, M. Le Quesnoy autorise sa femme à révéler à leur fille son infidélité. Ce n'est plus une question de Nord-Sud, elle découvre que c'est intrinsèque à la condition d'homme, et que la femme doit se résigner.

Son père qu'elle admirait tant, qu'elle plaçait au-dessus de tout autre, le magistrat intègre et ferme !... Mais qu'était-ce donc que les hommes ? Au Nord, au Midi, tous pareils, traîtres et parjures... Elle qui n'avait pas pleuré pour la trahison du mari, sentit un flot de larmes chaudes à cette humiliation du père... Et l'on comptait là-dessus pour la fléchir !... Non, cent fois non, elle ne le pardonnerait pas. Ah ! c'était cela, le mariage. Eh bien, honte et mépris sur le mariage ! Qu'importaient la peur du scandale et les convenances du monde, puisque c'était à qui les braverait le mieux. (*Numa Roumestan* : 194)

L'état de sa sœur s'aggrave. Elle l'accompagne dans le Midi. Elle promet à ses parents de renoncer à tout procès. Numa en est soulagé et aussitôt qu'il apprend la nouvelle décide de se rendre rue de Londres retrouver sa maîtresse, qu'il n'avait plus revue depuis le malencontreux jour. L'histoire se répète, maintenant c'est Numa qui est trompé : il découvre la jeune femme dans les bras de son secrétaire Lappara.

Il rentre aussitôt rue Grenelle, au ministère. On lui apprend une mauvaise nouvelle : Hortense est mourante. Elle demande à le voir. Numa se rend dans le Midi au chevet de l'agonisante. Elle fait promettre à sa sœur de rester à côté de Numa. Elle les fait même s'embrasser « comme lorsque quand on s'aime » (*Numa Roumestan* : 206).

Le roman termine avec le baptême du petit Roumestan. Une pluie de question agite Rosalie concernant l'enfant. Sera-t-il comme son père ? Beaucoup d'incertitudes concernant l'avenir de l'enfant, mais le roman, lui, termine par une certitude poignante concernant cette race méridionale que lui a causé tant de douleurs, « joie de rue, douleur de maison... » (*Numa Roumestan* : 214).

8.6 *L'Évangéliste* (1883)

L'Évangéliste est sans doute l'un des romans daudétiens avec une approche naturaliste incontestable. Il paraît dans *Le Figaro* en feuilleton, du 6 décembre 1882 au 9 janvier 1883, puis chez Dentu où il sera publié en volume. C'est la vie quotidienne médiocre qui est mise en avant. Il ne s'agit plus de rois déchus, ni d'entrepreneurs courageux, ni de personnages en évolution, bien loin de là. D'emblée ces personnages se montrent dans une situation stable, puisqu'elle s'apparente à la plénitude d'une vie, même si celle-ci reste fade. Les aléas de la vie ont été déclinés sous toutes leurs formes, mais à ce moment de leur vie où commence le roman, ils sont bien loin et surmontés. Il ne reste plus qu'à continuer à vivre. À partir de là, un seul dénouement viendrait compléter cette vie paisible à laquelle les personnages se sont plus ou moins résignés : le mariage de Lorie, jeune veuf avec des enfants, et d'Éline, qui serait une épouse et mère aimantes.

En suivant le sillage du naturalisme, où prédomine l'observation des personnages, puissamment marqués par leur hérédité bien définie, agissant dans un milieu donné, Daudet analyse la nature féminine avec une rigueur quasi scientifique à l'instar de Zola, évidemment toute proportion gardée. Léon Daudet (1940 : 135) signale que lors de la création de ce roman, Daudet s'entretenait avec Charcot à propos de son livre, d'ailleurs le livre lui sera dédié. Les études sur la nature féminine et plus précisément sur l'hystérie étaient très à la mode à l'époque. Certains critiques tels que Sarcey, cité dans la notice de *L'Évangéliste* par Roger Ripoll (*L'Évangéliste* : 1126), regrettent ce manque de rigueur lors de l'explication de ce processus psychologique.

En outre, *L'Évangéliste* est une histoire vraie, à l'instar de celle de Raoul (*Jack*), Mme Ebsen a bel et bien existé et a perdu sa fille bien-aimée au détriment du fanatisme religieux. Mme Ebsen n'est autre que Mme Lima, professeure d'allemand de Léon Daudet. Sa fille est tombée sous l'emprise d'une secte religieuse à la tête de laquelle se trouvait la femme d'un banquier. D'après son fils Lucien, il s'avérait impossible d'entabler toute démarche judiciaire contre cette femme, compte tenu de l'influence que ces « sectes » exerçaient à l'époque.

Avant même de voir dans ce triste récit un sujet de roman, Alphonse Daudet y voit une cause à défendre, cette mère malheureuse à venger. Personne n'a consenti à s'occuper d'elle, eh bien, lui, allait mettre à sa disposition ce qu'il avait en lui de plus efficace, son talent. Et puis, on verrait bien. (*L'Évangéliste* : 160)

Ce fut un roman très acclamé par les critiques littéraires qui reconnaissaient dans cette œuvre un roman très accompli et de grande actualité, qui s'était fait l'écho d'un sujet très controversé à l'époque, le fanatisme religieux. Évidemment, il fit de la polémique dans les milieux religieux, comme dans le milieu protestant.

Le roman débute *in medias res*. Mme Ebsen et sa fille, Éline rentrent du cimetière de Montmartre. Elles viennent de perdre la grand-mère, pilier de ce matriarcat composé par trois générations de femmes. Elles en sont bouleversées. À la mort de son gendre, la grand-mère, la vieille Danoise, avait pris les rênes de la maison. Sa fille Élisabeth Ebsen donnait des leçons à domicile, tandis qu'à la maison, elle réalisait des travaux au crochet. Elles arrivaient à vivre confortablement.

Au-dessous, habite Lorie-Dufresne, avec ses deux enfants. Ils ont récemment emménagé dans l'immeuble des Ebsen, rue Val-de-Grâce. La vie n'a pas été tendre avec cette famille. Fonctionnaire sous l'Empire, il avait été nommé en Algérie afin de pouvoir garder son poste, il fut désigné sous-préfet. Les années passent, sa femme tombe malade, le climat du pays affecte gravement sa santé. Il faut retourner en France et demander le changement. Le préfet Chemineau lui conseille d'attendre qu'il soit là-bas, ainsi il pourrait assurer son retour à la métropole. Sa femme part seule se récupérer à Amboise, mais elle était très malade. Lorie pour

précipiter le rapprochement familial décide de se rendre au ministère. Il réussit à s'entretenir avec le ministre et lui explique l'urgence du rapatriement. Le ministre compatit et lui assure que, dès qu'il y aura un poste vacant, il pensera à lui. Il va voir sa femme qui est de plus en plus malade. Le lendemain, il apprend par *L'Officiel* qu'il y a bien eu des changements, il a été révoqué. Il se rend au ministère, mais il n'est pas tout de suite reçu. Quelques jours après, il est reçu, mais par Chemineau. Il reste abasourdi. La révocation est ferme mais il lui conseille de passer de temps en temps au ministère pour voir s'il y a quelque chose pour lui. Il rentre à l'hôtel et trouve une dépêche d'Amboise, sa femme va mourir.

Mais il eut beau se presser, quelqu'un courut devant, qui allait encore bien plus vite ; et quand il arriva, sa femme était morte, morte seule, entre les deux Gailleton, loin de tout ce qu'elle aimait, avec l'angoisse du lendemain pour ces pauvres chers êtres dispersés. Ô politique sans entrailles.
(*L'Évangéliste* : 243)

Lorie demande à Sylvarine, la bonne, de tout liquider à Cherchell et de venir le rejoindre avec les enfants à Paris. Les débuts sont très difficiles pour Lorie qui peine à trouver un travail. Finalement il en trouve un comme copiste. Ils quittent l'hôtel où ils logeaient et emménagent rue Val-de-Grâce.

Au début, les Lorie-Dufresne mènent une existence très mystérieuse. Tout en maintenant des relations cordiales avec leur voisinage, ils évitent de donner des explications de peur que l'on ne découvre la gêne financière dans laquelle ils vivent. De façon fortuite, Éline découvre les conditions lamentables de vie des Lorie-Dufresne. À partir de ce jour-là, leur vie change. Elle leur apporte des meubles et arrange leur appartement de façon à y retrouver un foyer. Elle décide de s'occuper de l'instruction de la petite Fanny. Peu à peu et de façon naturelle, les deux ménages atypiques se rapprochent

Tout semble aller pour le mieux jusqu'à l'entrée en scène de Mme Autheman, la femme du fameux banquier. Elle envoie Anne de Beuil chez les Ebsen pour faire appel aux services de traductrice d'Éline. C'est un livre de prières qu'il faut traduire. La jeune femme est sidérée par le contenu du livre. Sa première réaction est de ne

pas accepter le travail, car il pourrait tomber entre les mains de jeunes filles fragiles et pourrait bouleverser leur vie. Cependant, elle ne peut pas refuser l'argent que ce travail rapporterait.

Une fois la tâche terminée, elle se rend chez Mme Autheman pour lui remettre le livre traduit. Avant de partir, Mme Autheman qui s'est tout de suite rendu compte de la nature complaisante d'Éline, lui pose la question fatidique qui allait la tourmenter.

« Au moins », dit-elle à Éline bien en face, aiguisant et dardant ses yeux clairs, « au moins, a-t-elle connu le Sauveur avant de mourir ?... »

Lina troublée ne sut que répondre, incapable de mensonge, même si la présidente n'eût pas semblé au fait des moindres détails de leur vie. C'est vrai que grand-mère n'était pas pratiquante. Dans la dernière année surtout, soit indifférence, soit crainte superstitieuse, elle ne parlait jamais de religion, cramponnée au matériel de sa pauvre existence prête à lui échapper. Puis cette fin subite, presque foudroyante, le pasteur arrivant quand tout était fini, la dernière parure faite, les draps blancs repliés sur le corps froid... non, on ne pouvait pas dire que grand-mère eût connu le Sauveur avant de mourir. (*L'Évangéliste* : 271)

Mme Autheman possédait à Petit-Port une propriété, elle en avait fait un centre d'évangélisation qui avait troublé la vie de ses habitants. Elle avait fait de Petit-Port un village modèle de son église réformée, Port-Sauveur. Il se convertit en un véritable centre de propagande auquel il était très difficile de résister. Elle s'était dévouée corps et âme à mettre en place son œuvre : un centre de formation pour ses « ouvrières », un temple et des écoles évangéliques où elle attirait les villageois. Ces derniers plus pratiques que spirituels acceptaient cette nouvelle foi qui leur garantissait la protection des Autheman, formation pour les enfants, une clientèle régulière et même de l'argent. Peu de personnes résistaient aux commodités que leur offrait Mme Autheman. Toutefois quelques naïfs s'acharnaient à ramener les brebis égarées au bercail.

Dans son ardeur, sœur Octavie ne ménageait pas ses paroles, ne se contentait pas de ridiculiser Mme Autheman

et son prêche, mais portait encore contre elle les accusations les plus graves, comme de séquestrer les enfants, d'user de toute sorte de violences, drogues et maléfices, pour les forcer à abjurer leur religion. [...]

Le curé, lui, garda son poste, vécut dans son coin, prêchant devant une église vide, restant quand même en rapports de politesse avec les Autheman qui lui envoyaient du gibier au temps de chasses. « Ces gens sont trop forts... Il faut manœuvrer... » avait dit l'évêque ; et, dégagé par son supérieur de toute responsabilité, le bon curé pêchait ses chevennes et laissait couler l'eau. (*L'Évangéliste* : 294)

Mme Autheman invite Mme Ebsen et sa fille à se rendre à une réunion des Dames Évangélistes, au cours de laquelle *mistress* Watson devrait faire son témoignage public à l'Évangile. Éline, très impressionnable, se rend compte de l'erreur qu'elle a commise en se rendant à cette réunion, elle sait l'emprise que Mme Autheman a sur elle. Lorsque *mistress* Watson monte sur l'estrade, c'est un coup de théâtre ! On appelle Éline pour traduire les paroles de cette Anglaise. Au fur et à mesure qu'Éline traduit son témoignage, l'effet des fanatiques commence à agir sur la pauvre jeune femme.

Ah ! malheureuse mère, c'est son enfant qu'elle aurait dû regarder, ses joues qui s'allumaient d'un éclat de fièvre, ses yeux d'abord baissés sous leurs cils de soie claire et qui s'ouvraient brillants et fixes ; elle eût compris alors que cela se gagne, ces attaques mystiques, comme la crise nerveuse qui abat parfois sur leur lit d'hôpital toute une rangée de malades, et que cette démente, hagarde et flétrie, debout à côté d'Éline, l'effleurant de son geste, de son haleine chaude, lui passait à mesure un peu de sa folie contagieuse. (*L'Évangéliste* : 304)

Éline est fortement émue par cet appel de Dieu à cette malheureuse Anglaise. Il lui demande de renoncer à ses êtres chers si elle veut les sauver. Et si sa mère mourrait à cause d'elle ? Éline tombe peu à peu dans la mélancolie et reporte son mariage avec Lorie. Ces pensées sinistres l'obsèdent. Mme Autheman s'aperçoit qu'Éline a été touchée par ce « spectacle », elle va continuer à travailler pour la faire succomber à son Œuvre. Elle se rend chez les Ebsen. Elle veut employer Éline dans ses écoles, elle lui offre le

double de son salaire. Mme Ebsen, aveuglée par l'orgueil de recevoir cette visite et de voir sa fille travailler pour les Autheman, y consent sans en parler à Éline.

Cette dernière commence à travailler à Port-Sauveur. Elle commence à changer, se détache de tous les petits plaisirs de la vie. Elle est méconnaissable. Lorie recourt au pasteur Aussadon, il veut se convertir à la religion réformée, car c'est la condition *sine qua non* pour épouser Éline. Aussadon a peur de Mme Autheman. Il ne peut le prévenir du danger qu'ils encourent à cause de « cette morte vivante, [à] cette mangeuse d'âmes, froide comme la goule des cimetières... » (*L'Évangéliste* : 325)

Mme Autheman s'acharne davantage sur Éline qui résiste à la conversion, partagée entre l'amour qu'elle porte aux siens et la responsabilité de les sauver. Finalement elle prend la résolution de se consacrer à Dieu, « Dieu m'appelle, je vais à lui » (*L'Évangéliste* : 338). Mme Ebsen part à la recherche de sa fille, malheureusement Mme Autheman n'est pas prête à lui faciliter la tâche, elle lui dit qu'Éline est partie. Mme Ebsen sur un ton menaçant lui apprend qu'elle compte prendre des mesures légales, ce qui laisse Mme Autheman indifférente. Éline continue au château, où elle se retire pour entrer dans une sorte de noviciat pénible. Elle y subit un véritable lavage de cerveau. Mme Autheman se rend compte du danger de la présence de Mme Ebsen rôdant aux alentours de Port-Sauveur, c'est alors qu'elle précipite la sortie d'Éline de Port-Sauveur et la lance dans sa mission évangélique.

Mme Ebsen fait appel à de riches connaissances, mais elles refusent de se mettre à dos les Autheman. Même le célèbre avocat Raverand ne peut rien faire, puisque son verdict est clair, elle est atteinte d'une névrose religieuse. Il la dérive au docteur Bouchereau, le docteur daudétien par excellence. Personne n'ose se mesurer aux Autheman, l'enjeu est trop important. Même le pasteur Aussadon se débat entre son devoir et la peur des représailles.

Mme Ebsen se sent abandonnée de tous, seulement Lorie, avec qui elle est malheureusement unie par la même douleur de la perte, vient prendre de ses nouvelles de temps en temps. Finalement, le pasteur Aussadon décide depuis sa chaire de prêcheur de rendre justice à Éline. Il attaque, sans détours, l'œuvre de ce faux prophète et les crimes commis au nom de Dieu. À l'église, elle tient tête au pasteur, et s'apprête même à

communier alors que celui-ci a insisté sur le fait que seuls les repentants et ceux qui comptent corriger leurs fautes peuvent communier. L'affront est flagrant, Mme Autheman veut communier, mais le pasteur coupe net « Passez... vous êtes indigne... Il n'y a rien pour vous à la table du Seigneur... » (*L'Évangéliste* : 380).

À la fin du service, Aussandon se rend compte de l'envergure de son audace. Il se retrouve seul, ses fidèles lui ont tourné le dos. Les représailles vont commencer pour les proches des Ebsen, ainsi on apprend que Mme Ebsen va être placée dans une maison d'aliénés. Lorie décide de la cacher chez une amie pendant quelque temps. Romain a été destitué de l'écluse et Aussadon révoqué.

Peu à peu, Mme Ebsen commence à sortir de sa cachette et retourne de temps en temps à son ancienne demeure pour voir s'il y a des nouvelles. Un jour, la concierge lui dit que sa fille l'attend dans l'appartement. Mme Ebsen a du mal à y croire, elle se réjouit de l'avoir finalement à ses côtés et de reprendre la vie normalement, comme avant. Malheureusement tout cela n'est qu'un vil mirage ourdi par Mme Autheman. Elle a permis à Éline de revoir sa mère et de se montrer partout en sa compagnie afin de taire les mauvaises langues qui l'accusaient de l'avoir séquestrée. Une fois l'objectif atteint, Éline quitte sa mère pour ne plus jamais la revoir.

8.7 *Sapho* (1884)

Alphonse Daudet est au sommet de sa carrière littéraire et ce roman va le consacrer, non seulement à niveau national, mais aussi international.

Le retentissement de *Sapho*, en France, surtout à Paris comme à l'étranger, les commentaires auxquels ce roman donna lieu par son sujet comme par sa facture, firent alors de notre maison le centre de l'activité intellectuelle de la Capitale et il me serait impossible d'énumérer tous ceux qui défilèrent rue de Bellechasse 31, comme en été à Champrosay. (Daudet, 1940 : 169)

Comme nous avons déjà mentionné dans la biographie, Alphonse Daudet vit en concubinage, pendant les premières années à la capitale de façon intermittente, avec Marie Rieu. Ils cohabitent sous le même toit pendant quelque temps, puis le temps venu de se ranger, il l'abandonnera. Marie Rieu n'est autre que Fanny Legrand de *Sapho*. Lucien Daudet remarque l'animadversion de sa mère envers ce personnage, « qu'elle n'aimait pas mais dont elle savait que l'histoire deviendrait immortelle [...] » (Daudet, 1941 : 171). Il évite cependant de donner plus d'informations. Par ailleurs Léon Daudet, selon la notice de Roger Ripoll, survole l'affaire et c'est presque par un des plus purs hasards qu'apparaît l'idée de ce roman. Ses enfants n'ont pas voulu pénétrer dans cet épisode de la vie de leur père, ou bien tout simplement par pudeur, sans doute, ils n'ont jamais demandé des détails. Toujours est-il que des études ultérieures, notamment celle de J.-H. Bornecque, citée par Roger Ripoll dans la notice de *Sapho*, confirment qu'Alphonse Daudet se serait bien inspiré de sa liaison avec Marie Rieu pour écrire ce roman.

L'idée de ce roman tournait déjà dans la tête de cet auteur depuis environ deux ans, c'est à partir de la 2^e moitié de 1883 que Daudet développa ce plan initial. Il parut en feuilleton dans *L'Écho de Paris* du 16 avril 1884 au 28 mai 1884, curieusement le roman fut publié en librairie chez Charpentier, peu avant la dernière livraison dans *L'Écho de Paris*.

Dans l'atelier de Déchelette rue de Rome a lieu une fête travestie. Déchelette est un ingénieur qui passe presque toute l'année à l'étranger dans des chantiers de grands travaux et, en été, se rend à Paris inaugurant avec ses fêtes la saison estivale à la capitale. Jean Gaussin assiste à cette fête déguisé en *pifferaro*. C'est un jeune étudiant provincial qui prépare son examen pour entrer dans la carrière consulaire. Il est venu à cette soirée avec un autre étudiant, cousin d'un célèbre poète, La Gournerie, qui a écrit un recueil de poésies *Le livre de l'Amour* dont le titre rappelle celui des *Amoureuses*, d'Alphonse Daudet. Alors qu'il décide de quitter la fête, une femme déguisée en Égyptienne le fait changer d'avis, c'est Fanny Legrand. Ils montent dans un fiacre et vont passer la nuit chez le jeune homme, rue Jacob. Jean, de façon spontanée et adoptant un geste galant mal compris, décide de la porter dans ses bras jusqu'au 4^e étage, « toute leur histoire, cette montée d'escalier dans la grise tristesse du matin » (*Sapho* : 411).

Deux jours après, elle part, non sans lui avoir laissé sa carte. Il sait où la trouver, au 6 rue de l'Arcade. Jean n'ira pas la retrouver à son domicile. Il doit préparer son examen ministériel qui a lieu en novembre, il ne lui reste que 3 mois. Alors n'ayant pas de ses nouvelles, c'est elle qui se rend un soir chez lui, puis les soirs suivants. Jean commence à apprécier sa compagne, il la trouve plus distinguée que ses conquêtes de brasserie. Le weekend, ils fuient la capitale pour se distraire à la campagne où ils passent de bons moments à deux. Curieusement elle refuse de se rendre aux Vaux-de-Cernay, elle évite la rencontre des artistes.

Les escapades perdurent jusqu'en automne. Un jour à Ville-d'Avray, alors qu'ils sont en train de déjeuner, le sculpteur Caoudal s'invite à leur table, Fanny est tout de suite mal à l'aise. Ce soir-là, 3 mois après leur rencontre, Jean reste chez sa maîtresse pour la première fois. Il est surpris de cet intérieur confortable, mais il ne tarde pas à apprendre son origine : « Tout ce luxe amoureux en était souillé, dégradé d'un éclaboussement de taches sur de la soie ; et la femme salie aussi, au niveau d'autres qu'il avait méprisées auparavant. » (*Sapho* : 419).

Gaussin décide de la quitter. Malheureusement, Fanny n'est pas prête à le laisser partir aussi facilement, et tel un chien elle le suit implorant le moindre geste de sa part. Il reste ferme dans sa décision jusqu'au jour où il tombe malade et c'est Fanny qui s'installe à son chevet pour s'occuper de lui. Par ailleurs, elle ne sait pas où aller car elle a dû tout quitter.

Une fois guéri, ils s'installent rue d'Amsterdam, dans le même quartier de la gare Saint Lazare. L'installation en ménage constitue un véritable bonheur, spécialement pour Fanny. Elle assume à merveille le rôle de ménagère et se consacre corps et âme au bien-être de son amant. Celui-ci se laisse aimer. Il a découvert le bonheur égoïste qui lui assure les commodités d'un foyer et de l'hygiène conjugale. Pour Gaussin, c'est une relation commode qui peut se prolonger pendant 3 ou 4 ans, le temps de son stage. Après comme il devra partir à l'étranger pour poursuivre sa carrière consulaire, il l'abandonnera tout naturellement.

Un soir en rentrant à son domicile de faux ménage, un client, à une table d'une terrasse, le happe et l'invite à s'asseoir à sa table. C'est Caoudal avec Déchelette, revenu à nouveau pour la saison estivale à Paris. Une année s'est écoulée depuis le bal travesti où il a rencontré Fanny. Ils parlent de cette dernière. Jean se surprend

lui-même à la renier. Il a la confirmation que c'est bien elle, le modèle qui avait inspiré Sapho, nom qu'elle a conservé dans le milieu artistique. Il apprend également qu'elle a été la maîtresse de Caoudal, de La Gournerie et de tant d'autres, parmi lesquels un qui fabriquait des faux billets pour satisfaire son luxe et avait été condamné à une peine de 10 ans. Fanny prit 6 mois de prison. Jean est écœuré par tout ce qu'il vient d'apprendre.

En passant sur le marché de la Madeleine, il fut troublé par une odeur d'héliotrope, l'odeur préférée de sa maîtresse. Il pressa le pas pour la fuir, et furieux, déchiré, il pensait tout haut : « Ma maîtresse !... oui, une belle ordure... Sapho, Sapho... Dire que j'ai vécu un an avec ça ! ... » Il répétait le nom avec rage, se rappelant l'avoir vu sur les petits journaux parmi d'autres sobriquets de filles, dans le grotesque Almanach-Gotha de la galanterie : Sapho, Cora, Caro, Phryné, Jeanne de Poitiers, le Phoque... (*Sapho* : 431)

Blessé dans son orgueil, il décide de mettre fin à cette vie avilissante, mais ne sait pas très bien comment s'y prendre. Trop lâche pour affronter Sapho, il décide de lui écrire une lettre. Alors l'emportement du début laisse place à des sentiments opposés, d'un côté la fierté d'avoir une maîtresse de prestige dans le monde artistique, et de l'autre côté, la blessure d'une soi-disant trahison. Incapable d'écrire quoi que ce soit, il rentre à la maison et se couche à côté de Fanny. Au lieu de lui parler sans ambages de la rencontre avec Caoudal, Jean se plaît à la torturer avec son silence. Elle lui assure que ce passé est révolu, qu'elle est prête à tout pour qu'il la croie. Il lui fait brûler tous les souvenirs de son ancienne vie, « tout ce fatras de lettres d'amour, de portraits, ces archives galantes et glorieuses sauvées de tant de débâcles, il allait donc falloir s'en débarrasser ! » (*Sapho* : 434). Jean va même plus loin, il va même jusqu'à lire les lettres ! C'est tout le passé de Fanny qui est dévoilé et détruit par le feu, comme si la puissance purificatrice de ce dernier avait été prouvée dans les affaires de cœur. Peu à peu, c'est l'acceptation, les masques sont tombés, et Fanny se montre sous son vrai visage, celle d'une femme galante d'un grand passé amoureux.

Pudeur, réserve, à quoi bon ? Les hommes sont tous pareils, enragés de vice et de corruption, ce petit-là comme les

autres. Les appâter avec ce qu'ils aiment, c'est encore le meilleur moyen de les retenir. Et ce qu'elle savait, ces dépravations du plaisir qu'on lui avait inoculées, Jean les apprenait à son tour pour les passer à d'autres. (*Sapho* : 443)

Un jour, ils reçoivent une visite inespérée. C'est l'oncle Césaire qui s'est rendu à Paris pour récupérer les 8 000 francs qu'il a jadis prêté à un ami. En outre, un problème plus grave s'ajoute à cela, il veut s'entretenir avec le docteur Bouchereau sur la santé de sa belle sœur, la mère de Jean. Cette rencontre dérange spécialement Jean puisqu'il veut préserver sa famille de Fanny, rien que l'entendre prononcer les noms des siens l'indigne. Fanny se montre tout à fait charmante avec l'oncle Césaire et éprouve un intérêt spécial à apprendre des renseignements sur la famille. Lorsqu'il lui montre la photo de sa femme, Divonne, elle ne peut s'empêcher de se montrer jalouse. Divonne pour Fanny, le passé galant pour Jean, ces deux amants se déchireront dans des crises de jalousie.

Alors qu'on le croit parti, puisqu'il a récupéré la somme due et rencontré le docteur Bouchereau, l'oncle Césaire apparaît chez son neveu et lui apprend qu'il a perdu les 8 000 francs au jeu. Fanny pour le tirer d'embarras emprunte l'argent à Déchelette. Ceci ne sera pas sans conséquences.

Jean resta très fâché de cette aventure, sentant sa chaîne, déjà si lourde, se river de plus en plus, et se confondre deux choses que sa délicatesse native avait toujours tenue séparées et distinctes : la famille et sa liaison. À présent, Césaire mettait la maîtresse au courant de ses travaux, de ses plantations, lui donnait des nouvelles de tout Castelet ; et Fanny critiquait l'obstination du consul dans l'affaire des vignes, parlait de la santé de sa mère, irritait Jean d'une sollicitude ou de conseils déplacés. (*Sapho* : 453)

La cohabitation entre les deux devient de plus en plus insupportable. Des disputes puis des réconciliations jalonnent la vie de ce faux ménage : Fanny soucieuse de perdre son emprise sur Jean, et ce dernier, épuisé par cette relation.

Jean décide de passer Noël en famille dans le Midi, préoccupé par l'état de santé de sa mère. Il y trouve la façon de rompre

délicatement avec Fanny. Sa tante Divonne lui fait part de la difficile situation économique qu'ils traversent. Désormais Jean doit vivre avec ses appointements ministériels, par conséquent entretenir cette liaison n'est plus envisageable. Loin d'avoir l'effet escompté, Fanny trouve un travail dans un hôtel, comme gérante, elle ne vivra plus aux dépens de Jean.

De retour à Paris, il s'étonne de voir que le travail a changé Fanny. L'hôtel dans lequel elle travaille appartient à Rosario Sanchez, une demi-mondaine à beauté fanée, qui a réussi à garder son amant depuis vingt ans, De Potter, le grand compositeur. Elle a amassé un pactole qui lui permet de vivre aisément. Encore un autre faux-ménage ! Jean et Fanny souffrent de leur séparation, le milieu dans lequel doit vivre Fanny lui est de plus en plus dégoûtant, « il y a trop de saletés dans le pain que tu gagnes ; tu vas revenir avec moi, nous nous en tirerons toujours » (*Sapho* : 482). Impossible de vivre à Paris vu la cherté de la vie, ils partent donc vivre à la campagne, à Chaville.

À la campagne, sans distractions, Fanny s'amollit, leur vie devient monotone jusqu'à l'arrivée d'un enfant de 6 ans qui s'est retrouvé seul au monde. Fanny fait voir à Jean que cet enfant lui tiendrait compagnie et lui rendrait la vie à la campagne plus agréable. Finalement il cède. Le temps passe dans cette chaumière d'apparence familiale. L'heure du départ de Gaussin approche et Fanny ne peut s'empêcher de lui reprocher sa jeunesse et la solitude dans laquelle il va la plonger.

Seulement sa colère à lui, gardait une réserve, une pitié d'homme bien élevé, des coups qu'il ne portait pas, comme trop douloureux et faciles, tandis qu'elle, se lâchait dans ses fureurs de fille, sans responsabilité, ni pudeur, faisait arme de tout, épiant sur le visage de sa victime avec une joie cruelle la contradiction de souffrance qu'elle occasionnait, puis tout à coup tombant dans ses bras et implorant son pardon. (*Sapho* : 492)

Toujours le même quotidien, disputes et réconciliations. L'hiver arrive, Gaussin sent qu'il va bientôt partir. Son stage est terminé, il a réussi l'examen de classement et il sait qu'il sera des premiers à partir, et là, tout sera terminé. Cependant, on l'appelle

et il laisse passer son tour. Il ne se sent pas vraiment prêt à la laisser toute seule.

Un jour, il rencontre dans le train le docteur Bouchereau accompagné de sa nièce, c'est la fin de la villégiature et ils rentrent à Paris. Prétextant une soirée au ministère, il se rend chez le docteur, il a envie de revoir sa nièce. À son retour, il est sûr de l'aimer. Il retourne plusieurs fois chez le docteur où il retrouve Irène, de laquelle il est de plus en plus épris. Il faut rompre avec Fanny. L'oncle Césaire arrive à Paris. Outre ses affaires vinicoles, il est venu pour l'aider à mettre fin à cette liaison compromettante. Par ailleurs, Jean a pris la décision de se marier avant de partir à l'étranger. Mais Sapho n'est pas dupe, lorsqu'il parle de la quitter, elle devine ses intentions.

Le bourreau n'était guère plus vaillant que la victime. Sa colère, il ne la craignait pas plus que ses caresses ; mais il restait sans défense contre ce désespoir, cette bramée qui remplissait le bois, allait s'éteindre sur l'eau morte et fiévreuse où descendait un triste soleil rouge... Il pensait bien souffrir, mais pas à cette acuité ; et il lui fallait tout l'éblouissement du nouvel amour pour résister à la relever des deux mains, lui dire : « Je reste, tais-toi, je reste... »

Depuis combien de temps s'épuisai-ils ainsi tous deux ?... (*Sapho* : 524)

Après cinq ans de concubinage, il part le soir même commencer une nouvelle vie. Le mariage se profile puisqu'Irène veut bien du jeune homme. Dans quelques mois ils seront mariés. Un mot de Fanny et tout bouscule. Il revoit Hettéma, leur voisin à Chaville, et prend des nouvelles de Fanny. Celle-ci a voulu se tuer mais ils ont évité la tragédie à temps. Puis, il revoit Potter, le musicien, qui lui apprend que l'amant de Fanny, le graveur de faux billets, vient de sortir de prison. Le talon d'Achille de Jean : la jalousie ! Il décide de revoir Fanny. Il succombe à nouveau à Sapho comme si le lien vicié qui les unissait était incapable de se rompre. Il se sent trop souillé pour épouser Irène. Il faut partir. Un nouveau poste au Pérou vient de se libérer. Comme Jean est incapable de se séparer de Fanny, il lui propose de l'emmener avec lui, et par la même occasion, il l'éloignera de son passé.

Depuis deux jours, Jean se trouve à Marseille. Il s'est rendu chez ses parents pour leur dire au revoir, mais lorsqu'ils apprennent qu'il a annulé le mariage et qu'il est toujours avec sa « gueuse », son père le renie. Fanny doit le rejoindre le dernier jour à Marseille avant de s'embarquer, mais il reçoit une lettre de cette dernière. D'une lucidité déchirante, elle lui dit qu'elle ne partira pas avec lui. Ils sont libres tout les deux !

Je te l'ai dit, mon cher enfant, j'ai trop aimé, je suis rompue. À présent, j'ai besoin qu'on m'aime à mon tour, qu'on me choie, et m'admire, et me berce. Celui-là sera à genoux, ne me verra jamais de rides ni de cheveux blancs ; et s'il m'épouse, comme il en a l'intention, c'est moi qui lui ferai une grâce. Compare... Surtout pas de folies. Mes précautions sont prises pour que tu ne puisses me retrouver. (*Sapho* : 548-549)

8.8 *L'Immortel* (1888)

L'Évangéliste ainsi que *L'Immortel* sont les deux romans daudétiens les plus polémiques et les plus originaux, par leur sujet qui n'avait jamais été traité en profondeur, et par la prise de position de l'auteur. *L'Évangéliste* dénonçait les dangers du fanatisme religieux, et, *L'Immortel* dévoile les coulisses de l'Académie Française, temple vénérable des grands hommes de lettres. Quelques anecdotes ou situations peuvent paraître invraisemblables mais Daudet s'en défend dans un entretien qu'il eu avec un journaliste de la *Presse* (le 9 juillet 1888), la conversation est reproduite dans les notes qui accompagnent *L'Immortel* de l'édition Ne Varietur.

Le néant des intrigues académiques, dit M. Daudet, voilà une histoire nouvelle, et M. Edouard Pailleron a une belle audace d'étaler son ingénuité à leur propos. Mais notez bien ceci : toutes les aventures dont je me suis servi dans *l'Immortel* sont vraies, strictement vraies, jusque dans les anecdotes à côté, comme celle du garde-noble égarant chez une cocotte la barrette cardinalice pompeusement apportée de Rome. Tous les académiciens savent cela. Prétendre qu'il

n'y a plus de salons où l'on arrange les élections est un enfantillage et une hypocrisie. (*L'Immortel*, O.C.N.V. : 194)

Qu'est-ce qui a poussé Daudet à écrire un livre si ingrat envers l'Académie ? Le parcours du candidat pour accéder au siège n'est pas une tâche facile. La route est semée de petitesesses, faveurs, résignations, etc. Des services que, comme dirait l'oncle Césaire dans *Sapho*, « on les paye avec de l'amitié qui ne finit plus... » ou plutôt avec un servage à vie.

À la mort de Jules Sandeau, le 24 avril 1883, d'après les notes de Roger Ripoll qui accompagnent le roman dans l'édition Gallimard, Daudet aurait été, à un moment donné, tenté de faire partie de l'Académie. Un mois après, il ne voulait plus en entendre parler.

Il est bien difficile de se prononcer sur la nature des tractations qui ont eu lieu en 1883. On peut penser que Daudet ne voulait poser sa candidature qu'à coup sûr, et qu'il avait interprété les offres qui lui étaient faites comme un engagement. Comme le dit Edmond de Goncourt, il n'avait certainement pas la naïveté de croire que les élections académiques se faisaient sans intrigues ni compromissions ; mais il est possible qu'il ait cru à une victoire acquise d'avance, et qu'il ait mal supporté d'avoir à se comporter en solliciteur. (*L'Immortel* : 1276)

Toujours est-il que Daudet s'est vu obligé d'ajouter un avant-propos à partir de la 2^e édition qui, selon l'édition Ne Varietur, n'apparaîtrait qu'à partir de 56^e mille exemplaires.

Les insinuations de quelques journaux, voulant faire de *L'Immortel* l'expression d'une vulgaire rancune de candidat évincé, m'obligent à mettre en tête de cette nouvelle édition la lettre que j'écrivais au Figaro, il a cinq ans :

« Je ne me présente pas, je ne me suis jamais présenté, je ne me présenterai jamais à l'Académie. » (*L'Immortel* : 685)

Quoi qu'il en soit, il s'est inspiré d'une histoire vraie, qui a eu lieu en 1867. Un académicien, Michel Chasles, fut victime d'un

faussaire. Anatole France dans son article du 8 juillet 1888, dans *Le Temps*, raconte le scandale provoqué à l'époque. Autour de cette histoire de l'académicien victime d'un imposteur, s'enchevêtrent deux autres histoires, celle du fils de cet académicien, un *struggleforlifeur*, et celle d'un candidat à un prix, puis curieusement avec des possibilités d'avoir un fauteuil sous la coupole.

L'Immortel, comme les précédents romans, parut en feuilleton dans *L'Illustration* du 5 mai 1888 au 7 juillet 1888, puis il fut édité en volume chez Lemerre.

La présentation d'Astier-Réhu, personnage vecteur de l'histoire, est très originale et marque l'incipit du roman. C'est dans le *Dictionnaire des célébrités contemporaines* que l'on trouve l'entrée du personnage principal qui sert de lien aux deux autres histoires. Il s'appelle Astier, connu sous le nom d'Astier-Réhu. Historien érudit, il est membre de l'Académie française.

Avant d'épouser sa femme, Léonard Astier était lauréat de l'Institut, il s'était toujours senti attiré par l'Académie, en épousant la petite fille de Jean Réhu, doyen de l'Académie, il se sentait plus près de celle-ci. Par contre, sa future femme avait vu, dans ce mariage, l'occasion de s'en échapper, ou plutôt d'échapper à la tyrannie de son grand-père. Cependant, elle n'était pas dupe, elle s'était vite aperçu de la médiocrité de son futur mari, un « pauvre cerveau de paysan laborieux, quelle étroitesse d'intelligence cachaient la solennité du lauréat académique fabricant d'in-octavos, sa parole à son d'ophicléide faite pour les hauteurs de la chaire » (*L'Immortel* : 695). Cependant son opinion changea lorsqu'il devint académicien. Il s'occupait des archives des Affaires Étrangères, jusqu'au jour où il écrivit une malencontreuse phrase qui ne passa pas inaperçue : « alors comme aujourd'hui, la France, submergée sous le flot démagogique... » (*L'Immortel* : 688). Il paya très cher cette erreur : son poste, ses honneurs et son logement y passèrent. Toutefois au moment où se déroule l'histoire, sa carrière d'historien traverse de très bons moments, il enchaîne les publications grâce à des documents inédits qu'il a trouvés.

Pour venir en aide à son fils qui va faire l'objet d'une saisie, Mme Astier-Réhu vole à son mari les 3 lettres de Charles Quint dont il avait tant vanté la valeur. Elle les revend à Bos, un archiviste-paléographe. Peu de temps après, Astier-Réhu se rend compte de cette imposture. Pour étouffer l'affaire, il s'engage non

seulement à rembourser le prix payé, mais aussi à soutenir le candidat Huchenard pour occuper le fauteuil vacant. Il décide d'entamer une procédure judiciaire contre le faussaire, le relieur Albin Fange, malgré les mises en garde de l'Académie. Ce procès ferait un grand tort à l'Académie puisqu'un des siens a été la dupe d'un vulgaire escroc. En effet, le procès a lieu, l'Académie est ridiculisée et Léonard Astier devient la risée de tout Paris.

Des fusées de gaieté partaient encore de tous les groupes, comme à la sortie d'une pièce très farce... Salé, le petit bossu ; cinq ans de prison et les dépens, mais ce que l'avocat a été drôle !... Marguerite Oger s'esclaffait, son rire du « deux » dans *Musidora* : « Ah ! mes enfants... mes enfants... » et Danjou, conduisant Mme Ancelin à sa voiture, disait tout haut cyniquement : « C'est un crachat dans la figure de l'Académie... en plein... mais si bien envoyé !... »

Léonard Astier, qui s'éloignait seul, sans tourner la tête, entendait ces propos et d'autres encore, malgré les avertissements de l'un à l'autre : « Prenez garde, il est là... » Et c'était le commencement pour lui de la déconsidération, son ridicule connu, raillé de Paris tout entier. (*L'Immortel* : 840)

Son calvaire ne s'arrête pas là. Chez lui, sa femme continue à lui faire des reproches. Elle ne lui épargne aucune humiliation, elle va même jusqu'à avouer que c'est grâce à elle, à ses intrigues, qu'il a ce fauteuil. Elle savait à qui s'adresser et que faire pour obtenir ce qu'elle voulait, tout cela pour le porter au plus haut. Et dire qu'il s'est laissé bernier comme le plus ingénu des hommes ! Il n'a plus qu'à faire sa malle... et pour de bon. Il quitte le domicile, dérouté. Il vient d'apprendre qu'il doit son fauteuil à l'Académie à sa femme. Ayant tout perdu, vidé, il décide de mettre fin à ses jours en se jetant à la Seine, comme fait le peuple.

La deuxième histoire tourne autour du fils Astier, un struggle for lifeur. Mme Astier s'est résignée à une vie marquée par la misère imposée par son mari et son fils : le premier lui donne peu d'argent car il sait que l'argent file directement dans les poches de son coquin de fils. Elle souffre de refuser quoi que ce soit à son fils, mais elle s'est privée de tout, et maintenant elle ne sait plus où trouver de l'argent. Ce fils sépare le couple. Le père a mis tous ses espoirs en son fils, mais il ne retrouve pas en lui l'amour-propre et

le goût de l'effort au travail. Paul Astier est un jeune ambitieux, bon viveur qui ne cherche qu'à satisfaire ses propres intérêts, sans que rien ni personne ne s'impose. Dans la préface de *Lutte pour la vie*, pièce de théâtre sorte suite du roman *L'Immortel*, c'est le titre même qui nous donne la définition de ce qu'est Paul Astier, c'est-à-dire, un lutteur pour la vie, ou un *struggle for life*.

C'est là que m'apparut nettement le danger de l'idée mal comprise, la possible mise en œuvre, par des scélérats ou des ignorants, de doctrines déviées de leur vrai sens, l'atroce égoïsme humain décrété comme une loi nouvelle, et tous les assouvissements, tous les crimes légitimés au nom d'une théorie naturelle formulée par un grand penseur dans l'isolement et l'abstraction de sa tour d'ivoire. En même temps aussi, avec ce Lebiez⁴¹, pédante et méchante bête dont j'entendais dire très sérieusement par ses camarades « riche type... garçon très fort », me fut révélée la physionomie toute moderne du lutteur pour la vie ou « struggle for life », comme je l'ai dénommée pour plaire aux Parisiens qui n'aiment rien tant qu'écorder les mots étrangers et qui comptaient déjà « high life » dans leur répertoire. (*Lutte pour la vie*, O.C.N.V. : 323)

Paul travaille sur le tombeau du prince de Rosen, mort lors de l'expédition du roi Christian d'Illyrie – épisode et personnages des *Rois en exil*. Cependant un lien, au-delà d'une relation professionnelle, s'établit entre la belle veuve et le vorace architecte. En même temps, Mme Astier qui ne connaît pas les intentions de son fils, s'emploie dans une intrigue, dont l'un des protagonistes est la princesse de Rosen. Telle une entremetteuse, elle cherche à marier le prince d'Athis, moyennant une contreprestation pour ses services, qui trouve en la princesse de Rosen la fortune idéale. Le prince d'Athis est un « ministre plénipotentiaire, membre de l'Académie des sciences morales et politiques pour un livre dont il

⁴¹ Résumons très brièvement ce crime qui bouleversa les chroniques de l'époque : deux étudiants provinciaux, Lebiez et Barré, provenant de bonnes familles s'adonnent à la vie effrénée de la capitale, spéculations, dettes, etc. Ils voient en une riche laitière la possibilité d'avoir de l'argent facilement. Crime justifié de ces deux malfrats : ils avaient un avenir brillant devant eux, leur vie valait bien plus que celle de la laitière, les plus forts devaient continuer à vivre.

n'avait pas écrit un mot : *La Mission de la femme dans le monde !* » (*L'Immortel* : 703). Depuis 15 ans, il a comme maîtresse la duchesse Padovani. Elle l'a aidé depuis ses débuts alors qu'il était « ruiné, vidé, une loque » (*L'Immortel* : 703) dans son ascension sociale. Elle est en train d'utiliser ses influences pour le mettre à la tête d'une ambassade. Paul Astier précipite son affaire avec la princesse de Rosen. Malgré la résistance initiale, elle s'abandonne aux charmes de ce grand envoûteur. Toutefois, elle s'enfuit à Pétersbourg où la rejoindra plus tard le prince d'Athis. Dernière chance de Paul pour récupérer la princesse : se battre en duel contre le prince d'Athis. Il en sort gravement blessé. Sur le lit, convalescent, il ne veut pas s'avouer vaincu, il refuse de se voir privé d'une telle fortune. Alors, il a un coup de génie. Il trouve une nouvelle proie : la duchesse Padovani, l'ancienne maîtresse du prince d'Athis. Il arrive à tourner l'histoire du duel à son avantage, séduit la duchesse, puis à la fin du roman il l'épouse. Cependant, quelque chose a changé chez la duchesse Padovani, elle s'est rendu compte du fourbe qu'elle va épouser. Mais sa parole est engagée, elle doit continuer avec la cérémonie.

Et Védrine disait son saisissement en voyant paraître, dans cette salle de mairie, la duchesse Padovani, pâle comme une morte, encore fière, mais navrée, désenchantée, sous une toison de cheveux gris, ses pauvres beaux cheveux qu'elle ne prenait plus la peine de teindre. À côté d'elle, Paul Astier, monsieur le comte, souriant et froid, toujours poli... (*L'Immortel* : 837-838)

La troisième histoire a pour protagoniste le vicomte de Freydet, un ancien élève du professeur Astier-Réhu. Il est monté à Paris avec son volume de poésies *Dieu dans la nature*. Il va passer quelque temps à la capitale en attendant l'attribution du prix Boisseau pour lequel il est candidat. À travers la correspondance qu'il maintient avec sa sœur, on apprend qu'il s'est rendu au salon de Mme Astier, celle-ci lui demande cyniquement 10 000 francs pour son rejeton. Ensuite, le salon se remplit, il assiste à un spectacle lamentable.

[...] tandis que j'observais la comédie des candidats, femmes ou parentes des candidats, venant se montrer, tâter l'eau, car Ripault-Babin est bien vieux et Loisillon ne peut durer :

deux fauteuils en perspective autour desquels s'échangent des regards furieux, des paroles empoisonnées. (*L'Immortel* : 715)

Il réussit ce jour-là à parler avec son maître qui le rassure concernant le prix Boisseau et va même jusqu'à lui dire qu'il mérite un fauteuil à l'Académie, « pour moi, dès ce moment, votre candidature est posée... » (*L'Immortel* : 719). Son ami Védrine, ancien camarade à Louis-le-Grand, vient contrebalancer l'enthousiasme de Freydet. Il le met en garde contre l'Académie, les académiciens perdent leur liberté et se soumettent au joug de celle-ci.

Qu'est-ce que ça rapporte ?... de l'argent ? Pas tant que tes foins... La notoriété ? Oui, dans un coin d'église grand comme un fond de chapeau... encore si ça donnait du talent, si ceux qui en ont ne le perdaient pas une fois là, glacés par l'air de la maison. L'Académie est un salon, tu comprends ; il y a un ton qu'il faut prendre, des choses qui ne se disent pas ou s'atténuent. Finies, les belles inventions ; finis, les coups d'audace à se casser les reins. Les plus grouillants ne bougent plus, de peur d'un accroc à l'habit vert ; [...]. (*L'Immortel* : 721)

Freydet se laisse entraîner dans ce tourbillon de la candidature. D'abord la mort de Loisillon puis celle de Ripault-Babin, il voit dans ces décès la possibilité d'entrer à l'Académie. Il ne peut s'empêcher, à la mort de son maître, de voir un autre fauteuil vacant. La fièvre de l'Académie le prend, puis la transmet à sa sœur. Elle quitte sa vie tranquille à la campagne pour soutenir son frère dans ses démarches et lui procurer des voix avec son salon. Cette condition sempiternelle de candidat transforme le brave Freydet, le prix qu'il va payer sera très fort. Malencontreusement, il est bien mordu !

Sa Germaine... Elle s'en était donné du mal tout l'hiver pour cette malheureuse candidature... Deux dîners par semaine, et jusqu'à minuit, une heure du matin, manoeuvrant son fauteuil mécanique dans tous les coins du salon... Elle y avait sacrifié ses dernières forces, plus passionnée encore, plus acharnée que son frère... À la fin, tout à la fin, quand

elle ne pouvait plus parler, ses pauvres doigts tordus
faisaient du pointage sur le bord du drap. (*L'Immortel* : 836)

8.9 *Rose et Ninette (1892)*

Au moment où Daudet écrit ce petit récit⁴², le divorce est un sujet très sensible et de grande actualité. Geoffrey Hare présente les années aux alentours de 1880, comme les années décisives du devenir de l'institution du divorce. Alfred Naquet, député socialiste, mène une campagne violente aussi bien en province qu'à la capitale, « pour lui, le rétablissement du divorce était la troisième des libertés fondamentales indispensables aux valeurs de la Révolution française : les deux autres, déjà acquises en 1881, étant la liberté de réunions publiques et la liberté de presse » (Hare, 2014 : 139).

En outre, le divorce est un sujet d'actualité qui touche de près notre romancier. Dans l'article d'Anne-Simone Dufief, « Daudet et la crise de famille » (1994), ce serait le divorce de Belot, un collaborateur de ses adaptations théâtrales, qui serait à l'origine de ce roman. Rien n'empêche de penser que ce livre est dédié à son fils Léon. Il a épousé Jeanne Hugo le 12 février 1891, et le 6 février 1892 naît leur premier enfant, Charles. Le caractère difficile de sa femme n'est un secret pour personne. Stéphane Giocanti reprend une anecdote remémorée par Edmond de Goncourt dans son journal. Il a été impressionné par la scène à laquelle il vient d'assister. Goncourt avait trouvé chez cette femme « l'entêtement d'une femme du peuple, le butement borné de l'intelligence » (Giocanti, 2013 : 143). Alphonse Daudet aurait voulu mettre en garde son fils contre les conséquences du divorce ? Toujours est-il que Léon se montre réticent au divorce, ce sera sa mère qui l'en

⁴² Dans l'article paru dans *Le Gaulois* du 21 mars 1892 suite à la publication du roman *Rose et Ninette* chez Flammarion, Daudet qualifie ce court roman de récit n'ayant pas la longueur pertinente pour en faire un roman. « *Rose et Ninette* m'est venu sous la forme d'un récit. Pour rien au monde, je n'en eusse fait un roman. Par récit, j'entends cette forme intermédiaire qu'ont employée avec tant de bonheur, à plusieurs reprises, Tolstoï et Dostoïewski et qui tient entre la nouvelle et le roman, forme rapide et précise, beaucoup plus étendue que la nouvelle et plus courte que le roman. »

persuadera de son utilité. Le divorce sera officiel à la fin de décembre 1894.

Quoi qu'il en soit, c'est un sujet dans lequel notre romancier désire s'impliquer, au point de laisser le roman qu'il a en cours, *Soutien de famille*, pour traiter ce sujet controversé, montrer ses conséquences, surtout lorsque le couple a des enfants. C'est un appel à la responsabilité des adultes. Le roman paraît en feuilleton dans L'Écho de Paris, du 31 janvier 1892 au 24 février 1892, puis il fut publié en roman chez Flammarion peu de temps après.

Régis de Fagan, célèbre vaudevilliste, vient d'emménager à Passy où il occupe un appartement de garçon. Cela fait 15 jours qu'il est divorcé. Ce jour-là, il va finalement se retrouver avec ses filles après plusieurs mois sans les voir. Il veut faire de cette occasion une journée spéciale et il n'hésite pas à les gâter. Rose, l'aînée, a 16 ans. Ninette va avoir 12 ans, mais elle tient de sa mère. Elle est beaucoup plus dégourdie que Rose, qui est plutôt impulsive. Suite au divorce, elles passent plus de temps avec leur mère, qui les a bien sermonnées avant d'aller chez leur père. Petit à petit la relation entre le père et les filles va s'envenimer. La mère utilise ses filles pour demander plus d'argent à leur père, alors qu'il paye déjà plus que la somme à laquelle il a été condamné. Les filles contrariées de n'avoir pas fait fléchir leur père, n'hésitent pas à se montrer odieuses.

Tout le jour, Fagan se heurta ainsi contre une mauvaise humeur qui n'était pas seulement celle de ses filles, mais l'œuvre de l'absente, invisible et d'autant plus forte. Vraiment, était-ce la peine de divorcer, s'il fallait subir les mêmes scènes de ménage, suivies de mutismes dont il connaissait bien l'énervante persistance ? (*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 17)

Il va commencer à sentir le poids de la tyrannie de ces deux enfants influencées par les commentaires pernicioseux de leur mère. Ainsi, Rose et Ninette refusent de partager la loge de théâtre avec Mme Hulin, femme séparée dont les convictions religieuses l'empêchent de divorcer. D'après les fillettes, elle serait indigne de s'asseoir avec elles. Par ailleurs, Mme Hulin ne peut se séparer de son enfant malade, mais elle ne se serait jamais interposée entre le

père et ses enfants. Elle l'encourage à se rendre au théâtre avec ses filles, le brave père cède à nouveau.

L'ancienne madame Fagan s'est remariée. Son nouveau mari, M. La Posterolle, vient d'être nommé préfet en Corse. C'est à nouveau aux filles de faire la commission. Ninette, plus adroite que sa sœur, et sachant le discours à tenir de sa mère, communique la nouvelle à leur père. Elle sait qu'une des conditions sur lesquelles il se montrerait intransigeant était celle de quitter Paris. Elle lui offre la solution salomonienne. Elle lui demande de choisir celle qui resterait avec lui et celle qui partirait avec sa mère. Les comploteuses savent que le père est incapable de prendre une telle décision. À nouveau, il se plie aux désirs de son ex femme. Si bien au début, il reçoit des nouvelles, après celles-ci deviennent de plus en plus rares. C'est pour cela qu'il décide de se rendre en Corse.

Sa présence est compromettante pour le préfet et sa préfète, qui s'est fait passer pour veuve. Quatre ans s'étant déjà écoulés depuis le divorce, Rose est sur le point de se marier et Ninette a presque 15 ans. Le caractère de cette dernière s'est endurci, elle ne se gêne pas pour gronder son père. Elle « a tant d'autorité, son bras presse si vivement le bras de petit père que celui-ci commence à se sentir coupable » (*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 40). Afin de ne pas contrarier ses filles, ni leur causer d'autres désagréments, il se loge à l'hôtel sous un faux nom, et y reste pendant la journée et n'en sort que le soir pour les revoir. Ils se rencontrent tous les soirs, mais il commence à se lasser de l'égoïsme de ses filles. Il repart à Paris.

À son retour, il ne retrouve plus Mme Hulin. Elle est partie sans donner d'explications. Cependant une mauvaise nouvelle le rattrape à la capitale, apparemment il « venait d'être frappé d'aliénation mentale ; c'est dans un bal, à Ajaccio, que les premiers symptômes se seraient déclarés » (*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 57). Lorsqu'il s'était embarqué pour rentrer en France, le paquebot avait été obligé de faire demi-tour compte tenu de l'état de la mer. C'était mardi gras. À la préfecture il y avait un bal travesti, auquel il se rend déguisé en fou. Le visage caché sous un loup avec de la dentelle, il est sûr de ne pas se faire remarquer. Malheureusement, son ex épouse le reconnaît et se venge en remettant en cause la santé mentale de celui-ci. Suite à cet article, il doit demander une rectification aux journaux pour se défendre de ces injures. Elle ne s'en prend pas seulement à sa relation avec ses filles et avec Mme Hulin, mais elle veut aussi l'atteindre professionnellement.

Il confie à Rose ses projets. Comme elle va bientôt se marier, il a pensé lui donner les revenus de deux de ses pièces, ce qui lui fait 20 000 francs par an. En outre, il lui propose de vivre avec eux à Versailles. Ils pourraient habiter dans le même hôtel, chacun occuperait un étage, et ils ne se gêneraient pas. Il la saurait près d'elle et elle pourrait s'adresser à lui en cas de besoin. Il s'occuperait des petits-enfants lorsqu'elle aurait besoin de sortir... Sa réponse est dévastatrice.

Après cette gronderie bien méritée, venons à des sujets plus riants. J'ai été bien touchée de tes intentions pour ma dot ; avec les émoluments de Gaston, nous serons de vrais seigneurs. Mais quel dommage que ton idée de vie en commun ne soit pas pratique ! Ce serait délicieux, nous aimant comme nous nous aimons, seulement, mille choses auxquelles tu n'as pas songé s'opposent à cette réunion.
(*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 61)

M. Fagan est à bout de forces, il en tombe malade. Depuis son divorce il n'a fait que se battre pour céder après, sans que personne ne pense à lui. Il reste alité une semaine. À son réveil, c'est Mme Hulin qu'il trouve à son chevet. Ses filles sont à Paris, occupées avec les préparatifs du mariage, mais elles ne se sont pas encore rendues chez leur père. La mère décide d'envoyer Mademoiselle pour prendre des nouvelles du père et faire une première inspection des lieux. Mme La Posterolle a du mal à dissimuler sa joie lorsqu'elle apprend que Mme Hulin se trouve là-bas aussi, car elle sait que Rose ne veut pas la voir près de son père. Finalement, elles rendent visite à leur père. Rose exige que Mme Hulin quitte la pièce, elle ne supporte pas sa présence. Mme Hulin s'apprête à partir, mais M. Fagan la retient et demande à Rose de s'excuser auprès de la personne qui s'est occupé de lui.

« Sortir, vous, la dévouée, l'infatigable, vous qui m'avez soigné, sauvé, quand j'étais abandonné de tous !... C'est elles qui s'en iront plutôt, les mauvaises filles, elles qui m'auraient laissé mourir, sans un mot, sans un regard... »
Pauline essaya de l'interrompre... « Oui, je sais, vous les défendez toujours... l'âge, la faiblesse, les conseils de ces gueuses là-bas... Je l'ai cru longtemps, mais c'est fini... de méchantes filles, je vous dis, des filles sans pitié. Ah ! Ce

qu'elles m'ont fait... Les tas de coups de couteau que j'ai reçus d'elles, en plein cœur !... » (*Rose et Ninette*, O.C.N.V. : 71)

Peu de temps après, il n'a pas changé d'opinion. Il refuse toujours de voir ses filles. Il revoit son ex épouse pour régler les détails du mariage de Rose. Il sait qu'après ce sera celui de Ninette, puis les baptêmes... tous les événements auxquels il lui faudra assister. Mais le cœur n'y est plus. Ses filles suivent le sillage de leur mère : elles sont devenues à leur tour bourreaux d'un pauvre homme qui ne désire que faire partie de leur vie.

8.10 Soutien de famille (1898)

Dernier roman d'Alphonse Daudet, paru en feuilleton dans *L'Illustration* à partir du 27 novembre 1897, il fut publié en roman l'année suivante en 1898, chez Fasquelle. L'auteur mourut le 16 décembre 1897, âgé de 57 ans. L'état de santé s'était déjà aggravé depuis bien des années et il craignait ne pas terminer son roman. Sur un de ces carnets, il nous fait part de cette angoisse, « aujourd'hui lundi 28 janvier 95, je commence d'une main bien débile le *Soutien de Famille*, livre de pitié et de colère que je n'aurai peut-être pas la force de mener jusqu'au bout. Que Dieu m'aide. – A.D. » (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 289).

C'est un roman d'une grande lucidité d'un homme qui sait que sa fin est proche. Il ferme le cercle de son cycle romanesque initié avec *Le Petit Chose*. Ce premier roman est une autobiographie fictionnelle qui, en lignes générales, ressemble surtout dans la première partie à la vie de l'auteur. *Soutien de famille* a également des traits autobiographiques, comme les frères Daudet, l'aîné Eudeline a cette mission de reconstruire et de s'occuper du foyer familial. Cependant Alphonse Daudet est à bout de forces et un peu à bout de tout... à la fin de sa vie, à la fin d'un siècle. Il a beaucoup vu tout long de sa vie, l'enfance naïve, adolescence précoce, bohème, jeune homme responsable et père de famille. C'est depuis, la déception d'un homme, qui ne comprend plus la nature de la jeunesse. Un regard en arrière, pour comparer à travers cette image du « bateau » sans cesse mentionnée et qui fait

référence aux différentes générations, à leurs idiosyncrasies, bien définies qu'il ne comprend plus très bien. Il a peint des personnages perfides, des *struggle for lifeurs*, des êtres immatures et irresponsables. Il a laissé très peu de place dans ce roman à la bonté, mais lorsqu'elle y est, elle est sublime.

Brave Tonin ! De toutes les infirmités dont la nature l'avait affligé, la pire, celle dont il souffrait le plus cruellement, c'était la bonté, cette bonté étalée dans ses yeux claires, sa bouche épaisse. Très mauvais psychologue, trop pris par l'existence active pour écouter les menus rouages de son horloge intérieure, il ne se doutait pas de ce que lui coûtait cette faculté de s'émouvoir du chagrin des autres, de vivre leur vie en surcroît de la sienne. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 241)

Victor Eudeline travaille dans le commerce du meuble qu'il a hérité de son beau-père, Guillaume Aillaume. Cependant le négoce si prospère dans les mains de son prédécesseur, n'encourt pas la même chance dans celles de M. Eudeline. La faillite est inévitable : ils ont engagé tous leurs biens personnels, ainsi que les marchandises, mais ils ne peuvent plus s'acquitter du loyer. La procédure est lancée : convocation chez le juge d'instruction puis envoi en correctionnelle. Entre temps, ses biens seront saisis et vendus. Pour éviter le déshonneur à sa famille, il met fin à ses jours en se jetant à la Seine, comme d'autres personnages daudétiens (Desirée Delobelle de *Fromont jeune et Risler aîné*, Léonard Astier de *L'Immortel*).

Pierre Izoard, ami de la famille ignorait la situation désespérée dans laquelle ils se trouvaient, plus occupé de sa femme qui était malade. Aussitôt qu'il apprend les intentions de son ami, il se rend à son domicile. De par son poste de sous-chef de la sténographie de la Chambre, il connaît M. Javel, le député et sous-secrétaire d'État au Ministère de l'Intérieur, créancier de Victor Eudeline. Moins intransigeant que sa tante, de laquelle il a hérité le bail des Eudeline, il a acculé ce pauvre *pater familias* à cette malheureuse situation. Cependant, pour éviter le scandale il décide de « réparer [cette] injustice » (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 13), alors qu'il doit réparer la bavure de son homme de confiance, Maître Petit-Sagnier qui s'est acharné sur cette famille. M. Javel s'engage à interrompre la vente de la saisie et à accorder une bourse à l'aîné pour qu'il

puisse reprendre ses études à Louis-le-Grand. Tous les espoirs de cette famille sont posés sur cet enfant, l'aîné, le soutien de famille.

De ce jour aussi, Raymond prit possession de son nouvel emploi de soutien de famille. Il en devina les responsabilités et les servitudes à une espèce de pitié, de déférence, dont il se sentit subitement enveloppé, tandis qu'il marchait derrière le corbillard avec son frère. Sans doute, la mort de ce père si indulgent, si tendre malgré ses violences, leur causait une peine affreuse ; mais à son chagrin personnel se mêlait je ne sais quelle fierté, et même un peu de pose. Il ne pleurait pas en enfant, comme Antonin, et marchait, le dos rond avec importance et solennité. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 14-15)

L'affaire liquidée, la famille se sépare. Antonin entre en apprentissage dans une grande maison d'appareils électriques, grâce à Izoard. La mère et la jeune fille, Dina, partent à Cherbourg chez des familiers.

Le temps passe. Raymond a déjà 18 ans. Il passe son temps entre le lycée, où il n'est pas franchement brillant, et les sorties à Morangis où il retrouve Pierre Izoard et sa fille, Geneviève de 4 ans son aînée. Il prétend l'aimer, mais ce n'est que pour satisfaire sa vanité et se sentir admiré. Raymond s'avère être un jeune homme fat. Il est pervers en menaçant Geneviève de se tuer si elle se marie. Manipulateur, il aime sentir l'emprise qu'il peut avoir sur les autres, surtout sur les personnes qui l'aiment et se plient tout simplement à sa volonté comme Tonin ou Geneviève. Il est lâche. Sa vanité le pousse à révéler la cachette d'un socialiste ami de Casta, amie de Geneviève. Il est incapable de reconnaître que c'est à cause de lui qu'il y a eu une descente de la police.

Tonin est tout à fait opposé à son frère. Il se montre d'une droiture exemplaire et d'une bonté à toute épreuve. Loin de concurrencer son frère ou de lui enlever le « titre » de soutien de famille, il travaille pour alléger la lourde tâche de son frère. Il a déjà épargné la moitié de l'argent nécessaire pour rembourser les dettes de son père. Quelques années plus tard, il réussit à réunir la famille. Il installe sa mère dans un magasin, « À la lampe merveilleuse » où elle vend une de ses inventions, des lampyres. Dina, âgée de 18 ans, travaille aux Poste et Télégraphes, à nouveau grâce à leur ami Izoard.

Quant à Raymond, toujours soutien de famille, il ne trouve pas vraiment sa voie. Il tire les avantages de cette condition, comme par exemple celui d'être exempt du service militaire. Sa mère et son frère, encore dupes de lui, sont voués corps et âme à ce ridicule jeune homme, un peu âgé pour être étudiant, qui n'assume aucune responsabilité, ni vis-à-vis de sa famille ni vis-à-vis de Geneviève. On apprend qu'un déplorable incident avait eu lieu entre eux, ce qui avait repoussé la jeune fille.

— Si, je te fais peur. Tu penses toujours à cette horrible scène, là-haut, dans ma chambre. Ai-je été assez brutal, indigne ! Et tu ne t'es plainte à personne. Pauvre tantine ! Oublie-la, je t'en supplie, cette mauvaise minute... Ce qui m'est arrivé ne m'arrivera plus. Tu n'es, tu ne peux être pour moi qu'une amie, qu'une sœur...

Au coin des lèvres de la jeune fille frissonnait un sourire amer et triste. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 71)

Entretemps, il se laisse voir à des soirées du ministère habillé en marquis, il danse le menuet et séduit la mère de son ami, Mme Valfon, ex Mme Marquès. Une des ces soirées-là, il emmène Dina pour remplacer une danseuse. Dina brille à cette soirée. Des hommes importants portent leur regard sur la petite Eudeline comme Roumestan, Marc de Javel et surtout Claudius Jacquand, le fiancé de Florence Marquès, qui a décidé de rompre les fiançailles. Wilkie Marquès, ami de Raymond, a été séduit par Dina et veut faire sa demander en mariage. Il s'affronte à Claudius dans un duel, suite auquel ce dernier en sortira gravement blessé. C'est tout un monde déséquilibré, celui qui compose cette famille Valfon. Le père, ministre des Affaires Étrangères, abuse de sa belle-fille, qui mettra fin à ses jours. La mère trompe le mari avec le jeune Raymond et quittera la vie mondaine dans une crise mystique qui l'appellera à se dévouer aux autres.

Au fur et à mesure que le temps passe, la lâcheté de Raymond ne fait que s'accroître. Son frère Tonin, le vrai soutien de famille, s'occupe d'installer son frère dans un appartement du boulevard Saint-Germain, à hauteur de sa fonction. Revendiquant toujours son rôle de victime dans sa malencontreuse destinée, il n'hésite pas à s'en servir pour duper ceux de son entourage, entre autres

Geneviève, qui deviendra sa maîtresse et sa bienfaitrice en mettant à disposition de Raymond sa dot de 30 000 francs.

Avant tout, il gardait une reconnaissance infinie à l'admirable fille, parfaitement honnête et belle, qui, après s'être défendue si longtemps contre lui, contre elle-même, lui faisait en un soir l'abandon de toutes ses fiertés parce qu'elle l'avait vu malheureux. Et en même temps que beaucoup de gratitude, il y avait en lui la gêne, le remords d'avoir trompé cette pauvre tantine en jouant devant elle au paria de famille, renié, maudit par tous les siens, en lui jurant un amour éternel, alors qu'il était tout à une autre, à cette Valfon dont il venait de recevoir deux lettres coup sur coup, le matin même. Oh ! Celle-là, par exemple, c'était bien fini d'elle, maintenant. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 150)

Bien évidemment, Raymond est incapable de mettre fin à la liaison avec Mme Valfon, qui occupe ses journées, tandis que Geneviève le rejoint le soir. Raymond se tourne vers l'écriture, il écrit *Une famille française. Essai de roman vériste*⁴³. Le roman « racontait la Passion douloureuse en quatre cents pages, la rude montée au calvaire d'un trop bon fils crucifié par sa famille, - une

⁴³ Le roman vériste qui voulait dépasser le roman zolien refusait tout type d'invention. Dans la préface du *Fils adoptif*, roman de Louis-Pilate de Brinn'Gaubast, l'auteur définit les caractéristiques du roman vériste. « [...] j'ai comparé ces méthodes [du roman naturaliste], ces théories, avec les ouvrages où elles se trouvent plus ou moins appliquées ; et j'en ai conclu : que ladite école n'a pas encore achevé son évolution ; que le roman VRAIMENT VRAI reste à faire ; et que, passé certaines extravagances du Naturalisme, voici venir les jours de la VERITÉ VRAIE, D'AUTANT PLUS SUGGESTIVE. Je me propose de résumer ici mes idées sur l'essence et les caractères d'une œuvre qui, volontairement conforme à cette VÉRITÉ VRAIE, toutefois demeure une œuvre d'art, dans le sens absolu du terme » (Brinn'Gaubast, 1888 : 8). Par ailleurs, il n'est pas anodin que Daudet fasse de Raymond, personnage méprisable, le romancier qui s'essaye dans le roman vériste. C'est un véritable contresens. À travers la mise en abyme, *Une Famille française* représente non seulement le roman à l'intérieur du roman, mais c'est le même roman qui offre une image déformée de la réalité. En outre, Brinn'Gaubast avait été le précepteur de Lucien Daudet et on l'accusait d'avoir volé le manuscrit des *Lettres de mon moulin*. Sans doute, une double intention : *Une Famille française* serait une caricature de la réalité vraie, et de l'autre côté, c'est une façon de solder l'affaire avec l'ancien précepteur.

famille de ce côté du détroit, abruti de toutes les manies, de toutes les imbécillités dont on sait que la France a le monopole » (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 234). Ce roman calomnieux où tous les proches de Raymond y trouvent leur compte ne les laisse pas indifférents. Il possède le génie de déformer la réalité. Il se retranche derrière son titre de soutien de famille pour ne pas assumer de responsabilités.

— Je pense comme toi, mon petit. Mais le romancier, qui est l'historien des petites gens, de ceux qui n'ont pas d'histoire, n'a pas plus que d'autres le droit à l'imposture ni à la méchanceté. Regarde à la page 104 d'une *Famille Française*, et dis-moi pourquoi Raymond, à qui tu n'as jamais fait que du bien, te découpe dans la peau d'un certain cousin Furbice un masque de bas hypocrite, qui fait semblant de bégayer pour chercher ses lâchetés et se donner le temps de mieux mentir... (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 243)

Alors qu'autour de lui, les gens commencent à mieux le connaître, il tourne à nouveau une situation à son avantage. En remplaçant Tonin dans son service militaire, car c'est lui le vrai soutien de famille qui pourvoit aux besoins de sa famille, il devient un véritable héros aux yeux de tous. La réalité en est toute une autre. Raymond n'a pas trouvé sa voie, après l'insuccès de son roman, il tente la médecine puis la politique. Geneviève attend un enfant de lui, mais il ne veut pas assumer cette responsabilité. Aux yeux de Geneviève, il part comme un héros car il se sacrifie pour son frère comme un véritable soutien de famille. Toute la responsabilité reste à Antonin. Il faut qu'il subvienne aux besoins de sa famille puis à celle de l'aîné.

Ah ! L'ironie de l'existence... Dire que chez nous, autour de nous, à ton atelier, mon Antonin, dans les bureaux de la Guerre où M. Esprit est venu avec moi pour me faciliter un prompt embarquement, partout j'ai été complimenté, encouragé : « C'est bien, ce que vous faites-là, jeune homme. » Ce que je faisais ? Je fichais le camp. Responsabilités, devoirs, fardeaux trop lourds pour la faible cariatide, je m'évadais de vous tous. Je fuyais la famille que je ne pouvais soutenir, la perspective d'un ménage, la femme, l'enfant, car bientôt Geneviève sera mère, et

d'avance j'ai vu les yeux de Pierre Izoard Braqués sur moi :
« Épouse ma fille, où je te tue ! » C'est cette double menace
aussi qui m'a fait fuir. (*Soutien de famille*, O.C.N.V. : 282-
283)

9 BIBLIOGRAPHIE

ŒUVRES DE DAUDET :

Œuvres complètes (1929-1930) : Edition dite « ne varietur », Paris, Librairie de France (20 vols.).

Chaque volume est accompagné de notes de l'auteur, de critiques de presse concernant l'œuvre en question, une description du manuscrit ainsi que des fac-similés manuscrits et une présentation de l'édition originale.

La préface à l'édition collective est signée par Henry Céard, nous l'avons citée en abrégeant O.C.N.V.

Nous avons utilisé principalement cette édition pour les romans *Rose et Ninette* et *Soutien de Famille* qui ne sont pas inclus dans l'édition Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade.

Œuvres: Edition de Roger Ripoll, Bibliothèque de La Pléiade, Paris, Gallimard (3 tomes).

Le tome I (1986) comprend :

- *Le Petit Chose, Lettres de mon moulin*
- *Lettres à un absent, Tartarin de Tarascon*
- *Contes du lundi, Robert Helmont*
- *Fromont jeune et Risler aîné.*

Le tome II (1990) comprend :

- *Jack*
- *Le Nabab*
- *Les Rois en exil.*

Le tome III (1994) comprend :

- *Numa Roumestan*
- *L'Évangéliste*
- *Sapho, Tartarin sur les Alpes*
- *L'Immortel, Port-Tarascon*
- *La Fédor*
- *Le Trésor d'Arlatan*

SUR DAUDET, BIOGRAPHIE :

BANNOUR, W. (1990). *Alphonse Daudet. Bohème et bourgeois.*
Paris : Perrin.

BENOIT-GUYOD, G. (1947). *Alphonse Daudet. Son temps. Son œuvre.* Paris : Éditions Jules Tallandier.

BORNECQUE, J. - H. (1951). *Les années d'apprentissage d'Alphonse Daudet.* Paris : Nizet.

BOSQUI, M. et CLAP, V. (1989). *Alphonse Daudet dans son Midi.*
Nîmes : Éditions Notre-Dame.

CLAP, V. (2013). *Trente ans de Daudet (1840-1870) ou une drôle de lutte pour la vie.* Villeneuve-les-Avignon : La Falaise.

CLOGENSON, Y. E. (1946). *Alphonse Daudet, peintre de la vie de son temps*. Paris : J. B. Janin.

DAUDET, E. (1882). *Mon frère et moi*. Paris : Plon.

DAUDET, Léon (1898). *Alphonse Daudet*. Paris : Eugène Fasquelle.

DAUDET, Léon (1940). *Quand vivait mon père (souvenirs inédits)*. Paris : Grasset.

DAUDET, Lucien (1941). *Vie d'Alphonse Daudet*. Paris : Gallimard.

DUFIEF, P. - J. (1996). *Edmond de Goncourt et Alphonse Daudet. Correspondance*. Genève : Librairie Droz.

GIOCANTI, S. (2013). *C'était les Daudet*. Paris : Flammarion.

JOUVEAU, M. - T. (1980). *Alphonse Daudet et Frédéric Mistral. La Provence et le félibrige*. Nîmes : Imprimerie Bené.

MANTOUX, Ch. (1941). *Alphonse Daudet et la souffrance humaine*. Marseille : Imprimerie Ricord.

ETUDES- ARTICLES CONSACRÉS À L'ŒUVRE D'ALPHONSE DAUDET:

ALBALAT, A. (1884). *L'Amour chez Alphonse Daudet (essai)*. Paris : Paul Ollendorff.

ALBALAT, A. (1920). *Souvenirs de la vie littéraire*. Paris : Arthème Fayard et Cie.

ASHLEMAN, L. A. (1910). *La société française d'après l'œuvre d'Alphonse Daudet*. Paris : Éditions de la Mutuelle des auteurs.

AVRIL, Y. (1971). « 1972 : Centenaire de deux échecs. Lise Tavernier et L'Arlésienne ». *Études littéraires*, n°43, 263-374.

- BAGULEY, D. (1997). « Alphonse Daudet, témoin du Second Empire ? Sur le Nabab ». Dans *Permanence d'Alphonse Daudet ? Actes du colloque (Université Paris X, 20-22 mars 97)*, Paris, 9-16.
- BECKER, C. (1997). « Jack. Mœurs contemporaines. Histoire et histoires ». Dans *Permanence d'Alphonse Daudet ? Actes du colloque (Université Paris X, 20-22 mars 97)*, Paris, 121- 132.
- BECKER C. (2015). « Espaces romanesques : construction et désintégration du personnage ». *Le Petit Chose*, n°69, 89-99.
- BONNIN - PONNIER, J. (2015). « L'espace intime dans les romans d'Alphonse Daudet ». *Le Petit Chose*, n°104, 101-118.
- CITRON, Ch. (2014). « L'adultère narratif chez Daudet et Federico de Roberto : menace à la cohésion familiale ou facteur de maintien social ». *Le Petit Chose*, n°103, 157-176.
- CLAP, V. (1995). « Traces familiales dans *Soutien de famille* ». *Le Petit Chose*, n°69, 14-19.
- DUFIEF A. - S. (1994). « Daudet et la crise de famille ». *Le Petit Chose*, n°65, 14-19.
- DUFIEF, A. - S. (1997). *Alphonse Daudet romancier*. Paris : Honoré Champion Éditeur.
- DUFIEF P. - J. (1997). « Alphonse Daudet et l'esprit républicain ». Dans *Permanence d'Alphonse Daudet ? Actes du colloque (Université Paris X, 20-22 mars 97)*, Paris, 17-26.
- DUFIEF, P. - J. (2000). « Daudet et la rêverie de la route dans *La Petite Paroisse* ». *Le Petit Chose*, n° 84, 181-188.
- DUFIEF, P. - J. (2015). « Châteaux daudétiens ». *Le Petit Chose*, n° 104, 163-173.

FRICKER, E. (1937). *Alphonse Daudet et la société du Second Empire*. Paris : Éditions de Boccard.

HARE, G. (2014). « Daudet, la famille et le divorce : l'apport de la critique anglophone ». *Le Petit Chose*, n°103, 137-148.

LE GUENNEC, J. (2006). *La grande affaire du Petit Chose. Figures de la perversion dans l'œuvre d'Alphonse Daudet*. Paris : L'Harmattan.

MELISON - HIRCHWALD, G. (2008). « Roman de mœurs et naturalisme chez Daudet ou le genre à l'épreuve du mouvement ». *Le Petit Chose*, n°97, 107-118.

MELISON - HIRCHWALD, G. (2010) « Alphonse Daudet ou les félures d'un Méridional à Paris ». Dans Patrice Locmant (Éd.), *Paris 1800* (65-82). Paris : Hermann.

RIPOLL R. (2014). « Les familles dans *Le Nabab* : unité ou désintégration ». *Le Petit Chose*, n°103, 7-17.

RIPOLL, R. (2015). « Errance et quête : parcours des personnages chez Alphonse Daudet ». *Le Petit Chose*, n° 104, 79-88.

URBANI, B. (2003). « Espace et récit dans *Sapho* d'Alphonse Daudet ». Dans C. Chelebourg (Ed.). *Écritures XIX 1. Alphonse Daudet pluriel et singulier, rencontres de Cerisy-la-Salle, 14-21 août 2002*. Paris : Lettres Modernes Minard, 259-273.

URBANI, B. (2015). « La Corse d'Alphonse Daudet : espace et récit dans les *Lettres de mon moulin* ». *Le Petit Chose*, n°104, 19-34.

ÉTUDES GÉNÉRALES SUR L'ESPACE ET LE ROMAN

BACHELARD, G. (1992). *La poétique de l'espace*. Paris: PUF, coll. « Quadrige ».

- BECKER, C. (1990). *Zola en toutes lettres*. Paris : Bordas.
- BECKER, C. (1992). *Lire le Réalisme et le Naturalisme*. Paris : Dunod.
- BECKER, C. (1993). *Émile Zola*. Paris : Hachette, coll. « Portraits littéraires ».
- BENHAMOU, N. (2007). « La Promenade au Bois dans le roman du XIX^e siècle ». *Communication au colloque La Vie parisienne, une langue, un mythe, un style organisé par la Société des Études romantiques et dix-neuviémistes (Paris, 7 au 9 juin 2007)*, Paris.
En ligne : http://etudes-romantiques.ish-lyon.cnrs.fr/wa_files/Benhamou.pdf
- BERTRAND - JENNINGS, Ch. (1987). *Espaces romanesques : Zola*. Sherbrooke (Québec) : Éditions Naaman.
- BLANKEMAN B. (2011). *Le roman depuis la Révolution française*. Paris : PUF. Licence Lettres.
- BORNECQUE, J. - H. et COGNY, P. (1958). *Réalisme et naturalisme*. Paris : Hachette.
- BOURNEUF, R. et OUELLET, R. (1985). *L'Univers du roman*. Paris : PUF.
- BOURNEUF R. (1970). L'Organisation de l'espace dans le roman. *Études littéraires*, vol.3 (n°1), 77-94. DOI : 10.7202/500113ar.
- BRINN'GAUBAST L.-P. (s.d.1888). *Fils adoptif*. Paris : Lib. Illustrée.
- BRUNETIERE F. (1883). *Le Roman naturaliste*. Paris : Calmann Lévy.
- BUTOR, M. (1972). *Essais sur le roman*. Paris : Gallimard.
- CAMUS, A. et BOUVET, R. (2011). *Topographies romanesques*, A. Camus (dir.) et R. Bouvet (dir.). Rennes : Presses Universitaires de Rennes, coll. « Interférences ».

- CHAMPFLEURY J. (1857). *Le réalisme*. Paris : Michel Lévy Frères
- CROUZET, M. (Ed.) (1982). *Espaces romanesques*. Paris : PUF.
- DESPREZ L. (1884). *L'évolution naturaliste*. Paris : Tresse.
- DUBOIS, J. (2000). *Les romanciers du réel. De Balzac à Simenon*. Paris : Éditions du Seuil. Points Essais.
- FONTANIER, P. (1977). *Les figures du discours*. Paris : Flammarion.
- GENDREL, B. (2012). *Le roman de mœurs. Aux origines du roman réaliste*. Paris : Hermann.
- GENETTE, G. (1969). *Figures II*. Paris : Seuil.
- GOLDENSTEIN, J. – P. (1988). *Pour lire le roman*. Bruxelles : De Boeck-Duculot.
- GONCOURT, E. et J. (1990). *Germinie Lacerteux*. Paris : Flammarion (Édition de Nadine Satiat)
- HAMON, Ph. (1972). Qu'est-ce qu'une description ? Dans *Poétique*, n°12. Paris : Éditions du Seuil, 465-485
- HAMON, Ph. et VIBOUD, A. (2008). *Dictionnaire thématique du roman de mœurs en France 1814-1914*. Paris : Presses Sorbonne nouvelle.
- ISSACHAROFF, M. (1976). *L'espace et la nouvelle*. Paris : Librairie José Corti.
- KACZMAREK, A. (2011). Le huis clos zolien. La conception et la signification de l'espace dans le cycle des *Rougon-Macquart* d'Émile Zola. *Études romanes de Brno*, 1, 27-38.
En ligne <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4265497>

MELISON - HIRCHWALD, G. (2007). « Le high lifeur à son club ». *Communication au colloque La Vie parisienne, une langue, un mythe, un style organisé par la Société des Études romantiques et dix-neuviémistes. (Paris, 7 au 9 juin 2007)*, Paris.

En ligne : [http:// etudes-romantiques.ish-lyon.cnrs.fr/wa_files/Melison.pdf](http://etudes-romantiques.ish-lyon.cnrs.fr/wa_files/Melison.pdf)

MITTERRAND, H. (1980). *Le discours du roman*. Paris : PUF.

MITTERRAND H. (1987). *Le regard et le signe*. Paris : PUF.

RAIMOND, M. (2002). *Le roman*. Paris : Armand Colin coll. « Cursus. Lettres ».

RICARDOU J. (1978). *Nouveaux problèmes du roman*. Paris : Seuil.

TONARD, J. - F. (1994). *Thématique et symbolique de l'espace clos dans le cycle des Rougon-Macquart d'Émile Zola*. Frankfurt am Main : Peter Lang.

WEISGERBER, J. (1978). *L'espace romanesque*. Genève : L'Âge d'homme.

ZOLA, E. (1986). *La Curée*. Paris: L.G.F., coll. « Le Livre de Poche ».

ZOLA, E. (1989). *Du roman. Sur Stendhal, Flaubert et les Goncourt*. Paris : Éditions Complexe, coll. « Le Regard Littéraire ».

ZOLA, E. (1999). *Écrits sur le roman naturaliste*. Paris : Pocket. Classiques.

ZOLA, E. (2006). *Zola. Le Roman expérimental*. Paris : Editions Flammarion.

LA VIE AU XIX^e SIECLE (SOCIÉTÉ, PARIS.)

ADLER, L. (1983). *Secrets d'alcôve. Histoire du couple de 1830 à 1930*. Paris : Hachette.

ALLEM, M. (1948). *La vie quotidienne sous le Second Empire*. Paris : Hachette.

BORSA, S. et MICHEL, C.-R. (1985). *La vie quotidienne des hôpitaux en France au XIX^e siècle*. Paris : Hachette.

BURNAND, R. (1947). *La vie quotidienne en France de 1870 à 1900*. Paris : Hachette.

CARMONA, M. (2011). *Paris. L'histoire d'une capitale de Lutèce au grand Paris*. Paris : Éditions de La Martinière.

CORBIN, A. (1999). « Le secret de l'individu ». Dans : P. Ariès & G. Duby (Eds.), *Histoire de la vie privée. De la Révolution à la Grande Guerre*. Paris : Éditions du Seuil, 389-460.

DELATTRE, S. (2000). *Les douze heures noires. La nuit à Paris au XIX^e siècle*. Paris : Albin Michel.

DEMIER, F. (2000). *La France du XIX^e siècle (1814-1914)*. Paris : Seuil, coll. « Points Histoire ».

FAURE, A. (2004). « Spéculation et société : les grands travaux à Paris au XIX^e siècle ». Dans *Histoire, économie et société*, 23 (n°3), 433-448. doi : 10.3406/hes.2004.2433

GARRIGUES, J. (2002) : *La France de 1848 à 1870*. Paris : Armand, coll. « Cursus ».

GIRARD, L (1981). *Nouvelle histoire de Paris. La Deuxième République et le Second Empire (1848-1870)*. Paris : Hachette.

GRANGE, C. (1993). Les classes privilégiées dans l'espace parisien (1903-1987). Dans *Espace, populations, sociétés*, 1993-1. Mélanges-Miscellanies, 11-21. doi: 10.3406/espos.1993.1552

www.persee.fr/doc/espos_0755-7809_1993_num_11_1_1552

GUERRAND, R.-H. (1999). « Espaces privés ». Dans : Ariès & G. Duby (Eds.), *Histoire de la vie privée. De la Révolution à la Grande Guerre*. Paris : Éditions du Seuil, 299-381.

GUIRAL, P. et Thuillier, G. (1985). *Des domestiques en France au XIX^e siècle*. Paris : Hachette.

HALL, C. (1999). « Sweet home ». Dans Ph. Ariès & G. Duby (Eds.), *Histoire de la vie privée. De la Révolution à la Grande Guerre*. Paris : Éditions du Seuil, 47-76.

KERLOUEGAN, F. (2014). « L'invention de la sexualité ». Dans *Le Magasin du XIX^e siècle. Sexorama*, n°4, 27-29.

LAUZIER, A.-C. (2011). *Pratiques d'allaitement à Port-Royal et aux Enfants-Assistés à la fin du XIX^e siècle*. Gynécologie et obstétrique.
En ligne : <https://dumas.ccsd.cnrs.fr/dumas-00625364>

LEONARD, J. (1978). *La France médicale. Médecins et malades au XIX^e siècle*. Paris : Gallimard, coll. « Archives ».

MARTIN - FUGIER, A. (1999). « Les rites de la vie bourgeoise ». Dans Ph. Ariès & G. Duby (Eds.), *Histoire de la vie privée. De la Révolution à la Grande Guerre*. Paris : Éditions du Seuil, 175-241.

OLIVESI, A. et NOUSCHI, A. (1997). *La France de 1848 à 1914*. Paris : Nathan, coll. « Série Histoire ».

PERROT, M. (1999). « Fonctions de la famille ». Dans Ph. Ariès & G. Duby (Eds.), *Histoire de la vie privée. De la Révolution à la Grande Guerre*. Paris : Éditions du Seuil, 93-107.

PERROT, M. (1999). « Figures et rôles ». Dans Ph. Ariès & G. Duby (Eds.), *Histoire de la vie privée. De la Révolution à la Grande Guerre*. Paris : Éditions du Seuil, 109-165.

PERROT, M. (1999). « Manières d’habiter ». Dans Ph. Ariès & G. Duby (Eds.), *Histoire de la vie privée. De la Révolution à la Grande Guerre*. Paris : Éditions du Seuil, 281-297.

PERROT, M. (2009). *Histoire des chambres*. Paris : Éditions du Seuil.

PIERRE-GNASSOUNOU, Ch. (2007): « Le Quartier latin. Du haut lieu au non lieu ». *Communication au colloque La Vie parisienne, une langue, un mythe, un style organisé par la Société des Études romantiques et dix-neuviémistes. Paris, 7 au 9 juin 2007*.

En ligne : http://etudes-romantiques.ish-lyon.cnrs.fr/wa_files/Gnassounou.pdf

PLESSIS, A. (2005). « Paris, de la Restauration à la fin du Second Empire ». Dans J.-P- Azéma (Ed.), *Vivre et survivre dans le Marais. Au cœur de Paris du Moyen Âge à nos jours*. Paris : Éditions Le Manuscrit, 209-219.

SOHN, A.-M. (2014). « La libération sexuelle avant “la libération sexuelle” ». Dans *Sexorama. Le Magasin du XIX^e siècle*, n°4, 37-45.

VILLATE, L. (2005). Le quartier de Saint-Gervais au cœur du Marais sauvegardé. Dans J.-P- Azéma (Ed.), *Vivre et survivre dans le Marais. Au cœur de Paris du Moyen Âge à nos jours*. Paris : Éditions Le Manuscrit, 478-490.